

Raúl Scalabrini Ortiz

# **BASES PARA LA RECONSTRUC CION NACIONAL**

aquí se aprende a  
defender a la patria

Colección Política e Historia



EDITORIAL PLUS ULTRA

1

Colección POLÍTICA E HISTORIA



PLUS ULTRA

RAUL SCALABRINI ORTIZ

# BASES PARA LA RECONSTRUCCION NACIONAL

AQUI SE APRENDE  
A DEFENDER A LA PATRIA



IMPRESION Y DISEÑO EN  
LOS TALLERES GRAFICOS ENTRE RIOS  
ENCUADRA EN CLAY & CO. SOCIAL

TERCERA EDICIÓN

Diseño gráfico: Raúl Arnaldo de la Fuente

I.S.B.N. 950-21-0718-7

Printed in Argentina - Impreso en la Argentina  
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© by Editorial PLUS ULTRA

Viamonte 1755 — Buenos Aires — 1973

## PRÓLOGO

*Cuando en las épocas más confusas de su historia los pueblos no alcanzan a comprender las causas y las razones de sus infortunios y vense imposibilitados de manifestar sus aspiraciones por factores superiores a sus fuerzas, entonces surgen dentro de la sociedad aquellos intérpretes representativos que muy aisladamente al principio y luego con gran resonancia social se convierten en los portavoces de la comunidad y al fin resultan los forjadores de su historia más genuina. Así suele ocurrir en las diversas manifestaciones de la vida social e histórica, concurriendo ello a formar un selecto y reducido número de ciudadanos que encontrados para el mismo objetivo en mitad del camino consiguen salvar la tambaleante estructura de un pueblo, concurriendo, pese a todo, a cimentar las bases de su presente incierto y asegurar el futuro por lo menos inmediato de la sociedad donde actúan.*

*Este es el caso de Raúl Scalabrini Ortiz, que comienza sus trabajos de reivindicaciones nacionales en la época posterior a 1930, cuando se produce la caída del presidente Yrigoyen y el país entra en el camino de la subhistoria, la dependencia económica y política, la injusticia social, mientras los corifeos del nuevo régimen baten el parche del patriotismo, bajo cuyo palio se ofrece el lamentable espectáculo de una realidad sin otras miras que la claudicación consciente o no de los valores humanos que sustentan toda posibilidad de grandeza integral.*

Si debiéramos relatar la historia de los trabajos de Scalabrini Ortiz en la década que sigue al año 30, veríamos que sus investigaciones sobre la situación del país coinciden con las aspiraciones populares más auténticas, aquellas que por imposibilidad de expresarse subyacen en lo más íntimo del alma de un pueblo. En aquella década surgen Scalabrini Ortiz y su generación luego de que las representaciones populares han sido conculcadas. Nacen del paciente y desolado trabajo del corazón los resultados de una investigación que se concreta en dos libros cumbres para los temas que tratan: Política Británica en el Río de la Plata e Historia de los ferrocarriles argentinos. Estos dos libros que hoy son el vademecum para todo historiador de las vicisitudes de nuestro ser nacional, fueron contruidos en la soledad, bajo la política del silencio, y fue sólo merced a la voluntad sobrehumana de un apasionado por la conquista de nuestra felicidad que pudieron ser llevados a la práctica y puestos en manos de los hombres de bien, para que sirvieran de puntos de apoyo a una política de recuperación de los valores nacionales.

Producida la emancipación americana, los pueblos de esta parte del continente se vieron abocados a consolidar sus destinos dentro de sus propios ámbitos, y para ello contaron con la "ayuda" extranjera. Esta ayuda vino de Londres principalmente por ser ella quien más había colaborado para que esta América latina se liberara del dominio de España, pues los dirigentes políticos ingleses de entonces intuyeron con claridad que una vez rotos los lazos que nos unían con la Madre Patria, los pueblos entrarían en conflicto, y caerían inanes en brazos de los banqueros ingleses, con el objeto de salvar sus economías destruidas por las guerras. Inglaterra abriría nuevos mercados a su naciente y ya poderosa industria manufacturera y consolidaría su imperio económico en el mundo, bajo cuyo regulado e inteligente yugo los argentinos viviríamos un siglo con aparente libertad, democracia y constitución. La gran tarea de Scalabrini Ortiz y sus compañeros de promoción fue la de desenmascarar a los cínicos y demostrar con sus investigaciones que nosotros habíamos sido durante toda esa época simples

servientes de los intereses de Inglaterra. Y la tarea fue cumplida a conciencia a costa de su propia felicidad, como corresponde a los héroes. Y el autor de Bases para la Reconstrucción de la Economía Nacional fue un héroe civil. En los títulos de sus trabajos está determinado el temario sobre el cual se elaboró el drama de nuestra dependencia. Vamos a enumerar algunos de ellos para significar la naturaleza general de su campaña de reivindicación nacional: El petróleo argentino, Historia del primer empréstito argentino, Historia de los ferrocarriles argentinos, Historia del banco nacional, Historia de la segregación del Uruguay, La guerra secreta por el petróleo argentino, El periodismo, instrumento de la dominación británica. El descubrimiento de la realidad le demostró a Scalabrini Ortiz y con ello al pueblo todo, que había dos políticas: la visible y la invisible, y que la invisible pero real había convertido a la Argentina en "base y arma del abastecimiento británico".

La destrucción del alma americana, la invasión de los campos y ciudades por las fuerzas económicas internacionales suplantaron la verdad por la mentira. La llamada inteligencia no quiso verlo y claudicó en aras de una prebenda y la ilusión de bienestar. Cuando Scalabrini Ortiz entra en el tema de la realidad, va a decir sin que pueda contradecírsele que "el instante vivo en que la historia se confecciona sólo ha merecido el desdén de la inteligencia americana que podía haberlos descrito". "Los americanos con facultades escribían tragedias al modo griego o disputaban sobre los exactos términos de las últimas doctrinas europeas. El hecho americano pasaba ignorado para todos. No tenía relatores, menos aún podía tener intérpretes y menos todavía conductores instruidos en los problemas que debían encarar". Probar cuales fueron las causas de estas falencias que deterioraron el proceso histórico argentino, fue la gran empresa llevada a cabo victoriosamente por Raúl Scalabrini Ortiz. Jugarse la última carta a favor de la liberación del pueblo argentino, ésta fue su pasión. Con ella se fundan religiones y también se forja la voluntad de un país, la querencia de ser. La historia de las nacionalidades así lo

demuestra. Y nuestra historia, si ha de ser tal, así mismo se ha de formalizar. Esta fue la pasión. La pasión y la gloria de Scalabrini Ortiz.

No era fácil entonces "aprehender con seguridad a nuestro país" entre la maraña de intereses creados tan formidables. Pero quien ya había hurgado en el espíritu del hombre como lo hizo en El hombre que está solo y espera y quien por imperativo de sus mayores había gozado de una determinada disciplina científica en sus estudios, podía darse el lujo, aun a costa de su vida, de develar la incógnita. Y esto fue cuanto hizo. "Volver a la realidad es el imperativo inexcusable", escribió Scalabrini veinticinco años atrás. Y luego de 1955, al producirse la segunda derrota de un gobierno popular, volverá desde su atento silencio adonde había ido a vivir, para escribir estas palabras que ponen de relieve que el alma poderosa era la misma y confirmaba una vez más que la forja de una patria no es tarea de un día sino la permanente vigilancia por los patriotas de sus más esenciales intereses, día por día. "Asistimos aún atónitos —escribió— a la prodigiosa tentativa de extirpar veinte años enteros de la historia universal. Es un vuelco de tierra arada; 1935 y sus hombres se superponen a 1955 y sus realidades. La vida larval que estaba debajo de la gleba ya repta en la superficie que iba cubriendo la tierna pero promisoría lozanía de la hierba y de las esperanzas nuevas".

Pues bien, 1955 es para Scalabrini Ortiz el punto de partida nuevo —la segunda marcha— hacia la defensa de las conquistas políticas, económicas y sociales que el gobierno del General Perón había realizado a su manera sobre la base real de cuanto él mismo durante años de labor había profetizado. De ahí recomienza una lucha incansable de cinco años lúcidos y tremendos, donde se defiende sin mengua pero con altas miras las fuerzas troncales de nuestra nacionalidad. De esos años postreros de lucha que habría de terminar en mayo de 1959 con el apagar de su vida, surgieron los capítulos de Bases para la reconstrucción de la economía nacional, libro póstumo y de resonancia poco común que ve la luz por la des-

velada tarea de doña Mercedes Comaleras, puesta a la faena sin par de legar en un haz único los trabajos de hércules de don Raúl para que puedan ser meditados por los argentinos de buena voluntad, y para emulación de las nuevas generaciones que no estén dispuestas a dejarse arrebatar de sus manos la vida y los paisajes del lar nativo. La pasión nacional de Scalabrini Ortiz se ha de prolongar así en los desinteresados y vitales corazones de los hombres nuevos de la patria, para felicidad nuestra y de los futuros pobladores de esta tierra.

Escribió Scalabrini Ortiz en 1948: "Queremos ser dueños efectivos y en toda su amplitud de la posesión de lo que es nuestro, queremos ser los propulsores de nuestro progreso, los conductores de nuestra energía, los elaboradores de nuestro porvenir, los directores de nuestra conciencia. Queremos que los bienes que deben ser nuestros produzcan por nosotros y para nosotros, pero no lo queremos para hundirnos en el hartazgo de una vida vegetativa satisfecha, sino para poder iniciar el cumplimiento de la alta misión de nobleza generosa que es vocación del espíritu nacional". Quien lea las ardientes y apasionadas páginas de este libro verá que casi veinte años después los objetivos son los mismos, y que por ellos se vuelve a plantear día por día sin descanso y sin dar cuartel al enemigo de nuestras realidades todos los problemas fundamentales que afectan nuestra vida como nación. Aquí se plantean y desmenuzan los pormenores que hacen a la cultura integral del país, las cosas se nombran por sus nombres, cosas y personas, para que nadie dude de quién es quién y cuáles son las realidades que están afectadas de ser y no ser, según y conforme.

Más de cien artículos redactados a lo largo de un lustro sin paz de espíritu pero con conciencia profunda de sus obligaciones ilustran esta etapa de la vida argentina, una de las más oscuras de nuestra historia, por los intereses en juego, y porque iba en ello la felicidad misma del pueblo argentino. El pueblo argentino: éste es el objeto de su pasión, de la pasión de Raúl Scalabrini Ortiz. Aquí lo dejamos señalado. Esta inusitada voluntad de ser, en medio del descrédito y el

desánimo general, conforman una lección moral sin precedentes, y valió a la postre aquella frase de Perón, luego de su desaparición: "Ejerció la primera magistratura moral de la República". Y así fue. En sus "palabras para quienes pueden ser mis hijos" se puede encontrar una vez más la certificación de este singular aserto del creador del Justicialismo.

Pocas veces se habrá dado el caso de la consubstanciación de la obra y la vida de un hombre en forma tan concreta como en el ejemplo de Raúl Scalabrini Ortiz. Excepcionalmente una fe, una creencia y una voluntad puestas al servicio de la pasión desinteresada por los intereses nacionales ha llegado a culminar en tal medida. El autor de Política británica en el Río de la Plata poseía un permanente estado de ánimo sensible como una cuerda tensa y templada para responder con el sonoro dictado de su mente a los anhelos menos visibles del espíritu nacional.

Descubierto el secreto de nuestras impotencias en los años de madura juventud, Raúl Scalabrini Ortiz tomó a su cargo la tarea de levantar a la luz del sol ese misterio de nuestras contradicciones donde se nos decía soberanos y vegetábamos como una colonia. Y mantuvo por medio de trabajos documentados y esclarecedores un vigente alerta en pro de nuestra real independencia, determinando las causas de nuestro servilismo a otros poderes, y los elementos materiales, prácticos y espirituales que valdrían para una resurrección de las virtudes nativas, latentes pero hasta entonces inexpresadas.

La creencia de que la posibilidad de emancipación nueva estaba a nuestro alcance la sustentó durante los años más apasionantes de su existencia, y lo convirtió por razones de tiempo y de temas expuestos, en un precursor del renacimiento social argentino. Fue la imagen viva de una pasión sin desmayos en avance para la conquista en lo práctico de este ideal de rejuvenecimiento del rostro nacional. Y como toda pasión ilumina y quema. Ambas cosas —experiencia— las experimentó él y con ellas sobre sus espaldas y en la alegría de sus ojos cumplió la misión reivindicadora hasta donde la capacidad

humana se lo permitió. Y esta fue su pasión y su gloria. Esta fue la gran pasión de Raúl Scalabrini Ortiz.

Las grandes pasiones fundan religiones y nacionalidades. Nuestra nacionalidad afirmada en bienes morales y materiales se forjará con el tiempo en virtud de haber existido en nuestro país apasionados fervorosos como el autor de Historia de los ferrocarriles argentinos.

Había una verdad subyacente en medio de nuestro oscurantismo político y había que revelarla para que el pueblo y sus líderes auténticos juzgaran. ¿Y cuál era esa verdad que venía a reabrir el camino de la auténtica historia política y económica, y creaba así los puntos de partida para una nueva puesta en marcha de la nacionalidad, sobre la forja de la real emancipación? Nada más y nada menos que demostrar nuestra relativa independencia y real coloniaje, nuestra cínica y falaz democracia, nuestra dependencia económica y cultural y el desvío espiritual de nuestro propio ser merced a los factores materiales que dominaban con poder y desenfado el carácter de nuestra alma.

Parecía que la grandeza del pueblo estaba escrita en el agua. Luego de sus exposiciones en libros famosos, Raúl Scalabrini Ortiz demostró por la resonancia de sus trabajos que no era así. Y que lo más selecto de su generación había hallado el sendero peligroso pero inmenso por sus alcances de la posible grandeza nacional. El camino estaba cruzado por selvas de incompreensión, por montañas de intereses financieros extraños a los nuestros. Mas valía la pena intentar la hazaña, porque en llegando a la meta un nuevo mundo argentino iniciaría su marcha de redención humana en esta parte de América.

El régimen decadente que llevó el país a la pobreza moral y material fue llamado "falaz y descreído" por Yrigoyen, quien se quedó corto en el adjetivo. La demostración fehaciente de que nuestra soberanía era un mito y que bajo la veneración de nuestros héroes se ocultaba la simulación de la realidad nacional, la puso en evidencia Scalabrini Ortiz en años inolvidables para nosotros. Esta canasta del mundo —el granero,

que le decían— soportaba los manotazos de todos los cuerpos extractores del mundo menos los del mundo argentino.

El producido del trabajo nacional se reinvertía en beneficio de cualquier metrópoli lejana pero nunca para la familia argentina. Raúl Scalabrini Ortiz levantó el velo sobre los supuestos capitales extranjeros invertidos en la historia de los ferrocarriles, para llegar a la conclusión de que no eran ni generosos ni extranjeros sino en sus rótulos. Que las alabanzas al imperio democrático inglés, al tecnicismo yanqui, y a la cultura europea, sin dejar de reconocer sus valores auténticos como tales, para los argentinos era la actitud del servil mayor-domo de palacio que aspira tanto a quedarse con el poder como ser leal a los intereses de su señor. En este terreno los principios de dignidad y hombría de bien que dan carácter a toda sociedad organizada, aun en medio de sus luchas intestinas por mejorarse, quedan al margen, bastándoles a los dirigentes máximos del país con festejar aparatosamente las efemérides, invocar las maravillas de la constitución y la democracia donde ellos “progresan” para dejar saldada su cuota con la sociedad. Una colonia disimulada bajo paradas militares, con símbolos nacionales, reuniones de gala, una historia novelada y todos los accesorios necesarios para lo funcional del caso, sirvieron bien a la política del opio, que aun como metáfora se pudo aplicar a la conducción política argentina a lo largo de más de un siglo, en cuyo transcurso voces aisladas excepcionales fueron advirtiendo el escamoteo de nuestro destino.

Desde el descubrimiento del tema —el secreto de nuestra dependencia— la obra de Scalabrini Ortiz no se detiene. Empujada por una pasión de patria insobornable se afirma cada vez más para completar el cuadro sinóptico del proceso económico que nos llevará a la indefensión social. Allí en sus páginas la historia del valor de nuestra moneda y del salario, de la política de las exportaciones e importaciones, de la balanza de pagos, de la cuestión petrolera, de la ferroviaria, de cómo los intereses dominantes en estos renglones manejaban por “control remoto” la política respectiva; allí en sus páginas se

pone de relieve la conducción ganadera y agropecuaria en general, la sujeción a los mercados y la indefensión económica de la familia argentina dentro del sistema del “estatuto legal del coloniaje”.

Mas todo este proceso está amparado por el estatuto jurídico que sostiene esta política y le da cauce y acción. Scalabrini Ortiz sostuvo, junto con grandes juristas nacionales, que la estructura jurídica del país es antinacional y no defiende los intereses reales del trabajo argentino, y que las cláusulas constitucionales fueron redactadas con el fin de favorecer la invasión capitalista extranjera en desmedro del capital-trabajo nacional. De ahí la necesidad de un cambio de estructura racional y científico que adecuara la Constitución del 53 y los códigos a las realidades dinámicas del país, para permitirle su redención económica, política y cultural. Por lo tanto no es una sola faceta la encarada por Scalabrini Ortiz en su larga campaña por la recuperación de los bienes integrales. Al contrario, bajo el título de “política británica” o “historia de los ferrocarriles” el lector podrá enfrentarse con los más diversos y complejos caminos, donde el autor guía pacientemente al lector por los vericuetos de las distintas formas económico-culturales que hicieron posible la subversión de los términos. Claro que en cuestión de nombres aparece como primera figura dominante Inglaterra, pues nadie pudo sustraerle el dominio sobre nuestra política a lo largo de cien años. Por eso cuando Scalabrini Ortiz combate la política británica en el Río de la Plata, no lo hace por anti-inglés, sino porque Inglaterra representa la causa y la razón de nuestras dependencias y servilismos políticos y económicos. No reconocerlo es engañarse a sí mismo. Cualquiera que lea la lucha entablada por el petróleo nacional verá que es verídico y objetivo en el tratamiento de la cuestión. El mismo rigor emplea para los caminos ferroviarios, solamente que éstos son de propiedad británica cuando él los analiza, y no podía echarle la culpa a la luna. Dos partes son las responsables: los dirigentes políticos argentinos y los financistas ingleses. Y a ello se dirigió y a cuanto con ello se relacionaba.

Lo hizo con pasión argentina, y ésta es la virtud entre sus otras virtudes. La lucha para que se le restituyeran al pueblo los bienes hurtados con astucia y que le pertenecían por derecho natural, se convirtió en la obsesión iluminada por la fe. Y para lograr la comprensión de esta verdad sin ecuanon puso toda su pasión al servicio de la causa. La causa de la liberación necesitaba de su vida y de su hacienda, porque así sucede con los forjadores de nacionalidades.

Al través de los muros del silencio y de la obstrucción sistemática a su campaña, Scalabrini Ortiz, precursor y forjador de una nueva sociedad libre, dejó como era de prever vida y hacienda en la demanda, legando en cambio a sus hijos y a sus compatriotas la riqueza inmensa de señalar el cómo y el porqué de nuestras imposibilidades y de dónde y el cuándo de nuestra liberación. Y ésta fue la gran pasión de Raúl Scalabrini Ortiz.

La última campaña por la defensa de la soberanía política y económica de la nación

En el mes de setiembre de 1955, el gobierno del general Perón deja de ser y abandona el poder prácticamente sin defenderse, pues no quiere someter al país a los azares de una cruenta guerra civil y destruir con ello —pensaba— las realizaciones económicas, sociales y políticas llevadas a la práctica durante más de diez años de vigencia de un sistema nuevo de manejar los intereses del Estado y del Pueblo argentino. Un grupo minoritario lleno de soberbia y de desapego por la cosa pública y enemigo de todo cuanto el gobierno constitucional había forjado en años de duro y sacrificado ejercicio del mando, entra en funciones y comienza entonces otra vez una política de desintegración de lo nacional, a cuyo favor Raúl Scalabrini Ortiz había dedicado las mejores energías de su existencia. So pretexto de que el país había soportado lo que se dio en llamar “la segunda tiranía” se comenzó a enlodar al ex-presidente y a su señora, a su movimiento político-sindical, y dictaminó per se que el ex gobernante era el

“sangriento tirano depuesto”. Entonces por el método extralegal de los decretos leyes se fueron anulando las conquistas vigentes hasta 1955, desde la Constitución de 1949 para abajo.

Comenzaron a resurgir los personeros de una política de dependencia al extranjero que ya se creía perimida y recomenzó lo que puede llamarse “la segunda década infame” de nuestra historia. La ejercieron indiscriminadamente personas muy “democráticas” que negaron entonces participación al pueblo en la cosa pública y dictaminaron públicamente que su orientación histórica era la línea denominada “Mayo-Caseros”. Y se llamaron libertadores. Raúl Scalabrini Ortiz probaría con su inmediata campaña de defensa de lo nacional que la única línea seguida por los revolucionarios era la de coloniaje recalcitrante, fuera de lugar, y al margen de la auténtica historia protagonizada por los pueblos contemporáneos que se hallaban ahora, luego de la Segunda Guerra Mundial, en el camino efectivo de la lucha por la liberación nacional.

Se inició entonces una forja de cinco años por la defensa de nuestra soberanía, que Raúl Scalabrini Ortiz entablaría en los momentos más difíciles de la hora, para dejar sentado la mentira de los enemigos conscientes o no del pueblo, de la falacia de los argumentos esgrimidos para destruir nuestra incipiente soberanía y dejar establecido por deducción de sus contraargumentos las bases prácticas materiales con las cuales es posible constituir en el momento actual del mundo una real potencia económica y política con el carácter de soberana e independiente.

Así fue como viniendo desde el fondo de su silencio consciente, el autor de Tierra sin nada, tierra de profetas, entra de nuevo en la liza y veinte años después de sus precursoras campañas en pro de la liberación de nuestra tierra de los invasores económicos, políticos y culturales reinicia la defensa de los bienes nacionales, levantando las banderas caídas en la lucha emancipadora y conduce día por día esa campaña en contra de la entrega de los bienes materiales del país, que lo convirtieron para los amadores de la patria justa, libre y soberana en el fiscal insobornable de la república.



En revistas, periódicos y diarios que duraron poco tiempo, pero que hicieron impacto en la opinión pública, y dejaron una huella imperecedera en quienes fueron testigos de la hazaña, Raúl Scalabrini Ortiz vuelve a empuñar su pluma y señala con pelos y marcas a quienes iban a convertir poco a poco pero sin el mayor respeto por el pueblo a una Argentina en camino de su liberación en otra cuya imagen colonial avergonzaría a propios y extraños. Esto se haría en nombre de la "democracia" sin pueblo, y en aras de una Constitución que no regía y que los mismos portavoces se entretenían en violar siempre que fuera necesario para sus fines personales y de grupos de privilegio. Capítulos como El gato es mal guardián de las sardinas, Señor Presidente: no firme nada, Esto parece cosa de magia negra... dan la tónica y son el inicio de una campaña que duraría casi un lustro y convirtió a Scalabrini Ortiz en eso que fue vox populi: fiscal de la república.

¿Y cuál fue la filosofía política sobre la cual se levantó toda la obra del autor de Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino? De acuerdo con las transformaciones económicas, tecnológicas y científicas de los tiempos, ningún país —pensaba Scalabrini Ortiz— puede adquirir o mantener su independencia si no tiene en sus manos los organismos que controlen el valor de la moneda, la importación y la exportación de sus productos, la distribución de sus riquezas (el producto del trabajo nacional reinvertido en su propio beneficio), el manejo de los medios de transportes, terrestres y aéreos, de correos y telégrafos que hacen a la defensa nacional, de la planificación racional del agro, de la industria, con la necesaria creación de la industria pesada, que es la madre del trabajo de elaboración de los productos nacionales y todo cuanto se relacione con una política de defensa de ese plan de desarrollo y mantenimiento de la dinámica social. La cultura de un país está en relación directa por su autenticidad con la capacidad de crear los medios económicos que posibiliten la creación de un carácter en lo nacional y de un

tipo humano en lo particular que sea capaz de expresarse en consecuencia.

Está demostrado por la historia de las nacionalidades que de otra manera la expresión intelectual de un pueblo adolece de copia, imitación y servilismo a formas ajenas al sentir nacional. Y Scalabrini Ortiz, consciente de este axioma histórico, centró toda voluntad en proclamar este sentimiento profundo de su fe en el hombre americano dictaminando donde fuera y como pudiera la necesidad del cambio de las formas políticas y económicas para los fines expuestos. No era entonces la razón de su combate sin cuartel un deseo de oponerse simplemente a hechos y personas, sino que esta actitud ante la vida nacional provenía de una posición consciente y patriótica que estaba en relación directa en sus vastos alcances con las posibilidades de felicidad integral del pueblo. De aquí la importancia y la vigencia de los escritos de Raúl Scalabrini Ortiz. En ellos no se da la pueril pelea dialéctica sobre un tema, sino la puesta en marcha por la palabra escrita de un ideal de independencia efectiva que ningún pueblo del mundo puede dejar de lado sin caer en el coloniaje y la sumisión sin esperanzas bajo la égida de los formidables imperios económicos y financieros que hoy dominan la tierra.

Para hacer posible la sumisión a intereses extranacionales al margen de la voluntad popular hay que llevar a cabo una campaña de propaganda donde se demuestre que nosotros somos incapaces de gobernarnos y por lo tanto meter muy profundamente en el alma nacional la idea de que otros más capacitados pueden hacerlo por nosotros y darnos la felicidad soñada desde la independencia. Creado este complejo con la complicidad de la prensa y de los organismos culturales oficiales y particulares, el hombre nuestro se encuentra indefenso, sin saber cómo ni dónde expresarse, ni oponerse a una creencia de imposibilidades que no siente pero que no puede demostrar. Producido este hecho psicológico, y quedando el país en silencio frente a la soberbia de los gobernantes que por sí mismos se titulan demócratas, y que solamente representan minorías nada selectas, una política de manos libres e irres-

*ponsables sigue su camino y convierte a un país nuevo, dinámico y con fe en sus destinos en otro distinto, irreal, sedentario y pasivo a las demandas de cualquier potencia internacional. La República Argentina es un caso típico, un ejemplo de esa política de menoscabo que Raúl Scalabrini Ortiz combatió con el beneplácito general y un éxito que es su gloria.*

*En diciembre de 1955 Scalabrini Ortiz comentó una reunión de la "Inteligencia" en el Plaza Hotel y reflexionó cómo los de aquí y los de allá se preparaban para repartirse el maná caído del cielo. Pues eso significó para los intereses internacionales la caída del "sangriento tirano depuesto". Se refirió a la desvalorización de la moneda y al cambio usurario que los petroleros y los ganaderos efectuarían para empobrecer al pueblo argentino. En adelante por un kilo de carne nos darían en pago un cuarto litro de fuel oil. Hizo otras alusiones no menos sorprendentes en el artículo de referencia para escribir casi al final de la página: "Palabras no faltan para encubrir las acciones corrosivas. En este país que se movió siempre bajo la garra del monopolio, se habla de eliminar la excesiva intervención estadual para implantar un liberalismo que no resistiría ni la misma economía norteamericana. Se menta a la libertad para desencadenar a los monstruos de voracidad insaciable. Y así rodamos envueltos en la balumba de palabras que reproducen la bíblica confusión de Babel, pero sobre la cual los hombres intuitivos alcanzan a percibir la directriz conductora de una inteligencia despiadada". Los acontecimientos inmediatos anteriores y posteriores le dieron la razón. Al año siguiente, comentando un discurso del vicepresidente de facto a la Junta Consultiva, y al carácter representativo de ésta frente a la opinión pública, le llamaría "triste año". Un calificativo que bien pudo aplicarse a la triste época posrevolucionaria.*

*En enero de 1957, analizando un comentario del Buenos Aires Herald, donde se afirma que se "ha realizado la liberación política del país", Scalabrini Ortiz traduce la oración y demuestra que en realidad se ha liberado Inglaterra de los controles del pueblo argentino, lo cual le permitió comer más*

*carne argentina a precio vil, mediante la desvalorización de la moneda, y haciendo pagar la diferencia al pueblo argentino, mientras se cubría la entrega con aumentos correlativos a los ganaderos. Allí se insinúa la participación de la Argentina en el Commonwealth Británico, anunciando los empréstitos que seguramente se concertarían a breve plazo con los financistas londinenses. Después de tan larga preeminencia inglesa en nuestros destinos, no hacía falta más que el hecho legal para ser parte integrante del Imperio. Mas quizá esto no hiciera falta. Hoy mismo a más de un lustro de la muerte de Scalabrini, un diferendo de límites con Chile se ha quitado de nuestras manos y se sustancia en la Metrópoli del río Támesis. ¿Para qué más? Sin embargo nuestro autor se hace eco de un pensamiento de Ortega y Gasset para abrigar la esperanza en el poder y la capacidad de redención innata del hombre argentino. Al alborear de 1958 ya se hablaba de sociedades mixtas para los teléfonos y los ferrocarriles. Ya había sido destruido el IAPI, que significaba el control para la producción nacional y su exportación. Bunge y Born y Cía. manejaban de nuevo nuestra economía. Ahora faltaba entregar los resortes esenciales de la soberanía como son las comunicaciones internas e internacionales. Se dijo de los déficits y de lo antieconómico de la administración estatal —slogan muy antiguo— y se hizo público el balance de las empresas estatales. Scalabrini Ortiz demostraría la falacia de estos conceptos, proclamando la efectividad de la conducción del pueblo en el manejo de sus empresas, y destruyó con argumentos positivos la falsa teoría de los déficits por medio de análisis del valor de la moneda, de los costos y de los inmensos capitales en juego. Esta misma teoría es válida para hoy, cuando se sigue machacando sobre lo mismo, con el objeto de regalar los transportes mejorados por el trabajo nacional a empresas extranjeras, porque según ellos son las únicas capaces de administrar bien el ferrocarril, los teléfonos, etc. Una vez perdida la libertad política y económica no resultará, para los personeros de la entrega, tarea muy difícil la de persuadir a quienes corresponda para completar la*

entrega total de nuestra soberanía. Claro que el pueblo, ese poder que los factores políticos desconocen, dirá al fin su última palabra. No haya duda.

La denuncia sobre el desmantelamiento industrial, la creación del paralelo 42 como frontera antiargentina, la del complot del silencio para la capacidad de trabajo del país, están allí certificados en esos años de singular crítica a la conducción nacional por los revolucionarios y sus herederos en el gobierno. En el terreno estrictamente histórico Scalabrini Ortiz hace la crónica de la segregación de la patria grande por causa de una política municipal, que perdió de vista los intereses americanos desde Rivadavia; que en 1862, como resultado de Caseros, consumó la segregación de la patria y terminaría por guerrear con Paraguay, cuya capital, Asunción, había sido fundadora de ciudades en la cuenca del Plata. Aquello de "Una pesadilla vuelve a golpear la conciencia de los argentinos" se justificaba con creces y tuvo sus justificativos materiales a lo largo de los años que siguieron. De todas maneras ya todo estaba previsto en el ya "famoso" informe del Dr. Raúl Prebisch, que Scalabrini Ortiz desmenuzó en sus asertos en numerosos capítulos cuya lectura actual en Bases para la reconstrucción de la economía nacional será de inestimable valor para los ansiosos lectores de hoy.

Pero los males de los cuales nosotros nos asombrábamos, no provenían de las partes ni de los detalles de cada una de las cuestiones en juego, sino de la falla del todo. Y este todo se llamó y se llama Constitución del año 1853. De aquí emana el origen de la mayor parte de nuestros males, pues su articulado no se opone a nada de cuanto se pueda decretar o legislar en demérito del país. Y si esta Carta Magna dispone algo en defensa de lo nuestro, ahí está la creación autónoma del Banco Central, con el cual se echa por la borda las atribuciones que el Art. 67 da al Congreso, desligándose así de cualquier tutelaje de carácter nacional. Si la Constitución dice por descuido que tenemos una forma de gobierno representativa, republicana y federal, da lo mismo que no lo diga,

pues se crea un ente autárquico al margen de ella como el Banco Central con atribuciones despóticas sobre nuestra economía y queda separado así del control del gobierno y del Congreso Nacional. Entonces dirige la política de cambios para exportación e importación, y sutilmente obliga a comerciar con plazas que a lo mejor no convienen al interés nacional. Es decir, los convenios de país a país dependen de esa política y no de la que conviene a la nación.

Que esto es una manera muy práctica de regular la economía, destruyendo si cabe la industria y el trabajo nacionales, si esa orientación no está en manos de argentinos argentinos, lo demuestra Scalabrini Ortiz en el artículo pertinente. Es decir que no hay constitución que valga, si los intereses que predominan en el directorio independiente no son los mismos. Lo de argentino es secundario. Se atenderá esta razón según y conforme. Raúl Prebisch, Federico Pinedo, Alberto Hueyo y su cohorte de financistas no son seguramente lo mismo que decir Lisandro de la Torre. Este último murió amargado, y los otros continúan perviviendo a través de la revolución social que está transformando el mundo en un lugar de vida más justo para todos, cuando los privilegios van desapareciendo luego de luchas donde la sangre y las lágrimas son el lugar común de la historia contemporánea. Pero ellos perviven con sus políticas porque tal vez consideran que la Argentina es un mundo aparte y no merece el dictado de soberana e independiente. Sin embargo el mundo marcha y cambia en favor de la conquista de la salud y la felicidad de los pueblos capaces. Nosotros creemos ser de estos últimos y por lo tanto conquistamos, o volveremos a conquistar los bienes perdidos cuando la mentalidad nueva comprenda la vida de Aquiles: vida breve si es necesario pero hermosa, digna, independiente.

La fe de Raúl Scalabrini Ortiz se fundamentó en las virtudes innatas del pueblo argentino. Estas virtudes lo hacen capaz de conquistar y mantener su libertad de gobierno y de juicio frente a los intereses mundiales. No se trata de crear

*una nacionalidad al margen de la historia del mundo, sino de una sociedad organizada con condiciones de tratar de igual a igual con las otras comunidades que pueblan la tierra. Las bases para ello están dadas. La conquista de este ideal realizable fue la gran pasión de Raúl Scalabrini Ortiz.*

VICENTE TRÍPOLI

*Aquí se aprende a defender a la patria \**

El subtítulo de esta recopilación es el lema del Tiro Federal, donde se enseña a los jóvenes a manejar el fusil de guerra. Es una didáctica elemental que se reduce a enseñar a espiar a través de la mira y a apretar la cola del disparador en el momento en que el blanco está centrado. Quien no haya sido instruido en esa técnica elemental es un hombre inerme. Por intenso y generoso que sea su fervor de patria será inepto para defenderla. El patriotismo no suplirá la falta de un conocimiento que no adquirió a tiempo.

El lema del Tiro Federal no pretende encender la viva llama del patriotismo. No quiere exaltar el natural amor a su tierra natal. No aspira a infundirle una pasión que no esté ya en usted mismo. Ni los que lo adoptaron presuponían ser más patriotas que usted. El alcance del lema es más restringido y más preciso, también. Le quieren enseñar a tiempo a apretar la cola del disparador. Es muy sencillo, pero si usted no lo sabe, no podrá defender el sacrosanto suelo de la patria. Su patriotismo será entonces un sentimiento tan inútil como los chillidos que lanzan las mujeres a la vista de un ratón.

Pero la patria no es simplemente un suelo extendido en la

\* Las cifras y estadísticas que se publican en estos estudios, corresponden a los años 1955/1957; pueden traducirse en pesos ley, más la consecuente desvalorización del peso m/n.

topografía de valles, llanuras y montañas. La patria es una fraternidad sostenida por tradiciones que son como la memoria colectiva de los pueblos y por ideales nacionales en que se funden y sobreviven los precederos ideales de los ciudadanos aislados. Pero es también una especie de sociedad comercial *sui generis*, cuyos miembros están entrelazados — a veces contra su voluntad — por vínculos económicos indisolubles. Dentro de esa sociedad comercial hay grandes diferencias, injusticias y privilegios, pero lo que cada uno tenga dependerá en gran parte de la prosperidad o del empobrecimiento del conjunto social.

Imaginemos un ejemplo y supongamos que la República Argentina perdiera una guerra imaginaria. El enemigo nos impondría el pago de una inmensa deuda compensatoria y punitiva. No hay otra manera de pagar una deuda internacional que entregar al acreedor gratuitamente los productos que se producen en nuestro suelo con el trabajo argentino. Esa es la única, perdurable y efectiva riqueza de las naciones, porque el oro es tan escaso que no alcanza más que para cubrir diferencias ocasionales. El vencedor consumiría nuestros productos o los venderían en los mercados internacionales para adquirir las mercaderías que creyese más convenientes. Lo que enviáramos al exterior en pago de la deuda de guerra, sería la suma de lo que cada ciudadano dejara de emplear o consumir. Comeríamos menos, vestiríamos más pobremente, no tendríamos dinero para diversiones y nuestros hijos no recibirían una educación adecuada porque deberían ayudar a producir lo que debíamos remitir al extranjero. El descenso del nivel de vida afectaría a todos. Más al que tiene menos. Menos al que tiene más.

Nos referimos a una guerra perdida para dar una causa habitual de empobrecimiento nacional, pero el endeudamiento puede conseguirse por medios incruentos de combinaciones financieras. Utilicemos uno de los pocos ejemplos en que la Argentina ha capitalizado para sí misma las ganancias de una actividad: el petróleo. Todo el capital que la República Argentina invirtió en Yacimientos Petrolíferos ascendió en total

a la suma de \$ 8.655.240, entre 1914 y 1920. Esa modesta suma fue creciendo con el producido de la explotación hasta alcanzar en la fecha la astronómica cantidad de 3.500 millones de pesos. Es un capital que está concretado en cosas reales: una flota de petroleros, equipos de exploración y explotación, gigantescas destilerías, flotas de camiones, estaciones de distribución y servicio. Todo eso salió del subsuelo argentino con el trabajo argentino. Si la explotación se hubiera cedido originariamente a empresas inglesas o norteamericanas, ¿a cuánto ascenderían los “capitales invertidos”? Casi imposible calcularlo, porque la actividad de Y.P.F. tendió más a abaratar el combustible que a obtener ganancias exorbitantes. Las compañías extranjeras vendían a \$ 0,32 el litro de nafta. Yrigoyen la hizo rebajar a \$ 0,20 con precio unificado en todo el país. Las compañías privadas debieron acomodarse a la imposición del competidor fiscal. Pero no es exagerado suponer que si esos ocho millones iniciales hubiesen sido invertidos por compañías extranjeras hoy estuviese el país sometido a la obligación de servir con un interés “retributivo” a una mole de cinco o seis mil millones de pesos. Sumado el interés del “capital invertido” al costo y a los impuestos vigentes, la nafta se vendería, quizás, a seis o siete pesos de la actual moneda.

De origen y crecimiento en un todo análogo al capital de Y.P.F. eran los capitales ferroviarios que se decían “invertidos” en el país. En su origen fueron “unos palitos” desparrramados por el campo, unidos por hilos de acero y algunos galpones de chapa de cinc. Allí se engendró esa inmensa masa de capital ferroviario que los británicos decían haber “invertido” en el país. De análogo origen son también los elevadores de granos, la mayor parte de los frigoríficos y casi todas las antiguas usinas de electricidad.

Una vez que está legalmente constituido y reconocido, el “capital invertido” tiene los mismos privilegios y las mismas nefastas consecuencias que una deuda de guerra. Pero, además, la posesión de los elementos de cohesión de una colectividad — que tal son los servicios públicos — acuerda a quien los administra facultades ejecutivas excepcionales. Nada or-

ganizado puede oponérseles, porque manejan con su dinero todos los órdenes de la sociedad contemporánea. Seducen, corrompen y doblegan todo lo que tiene alguna posibilidad de influir en la conducción de los asuntos públicos. El pedestal de su poderío es la ignorancia del pueblo.

Para defender el suelo de la patria, usted necesita saber manejar el fusil de guerra. Para defender su riqueza —en que está comprendido su bienestar— usted necesita instruirse en la técnica de esa explotación que en la jerga contemporánea se denomina “imperialismo económico”, en que todas las palabras se usan al revés. En ese sentido de humilde didáctica, esta recopilación trata de ilustrarlo para que colabore usted con su conciencia de ciudadano y por eso también “aquí se aprende a defender la patria”.

Los trabajos que integran esta recopilación fueron escritos en circunstancias especialmente angustiosas y precarias. Las publicaciones que las insertaban iban siendo sucesivamente clausuradas. Los periodistas desaparecían detenidos a “disposición del ejecutivo” o huían al extranjero a tiempo. La arbitrariedad más absoluta era la única norma gubernamental. El poder público no tenía otra restricción que su deseo de aparecer ante el extranjero como un gobierno “democrático”. Por otra parte, bandas de delincuentes recorrían de noche la ciudad para violar domicilios y detener a las personas por cuenta propia. Por eso el lenguaje no es a veces tan concreto como debiera. Con frecuencia es más lo que se insinúa que lo que se dice. La inteligencia del lector debe llenar las lagunas.

También debe el lector excusar cierta insistencia machacona sobre algunos temas. Sé perfectamente que el doctor Raúl Prebisch no es más que un títere que utiliza la inteligencia británica para intentar la reconstrucción de su antigua hegemonía y su “Informe” y su “Plan” no tienen más valor que el de un indicio que permite deducir el alcance y los objetivos de los propósitos británicos. Pero es necesario demostrar que esos pretextos son simples pretextos para tratar de que vuelvan a la realidad las conciencias que honradamente han sido engañadas.

Si en la lectura de estas notas tropieza el lector con alguna dificultad de comprensión, acháqueselo a mis defectos de expositor. Estos asuntos de economía y finanzas son tan simples que están al alcance de cualquier niño. Sólo requieren saber sumar y restar. Cuando usted no entiende una cosa, pregunte hasta que la entienda. Si no la entienda es que están tratando de robarlo. Cuando usted entienda eso, ya habrá aprendido a defender la patria en el orden inmaterial de los conceptos económicos y financieros.

## BANCO CENTRAL

### *El artículo 40 es bastión de la República*

Supongamos que un espectador sensible e inteligente pero ignorante de la técnica musical escucha por primera vez la ejecución de una sinfonía. La ola de acordes despertará en su sensibilidad un mundo de intraducibles perspectivas. Los sonidos se transfundirán en imágenes y es posible que lo envuelvan la cromática turbamulta de sonidos y de luces en que el orden de recuerdos y esperanzas se subvierte en la cadencia de la sinfonía. Pero si el espectador consigue mantener en vigilia su observación, se asombrará de la disciplina estricta que rige ese aparentemente caótico mundo de sonidos. Se asombrará de la puntualidad con que cada instrumento comienza a sonar o se calla y de la exactitud del timbre y del volumen del sonido que cada grupo ejecutante aporta a la voz conjunta de la sinfonía. Hay allí un orden y un plan al que se subordinan todos, desde el imperante bombo y el timbal que redobla como si resonara al frente de un ejército, hasta el director que se desarticula en el geométrico vaivén de la batuta. Cada uno maneja individualmente su instrumento y tiene su función, pero todos obedecen puntillosamente los dictámenes de un texto que sólo es inteligible para los músicos. Quien verdaderamente manda allí, no está presente. Ellos no son nada más que intérpretes de una voluntad escrita en un lenguaje sólo por ellos inteligible, un lenguaje con muchos puntos negros como un texto masónico.

Muy semejante al de la música es el espectáculo intelectual y la técnica de la política. Cada político maneja un instrumento de sonoridades, timbres y voces particulares. Cada uno es distinto de los otros, independiente, y aparentemente libre de ejecutar lo que se le ocurra. Pero ésa es una ilusión falaz que sólo puede engañar al que ignora las leyes de un concierto político. Parecen libres, como los músicos de la orquesta. Pero si están en la orquesta, es porque están concertados, es decir, armónicamente combinados en las ulterioridades de la sinfonía política. Soplan en la flauta, no cuando quieren, sino cuando les corresponde soplar. Un artículo inocente, un editorial sin trascendencia, un antecedente aportado por un jurista, un ensayo, una opinión colateral, son modulaciones que se sincronizan en la gran voz de la publicidad, cuya resonancia ahoga el genuino clamor de la necesidad nacional.

Primero fue un socialista, el doctor Sánchez Viamonte, quien propuso abolir toda estructura legal y dejar al país en el estado de horda. Después opinó un antiguo abogado de empresas británicas, el doctor Clodomiro Zavallía, y propició un sistema menos drástico: bastaba reimplantar las normas dictadas en 1853 y eliminar las pocas reformas introducidas en 1949. Luego dictaminó un abogado nacionalista, el doctor Bonifacio del Carril. Aseguró que la operación era más sencilla aún, porque la Constitución era única y no había dejado de estar en vigencia en ningún momento la sancionada en 1853. La "tribuna de ideas" ubicaba estas opiniones en el rincón de su página editorial tradicionalmente consagrada a los pensamientos matrices de la comunidad argentina, como la coordinación de transportes y el Banco Central. Las voces menores del periodismo hacían y hacen un coro estridente a la vociferada e imperiosa necesidad de reformar la Constitución.

Se arguye que la Constitución Argentina no es democrática ni republicana porque permite la reelección del presidente y se hace caso omiso de que la Constitución norteamericana, de donde está copiada la nuestra en su mayor parte, también acepta la reelección de los presidentes. Pero la alharaca que se alza en torno a la reelección es una coartada de

disimulo. Allí no están los huevos del tero. Es sabido que el tero chilla en un lugar distante del nido para distraer y alejar a los que buscan su huevos. Los huevos del tero están en el artículo 40 de la Constitución Argentina. Es el artículo 40 el que se quiere eliminar, no el que se refiere a la reelección del presidente. ¿Qué apuro habría para modificar un artículo que recién tendría aplicación dentro de siete u ocho años? Se dice que antes de llamar a elección será indispensable rehacer los padrones, operación que consumirá, por lo menos dos años. El presidente que resulte electo gobernará durante seis años. Recién entonces cobrará importancia el saber si puede ser o no reelecto. Tampoco es concebible que hayan despertado esa saña combativa los artículos y capítulos simplemente formulativos de los derechos del trabajador, de la familia y de la ancianidad, porque en última instancia, su fuerza ejecutiva puede ser desvirtuada por vía de interpretación jurídica.

Pero el artículo 40 sí es un obstáculo, una verdadera muralla que nos defiende de los avances extranjeros y está entorpeciendo y retardando el planeado avasallamiento y enfeudamiento de la economía argentina. Mientras esté vigente el artículo 40, no podrán constituirse las sociedades mixtas, porque todo lo que se urde estará incurablemente afectado de inconstitucionalidad. Ni los transportes, ni la electricidad, ni el petróleo podrán enajenarse ni subordinarse al interés privado, con que se enmascara el interés extranjero, mientras permanezca en pie el artículo 40 de la Constitución Nacional.

La orquesta de la traición no la cita, siquiera, al artículo 40. No se refiere a él para nada. Ni siquiera simula menospreciarlo o restarle importancia, porque eso equivaldría a reactualizarlo en la memoria pública. Lo ignora, simplemente. No se ha escrito ni una línea en contra del artículo 40, lo cual demuestra que hay una consigna a ese respecto. Todo lo que se ha construido bajo el régimen del "sangriento tirano depuesto" ha sido ametrallado sin piedad y sin entrar a considerar si llenaba o no una función útil a la sociedad. Nada se ha librado de la crítica malevolente y de la intención

disgregadora: hombres, instituciones, leyes, resoluciones, fueron mancillados por las infamaciones más increíbles, pero el artículo 40 está allí, en su soledad de monolito marcando el punto preciso hasta donde puede llegar la intromisión extranjera. ¿Y no es este silencio la mejor prueba de que es él a quien amenaza la creciente marea anticonstitucional?

Cada párrafo del artículo 40 tiene la recia estructura de un bastión, y sus nítidas aristas no se prestan a torcidas interpretaciones. "La importación y la exportación estarán a cargo del Estado". "Los minerales y caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación". "Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación". "Los que se hallasen en poder de particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación". "El precio de la expropiación... será el del costo de origen... menos las sumas que se hubieran amortizado". Son párrafos perfecto, concluyentes y sonoros como una cachetada. Cuando el artículo 40 estaba a consideración de la Asamblea de Constituyentes, una tremenda ola de cablegramas pretendió anegarlo y ahogarlo en germen. Durante varios años, el artículo 40 fue el centro de la animadversión periodística y diplomática extranjera. De pronto se ha hecho el silencio en torno. Los antirreformadores de la Constitución pasan en puntas de pie y parecen ignorarlo. Pero nosotros que tenemos una larga práctica en la técnica de las orquestaciones políticas denunciemos que el verdadero objetivo de las proyectadas reformas a la Constitución Nacional es el de derogar o anular o eliminar el artículo 40. Y sólo nos resta esperar que el silencio que lo rodea sea como el silencio que en la novena sinfonía precede a los tres golpes del destino.

### *Carta abierta al Embajador británico*

Excmo. señor Embajador del Reino Unido, Sir Francis Edward Evans, K.C.M.G.

En la última comida organizada por la Cámara de Comercio Británica se congregó una cualidad de hombres tan excepcionalmente selectos que el altísimo voltaje de inteligencia daba al "Salón Imperio" del Plaza Hotel la inusitada apariencia de un ciclotrón intelectual, cuyo extraordinario voltaje parecía capaz de liberar y hacer entrecrochar todos los neutrones, protones y mesotrones de nuestro enrarecido ambiente. Era evidente que sus imanes chisporroteantes podían transmutar un ser insensible en un dirigente autoritario y transfigurar un verdadero político en un trashumante viajero sin boleto de retorno. Sin riesgo de ser desintegrado fulminantemente, un simple átomo, como yo, no podría acercarse a esa densa concentración de potencias, si no estuviera protegido por la inercia de plomo con que me afirmo en mi tierra y amparado por esa sonrisa que no aflora en los labios y que aprendí a deletrear en George Bernard Shaw y Gilbert K. Chesterton.

Era huésped de honor de la reunión uno de los más grandes acaparadores de inteligencia —que es el genuino, indecible, temible y admirable capital británico— Sir Alexander Fleck, K.B.E.D.Sc.LL.D.F.R.S., presidente de la Imperial Chemical Industries, que nosotros —¡oh, plebeyos republicanos nativos que desconocemos el valor práctico de los títulos!— designamos simplemente con el nombre de "Duperial".

Es verdaderamente una desgracia de la humanidad que hombres tan fina y altamente dotados de inteligencia deban malgastar la mayor parte de sus cualidades en resolver el problema, tan sin jerarquía, de alimentar al pueblo de la Gran Bretaña. Quizá no esté lejano el día en que la comunidad mundial a que vamos llegando, afronte y resuelva este problema, con lo cual la U.N. habrá servido para algo más que para inflar desmesuradamente la personalidad del doctor Prebisch. Entonces los británicos podrán dedicar sus fi-



nísimos dones a las más altas especulaciones del espíritu, como aquel gordo tejedor desocupado y subvencionado por el gobierno, que se había dedicado a la frenología y a leer a Ruskin, según con tanta gracia lo describe Priestley en su *English Journey*.

Los investigadores de la Imperial Chemical Industries trataban de colaborar en ese gigantesco y casi inimaginable plan de explotación del Africa, en que Gran Bretaña procuraba crear una fuente de abastecimientos que la libre de lo que ellos llaman "tiranía alimenticia argentina". Los más ricos y extensos campos africanos están infestados por la mosca tse-tse, que a los hombres y a los animales distribuye por igual la enfermedad del sueño. Los investigadores de la Imperial Chemical Industries descubrieron la antracida, un remedio que inmuniza a los hombres y ganados contra esa plaga. Aparentemente, en adelante podían multiplicarse las haciendas y los cultivos en las casi inconmensurables planicies africanas. El "Start" de Londres anunció el descubrimiento con un enorme título que decía: "Ahora Perón tendrá que bajar sus precios." La práctica del uso de la antracida debió frustrar muchas esperanzas, porque de otra manera sería ilógica la textura del "Informe" del doctor Prebisch, que nos recomienda el abandono de la industria y que nos dediquemos al trabajo agropecuario, en momentos en que el comercio mundial está agobiado por los excedentes norteamericanos. Pero el hemisferio norte puede ser asolado en cualquier momento por una sequía —de agua o de dólares— que el hemisferio sur debe compensar con su histórica prodigalidad.

Del título del "Star" y de otras aún más francas fuentes londinenses, podría deducirse que los argentinos abusamos de nuestra condición de casi únicos exportadores de carne vacuna, de maíz, de lino y de quebracho. La acusación es injusta. Las frigoríficos que los británicos administran para su propio beneficio dan un déficit tan grande como los ferrocarriles que administran los argentinos. Nosotros no acusamos a los británicos de ser malos administradores. Sencillamente, magníficamente, y sin ningún análisis de cuentas, para

cubrir el déficit le regalamos más de mil millones de pesos anuales, suma casi igual, casualmente, a la que los frigoríficos deben abonar a los ganaderos por las 250.000 toneladas de carne destinadas a la exportación. Además, si bien es cierto que el número "dos" continúa inmutable a través de los años, midiendo los pesos que se pagan por un kilo de animal en pie, no es menos cierto que ese número se va quedando vacío como una jarra agujereada en el fondo. Por cada kilo de carne limpia que se llevan, los británicos nos daban unos veinticinco litros de petróleo. Ahora, con la genial desvalorización de la moneda argentina, quedaremos a mano con menos de ocho litros. Prebisch ha resultado más eficaz que los investigadores de la Imperial Chemical Industries.

Establecí relaciones entre la carne y el petróleo, porque Gran Bretaña es nuestra principal proveedora de ese combustible, que nos lo envía desde sus establecimientos del Medio y Cercano Oriente, donde S. E. ha sido embajador inmediatamente antes de que la República Argentina tuviese el altísimo honor de reconocerle esa misma augusta inversión.

En Medio y el Cercano Oriente, con sus herencias de civilizaciones caducas y de naciones que fermentan en el trance de renacer, es una zona del mundo perturbada por la riqueza del subsuelo y la rudeza de una vida que fluctúa entre el ayer, el hoy y el mañana, en un torbellino de pasiones que avivan y arman las codicias extrañas.

La vida vale poco allí. Las intrigas son fáciles y pasan inadvertidas, porque son arrolladas por nuevas intrigas. La inteligencia diplomática tiene un amplio y fácil campo para desenvolverse. El ejemplo de Lawrence está siempre presente. Nada perdurable puede cimentarse en ese suelo arenoso al que no se le permite aglutinarse con el cohesivo de una idea nacional, constantemente desintegrada por los que luchan y medran al amparo de esa desunión. Es un mundo tan convulsionado y en cierta manera tan atrayente para la inteligencia política que aprovecha de esa disgregación, que puede dejar huellas indelebles y perniciosas en el espíritu

de los que allí han actuado, haciéndoles caer en el error de creer que el resto del mundo es de semejante plasticidad.

He admirado siempre esa cualidad que Conan Doyle reconoce a Sherlock Holmes y realmente quisiera poseerla para rastrear el origen de los increíbles acontecimientos que están pulverizando este húmedo y fértil país argentino que hasta ayer era calmo, respetuoso y tolerante amigo de los británicos, en quienes reconocía sin esfuerzo una más hábil capacidad política, una fuerza ejecutiva de alcance mundial, una técnica disculpablemente logrera y un eventual posible apoyo para cualquier emergencia. Pero ahora hay un flogisto —como decían los alquimistas—, un alma de la llama que nos incendia y consume, y amenaza transformarnos en un montón de pulverulenta ceniza sin resistencia y sin forma en que ninguna vida social es posible. Ayer mismo un diario fuertemente influenciado por los británicos, como *La Nación*, con la firma del doctor Carlos Sánchez Viamonte, que es algo más que amigo de los británicos, recomienda abrogar la Constitución sin sustituirla de inmediato por otra, a la espera de un gobierno democráticamente constituido. Con diversos pretextos, una tras otra, van cayendo las armaduras del edificio social. Se habla de la disolución de los gremios y de la puesta en asamblea de los partidos. ¿Es que no se quiere dejar en pie nada que signifique orden, cooperación, disciplina, organización? ¿Se quiere que este país, que es por naturaleza respetuoso, ordenado y jerárquico, se parezca a una horda de beduinos incapaces de presentar ninguna resistencia seria a las huestes disciplinadas de la inteligencia política, como ocurre en el Cercano Oriente?

Palabras no faltan para encubrir las acciones corrosivas. En este país, que se movió siempre bajo la garra del monopolio, se habla de eliminar la excesiva intervención estadual para implantar un liberalismo que no resistiría ni la misma economía norteamericana. Se menta a la libertad para desencadenar a los monstruos de voracidad insaciable. Y así rodamos envueltos en una balumba de palabras que reproducen la bíblica confusión de Babel, pero sobre la cual sólo los hom-

bres intuitivos alcanzan a percibir la directriz conductora de una inteligencia despiadada.

El método difiere, por cierto, de la tradición británica, que tan en cuenta tiene a los imponderables psicológicos, y más se parece a los tan reprochados desembarcos norteamericanos. ¿Es que junto a los cuarenta mil millones de dólares, los norteamericanos les habrán transfundido a los británicos algo de la técnica que los caracterizó hasta la adopción de su más persuasiva diplomacia del buen vecino? Sería tan lamentable e indigno de ser la acción representativa de la excepcional inteligencia reunida en el ciclotrón del Plaza Hotel, que podría llegar a constituir un error irreparable.

### *La fuerza debe estar al servicio de una finalidad nacional*

Desde el comienzo de esta revolución he fastidiado a mis amigos —algunos altamente colocados— con preguntas insistentes y ansiosas a las que sólo se contestaba con evasivas o con afirmaciones cuya falta de solidez los hechos pronto se encargaban de demostrar.

El informe aclaratorio sobre el alejamiento del general Lonardi publicado por los diarios del lunes 4 de diciembre de 1955 vuelve a dar actualidad a mis dudas y a mi ansiedad por conocer la identidad de la inteligencia que está actuando detrás de la fuerza visible. La fuerza tiene una limitación en sí misma. Tanto en su aplicación como en sus objetivos. La fuerza puede doblegar otra fuerza pero es incapaz de convencer ni de persuadir a nadie.

La fuerza está siempre al servicio de algo: de una política, de una ambición personal, de una voluntad de pueblo o de una nación extranjera que procura doblegar las fuerzas propias de otra nación para someterla a coloniaje, cercenarle alguna fracción de territorio o apropiarse de alguna de sus riquezas. La fuerza no es un fin en sí misma. Es un instrumento de algo y de alguien. "La guerra es la última de las

políticas", decía Schlieffen, el más agudo meditador de la estrategia moderna. Lo cual quiere decir que la guerra no es un objetivo, ni puede serlo. Y la guerra es como las revoluciones: una expansión que por su misma índole es transitoria y que está al servicio de una política, es decir que tiene un objetivo y un plan para lograrlo, declarado o implícito.

Ahora bien, las revoluciones suelen tener propósitos muy limitados en su alcance confesado: derrocar a un gobernante que abusó de sus poderes legítimos o desplazar a un grupo o clase de ciudadanos en beneficio de otro o son la simple exteriorización de una ambición personal. Pero los propósitos confesados muy pocas veces coinciden con los objetivos verdaderos que persiguen las grandes líneas de acción en que se mueven los Estados contemporáneos. Bajo la apariencia de una disconformidad personal se juegan intereses más concretos: el uranio, el petróleo, la carne, los cereales o la seguridad de determinadas políticas exteriores. Los pretextos con que se mueven las fuerzas en este continente suelen ser de una futilidad y puerilidad pasmosa, porque los verdaderos promotores y los verdaderos objetivos permanecen en la sombra. Y por eso, observadores agudos desde un punto de vista, ingenuos desde otro, se asombran de la inestabilidad sudamericana. "Nada es durable en este continente. Si tienen democracias, buscan dictaduras. Si tienen dictaduras, buscan democracias. Trabajan por organizarse y articular un orden y al fin terminan por combatir entre ellos. Si hubieran tenido un Cristo o un Napoleón, lo hubieran aniquilado". (Kasimir Edschmidt: *Glenz und Elend Sud América*.)

La observación de Edschmidt puede ser cierta en cuanto a su apariencia, pero no lo es en cuanto a las causas. Las repúblicas sudamericanas no viven flotando en un elemento etéreo y edénico. Al contrario. Están rodeadas por ambiciones y codicias de tal magnitud que se libran del total exterminio más por la neutralización y equilibrio de esas codicias externas que por sus poderes internos de resistencia.

Y es justamente esa apariencia puerilmente convulsiva la que yo quería evitar con las preguntas a mis amigos. ¿Cuáles

son los objetivos de esta revolución? ¿Cuáles son sus finalidades y hasta qué límites se proponen actuar? ¿Cuál es su programa de acción inmediata y cuáles sus finalidades subsiguientes? ¿Se propone derrocar al general Perón, simplemente, o abolir también al partido peronista? ¿Hasta qué extremos se piensa llegar para alcanzar esos fines? ¿O el plan es más amplio que todo eso y lo que se propone es extirpar del espíritu nacional toda idea de independencia? ¿Es ésta una consecuencia circunstancial de la indignación ante algunas demasías y algunos excesos? ¿O los excesos y demasías son pretextos para iniciar y poner en planta un programa cuyos alcances desconocemos?

Los amigos que yo consultaba eludían contestar, porque evidentemente no podían dar una respuesta precisa a mis interrogaciones. ¿Cuál es el programa de esta revolución? ¿Qué piensa la inteligencia, que indudablemente debe animar a la fuerza, sobre los diferentes problemas argentinos? ¿En quién se personaliza esa inteligencia? ¿Es la misma que elige a los colaboradores civiles? ¿Es la misma que erra o acierta con tanta exactitud que casi sin excepción los llamados a colaborar son hombres complicados en los más sucios negociados que el país recuerda, como la Coordinación, el Banco Central, la prórroga de la CADE? ¿Es que el objetivo es retornar a las condiciones nacionales imperantes en la época en que esos hombres predominaban en posiciones usurpadas con el fraude?

Los marinos me decían que el responsable de la selección de colaboradores era el general Lonardi. Los amigos del general Lonardi decían que eran los marinos. El general Lonardi fue alejado del mando con un procedimiento que el informe aclaratorio ha terminado por oscurecer del todo. El mismo día que se dijo que el general Lonardi había renunciado, el *Buenos Aires Herald* publicó en su primera página con título a tres columnas, una declaración en que el general Lonardi afirmaba que no había renunciado y que su alejamiento del poder no se debía a razones de salud sino a la deslealtad de una parte de las fuerzas armadas. El ac-

tual comunicado de la secretaría de prensa tampoco afirma que el general Lonardi renunciara. Dice sencillamente que ante la irresolución del general Lonardi "los ministros se retiraron e informaron de lo ocurrido a sus respectivas fuerzas. Fue entonces que la oficialidad de las instituciones armadas propuso, resolvió y llevó al general Aramburu a la primera magistratura de la Nación". Sorprende que tan desatinadas declaraciones hayan podido expresarse en un comunicado oficial, porque la expresión "oficialidad de las instituciones armadas", es una frase sin sentido alguno de realidad y verdad. ¿Cómo se expresó la voluntad y decisión de esa oficialidad? ¿Es que la oficialidad puede expresar su voluntad por fuera de la estricta disciplina de los reglamentos? ¿Desde cuándo la oficialidad de las instituciones armadas es deliberativa y tiene facultades resolutorias? ¿Es que las instituciones armadas están soviéticas? ¿O con esa expresión infeliz se ha querido dar a entender que tal fue la voluntad de los jefes que jerárquicamente representan la opinión de la oficialidad de las instituciones armadas la que decidió la sustitución de un general por otro? Y ¿qué jefes fueron? ¿O fueron solamente los tres ministros de las instituciones armadas? Y si fueron ellos ¿por qué no lo dijeron sencillamente? Ellos representan la fuerza y mientras la representen no necesitan más argumento, porque ésa es la virtud de la fuerza: la de justificarse por sí misma. ¿O no fueron los ministros de las instituciones armadas los que decidieron la sustitución sino alguien que no tiene la fuerza ni el derecho y quiso escudarse en el derecho que por sí misma tiene la fuerza? Porque es preciso convenir que sorprende extraordinariamente la actuación del ministro del Interior doctor Busso que aparece dotado de poderes extraordinarios. ¿No fue el doctor Busso designado por el general Lonardi? ¿Y cómo se dice que el doctor Busso se negó a firmar el nombramiento del doctor de Pablo Pardo si el nombramiento del doctor de Pablo Pardo significaba la cesantía del doctor Busso? El comunicado dice textualmente: "el general Lonardi presentó al doctor Busso, ya redactado y listo

para ser firmado, un decreto con el desdoblamiento del ministerio y el nombramiento como ministro del Interior del doctor de Pablo Pardo". ¿Dónde se ha visto que el ministro cesante firme un decreto en que se nombra a su sustituto? Desde el momento en que se nombraba ministro del Interior al doctor de Pablo Pardo el doctor Busso era un civil cualquiera. ¿O no era un civil cualquiera ni antes ni después de ser ministro? ¿Qué poderes desconocidos usufructúa el doctor Busso? Por primera vez en la historia argentina se ha mentado a la masonería en un documento oficial. Es bien sabido que la masonería es uno de los instrumentos más eficaces que Gran Bretaña utiliza para manejar a los pueblos desde la invisibilidad. ¿Estaba en juego algo semejante? Y si no, ¿cómo se explica la permanencia de un ministro después de haber sido alejado el presidente que lo designó? ¿O es que la democracia tiene poderes excepcionales para mantener a flote a los que saben invocarlo con provecho y convicción? Y ¿cómo se puede ser demócrata en el seno de un gobierno cuyo origen y cuyo sostén es estrictamente militar como lo confirma el mismo comunicado al expresar que el presidente de la Nación fue sustituido por decisión de "la oficialidad de las instituciones armadas"? ¿Y fue la "oficialidad de las instituciones armadas" la que volvió a designar ministro al doctor Busso? ¿O el general Aramburu también era amigo y tenía plena confianza en las hasta ahora desconocidas aptitudes políticas del doctor Busso? El doctor Busso es un viejo profesor de derecho civil y un no menos viejo abogado titular de un prestigioso estudio que comparte con el doctor Morixe. Es de suponer que a ese estudio concurrirán las más grandes compañías nacionales y extranjeras, ¿las aptitudes políticas del doctor Busso tendrán su origen en la cátedra o en el estudio? Está en la vieja tradición democrática del país que los grandes abogados de grandes compañías alcancen los más responsables cargos políticos. El doctor Manuel Quintana fue abogado del Banco de Londres y el doctor Roberto M. Ortiz, de más de veinte compañías bri-

tánicas. Pero, ¿qué tendrán que ver con todo eso la "oficialidad de las instituciones armadas"?

### ✕ *La batalla de la soberanía*

El general Aramburu, presidente provisional de facto ha afirmado implícitamente que el país está sumergido en un caos, puesto que arguye algunas medidas con las cuales —según él— "el país podría salir del caos".

El caos es una calificación que sorprende en boca de quien está en la suprema función directiva de la nación. El caos, es decir la confusión llevada a su extremo, es la sensación que el soldado tiene en el combate pero no es ni debe ser la sensación del jefe que comanda efectivamente el movimiento de sus tropas. El soldado sólo ve —y sólo puede ver— lo inmediato a él: hombres que luchan cuerpo a cuerpo, soldados que se arrastran, artilleros que disparan sus cañones sin saber a quién tiran y a veces sin ver siquiera el estallido de las granadas que lanzan. Pero el jefe ve, y tiene la obligación de ver, otra cosa. Su visión debe ser panorámica. Las grandes masas de hombres se mueven —o deben moverse— al conjuro de sus planes. El ala izquierda cede. El ala derecha avanza. La artillería del centro ceja. El jefe verá cumplirse sus suposiciones o asistirá al desarrollo de lo que temía: la derrota, que tampoco debe encontrarlo desprevenido, porque la derrota debe estar en el cálculo de todo conductor. Muchas cosas verá quien asume el comando, pero nada de lo que vea se parecerá al caos. El caos sólo existe para quien no es jefe, para el simple soldado que debe obedecer órdenes que no emanan de su voluntad, para el que es una pieza de ajedrez en un tablero en que están jugando otros.

El general Aramburu comenzó su pieza oratoria reconociendo que él carece de "dotes de orador". La cualidad fundamental de un hombre que habla en público es la de saber evitar la inercia psicológica de la palabra, porque puede descubrir un trasfondo que con frecuencia se quería mantener

reservado. En el impulso de una improvisación, el orador suele ser traicionado por su propia subconciencia, y por eso es peligroso para ellos mismos que los que aparecen como jefes de Estado improvisen sus discursos. Sus propias palabras pueden llegar a constituir una amenaza contra ellos mayor de la que pueden urdir sus enemigos.

Si ésta fuera una batalla campal podría describirse la topografía del lugar y el movimiento de las diversas tropas que están conteniendo en torno a sus respectivas banderas. Pero no es una batalla campal, es una batalla que se libra en los campos inmateriales de la economía, de la política y quizá del espíritu. De un lado están los intereses conjuntos de los argentinos. Del otro los intereses de la Gran Bretaña. De un lado está el pueblo de la Nación. Del otro, los agentes extranjeros, y algunos núcleos de mercenarios y ciertos engañados por las banderas que los extranjeros nos hurtaron, como las palabras libertad y democracia que sólo tienen sentido cuando el pueblo está contenido en ellas. Embriagarse con las palabras libertad y democracia cuando no están henchidas de sentido popular, es como embriagarse bebiendo en un vaso vacío.

Como hace muchos años que lucho contra el predominio extenuador que los ingleses ejercen sobre el pueblo argentino, enervando sus mejores energías creadoras, desviando sus impulsos, torciendo las vocaciones, vedando los caminos del progreso, y aunque siempre he mantenido mis juicios en el terreno de lo comprobable y concretamente denunciabile, mi opinión puede ser aparentemente invalidada con la acusación de que soy un obsesionado parcial que ve fantasmas terroríficos donde sólo existen sombras de amigos, voy a citar la opinión del periódico que dirige el padre Menvielle, que se caracteriza por la cautela de sus críticas y por mantenerse constantemente en un elevado plano estrictamente católico.

Hay un plan que desenvuelve paulatinamente en procura de sus objetivos. Dice "Presencia": "Los párrafos centrales del informe que el almirante Olivieri, embajador de la U.N., ha hecho conocer a la Junta Militar, confirma lo que se sabe desde el 16 de junio de 1955: que el actual equipo gobernante

gira incondicionalmente en la órbita de Inglaterra. Por ello nuestro país está trabado económica, política y espiritualmente. Inglaterra tiene interés en convertirlo en una factoría agrícola pastoril sin propia fisonomía ni voluntad nacional (*N. de la D.*)”.

Por lo visto, para “Presencia”, que está mirando la batalla desde una colina distinta de la nuestra, tampoco hay nada que merezca designarse con la palabra caos. Si forzosamente hubiera que buscar una designación, esa palabra no podría ser escrita por ahora.

### *Hacia la reconstrucción de la antigua estructura colonial*

Hasta 1939, año en que se inicia el desbarajuste de la segunda guerra, la organización económico-financiera de la República Argentina era, desde el punto de vista británico, asombrosamente perfecta, tan asombrosamente perfecta como sería la máquina que elabora el combustible que la impulsa, o la vaca que además de la leche, con sólo ordeñarla, diese el forraje para mantenerla.

(Cuando más trabajaban los argentinos, tanto más acrecía el capital extranjero invertido en el país.) El mito de la gallina de los huevos de oro es una inocencia en relación a los huevos que los argentinos empollaron para beneficio inagotable de los británicos.

Los británicos no acostumbran vanagloriarse de sus éxitos. Se conforman con el aprovechamiento de sus rendimientos. Pero la estructura económico-financiera de la Argentina era una obra tan excepcionalmente perfecta que muchas veces cedieron a la vanidad de enorgullecerse de ella. “La República Argentina, es lo que nosotros hemos querido que sea y su actual economía es la consecuencia de una acción deliberada de la Gran Bretaña”, decía con exacta insolencia *The Statist*, de Londres, en abril de 1939. Es imposible dilucidar si esas palabras deben interpretarse como un elogio de su propia in-

teligencia o como una discreta burla de la estupidez de nuestra clase dirigente.

Nuestra exportación estaba —y está— constituida casi exclusivamente por alimentos y por materia prima de índole agropecuaria, es decir, por sustancias cuya producción no requiere casi ningún capital de inversión. Sin embargo, la inmensa mole de productos esenciales para la vida humana que exportábamos anualmente —además del honor de alimentar, vestir y calzar a casi la cuarta parte de los habitantes del “old merry England”— tenían la curiosa y extraordinaria consecuencia de aumentar cada vez más el enorme endeudamiento del país hacia el extranjero.

Dos países que como nosotros carecen de hierro y carbón, Italia y Japón, con exportaciones inferiores a las nuestras, además de cubrir las necesidades de casi 50 millones de habitantes cada una, obtuvieron de ellas recursos suficientes para sufragar y capitalizar industrias de primer orden. En cambio, nuestras exportaciones, después de cubrir las importaciones indispensables para seguir subsistiendo y produciendo, no alcanzaban para cubrir los réditos de las supuestas inversiones extranjeras de capital, y como el hombre que chapalea en la ciénaga, cuanto más producíamos, más nos hundíamos en el tembladeral del endeudamiento. En 1928, año típico del interregno de las dos guerras, las exportaciones de los tres países, tasados en una moneda común, fueron:

*Valor en dólares de la exportación en 1928*

Argentina .....	1.017.000.000
Japón .....	886.000.000
Italia .....	789.000.000

(Annuaire 1935. Société des Nations)

El inmenso poder internacional adquisitivo de nuestra exportación se disipaba en gran parte en la compra de bienes de consumo cuyo valor superaba anualmente el capital requerido para establecer las industrias que hubieran permiti-

do producirlos en el país. Por ejemplo, en 1928 se gastaron en textiles importados 381 millones de pesos, capital más que suficiente para adquirir las hilanderías y tejedurías requeridas para nuestro aprovisionamiento. Deslizándonos en la pendiente del primitivismo especializado habíamos llegado a una inhabilidad inferior a la del aborigen, que sabía confeccionar íntegramente las ropas con que se cubría y las armas que utilizaba para dominar su medio vital.

El saldo de los intercambios internacionales —la exportación menos la importación— no alcanzaba entonces para cubrir los intereses, dividendos y demás servicios debidos al extranjero por sus supuestas inversiones de capital, y el endeudamiento progresaba año tras año, según puede observarse en el siguiente cuadro, cuyos valores fundamentales han sido extraídos de un trabajo oficial de las Naciones Unidas:

ASI SE ENDEUDABA AL PAIS

Año	<i>Saldo de los intercambios internacionales (valor de la Exp. menos valor de la Importac.)</i>	<i>Intereses, dividendos y otros servicios extranjeros</i>	<i>Saldo favorable (capitalización del país)</i>	<i>Saldos negativos (endeudamiento argentino)</i>
	<i>en millones de \$</i>	<i>en millones de \$</i>	<i>en millones de \$</i>	<i>en millones de \$</i>
1926 .....	255	-523		-268
1927 .....	656	-605	51	—
1928 .....	526	-638		-112
1929 .....	237	-616		-379
1930 .....	-266	-585		-851
1931 .....	301	-561		-260
1932 .....	469	-526		- 57
1933 .....	230	-477		-247
1934 .....	508	-535		- 27
1935 .....	551	-537	14	
1936 .....	668	-551	117	
1937 .....	869	-475	394	
1938 .....	-109	-391		-500
1939 .....	350	-456		-106
1940 .....	167	-429		-262
			576	-3.069
				576
				2.493

(“Balance of Payments” - 1948 - U. N.)

*Siempre entrampados*

En quince años, la República Argentina, que es casi el exclusivo exportador mundial de carne y de lino, y uno de los más importantes exportadores de maíz y de trigo, materias éstas que constituyen la casi totalidad de sus remisiones al extranjero, no solamente no ha podido amortizar parte de la supuesta deuda al extranjero, sino que ha debido hipotecar bienes y rentas con la contratación de nuevos empréstitos o

con la concesión de nuevos negocios y explotaciones, porque de alguna manera hay que cubrir esa deuda de 2.493 millones de pesos, equivalentes a casi mil millones de dólares oro. El sistema no es original sino en su magnitud. Horacio Quiroga y Rafael Barret han narrado con detalles el modo cómo en los obrajes misioneros se endeudaba al mensú recién conchavado, de tal manera que por mucho que trabajara, el simple costo de su subsistencia excedía siempre a su salario. Trabajaba hasta la extenuación y su deuda aumentaba siempre sobre el límite de su capacidad productora: era un esclavo blanco, típico ejemplar de la falsa democracia y de la libertad que sólo impera a favor del poderoso. Esa era la estructura económica de la época en que el doctor Federico Pinedo y el doctor Raúl Prebisch trabajaban en armonía para mayor beneficio del Imperio Británico.

#### *Capitalizando el país*

Después vino la guerra. Gran Bretaña, acorralada por el ímpetu guerrero de la Alemania hitleriana y por el desconfiado "cash and carry" norteamericano, debió a su vez liquidar o hipotecar gran parte de sus llamadas inversiones de ultramar. La República Argentina repatrió su deuda externa y adquirió con la buena moneda de sus exportaciones la propiedad de los servicios públicos de que se había adueñado el capital extranjero. El ingenio y la habilidad de sus habitantes se desplegaron en la organización de una industria que cubrió con amplitud toda la escala de la antigua importación. Con excepción de los bienes de capital que importábamos, la exportación comenzó a constituir valores que iban capitalizando rápidamente al país. De la Memoria del Banco Central, correspondiente al ejercicio de 1954, transcribimos a continuación el balance de pagos resumidos de ese año y del anterior, en que el lector podrá apreciar la profunda transformación operada en la conformación económica del país:

Año	Saldos de los intercambios, en millones de \$	Intereses y dividendos exterior	Saldos positivos (capitalización)
1953 .....	1.771	—	1.771
1954 .....	351	—	351

Gran Bretaña ha perdido al proveedor sumiso y barato que para ella trabajaba y del que otrora sólo loas recibía en las cátedras, en el periodismo y en las esferas oficiales. La inteligencia británica dedicará su habilidad y decisión a la reconstrucción de la vieja estructura colonial, bajo el disfraz nuevo de las sociedades mixtas y el siempre eficaz pretexto de la libertad indiscriminada, en cuya verdadera esclavitud caeremos hermanados —unos antes, otros más tarde— los interdictos y los gorilas y los que no somos gorilas ni interdictos, y los orgullosos y los altivos junto con los simples que como el señor Juan José Blaquier creen que nuestro destino de pueblo excepcionalmente fuerte e inteligente es el de ser para siempre "un pueblo pastoril y agrícola, abastecedor de otros pueblos".

#### *Debilitamiento del poder político*

Si fuese posible y no hubiese excesiva resistencia, el sistema colonial de 1939 podría perfeccionarse con el debilitamiento del poder político argentino: del ejecutivo con limitaciones constitucionales que coarten al futuro, previsible y posible dictador; del legislativo, con una atomización proporcional semejante a la que impidió la construcción de la torre de Babel; y del ejecutivo y del legislativo juntos con una repartija federal de atribuciones provinciales. Debilitar el poder político es fortificar indirectamente el poder ejecutivo del Banco Central. Entonces ya no habría miedo a ninguna tentativa de dirigismo estatal, ni nacional.

"Gran Bretaña pierde las batallas, pero gana las guerras", recordaba Wiston Churchill en momentos de extrema angus-



tia para el imperio, y ésa es una verdad que la historia ratifica para encomio de la inteligencia política británica. "Nadie es feliz hasta la hora de su muerte", decía Solón, y bien pudiera ocurrir que a través de brillantes avances victoriosos Gran Bretaña perdiera aquí su primera guerra. Entre 1939 y 1956 han ocurrido hechos que no pueden borrarse de la memoria de la humanidad. La conciencia nacional argentina se ha enriquecido con el ejercicio de una parte de sus propias posibilidades, y quizás se esté fortaleciendo con el áspero restregón de estas heladas ráfagas de tragedia. Cuando el viento del destino sopla, los hombres tienden a olvidar sus pequeñas discrepancias y a tratar de atenuar la disimilitud de sus afectos, porque el perseguido y el perseguidor se entrelazan en el fraternal parentesco de sus mutuas debilidades. Cuando esto ocurra, el agregado comercial de la embajada británica que haya sustituido a Mr. W. N. Storey, si es tan inteligente como él, podrá quizá escribir: "Los problemas británicos en la Argentina ya no se pueden resolver. Hay una conciencia nacional demasiado desarrollada".

### ✓ *Cómo se maneja la economía argentina por control remoto*

Durante el siglo pasado, y hasta 1914, Londres maneja el oro del mundo y el crédito, que no es más que el derecho a manejar, durante un breve tiempo, un poco de ese oro. Hace más de dos mil años que Aristóteles previno a los codiciosos que "el oro es estéril", pero Londres posee el secreto financiero de vitalizarlo, transvasándolo y transfiriéndolo inacabablemente de una plaza a otra. Londres pasea su oro por el mundo para alivio de los pródigos, de los necesitados y de los incautos. El oro de Londres pasa por un país y se vuelve a ir. Por donde pasa, el oro de Londres deja sembrados capitales británicos invertidos en ese país, que los pueblos deben reverenciar hasta la eternidad, con la pleitesía del interés. La escuadra británica custodia por los exóticos mares

ese inusitado fluir y refluir de oro y de mercaderías, en que el oro va y viene mientras las mercaderías solamente van.

La guerra de 1914-18, además de algunos millones de muertos, tuvo dos consecuencias secundarias e igualmente perniciosas. La primera fue el afinamiento en Rusia de un sentimiento, más que de una idea, de repulsa para el oro y para todo lo que él simboliza y representa. La segunda nefasta consecuencia provino de la inesperada avaricia de los "cow-boys" norteamericanos que embretaron a casi todo el oro del mundo y se negaron a desprenderse de él, aunque no sabían —y aún no saben— en qué menesteres utilizarlo.

El ingenio británico descubre entonces que el oro no es indispensable para el mantenimiento del equilibrio financiero, porque, como dice sir Cecil H. Kirsch, K.C.I.E., C.B., lo importante "es prevenir el peligro de la excesiva e incontrolada emisión de moneda papel", suplir "la falta de una unidad estable de valor con la consecuente inseguridad introducida en los contratos por el desprecio de los capitales acumulados en el pasado, y eliminar la sensación de inseguridad provocada por los desórdenes económicos y sociales en los varios países del mundo". ("Central Banks" - Introductory). Gran Bretaña descubre algo que es más prodigiosamente asombroso que la desintegración del átomo. Gran Bretaña descubre que el oro, el metal que tintinea en el fondo avaricioso de toda la humanidad, el oro que Drake hurtó a los galeones españoles que se lo habían hurtado a los aztecas y a los incas, el oro que buscó Marco Polo y Cristóbal Colón y cuya sugestión cantó Rubén Darío, puede ser sustituido con ventaja, como unidad de valores, por una relación numérica con un billete tipo y un grupo de números índices que los estadígrafos proveen con generosa abundancia. La institución especializada en el manejo de la nueva piedra filosofal se denominará Banco Central, nombre que no despierta recelos y está en la tradición británica de insertar el injerto nuevo en el mismo pie caduco.

Londres crea así una zona del mundo en que su voluntad reina soberana: es el área de la libra esterlina. Allí el comer-

cio continúa sin abandonar un patrón oro teórico, pero sin preocuparse demasiado por ese metal en sí mismo ¡que es tan pesado! La nueva técnica y la nueva institución se distribuyen por el mundo. Primero se impone a los vencidos en la guerra —Plan Dawes—, luego a los países subordinados. Después, para no quedar fuera del juego, entran todos, menos los ensoberbecidos norteamericanos y los tozudos rusos, que con unas ideas y una técnica simples hasta la desesperación están decididos a enfrentar a la inteligencia británica y al poderío material de los Estados Unidos.

Con su característico oportunismo, los británicos aprovechan el azoro de algunos países para dotar a la nueva institución de facultades y atribuciones que, hasta ese momento, eran privativas de los poderes que en cada país asumen y ejercen la soberanía. Londres vuelve a ser así el centro newtoniano de un sistema planetario de países satélites, el corazón de un gran organismo financiero que, al mismo tiempo que nutre, se alimenta con su constante palpitar. Los Estados Unidos no acabarán de comprender, estupefactos, cómo una institución que se parece tanto a su doméstico Sistema de la Reserva Federal, tiene consecuencias tan absolutamente divorciadas de sus conveniencias comerciales. Absorto en su competencia con Rusia por el perfeccionamiento de los proyectiles teleguiados, Estados Unidos parece no haber alcanzado a percibir que el Banco Central —esté donde esté— sólo obedece al que domina los instrumentos de control remoto a que son exclusivamente sensibles las inteligencias teleguiadas que ocupan los cargos ejecutivos de las flamantes instituciones, y que son esenciales para su funcionamiento provechoso. Y esos instrumentos están en Londres.

El Banco Central de la República Argentina fue inaugurado el 6 de junio de 1935. Para que nos enteráramos de la importancia que Gran Bretaña acordaba a su fundación, el Banco de Inglaterra delegó especialmente a uno de sus directores, Sir Otto Niemeyer. Y para que estos ignorantes aborígenes tuviesen conciencia de la jerarquía de Sir Otto —quien en el Parlamento fue inocentemente acusado de haber recibido 10.000

pesos de honorarios del gobierno argentino—, una revista local publicó unas opiniones del ministro húngaro, conde de Bethlen, en que éste recordaba que “por una sola intervención ante el banco neoyorquino de Kuhn Loebe y Cía., el director del Banco de Inglaterra, Sir Otto Niemeyer, nos exigía una comisión de cinco millones de francos suizos”. (“Pan”, 7 de mayo de 1935). ¡Una comisión de más de siete millones de pesos argentinos! Las inteligencias y las conciencias teleguiadas comenzaron a vibrar con frenesí de Contador Geiser y a esforzarse por establecer su sintonía, fácil de lograr por cuanto la ley de creación del Banco Central había sido aderezada con otra, creadora del Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias, por la cual se repartía generosamente, entre los bancos y la oligarquía lugareña, más de 700 millones de pesos, producto virtual de la desvalorización de la moneda argentina, que para mayor provecho del consumidor británico se aprobó conjuntamente con la ley matriz que lleva el número fatídico de 12.155.

Para dar una idea aproximada de su poder se ha dicho que el Banco Central es un Estado dentro del Estado. La frase peca, no por ampulosidad, sino por deficiencia. Desde el punto de vista de la economía y de la finanza, que con excepción de los valores inmateriales, constituye toda la vida del país, el Banco Central, en su estructura de 1939, es mucho más poderoso que el Estado argentino. Obedeciendo a razones que desconocemos, el embajador norteamericano, Mr. William Beaulac, nos lo ha recordado sorpresivamente hace poco, al decir: “Los problemas económicos no se resuelven con votos”. Ya lo sabemos. Los resuelve el Banco Central, que está por arriba de la política.

Pongamos un ejemplo para el lector. Los fondos que el gobierno recauda anualmente no pueden ser gastados sino con el consentimiento y la minuciosa imputación aprobatoria de ambas cámaras. La inversión de los fondos es constantemente controlada por la Contaduría General de la Nación, que publica las “Memorias” de inversión casi peso a peso, sin que se admita desviación alguna del presupuesto, so pena de caer en delito de malversación y tener que enfrentar alguna vez el posible

rigor del correspondiente contralmirante Mac Lean. El Banco Central, en cambio, está legalmente libre de esas trabas: libre de la fiscalización de la Contaduría (Ley 12.155, Art. 55). Libre de la obligación de presentar balances y cuentas a la Inspección de Justicia (artículo 56). Todo lo que el país gana con el fruto de su trabajo exportado al extranjero —oro, monedas, divisas libres y controladas— es manejado a su arbitrio por el Banco Central, sin obligación de dar cuenta a nadie, y es distribuido a los importadores al tipo de cambio que él mismo fija (Ley 12.160, Art. 4 Ley 12.155, Art. 32 inc. K, Ley 12.156, Art. 2). O si así lo dispone él mismo, es guardado en sus arcas o mantenido en custodia en los bancos extranjeros, o transferido al mercado libre para hacer subir un aspecto de la moneda argentina que tiene escasa aptitud de compra, pero da a los legos una impresión optimista de la finanza argentina, como ocurre en estos días. Lo único que el país conoce públicamente de esos manejos, que actualmente suman decenas de miles de millones, es un balance de caja, resumido en diez líneas, que anualmente se publica con el pomposo título de “Balance de Pagos”, cuya extraordinaria movilidad e inestabilidad de cifras contradictorias a veces, que se enmiendan o modifican en el correr de los años y aun de los meses, hemos de analizar más adelante.

En los vericuetos de las sintéticas cifras de los “Balances de Pago” cabe un número casi tan infinito de arbitrariedades como de posibilidades de fortuna personal. Y por eso los gringos que llenaban las antesalas presidenciales a la pesca de negocios, permanecen adheridos como garrapatas a las oficinas del Banco Central. Es que un simple “permiso de cambio” es, en realidad, la versión contemporánea de aquel “gran magisterio” que gozaba la virtud de transmutar en oro los metales, y que según el alquímico árabe Kalib, tenía el cromático privilegio de ser de variados colores simultáneamente: “Est enim albus, rubens, rubicundissimus, citrinus, citrinissimus, celestinus, viridis”, exactamente tal cual son de multicoloreados los diversos permisos con que el Banco Central concede la fortuna a sus favoritos.

En Londres, los que manejan los instrumentos de control remoto, que tras una época de inacción, comenzarán a reactivar dentro de poco, sonríen. Una de las finas artes políticas de Gran Bretaña es saber dar participación, y algo hay que dejarles a los habitantes de esta tierra para que se entretengan. Londres está seguro. Desde 1935 hasta hace poco, por indicación de Sir Otto dirige el departamento de cambios del Banco Central don Edgardo Grumbach. Ha resistido en sus funciones al terremoto de la nacionalización y ha sobrevivido burocráticamente a siete presidentes argentinos. La política argentina no tiene por qué molestarlo: es belga de nacimiento y uruguayo por naturalización. Una garantía de imparcialidad. Como el Banco Central.

### *Bajar el nivel de vida para forzar la exportación*

El Banco Central —la estructura funcional que Gran Bretaña difunde por el mundo durante el alerta y nervioso impasse de las dos guerras— le permite soslayar triunfalmente las pretensiones del agresivo capitalismo norteamericano. Merced a su diseminación, Gran Bretaña, ya sin oro ni nada que se le asemeje, puede continuar siendo la distribuidora y administradora de los excedentes internacionales, actividad en que prosigue creando capitales y percibiendo réditos que alimentan su de otra manera insostenible grandeza.

Para ser perfecto —y los ingleses hacen casi siempre cosas perfectas— el Banco Central debe ser inmune al otro peligro que amenaza las bases de su grandeza y debe ser inalcanzable por el impacto de la voluntad de los pueblos. El Banco Central debe estar más allá de la política, para librar a sus decisiones de toda influencia popular. El obrerismo ruso, con una agresividad no inferior a la norteamericana, con el ejemplo sin palabras con que habla la historia, está enseñando a los pueblos el derecho que les asiste a intervenir en la conducción de los asuntos públicos y a requerir, por lo tanto, una participación en los beneficios del progreso general. Y este peligro es tanto

más serio cuanto las clases conservadoras están socavadas en sus convicciones por el sentimiento de la injusticia de sus privilegios en sus relaciones con el Estado. A comienzo de siglo, el Pontífice León XIII observó con aguda clarividencia: "La raza de los ricos, como se puede amurallar con sus propios recursos, necesita menos del amparo de la autoridad pública. El pueblo pobre, como carece de medios propios para defenderse, tiene que apoyarse grandemente en el patrocinio del Estado. Por eso, el Estado debe cobijar con singular cuidado y providencia a los jornaleros que forman gran parte de la multitud indigente" (*Rerum Novarum*).

#### *Comisión a los administradores*

Ahora bien, en la maniobra de absorción de la riqueza de una nación por otra, que caracteriza la operación internacional históricamente denominada "imperialismo económico", la víctima ineludible e inevitable es el pueblo de la nación explotada. El explotador puede mantener —y siempre mantiene— un grupo de personas o una parcialidad y hasta una clase social, en un nivel de vida que hasta puede llegar a ser superior a la que le hubiera correspondido en una nación independiente. Es una comisión a los administradores que gozó siempre nuestra oligarquía, conscientes en su función de capataces de la colonia. La verdadera ganancia del explotador es el resultado de la suma de los millones de pequeños sacrificios sonsacados a la inmensa mayoría del pueblo. Y ése es el tremendo problema argentino en su relación con Gran Bretaña.

La industria argentina, que se creó en el tiempo en que estuvo relajada la dominación británica, elevó el nivel de vida del promedio humano argentino. La elevación del nivel de vida eliminó el infraconsumo de nuestras muchedumbres depauperadas. El promedio de duración de la vida humana llegó a ser de 25 años en San Juan. (Ver: *Alimentación*, del profesor Pedro Escudero.) Al aumentar los consumos argentinos, la mercadería exportable disminuyó hasta límites intolerables

para Gran Bretaña. Para aumentar nuestra exportación es indispensable que nuestro consumo disminuya. Para que disminuya, es indispensable hacer bajar el nivel de vida de las grandes masas proletarias. Para hacer bajar el nivel de vida de las masas proletarias hay que eliminar el factor que lo hizo elevar, es decir, la industria.

#### *Un solo medio de exportar más: comer menos*

El dilema no admite escapatoria y la observación y el planteo de las soluciones pertenecen al doctor Prebisch, de quien son las frases siguientes: "En los últimos años, varios factores —especialmente la industrialización argentina y el consiguiente aumento del consumo interno— han contribuido al descenso de las exportaciones de carne". (Estudio del Comercio entre América Latina y Europa. Pág. 99.) "A la industria se debe, en realidad, que, no obstante haberse interrumpido el desarrollo de la producción agraria, los bienes a disposición del público argentino hayan aumentado en mayor grado que la población, de tal suerte que en 1948 cada habitante del país ha dispuesto para consumo y capitalización del 73 por ciento más de bienes que en 1935". (*Estudio económico de América latina*, 1949, pág. 112.) "En la Argentina más que en ningún otro país, la industrialización, con el alza del nivel de vida, ha traído el descenso de las disponibilidades de la exportación". (*Estudio del C. de A. latina y Europa*, pág. 26.) "La Argentina y el Uruguay exportaron en 1951 alrededor de 485.000 toneladas de carne. Si su consumo per cápita se redujera por ejemplo a 90 kilogramos... el volumen de carne de que se podría disponer para la exportación —a Gran Bretaña— aumentaría en más o menos un millón de toneladas". (*Ibid.* pág. 98.)

La conclusión surge por sí misma de estas anotaciones del doctor Prebisch. Pero bajar el consumo a 90 kilos, según los datos del doctor Prebisch, equivale a disminuirlos exactamente en un 25 por ciento. Para disminuir en un 25 por ciento el consumo de carne, que es nuestro alimento esencial y por ahora

insustituible, habrá que bajar el nivel de vida en un 50 por ciento, por lo menos. Para lo cual habrá que eliminar la industria y desencadenar la crisis más destructora de que tenga memoria el país, que parece el verdadero, aunque no expresado, objetivo del Plan Prebisch.

### *Al margen de la soberanía*

Pero en este momento lo que nos interesa es demostrar que el imperialismo económico procede por absorción de lo que le corresponde a los más grandes núcleos de población, y por eso los grandes núcleos de población deben ser alejados de toda posible influencia en el Banco Central y ésta es la razón por la cual el Banco Central tiene una estructura fascista a la que no alcanza el dominio de la soberanía popular. Hay un representante de cada uno de los sectores que caen en la órbita de la dominación británica. Un ejemplo: hay un representante de los ganaderos. ¿Qué podrá ese ganadero, si todos los ganaderos están encadenados por los frigoríficos que maneja Gran Bretaña? ¿Qué intereses generales van a defender los ganaderos si no pueden defender los suyos propios y, a veces, ni su propia hombría de bien? Con realismo y pena, un poderoso hacendado que era al mismo tiempo un caballero y un patriota, Don Horacio Pereda, documenta el alcance de esas inhibiciones prácticas en su libro *La ganadería argentina es una sola*, en el que afirma que es tal el predominio y prepotencia de los frigoríficos que “basta un gesto de malhumor” para correr el peligro de ser excluido de sus listas de proveedores privilegiados. ¿Qué ganadero va a correr ese riesgo? ¿Y en mérito a qué?

¿Y qué comerciante —idealista como un poeta— va a enfrentar a la todopoderosa voluntad británica en el ámbito sin resonancia pública del directorio del Banco Central? ¿Y qué industrial podrá hablar, ahora que el agua del ahogo les está llegando a las narices? ¿Ahora que su fuente natural de crédito está casi cegada y se sobrevive a estertores de préstamos men-

suales? ¿Y qué “representante de las fuerzas del trabajo” —suponiendo que llegue algún Giordano Bruno— podrá alegar algo que no sea inmediatamente acallado con el reproche de “intromisión demagógica” que fue la cínica calificación con que el ministro del interior y director del ex Ferrocarril Pacífico, doctor Diógenes Taboada, impidió el más somero análisis de los fraudulentos capitales de la ex Corporación de Transporte?

### *La burocracia ejecutiva*

En el perfeccionamiento del Banco Central quedan dos problemas por resolver: la presidencia y la burocracia ejecutiva. En 1935 don Ernesto Bosch resolvió el problema de la presidencia. Su alta edad lo había colocado por encima de toda crítica, que seguiremos respetando. El problema de la burocracia ejecutiva, de cuya estricta fidelidad depende esencialmente la eficacia de la institución, fue resuelto en 1935 por Mr. Taylor y Mr. Powell, delegados por el Banco de Inglaterra para la organización de nuestro Banco Central, con nombramientos de técnicos que estaban libres de toda otra preocupación que no fuese la de servir a quien los había designado, porque todos eran extranjeros. Contador fue designado Carlos Beckmann, dinamarqués. Jefe del Departamento del Tesoro, Aníbal Muschiatti, suizo. Jefe del departamento de Crédito, Silva, español. Del de Cambios, Grumbach, belga. De Títulos, Koeler, cuñado de Grumbach y Aris, español. Encargado del Estudio de los Tratados de Comercio, Rey Alvarez, uruguayo, de larga residencia en Bélgica, donde era asesor de B.R.U.F.I. N.A... y así sucesivamente. ¡Lo que se llama un elenco de primer orden! Los únicos heroicos argentinos eran los doctores Raúl Prebisch y Edmundo Gagneux. ¡Qué honor!

### *Ejecutoria del nuevo presidente*

Al actualizarlo en toda su potencia, ha sido designado presidente del Banco Central el doctor Eduardo Laurencena, caballero de más de 71 años de edad, que allá por los años de 1926 al 30 fue gobernador de la provincia de Entre Ríos, desde donde torpedeó al presidente Yrigoyen con toda la intensidad necesaria para preparar el ambiente que hizo posible la revolución del 6 de setiembre de 1930. Además de esas ocasionales funciones políticas, ha sido apoderado y representante de varias compañías británicas y pseudo británicas y abogado estable, a sueldo, de la gran empresa comercializadora de carnes Bovril Limited, que integran el gran *pool* británico de las carnes. Si la República Argentina y la Bovril Limited estuvieran dirimiendo sus tremendas, contrapropuestas e irreductibles diferencias ante un tribunal, el doctor Laurencena no podría haber defendido a la Argentina sin incurrir en el delito de prevaricato.

Junto con el doctor Raúl Prebisch, el Banco Central ha renacido de entre las cenizas del chusmerío argentino. Los partidos políticos ya pueden alternarse en el ejercicio del poder e infamarse y denostarse como es hábito entre los aborígenes. El Banco Central está por sobre esas minucias. es el gran señor institucional a quien no alcanzan los alborotos que por mendrugos arma su servicio doméstico. Gran Bretaña sigue triunfando. Y sin embargo, creo que ha cometido un error que puede serle fatal: ha olvidado que el pueblo argentino tiene un sentido político tan fino como el británico. Y menos apuro; pero no menor decisión cuando se decide a actuar.

### *La Iglesia no condena el patriotismo*

"El Vaticano advierte contra las tendencias extremas del nacionalismo". Con título aproximadamente similar *La Nación* y *La Prensa*, con tres días de diferencia, difundieron el texto fragmentario de un artículo de *L'Osservatore Romano*. Era traslúcida la intención periodística de presentar a la más alta

jerarquía católica en oposición a las líneas de resistencia nacional que, de una o de otra manera, pudieran calificarse de *nacionalistas*.

Son frases que tratan de formar conciencia por sí mismas, para ganar o tratar de conquistar —o desalentar al menos— a los poderosos y numerosos núcleos católicos de nuestro país, complicándolos de tal manera en la política de destrucción de las industrias, de endeudamiento indebido al extranjero y de infiltración de sus corrompidos agentes en los cuadros de los partidos políticos y de la administración nacional.

Son frases que procuran servir de pantalla a los entregadores internos y de apoyo moral a las conciencias mercenarias que por un sueldo, una prebenda, un posible negocio o una posición social, ponen sus inteligencias y sus conocimientos al servicio de los invasores extranjeros, traicionando los intereses generales de su patria, de sus amigos y aun de sus propios hijos, que en el correr del tiempo caerán confundidos en la gran masa de los explotados.

### *Nacionalismo defensivo*

El sentimiento que está brotando sordamente en la entraña misma de la tierra, el sentimiento que acaricia el ensueño forzosamente silencioso de las grandes multitudes argentinas, es un nacionalismo mínimo, un nacionalismo defensivo de lo que es legal y jurídicamente nuestro, un nacionalismo que quiere amparar el justo derecho de usufructuar en paz los dones de la naturaleza y de su propio esfuerzo, para mantener un nivel de vida apenas compatible con la dignidad humana, que es base tan esencial de la doctrina católica que ningún oportunismo puede desvirtuar.

La sensibilidad nacional a que aquí nos referimos, que en cierta manera debe estar sobre y en todos los partidos políticos argentinos lealmente estructurados, es el equivalente colectivo del gesto desesperado que hace el hombre a quien le roban la cartera, la actitud del dueño de casa cuyo domicilio

asaltan los bandidos o la del ciudadano que oscuramente presente que curiales inescrupulosos, con artimañas legales y argucias de razonamiento, le están birlando el dominio de su legítimo patrimonio.

### *Parentescos internacionales*

Hay en la humanidad contemporánea líneas de concordancia que son innegablemente internacionales. La asunción de una misma creencia teológica y de una misma elevada moral, pone al catolicismo en esa relevante ubicación super nacional. *L'Osservatore Romano* lo ha recordado con exactitud. Otras líneas, quizá de menor categoría aunque no de menor realidad, son también internacionales. Hay, por ejemplo, más parentesco virtual entre un obrero argentino y un obrero británico que entre ese mismo obrero y su patrono. Es el parentesco proletario de sus necesidades y de sus conveniencias, idéntico al parentesco patronal, que también está por sobre las fronteras nacionales. Pero existe, al mismo tiempo, un lazo común entre el obrero argentino y el patrono argentino. Es la necesidad de que la fábrica exista y subsista. Si la fábrica argentina es destruida porque molesta con su competencia a la fábrica extranjera, el patrono se queda sin su propiedad y el obrero argentino sin su trabajo. Esa coincidencia es el lazo nacional que une al patrono y al obrero por arriba de sus antagónicos puntos de vista sociales. La suma de todos los lazos nacionales es el fundamento de la idea nacional, que el Estado argentino debe recoger e interpretar y a la que debe darle fuerza ejecutiva.

### *Expoliación de un país por otro*

La actividad internacional que se denomina "imperialismo económico" y que se caracteriza por ser la expoliación pacífica y casi inadvertible, de una nación por otra, es una complica-

da simbiosis que se establece sigilosamente y se mantiene con subterfugios merced al mantenimiento de órdenes anormales. Bajo la dominación extranjera, que es invisible porque actúa a través de personeros lugareños, se coarta el libre desenvolvimiento de la personalidad humana, se impide la diversificación de funciones de la vida moderna, y así se desarrollan sociedades contrahechas y monstruosas, verdaderos incubos, frutos del demonio y de la voluntad del extranjero.

Una oligarquía de intermediarios corruptos —abogados, directores, síndicos, corredores, o simples subordinados comerciales— sustituye en el ejercicio del poder a los hombres con verdadera y altruista vocación de mando. La vanagloria y la estulticia desplazan al temple y a la honradez del genuino dirigente. El imperialismo toma a su servicio a las mejores inteligencias de un país, para que aboguen y aleguen a su favor en contra de la nación. Las relaciones del individuo y de la sociedad quedan, entonces, interceptadas por esas oscuras fuerzas extranacionales, que obran dentro de la dinámica nacional, a través de sus voceros nacionales. La desmoralización cunde, y con ella la desconfianza en su propio esfuerzo. Una sociedad antinatural y antimoral es la consecuencia inmediata de esa corrosiva intervención extranjera. El Estado manejado por los servidores del capital extranjero, se revierte contra el interés de sus subordinados, y se crea, así, un orden antinatural, esencialmente anticristiano, porque, como muy bien lo dijo León XIII, "el Estado se pone en oposición con las reglas y las prescripciones de la naturaleza cuando deja al error y al vicio una libertad que permite desviar impunemente a las inteligencias de la verdad y a las conciencias de la virtud" (*Inmortale Dei*).

### *No reza con los de aquí*

La oposición del Vaticano a los excesos del nacionalismo —que está en la esencia ecuménica del catolicismo— no reza, pues, con aquellos ciudadanos que únicamente quieren pre-

caver a sus países de los peligros de la infiltración extranjera. Orientémonos por otro lado. En la página 1014 de la enciclopedia católica titulada *Ecclesia*, publicada en París, en 1928, con referencia a "los excesos del nacionalismo", dice: "El peligro de una nacionalismo abusivo existe en las relaciones exteriores con los países extranjeros. Aun allí el Estado cristiano debe preocuparse de la moral, y no creer que todo le está permitido cuando una ocasión de ganancia se le presenta o cuando la fuerza le proporciona los medios para imponer su voluntad".

De aquí deducimos que la prevención con referencia a los nacionalismos excesivos, quizá sea, más bien, un modo indirecto de llamar la atención de Gran Bretaña sobre la ínsita inmoralidad de sus operaciones. Prevalido de las dificultades y de los errores argentinos, el gobierno *tory* de la Gran Bretaña, para contrarrestar la amenaza de inflación interna, abaratar y aumentar sus consumos a nuestra costa, y abrir un mercado para sus quincallerías, no vacila al intentar arrasar nuestra incipiente industria. Con pretextos que son casi pueriles —como el de impedir el dirigismo del Estado— se apropia, por intermedio de sus viejos personeros, del control de crédito y de los medios internos de cambio, que le permitirán ir formando capitales a nuestra costa y, con la mediación de los más desconceptuados técnicos, procura intervenir y, más tarde, apoderarse de nuestros transportes por el inverosímil atajo de los fideicomisarios, para dejar, al fin, tan sólo la cáscara de una nación, cuya jugosa pulpa terminará perteneciéndole, como le pertenecía en el pasado, a consecuencia de no menos tortuosas y dolosas maniobras.

La Nación es una sociedad de grado superior eminente, que debe ejercer sus derechos con una independencia total en el dominio que es suyo. Y el Estado, que asume y resume la representación de la nación, tiene el irrecusable deber de impedir las acciones de agresivo nacionalismo extranjero que amenazan a sus miembros, y considerar, por su parte, que de ninguna manera, y desde ningún ángulo, puede calificarse de nacionalismo excesivo a la voluntad de defender a nuestra

industria, mantener el salario de nuestros obreros y su plena ocupación, querer continuar manejando nuestra propia moneda y la distribución del crédito, proponernos proseguir poseyendo los medios de transportes que son nuestros, e intentar, sin perjuicio para nadie, la diversificación de la vida colectiva y la más amplia extensión de la libertad y de la felicidad individual.

Pero si nos dejamos intimidar por estas frases que torcidamente difunden los menestrales de la voluntad extranjera, o nos abandonamos a la inercia de la cobardía y la debilidad, dentro de poco hasta nos será imposible —como era en el pasado— cumplir los mínimos preceptos formulados por las Naciones Unidas de dar a "toda persona que trabaja una remuneración equitativa y satisfactoria que le asegure a él y a su familia una existencia conforme a la dignidad humana". Y esto es lo que nos debe importar, aunque mientras tanto el obrero inglés no haya podido aumentar su ya alto nivel de vida, ni el gobierno *tory* su prestigio.

Desde este punto de vista, que es menos traslúcido que el otro, y que, con seguridad, no vieron ni *La Nación* ni *La Prensa*, agradecemos que el Vaticano haya prevenido a los católicos argentinos contras las tendencias disgregadoras del agresivo nacionalismo británico, del que estamos siendo víctimas indefensas por ahora.

### *El enemigo nos aconseja desmantelar nuestra defensa*

Schlieffen, el genial estratega alemán cuya lectura y meditación es indispensable a todo hombre de armas, dijo que la guerra es la última de las políticas posibles. El concepto puede parecer paradójal y cruel, por ser excesivamente sintético. La guerra no es un objetivo por sí misma. El objetivo de la guerra es la paz. Una paz en que se procura obtener más de los otros con menos de lo propio. Pero éste es también el objetivo del comercio. Y por eso no está alejado de la reali-



dad quien afirmó que el comercio es una guerra incruenta que se conduce a través de la política.

Mientras sean pueblos individualizados por la política, los intereses de los pueblos estarán siempre en oposición los unos con los otros, para asegurar lo que tengan, para prevenirse o para tratar de conquistar posiciones mejores. La técnica de la política no difiere tampoco grandemente, en su esencia, de la técnica de la guerra. Las aptitudes del hombre no son infinitas y se repiten, aun cuando varíen los fines. Sin embargo, es tal la limitación humana que la técnica de una operación no sirve para otra.

### *No sólo el combate*

Los hombres de armas despliegan gran inteligencia y dedicación al estudio y conocimiento de todo lo que antecede y precede al combate. El combate es la faz más rutilante de la guerra, pero sólo una parte, y bastante pequeña, de la guerra, en la que se conjugan en último extremo todas las inteligencias que lo previeron: los planes de movilización y de transporte, la preparación de los puntos de apoyo, la elección y estudio del terreno. El combate es el punto final de una inmensa tarea preparatoria en que converge un casi incalculable número de factores: los sistemas de protección, alarma y ataque, la eficiencia del espionaje y del contraespionaje, la desmoralización de la retaguardia enemiga y el mantenimiento de la propia, la eficacia de la industria y el tono moral de la nación.

Nadie busca la guerra. Nadie debe buscar la guerra. Pero los hombres de armas tienen el deber de prepararla, tienen el deber de hacer planes de guerra, de manera que la guerra no los tome nunca desprevenidos, por ningún lado y en ninguna circunstancia. Y por eso preparan planes. Son los planes de guerra, en que, dentro de lo humanamente posible, todo está previsto. ¿Qué dirían los hombres de armas a quienes se les aconsejara destruir sus planificaciones y no sustituirlas

por otras, por muy especiosas y verbalmente convincentes que fuesen las razones? ¿Y qué pensarían de quienes, además de destruir sus planes, recomendaran desorganizar voluntariamente sus ejércitos, anarquizar sus cuadros, para volver a combatir en hordas?

### *Invitación al suicidio*

Y sin embargo, es esto lo que se ha estado aconsejando a la nación en los más altos centros de estudios de los hombres de armas, envuelto en el papel de seda de un supuesto liberalismo que los países dominadores utilizan para enviarnos las ponzoñosas mercaderías con que relajan la resistencia de la retaguardia nacional. "Lo importante es no hacer planes", ha llegado a afirmar *La Prensa*, olvidando los elogios que prodigó a sir Winston Churchill cuando éste afirmó que "un mal plan es preferible a ningún plan". Una nación sin planes es algo más peligroso para los ciudadanos que un barco sin timón para sus pasajeros. Es un consejo muy semejante en sus consecuencias al de recomendar a quien lleva su fortuna en el bolsillo que no se abroche los botones, aunque viaje en un colectivo repleto, porque ésa sería una acción "antiliberal".

Casi todas las cosas son fáciles de ver en el momento en que son. Lo difícil, y ésa es la obra de la inteligencia, es verlas un momento antes de que lo sean, para evitar o neutralizarlas. La gacela tiene su olfato y el hombre su inteligencia. Obstinar-se en suponer que el enemigo que avanza viene a desfilar en nuestro homenaje es una ingenuidad que se paga muy cara en el mundo moderno.

### *Cómo se transforma una nación en colonia*

La guerra, cuyo objetivo es la paz, tiene un modo propio y una técnica particular en que se instruyen los hombres de armas. La guerra de la paz tiene también su técnica y su

modalidad características. El combate comercial no consume las vidas humanas en una forma tan espectacular como el combate abierto y franco, pero deja pueblos y hombres malheridos y contrahechos porque, al absorber las riquezas, limita las posibilidades del trabajo y de la iniciativa de los pueblos vencidos. Una nación libre en sus determinaciones es transformada en colonia subordinada a las conveniencias del triunfador: una colonia especializada en producir única y exclusivamente para el dominador.

El hombre de armas sabe que el cuidado de su retaguardia es esencial para el mantenimiento del frente de combate. Y por eso el enemigo que intenta infiltrarse solapadamente, cambiando su uniforme por uno ajeno, es castigado con la pena infamante del espía. La infiltración cambia de aspecto en el combate comercial. Parecen ciudadanos, y son agentes de los intereses extranjeros. Ellos van ocupando lentamente los puestos claves de los comandos de la vida económica nacional, y su obra lenta y paulatina comienza a desarticular la organización vital y a exterminar poco a poco las actividades que contrarían los designios extranjeros. El hombre de armas no tiene una educación que lo haga apto para esta discriminación, porque él cree que los ardides de la guerra sólo se emplean en la guerra, y, en consecuencia, hasta el más suspicaz hombre de armas aparece en la lid civil actuando con el candor de un ingenuo.

#### *Una emboscada en una faz*

El manejo de la propaganda de guerra es una temática que requiere espíritus alertas, que forma parte de ese gran complejo esencial en la guerra moderna que se denomina guerra psicológica. Pero la guerra psicológica y la propaganda son también factores primordiales en el incruento combate de predominio por los mercados y los precios, en que la resistencia de los espíritus es doblegada, y aun paralizada, por la difusión de frases insustanciales que alcanzan, con su repetición

sin análisis, la fuerza de una verdad que nadie se atreve a contrariar. Se dice, por ejemplo, que el Banco Central debe ser autárquico —es decir, que debe estar fuera del alcance de la política, es decir, fuera del alcance de la voluntad nacional, que se expresa, y sólo puede expresarse, a través de la autoridad nacional libremente elegida por el pueblo argentino—, y nadie se detiene a analizar la emboscada que ese aserto encierra. Dos inmensas fuerzas puján en la mecánica nacional: el interés de la nación y el interés de los capitales extranjeros. Si el Banco Central no está dentro de la órbita de las autoridades nacionales, es evidente que obedecerá por inercia a las contrapuestas conveniencias del extranjero. Será una institución títere, como eran estados títeres los que creaba Hitler en los países dominados por sus armas. Las instrucciones que traía el general Whithelocke posteriores a la conquista de Buenos Aires le ordenaban ubicar en los altos cargos a los vecinos de la ciudad, siempre que ofrecieran garantías de lealtad, se sobreentiende. La técnica ha cambiado poco, por lo visto.

#### *Autarquía sin recaudos*

El Banco Central ha sido “autarquizado” sin que se llenara el mínimo recaudo de seguridad de exigir a sus dirigentes la condición de no haber estado jamás, y comprometerse a no estarlo, en relación alguna con los intereses extranjeros que proliferan en el país al amparo de la tradición de generosidad de nuestros antiguos políticos, que fueron, en su mayor parte, estrechos allegados a los capitales extranjeros, y que sólo eran generosos con los bienes del pueblo, nunca con los propios.

#### *Peor que una derrota*

Perder una guerra no hubiera significado para nosotros mucho más que ganar esta paz en que ya se nos ha vuelto a birlar el dominio de nuestra moneda y de nuestro crédito in-

terno, se nos amenaza con endeudarnos, con cegar la fuente de alimentación de nuestra industria, lo cual equivale a desmantelarla, y corremos peligro de perder también el control de nuestros medios internos de transportes. En la "mejora" y "reestructuración" de los transportes están afanados dos técnicos, el ingeniero Dante Ardigó y el doctor Manuel F. Castello, que hace veinte años abandonaron la función pública de fiscalizar las empresas ferroviarias británicas, para pasar, súbitamente, al servicio de las mismas empresas que debían haber fiscalizado hasta ese momento. Ahora están de nuevo en la función pública y en oposición a los intereses ferroviarios británicos.

Schlieffen era un agudo pensador. Lástima que no se ocupó nada más que de la guerra. Quizás si hubiera meditado sobre la paz, hubiera llegado a la conclusión de que hay políticas de paz que son más nocivas que la guerra, y a veces más dolorosamente sangrientas también.

### *Terminar con las querellas*

Fuera de mi gabinete de trabajo esplendente una mañana de primavera tan luminosa y serena que da la sensación de ser eterna. Un recuerdo pertinaz araña mi memoria con su similitud de luces y de circunstancias. Hace exactamente veinte años, en setiembre de 1936, F.O.R.J.A. —Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina— consolidaba su obra de realismo político con la publicación del primer cuaderno de ilustración popular: *Política británica en el Río de la Plata*. Al releerlo, me sorprende la vigente actualidad de sus planteos y me acosa la irresistible tentación de reproducirlo con la esperanza de que sean útiles a las jóvenes inteligencias que hace veinte años iniciaron el renovado asombro de vivir. Es indispensable prevenir que la palabra América se emplea con un sentido restrictivo y en la imaginación del autor sólo representa esa fracción del continente que tiene unidad de idiomas, de religiones, de costumbres y que geo-

gráficamente llega hasta el límite norte de Méjico. Decía en aquella *Ubicación Inicial*: Europa jamás buscó en América el establecimiento de una filialidad. Fue hostil y casi cruel con lo autóctono, primero; con lo asimilado después. Europa sólo quiso extraer oro, al principio. Minerales, materia prima y alimentos, ahora. De fuerza y compulsión se valió ántes. De habilidad y astucia financiera, actualmente. De todos modos, fue de provecho la finalidad. Por eso el estudio del factor económico es fundamental en las relaciones de Europa y América.

Las razas autóctonas fueron exterminadas en la rapiña de la conquista y en la explotación minera. El gaúcho ganadero fue ahogado por las olas de inmigración agrícola. El espíritu de América, baldío de cuerpo, y más una idea que una realidad, se mantuvo indemne a través de las vicisitudes y renació entero en las poblaciones creadas por los hijos de esos inmigrantes europeos.

Como el indio, como el gaúcho, Europa se apronta a exterminar esos nuevos americanos, por la extenuación corporal, la decrepitud de la anemia, la desesperanza y la humillación espiritual.

### *La trama del encadenamiento*

Mostrar cómo esa exterminación fue posible y cómo se realiza en todos los días del presente, debe ser objeto primario de la inteligencia americana que quiera ser leal a su propio pueblo. No es tarea distraída ni que pueda atraer a los hombres de vanidad y de codicia. La urdimbre financiera y económica del encadenamiento son hilos finísimos de obligaciones parciales que se sostienen y consolidan con una ceñida trama de conocimientos parciales, de ignorancias parciales y de mentiras formuladas con increíble aplomo.

Desgracia de América fue la venalidad, por ingenuidad o por mala fe, de la inteligencia con mando y de la inteligencia desocupada. Esperanza de una salvación es el acercamiento

to de la inteligencia a los problemas americanos y su fidelidad hacia ellos. La convicción de que lo americano es lo popular, debe llevar la preocupación de la inteligencia hacia los números inmensos que son como el apellido de la colectividad. Sólo allí reside la esperanza de una familia americana.

Lo desunido y despegado es característicamente americano en estos cuatro siglos transcurridos, hasta el punto de inducir en la creencia de que es determinado y bien premeditado por los que aprovechan de esa desunión. (Hoy lo colectivo americano es una suma de individualidades dispersas y enquistadas cada una en su propio problema, supuesto, sin estudio, particular y contingente, y no como es: general y colectivo.) América no tiene una voz genérica, porque lo que asume esa representación es una impostura de que se valió y se vale el interés europeo.

Las voces públicas proclaman sin desmayo un optimismo renovado cada día, pero lo americano está encerrado en la mudez de esa choza de barro y de paja en que el agricultor orea los sudores con que regó el trigo, que comerá Europa y no sus hermanos americanos. Lo americano llega apenas perceptible en el cuchicheo que va de boca en boca relatando miserias e insinuando desmayos. Lo americano es tan fragmentario e imperceptible que solo lo advierte el apaciguado de pasiones inmediatas y no alcanza al entremezclado en fragores de banderías ajenas. Nuestra esperanza está, sin embargo, exclusivamente, en ese casi imperceptible quejido de la pudorosa miseria americana y no en el extraño estrépito con que se nos quiere ensordecen.

Unos primero y otros más tarde, fue la táctica. Azuzar una parcialidad americana contra la restante, enardecer un localismo o una discrepancia conceptual fue método de conquista que nos revelará la historia de la realidad, aún por escribirse.

### *Una gangrena en el cuerpo americano*

Olvidar el problema de los otros es traicionar su propio problema, porque la expoliación sube como una gangrena por el cuerpo americano. Antes fueron sólo los restantes indios de los altiplanos o los gomeros de la zona tórrida, menospreciados en la consideración del porteño intelectual o dirigente. Más tarde fueron nuestros propios agricultores y apacentadores de ganado los que debieron cubrir su pobreza con las bolsas de arpillera de sus granos. Hoy ya es hasta la ciudad más orgullosa la que cae en una menesterosidad apenas engañada bajo espejismos de pesos desvalorizados y de sueldos y jornales cercenados con los más variados pretextos. Mañana será más grave aún: la gangrena subirá hasta la esperanza misma de América, ya humillada por una pobreza sin dignidad, porque la avasalladora voluntad exigirá la sangre misma de América para la defensa de una de sus parcialidades. En este naufragio, el egoísmo sólo servirá para acrecentar y precipitar la catástrofe. Es indispensable silenciar lo propio para salvarlo.

### *Unir sobre lo fundamental*

Unir sobre lo fundamental es tarea americana y de legítima reivindicación, así como desunir por futilidades o por doctrinas ajenas a la conveniencia americana es tarea del interés europeo y de sus cómplices. Para unir es preciso comprender. Para comprender hay que conocer. Enseñar la comunidad de los intereses es practicar el sentimiento fundamental de América, inmensa fraternidad sin hermanos.

Como el cáncer que consume el mismo cuerpo que aniquila, así vive en el cuerpo americano el núcleo mediador de la explotación extranjera, curiosa asamblea de abogados, intermediarios de empréstitos, correteadores de empresas, comisionistas de compañías, gerentes, síndicos, directores y técnicos de ferrocarriles, simples y vanos enriquecidos en dependencias de ofertadores de la riqueza e intelectuales enternecidos

por las lisonjas astutas de lo europeo. Las redes de venales están tendidas en todos los campos en que subsiste una posibilidad de dominio. Los hay verbalmente declarados como amigos del pueblo y los hay despreciadores ostensibles de lo popular. Descubrir su genealogía gemela y revelar su parentesco espiritual y económico es clasificación de conocimiento más imprescindible que la clasificación botánica de Linneo que se enseña en todas las escuelas.

Muchos de esos venales son de una alardeada natividad americana y de un linaje que a veces suma cien años. Pero tres o cuatro generaciones no cambian más la rigidez de la herencia que una natividad sin antecedentes. Por la sangre, a la corta o a la larga, todos somos europeos. Lo indiscutiblemente americano fue tronchado de América. América es un sentimiento, un estado de alma, no una materialidad y menos una consanguinidad. Ser poroso para ese sentimiento, y no impermeable, puede únicamente motivar una jactancia de americanidad. El simple nacer de padres aquí nacidos es un ocurrimiento de índole civil no trascendente. Hijos de extranjeros fueron Moreno, San Martín y Belgrano, ejecutores de la primera liberación americana del Río de la Plata.

### *Esperanza para el futuro*

Lo americano es lo constantemente presente, no lo fenecido. Es lo que está llegando, no lo que pasó. Es lo que haremos, no lo que hicimos. Valemos, no por lo que en nosotros se cierra, narraciones de despojos y sucesivo hundimiento de lo nativo. Valemos por lo que vamos abriendo y anunciando. Tradición de esperanza nos justifica y ensalza.

Pueblo pobre: así es el nuestro. Llanuras insípidas en que la imaginación trabaja constantemente, creando hombres de excepcional intuición; ríos inhumanos, montañas inaccesibles y estériles conforman la patria. El fruto de sus pampas es para otros, y para otros sus carnes y sus pensamientos. Estamos de prestado sobre la tierra que aún está sin conquistar y sobre

la que tenemos apenas una leve apariencia de dominio político, no real. La Argentina es un ejemplo típico de América. Sus problemas son los problemas de todo este martirizado continente. América entera late en ellos.

### *Más nos valiera exportar menos y vender a mejor precio*

Con título a toda página, *La Razón* del 9 de octubre nos informa que el déficit de los ferrocarriles asciende a 10 millones de pesos diarios, o sean 3.600 millones de pesos anuales. Evidentemente los nuevos administradores, que antes ejercieron la superintendencia general, son más eficaces para aumentar los déficits que para regularizar los horarios. El déficit neto de todos los ferrocarriles, es decir la diferencia aritmética entre las entradas y las salidas, el 31 de diciembre de 1954 ascendía a \$ 775.676.000 o sea un poco más de 2 millones de pesos diarios, según consta en la planilla de cierre semanal de la oficina de contralor económico del Ministerio de Transporte que obra en nuestro poder. Cuadruplicar el déficit en año y medio es manifestación de innegable ineptitud de administrador. Si a eso se agrega la paralización de parte de las locomotoras diesel eléctricas nuevas, dañadas por el suministro de combustible inadecuado, el cuadro comienza a tener colores sombríos y perspectivas tan nubladas como los paisajes de Corot. Para no cansar a los lectores con el tema, dejaremos para más adelante el análisis del sonsonete del déficit de los ferrocarriles. Pero nos permitimos sugerir a *La Razón* que dedique algún otro título no menos sensacional al déficit de los frigoríficos, que también lo pagamos nosotros, y que asciende muy aproximadamente a casi cuatro millones de pesos diarios. ¿O es que los frigoríficos no requieren propaganda en contra porque ya son extranjeros? Y vayamos al tema que nos habíamos fijado y que es impostergable.

En su reciente conferencia radiotelefónica, el ministro de Hacienda, doctor Eugenio A. Blanco, dijo: "La dictadura nos

legó como herencia reservas monetarias exiguas; una fuerte deuda a corto plazo en moneda extranjera; una economía agropecuaria en franca tendencia declinante; una industria ávida de materias primas, de energía eléctrica y de reequipamiento y una situación monetaria inflacionaria, con pérdida progresiva en el poder de compra del peso argentino”.

Por espontánea tendencia humana, todo gobierno habla mal del anterior y de sus errores, sin entrar a hilar la sutileza de que gracias a esos errores es gobierno, pero de todas maneras nos parece que el esquema del doctor Blanco tiene las tintas recargadas. No entraremos a analizar este punto de vista ni nos detendremos a destacar la contradicción que significa quejarse de la “pérdida progresiva del valor de compra del peso argentino”, por parte de quienes disminuyeron de un saque a menos de la mitad ese mismo valor. Lo que interesa en este momento es analizar las medidas que el ministro de Hacienda preconiza para contrarrestar tal suma de achaques. Y aquí está la sorpresa. El doctor Blanco, como antes el doctor Prebisch, sólo encuentra una salida a este callejón: es el aumento del volumen de la producción agropecuaria. Dice el ministro de Hacienda que el único remedio es “*el aumento de la producción agropecuaria que permita la expansión de los saldos exportables*”.

Cualquier comerciante minorista y cualquier chacarero sabe que el monto de sus ingresos depende de dos factores. Uno, el volumen o el peso de la mercadería de que puede disponer, y en eso estará de acuerdo con el doctor Blanco. Pero el segundo factor no es menos fundamental que el primero: es el precio a que venderá la mercadería. Si no tomamos en consideración los precios con que se nos retribuye o contabiliza la exportación, es verdaderamente tarea vana la de aumentar la producción, tan vana como el empeño de las Danaides, que no conseguían llenar el tonel sin fondo. Con un lápiz en la mano y ganas de multiplicar, un doctor en ciencias económicas puede comprobar, en cualquier momento, que mayor volumen a menor precio equivale a menor volumen a mayor precio. Las filigranas del comercio se tejen con dos hebras de hilo:

la de comprar y la de vender. Pero cada hebra tiene dos puntas. La cantidad es una. La otra es el precio.

Constantemente han sido acusados los argentinos de derrumbar los precios de sus propias mercaderías en el mercado internacional. “¿Qué quieren ustedes que hagamos —clamaba airado el director del pool triguero canadiense, John Mac Farlan— si la política constante de lo que ustedes llaman *grandes exportadores* es la de derrumbar los precios del mercado internacional?” Esto ocurría en 1936, la época de oro del reinado del doctor Prebisch, y parece que vuelve a repetirse, con grave lesión para la economía del país.

Con fines distintos de aquellos en que vamos a emplear sus cifras, la Dirección Nacional de Estadística y Censos, dependiente del Ministerio de Hacienda, ha publicado en agosto del corriente año un fascículo denominado *Informe C 31*, en que todos los valores del comercio exterior, desde 1951 hasta agosto de 1956, han sido reducidos a una moneda común y constante, el dólar al tipo de cambio real al cual se efectuó cada operación. Este laborioso trabajo oficial nos ayudará a develar el misterio en virtud del cual se soslaya toda referencia a los precios. Es indispensable que el lector haga un pequeño esfuerzo y siga las cifras con la misma atenta preocupación con que revisa las cuentas del almacenero, de cuyo asombroso crecimiento no logra distraernos ni la más tierna de las caricias de la dueña de casa, ni sus habituales rezongos de “¿Qué querés que haga si baja la moneda y suben los precios?”.

De las páginas 11 y 12 del citado *Informe C 31*, copiamos las cifras del cuadro que se agrega a continuación. El único agregado nuestro es la última columna, en que hemos deducido, con una división simple, el valor promedio obtenido por cada tonelada de mercadería.

EXPORTACIONES DE ENERO A AGOSTO DE 1955

<i>Mercadería exportada</i>	<i>Cantidad en toneladas</i>	<i>Valor total expresado en dólares (cálculo oficial) u\$s.</i>	<i>Valor promedio que resulta por tonelada, en dólares u\$s.</i>
Carnes .....	232.842	124.395.000	534,20
Animales vivos .....	8.195	3.282.000	400,00
Cereales y lino .....	3.336.009	216.612.000	64,93
Frutas frescas .....	77.099	18.318.000	237,50
Otros p/agrícolas .....	44.375	7.706.000	173,60

Total de moneda extranjera, reducida a dólares, al tipo real de cada operación (cálculo oficial) u\$s. 370.313.000

"Informe C 31"

De las mismas páginas hemos extraído y ordenado las cifras correspondientes a las mismas mercaderías exportadas durante los ocho primeros meses de 1956:

EXPORTACIONES DE ENERO A AGOSTO DE 1956

<i>Mercaderías exportadas</i>	<i>Cantidad en toneladas</i>	<i>Valor total expresado en dólares (cálculo oficial) u\$s.</i>
Carnes .....	370.117	157.372.000
Animales vivos .....	28.554	4.626.000
Cereales y lino .....	2.965.074	171.221.000
Frutas frescas .....	86.562	14.407.000
Otros p/agrícolas .....	90.554	6.855.000

Total de moneda extranjera, reducida a dólares, al tipo real de cada operación (cálculo oficial) u\$s. 354.481.000

"Informe C. 31"

Comparando artículo por artículo, el lector puede comprobar que la exportación ha sido fuertemente incrementada. El envío de carnes al exterior —casi exclusivamente a Gran Bretaña— aumentó en un 16 por ciento. Los animales vivos, en un 35 por ciento. Las frutas, en 11 por ciento. Los productos agrícolas varios, en 11 por ciento. La única exportación que descendió fue la de cereales y lino, porque se agotó la disponibilidad. Es decir, que en cuanto a volumen o cantidad el país hizo un verdadero esfuerzo positivo, en pro de su recuperación. El país tenía pleno derecho a esperar que los agentes negociadores del fruto del trabajo argentino obtuvieran, por lo menos, un precio igual a los que se pagaron por la exportación del año pasado. Si aplicamos los precios unitarios obtenidos en 1955 a las cantidades de mercaderías exportadas desde enero a agosto de 1956, nos encontramos con la sorpresa que se sintetiza en el cuadro siguiente:

SI HUBIÉRAMOS VENDIDO LO EXPORTADO EN 1956 A LOS PRECIOS DE 1955, HUBIÉRAMOS GANADO 83 MILLONES DE DÓLARES MÁS QUE LOS OBTENIDOS.

<i>Mercaderías</i>	<i>Cantidades exportadas en los 8 primeros meses de 1956 (dato oficial. Column. 1)</i>	<i>Precio obtenido en los primeros 8 meses de 1955 por cada tonelada promedio exportada (column. 2)</i>	<i>Moneda extranjera que hubiéramos obtenido, calculada en dólares (columna 1 por columna 2) u\$s.</i>
Carnes .....	370.117	534.20	197.642.478
Animales vivos .....	28.554	400.00	11.421.600
Cereales y lino .....	2.965.074	64.93	192.522.254
Frutas frescas .....	86.562	237.50	20.558.475
Otros p/agrícolas ..	90.554	173.60	15.720.174

Total de divisas extranjeras que hubiéramos debido cobrar vendiendo la exportación de 1956 a los precios de 1955, reducidas a dólares .... u\$s. 437.864.981

Verdaderamente contabilizado a favor del país .. .. 354.481.000

Pérdida, por haber vendido a precios inferiores a los de 1955 ..... u\$s. 83.383.981

Frente a la elocuencia de este cálculo comparativo elemental, comenzamos a comprender la razón por la cual los técnicos argentinos a pesar de hablar tanto, no hablan jamás de los precios, como si en los asuntos comerciales los precios fuesen un asunto sin importancia. Pero no adelantemos conclusiones ni nos perturbemos demasiado por la pérdida de 83 millones de dólares. Continuemos examinando el instructivo folleto que nos ha proporcionado la Dirección de Estadística y donde por primera vez se tiene un indicio de los precios a que se ha estado liquidando el producto de nuestro trabajo y de nuestra riqueza.

Examinemos cómo hemos gastado esas raboneadas divisas que ganamos con la exportación. Tomaremos como elemento de comprobación dos rubros que en general tienen poca variación. Transcribimos a continuación las importaciones de hierro y sus manufacturas y de maquinarias y vehículos que ingresaron al país en los ocho primeros meses de 1955. Sus valores han sido reducidos a dólares y están en la página 21 del folleto que estudiamos.

#### IMPORTACIONES DE ENERO A AGOSTO DE 1955

<i>Mercaderías</i>	<i>Cantidades en toneladas</i>	<i>Valor total expresado en dólares (cál. oficial) u\$s.</i>	<i>Valor prom. por tonel. importada en dólares. u\$s.</i>
Hierro y sus artefactos	1.013.596	120.917.000	109.50
Maquinaria y vehículos	125.804	152.008.000	1.206.40
Total dólares .....		u\$s. 272.925.000	

"Informe C. 31"

También de la página 21, transcribimos las cantidades y valores, reducidos a dólares, de las mismas mercaderías incluidas en el cuadro anterior. Estas han sido importadas en los ocho primeros meses de 1956. Así obtenemos el cuadro número 5:

#### IMPORTACIONES DE ENERO A AGOSTO DE 1956

<i>Mercaderías</i>	<i>Cantidad en ton.</i>	<i>Valor total expresado en dólares (cál. oficial)</i>
Hierro y sus artefactos .....	684.586	117.409.000
Maquinaria y vehículos .....	118.566	177.612.000
Total dólares .....		295.021.000

"Informe C. 31"

Si la situación es tan crítica como se repite con una insistencia que no teme el grave perjuicio que se ocasiona a nuestro crédito internacional, era obligación inexcusable la de atenerse a un régimen de morigeración y de austeridad en las compras. Comprar menos y a menor precio que el año anterior, debió ser la línea de conducta de los reguladores legales de nuestro comercio exterior. Nada era más fácil, porque los ocho primeros meses de 1955 se caracterizaron por una importación excepcionalmente elevada de bienes de capital, que suelen ser los de mayor valor unitario, y que si bien venían a incorporarse definitivamente al país y a incrementar su capacidad industrial, desequilibraron —por lo menos circunstancialmente— la balanza de pagos. Si aplicamos a las cantidades de artículos comprados en los ocho primeros meses de 1956, los precios unitarios pagados en 1955, nos encontramos con la sorpresa de que en sólo dos ítems de la importación pudimos haber ahorrado más de 77 millones de dólares, según se desprende del cuadro comparativo N° 6, que se inserta a continuación:



SI LA IMPORTACIÓN DE 1956 SE HUBIERA REALIZADO A LOS PRECIOS UNITARIOS DE 1955, HUBIÉRAMOS PODIDO AHORRAR 77 MILLONES DE DÓLARES.

<i>Mercadería</i>	<i>Cantidad im- portada en 1956</i>	<i>Prec. unit. pa- gado en dóla- res en 1955</i>	<i>Valor que re- sulta para la importación de 1956, en dól. u\$.</i>
Hierro y sus artefactos	684.586	109.50	74.962.167
Maquinaria y vehículos	118.566	1.206.40	143.032.022
Cantidad total que hubiéramos pagado, ajustando la importación a la calidad y precios de 1955 ....			217.994.189
Cantidad realmente gastada entre enero y agosto de 1956 .....			295.021.000
Cantidad que hubiéramos gastado ajustándonos al precio y calidad de 1955 .....			217.994.189
Cantidad que hubiéramos ahorrado en dólares ...			77.026.811

Esos 77 millones de dólares que pudimos haber economizado, si no hubiéramos despilfarrado nuestras divisas en objetos superfluos o prescindibles —como los automóviles, cuya introducción ha sobrepasado la capacidad adquisitiva de la plaza— constituirían un auténtico capital disponible, porque el capital se constituye ganando más de lo que se gasta o gastando menos de lo que se gana, y en esto están de acuerdo Adam Smith, Carlos Marx y los humildes miembros del servicio doméstico que capitalizaron al Banco Español del Río de la Plata con sus ahorros.

Con las deducciones de los cuadros anteriores podemos organizar el cuadro N° 7, que sintetiza todas las observaciones:

VENDIENDO LA EXPORTACIÓN DE 1956 A LOS PRECIOS DE 1955 Y AJUSTANDO LA IMPORTACIÓN DE 1956 A LOS PRECIOS Y CALIDAD DE 1955, HUBIÉRAMOS GANADO MÁS DE 160 MILLONES DE DÓLARES.

	<i>u\$.</i>
Capital que pudimos haber ganado vendiendo lo exportado en 1956 a los precios de 1955 .....	83.383.981
Capital que pudimos formar con el ahorro, si hubiéramos ajustado la importación de 1956 a los precios y calidad de 1955 .....	77.026.811
Capital total de que pudimos disponer libremente ..	u\$. 160.410.792

Realmente desoladoras son las conclusiones que se desprenden y las que pueden inferirse de este cuadro. En política es fácil y a veces útil declamar, pero en economía es peligroso dejarse arrastrar por la engañosa inercia de las palabras. ¿Qué juicio irreplicable formarían los accionistas de una compañía, si su gerente perdiese tiempo en vociferar contra su antecesor, mientras malbarata sus mercaderías y despilfarra en objetos suntuarios sus menguados ingresos? Una simple política comercial conservadora, de mantenimiento de precios, nos hubiera ahorrado la humillación de estos negociadores mendicantes que han causado un daño casi irreparable al prestigio del país. La nación existía antes que el régimen depuesto y seguirá existiendo cuando hasta el recuerdo de este gobierno provisional haya pasado. No hay pasión ni objetivo político que justifique el olvido de los permanentes y esenciales intereses de la nación. Con ajustar la importación y negociar hábilmente la exportación, habríamos ganado tanto como consiguió el doctor Coll Benegas tras un penoso embarazo de cuatro meses y calambres nacionales muy semejantes a estertores. Nos habríamos ahorrado la presencia de tantos técnicos extranjeros y tendríamos, además, 60 millones de dólares para concluir de una vez la acería de San Nicolás. Buscábamos afuera el capital que podíamos ganar en nuestra propia casa, tal como el miope que busca los anteojos que tenía montados sobre su nariz.

Hemos limitado hasta ahora nuestra confrontación a los

ocho primeros meses de 1955 y 1956, porque son valores que el Informe C. 31 ofrece con algún detalle y permite el cotejo de mercaderías equiparables, cuya variación de un año a otro no puede producir alteraciones que desautoricen la comparación. Pero eso no quiere decir que aceptemos los precios de 1955 como dignos de ser punto estable de referencia. Al contrario. Esos precios fueron críticamente bajos, a tal punto que todas las organizaciones representativas de los productores agropecuarios demostraron su insuficiencia compensatoria, por ser inferiores a los costos de producción, de acuerdo a sus respectivas cuentas culturales, y sirvieron de pretexto al doctor Prebisch para desvalorizar la moneda argentina. Vamos a confrontar, pues, los resultados obtenidos en 1956 con los de un año más normal que 1955.

El Informe C. 31 ha reducido a dólares, al tipo de cambio de cada operación, los valores de la exportación de los cuatro años anteriores. No proporciona detalles. Da simplemente la cifra global de la exportación. Vamos a relacionar las cifras de 1955 con los precios unitarios de 1952, que fue un año relativamente estable. La creciente desvalorización de la moneda argentina tuvo una pausa. Los precios agropecuarios alcanzaron un nivel aceptablemente compensatorio.

En 1952 se exportaron 3.038.332 toneladas, en su abrumadora mayoría constituidas por materia de origen agropecuario. Por ellas, de acuerdo al cálculo oficial del Informe C. 31, se contabilizó a favor del país la suma de 677.570.000 dólares. Es decir, que obtuvimos un promedio de 212 dólares por tonelada exportada.

En los ocho primeros meses de 1956 se exportaron 4.361.301 toneladas, que también en su inmensa mayoría fue materia agropecuaria, pero que debió venderse a un precio unitario mayor al de 1952, porque la proporción de carne exportada en 1956 es más alta que la de 1952, y la carne se vende a un precio siete veces mayor que los productos agrarios. Aceptemos, sin embargo, que no hubiésemos podido conseguir ninguna ventaja sobre los precios promedios de 1952. A 212 dólares la tonelada, precio de 1952, por las 4.361.301 toneladas debería-

mos haber percibido casi 925 millones de dólares (u\$s 924.595.812), es decir, 328 millones de dólares más de lo que en realidad se nos pagó. Para mayor claridad, resumamos estas cifras en un cuadro, agregando a lo que pudimos haber ganado, lo que pudimos haber ahorrado.

CON UNA HÁBIL CONDUCCIÓN DE NUESTRO COMERCIO EXTERIOR, HUBIÉRAMOS GANADO UN CAPITAL EXCEDENTE DE MÁS DE 405 MILLONES DE DÓLARES, DE LIBRE DISPONIBILIDAD.

	u\$s.
Valor de la exportación de enero a agosto de 1956 comercializada a precios de 1952 (u\$s. 212 por tonelada) .....	924.595.812
Sólo obtuvimos (u\$s. 136,60 por tonelada) .....	596.089.000
Diferencia que pudimos haber ganado .....	328.506.812
Ahorro que pudimos realizar ajustando los precios y calidades de hierro, maquinarias y vehículos a los valores de 1955 .....	77.020.811
Capital neto excedente que pudimos ganar en 1956	u\$s. 405.527.623

Esos 405 millones de dólares pudieron fácilmente ser nuestros, si se hubiera marcado menos el acento en el volumen de la producción y más en los precios. Pero la palabra "precio" parece "tabú". Nadie la menciona, como si el "manifiesto destino" de los argentinos fuese el de producir cada vez más para cobrar cada vez menos. Esos 405 millones de dólares pudieron transmutarse en equipos petroleros de exploración y explotación, en locomotoras, en rieles, en usinas o en préstamos a países menos desarrollados que el nuestro. De origen análogo al que hemos descripto aquí como penosa posibilidad perdida, son los 100 millones norteamericanos y los 200 millones que ofrecen los italianos y los 30 millones de libras de los británicos. A menos que supongamos que los extranjeros —de quienes descendemos— fabrican los capitales con técnicas esotéricas y en recintos tan resguardados y alejados de nuestro conocimiento como una fábrica de bombas atómicas. O al menos que se crea que se puede continuar hasta la eternidad

justificando errores con la incansable reiteración de incriminaciones al régimen depuesto, al que, por lo visto, será necesario deponer de nuevo con la argumentación de los malos administradores de la fortuna pública. O al menos que se crea que los beneficios que ha obtenido Gran Bretaña con el abaratamiento de nuestros envíos, compensan nuestro efectivo empobrecimiento.

### *Frente a pugnas ajenas, afirmar el ser nacional*

Triste espectáculo el que ofrece nuestro país en este momento. Los británicos cargan apresuradamente sus bodegas con toda clase de vituallas, adquiridas a un precio virtual de liquidación y con maniobras subrepticias colocan en los puntos estratégicos a sus esclavos mentales. Después se burlan de lo que hicieron o de lo que nos hicieron hacer. En un reciente editorial, con un candor digno del padre Brown, *The Times*, de Londres, dice: "La paz política no ha sido establecida en la Argentina, puesto que el general Aramburu se mantiene en el poder sólo por la fuerza". Y agrega: "En el campo económico no hay perspectivas favorables para el regreso de la Argentina a las exportaciones agrícolas como medio fundamental para su propia subsistencia". *The Times* simula olvidar que fue el doctor Prebisch —a quien los británicos ungieron con el óleo mágico de la infalibilidad— quien hizo creer a los hombres de armas que la única esperanza de resolver las imaginarias dificultades era el de acrecentar las exportaciones agrícolas. Como ése fue un pretexto para encubrir y disimular la desvalorización efectiva de nuestras mercaderías, *The Times* no encuentra inconvenientes en disipar esa tramposa perspectiva.

Los hechos consumados son de muy difícil enmienda y los británicos pueden almorzar tranquila y sonrientemente en su Cámara de Comercio. A ellos no les preocupa demasiado el desembarco de los norteamericanos que avanzan a paso redoblado, repiqueteando en el sonoro parche de sus dólares.

Sir Francis Evans es muy experto en los antidotos que contrarrestan esa posible intoxicación. Ha sido mucho tiempo embajador en el cercano Oriente. Un muy inteligente amigo sirio-libanés, me decía:

—Los ingleses manejan los pueblos árabes con una red de hombres y de intereses muy parecida a una telaraña. Nada escapa a la viscosidad de sus finísimos hilos invisibles. Ni los extremos más antagónicos. Imanes y derviches pugnan contra los comunistas. Unos loan a Allah y a Mahoma y abominan a Carlos Marx. Los otros, loan a Marx y abominan a Mahoma y Allah. Pero entrambos conciertan en su respeto a las torres de petróleo que resultan así más sagradas que los minaretes de las mezquitas. Cuando llegaron los norteamericanos, blandiendo sus dólares como machetes, destrozaron todos los hilos de la complicada red, sin preguntar a quién respondían ni por qué habían sido colocados. Con tenacidad de hormiga, los británicos recomenzaron de inmediato a recomponer su red y al año ya estaban mandando de nuevo.

Sir Francis sabe algo de eso.

### *Lo que debe preocuparnos*

Pero a nosotros sí debe preocuparnos y mucho este desborde norteamericano, porque al final el apetito ajeno puede calmarse despreciando en paz el pavo de la boda y acordando una pata a cada uno. La cosa es esencialmente clara. Los británicos quieren vivir opíparamente a costa de nuestro trabajo. Para asegurar la baratura y continuidad de los abastecimientos tienen que impedir que este país se desarrolle, enriquezca y fortifique. Para eso delimitaron un ámbito de seguridad y desde la universidad, el periodismo, la política y las altas funciones de la vida pública pulverizaron sobre las inteligencias un sentido de irrealidad ideológica más paralizador que una ráfaga de insecticida sobre los mosquitos.

Los norteamericanos quieren un poco de lana para sus colchones, algunos minerales y bases militares en la zona

más austral de la Patagonia. Desgraciadamente, al achicarse el mundo y al obliterarse algunas rutas, ciertos puntos estratégicos se han desplazado a nuestras regiones. El único pasaje libre, de océano a océano, está en el sur del territorio argentino. Panamá es prácticamente inútil. La ruta del Indico está sembrada de bases extranjeras y de asechanzas posibles. Queda el estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos. Una base norteamericana allí, neutralizaría la inmensa base británica de las Malvinas y aseguraría el libre paso de sus escuadras del Atlántico al Pacífico, pero eliminaría para siempre la posibilidad de continuar manteniendo nuestra política internacional tradicional, que es de absoluta prescindencia y neutralidad en los conflictos ajenos en que no se diriman intereses argentinos. No hay precio material y ni siquiera precio de sangre que pueda compensar la pérdida de nuestra autonomía internacional futura, que es la manifestación más fidedigna de independencia y de legítima soberanía. La bandera de la neutralidad está tan íntimamente entroncada en la raigambre de nuestra vida nacional que casi se connaturaliza con la idea de la nacionalidad.

Frente al dilema que esas opciones nos ofrecen, los observadores honrados y desinteresados discrepan. Unos creen preferible permitir la continuidad de la interesada influencia británica a cambio de su problemático apoyo a una política de prescindencia. Otros optan por la política contraria, dando por sentado que ninguna influencia podrá ser tan corrosiva de la cohesión nacional como la que se ven obligados a desarrollar los británicos para mantener su mercado abastecedor. Ambas soluciones implican un escepticismo profundo en las reservas del pueblo argentino y un desconocimiento de sus más profundos ideales, que por ser profundos no afloran en la epidermis de los acontecimientos. No encuentro mejor manera de expresar mi convicción discrepante, que reiterar unas palabras que escribí en setiembre de 1950, cuando parecía que el gobierno argentino, compelido por la presión norteamericana, se apresuraba a intervenir en la guerra de Corea.

### *Palabras que mantienen vigencia*

En el Ateneo de Estudios Sociales, entidad constituida por representantes de los gremios obreros, dije entonces y lo repito hoy con la misma fe: "La Argentina permaneció al margen de los dos horribles cataclismos que ensombrecieron al mundo. Sus ciudadanos gozaron de una tranquilidad no interrumpida y de una prosperidad excepcional. Nuestra actitud fue de prescindencia, de alejamiento y hasta de desdeñosa consideración para los males que afligían a las más grandes naciones de la tierra. Desde el punto de vista material y desde el punto de vista espiritual gozamos de una situación de privilegio. Poblamos un territorio feraz y estamos geográficamente alejados de las naciones en conflicto. Por eso estamos sobre esta tierra con la desprevenida despreocupación con que podríamos estar en otro planeta. Pero la Argentina tiene un deber que cumplir. No podemos permanecer impávidos e indiferentes ante el desarrollo de los acontecimientos en que los hombres andan como niños perdidos en el bosque. Un deber de humanidad nos llama a la lucha activa y decidida en pro de la paz de los extraños.

Desde este alejado observatorio, situado en el extremo más austral del mundo civilizado, podemos contribuir al descubrimiento de la línea de coincidencia en que el hombre pueda recuperar la calma y la seguridad en su persistencia, porque aquella humanidad del hemisferio boreal tiene el juicio entenebrecido por el miedo. Aquellos pueblos han perdido la certeza en su continuidad y la confianza en los valores morales. El mecanismo ha concluido por dominar al mecánico. El ansia de poder en que se procuraba fundar una seguridad, ha terminado siendo la mayor causa de inestabilidad y, por lo tanto, de debilidad efectiva.

Para luchar, aun para luchar por la paz, es indispensable tener armas y tener puntos de apoyo. Pero las armas no son solamente los instrumentos capaces de herir y de matar, ni los puntos de apoyo son los constituidos por los países vasallos o dominados. Esa es una técnica política y militar que ha lle-

gado a su culminación, y en su declinación amenaza tanto al vencedor como al vencido”.

### *La política tradicional argentina*

La distribución sin utilitarismos de la riqueza. La sencillez aguda para reexaminar los problemas y reducirlos a sus términos más sencillos y resolubles. La generosidad de acción y de propósitos. La verdad y franqueza de los motivos y la voluntad de hacer amigos, son elementos capaces de constituir fuerza. Esta política internacional que puede parecer llamativa a primera vista es, sin embargo, la política tradicional argentina. Desde el origen mismo de la nacionalidad demostramos ser sensibles a las necesidades de los otros y todos los gobernantes de origen realmente popular supieron ser intérpretes de ese magnífico anhelo argentino. En 1920, en la asamblea de Ginebra, sólo la voz argentina se alzó en defensa de los derechos de los vencidos. Nada esperábamos de ellos. Los mentecatos locales y las inteligencias obedientes al dictado extranjero, se burlaron de ese gesto altruista del presidente Yrigoyen, pero cien millones de europeos quedaron agradecidos hasta la emoción. Ese acto no tuvo trascendencia internacional, porque fue un hecho aislado y porque el mundo no había llegado a la madurez crítica en que se debate hoy.

Si nuestra lucha por el establecimiento de un régimen permanente de paz fracasara, si el antagonismo de intereses y de odios llevara su desvarío hasta la contienda, si de nuevo los campos del hemisferio boreal fueran esterilizados por el flamígero dardo de la guerra, nuestro deber para con nosotros mismos, para con nuestros sucesores y para la parte de humanidad que quede indemne, será de nuevo el aislamiento. Pero esta vez lo haremos con la seguridad de ser el último reducto de esperanza para una luz que amenaza extinguirse.

No temamos que el aislamiento nos inferiorice con su peligro de rudimentarismo y elementalidad. Cuando las civili-

zaciones llegan a un grado de complejidad insuperable para la mente, son los pueblos sencillos los encargados de rehumanizar las doctrinas morales. Así ocurrió hace dos mil años, en que también se dice que estaban en contraposición las civilizaciones orientales y occidentales. Judíos y árabes eran pueblos despreciables tanto para el chino refinado como para el orgulloso griego. Pero lo elemental tiene una fuerza propia de convicción y de expansión. Las normas morales de Cristo y de Mahoma han regido la conducta de la humanidad desde entonces.

En un mundo que declina bajo el azote de la técnica y se disciplina en el sometimiento a lo inerte y a lo abstracto, el aislamiento puede hacer florecer ese germen de humanización que aflora en todas las presencias de las muchedumbres argentinas. Hay una gran alegría en el mantenimiento de esta esperanza que aligeró todos mis días de combate. Permitidme suponer que ella reflorcerá en los jóvenes corazones.

Para cumplir tan elevado destino es indispensable: Primero, recuperar el dominio del Estado para la soberanía del pueblo, en cuyo conjunto solamente reside una esperanza de grandeza. Segundo, mantener y perfeccionar la independencia económica para evitar que los lazos invisibles de los intereses extranjeros corrompan y desvirtúen las tendencias espontáneas de las clases dirigentes. Tercero, mantener y perfeccionar un equilibrio social para eliminar en germen con su justicia distributiva, las distorsiones y parcialidades que la necesidad produce en las clases sin más riqueza que su trabajo.

### *El Banco Central es el rey del país*

Si aprovechamos su terminación para echar una mirada retrospectiva al recién fenecido año de 1956 y para ello acallamos nuestros sentimientos y silenciemos los juicios sobre sucesos que, si bien son dolorosos, no son trascendentes para la vida nacional, llegaremos a la conclusión de que el hecho de más grave ulterioridad para la vida argentina es la autonomía con-

cedida al Banco Central. El lector no estará de acuerdo con esta conclusión, pero su discrepancia no es más que la consecuencia de una falta de información. El ciudadano argentino ignora que la influencia del Banco Central interviene hasta en los menores actos de su vida cotidiana.

El ciudadano argentino está hoy en relación a las enormes facultades del Banco Central en mayor estado de subordinación indirecta que el más pobre de los mujiks frente al más autócrata de los zares. El mujik ignoraba cómo y a través de qué delegaciones sucesivas la despótica autoridad del lejano y casi mitológico zar se iba transformando hasta adquirir la figura corpórea del cosaco implacable. Lo ignoraba tan perfectamente como ignora el ciudadano argentino las vías por las cuales deriva la autoridad del Banco Central y que, sin saberlo él, lo rodea de una especie de caparazón invisible e infatigable, pero infranqueable, que limita o impide toda realización y lo rodea de un ámbito de ahogo en que los esfuerzos y los mejores propósitos mueren antes de llegar a ser acción. [Cuando se desconoce la causa real de un malestar, por inclinación espontánea se tiende a inculpar al vecino que nos molesta y que, generalmente, está tan apurado como nosotros. Es la misma inocente manera de juzgar que han de tener los peces que se ahogan amontonados en la orilla, y que ignoran que son víctimas colectivas de la artera precisión de la red del pescador. Se coletean entre sí, inútilmente, porque la red no depende de ninguno de ellos. La red es extranjera.

Los constituyentes de 1853 discernían con precisión la excepcional autoridad que se deduce del manejo de los asuntos financieros y económicos y reservan al Congreso Nacional la facultad de dirigirlos por los medios técnicos de la época. Esa reserva aseguraba la amplia difusión y conocimiento público del debate parlamentario y la directa responsabilidad política del legislador. Quizá influyó en el ánimo de los constituyentes el recuerdo, aún no extirpado de la memoria de los pueblos, de las perniciosas consecuencias que puede acarrear el manejo incontrolado y subrepticio de las finanzas nacionales. Con el bloqueo del crédito del Banco Nacional, que manejaban los

ingleses solapadamente, Lord Ponsomby doblegó la resistencia de Dorrego y le obligó a firmar la amputación del territorio nacional contra la que tanto y tan altaneramente había vociferado. La soberanía no era un concepto abstracto y meramente simbólico. (La soberanía debía extenderse e imperar sobre todo lo que concierne al bienestar y a la prosperidad de los habitantes)

El artículo 67 de la Constitución de 1853 que hoy nos rige acuerda al Congreso la atribución privativa de:

1º) "Legislar sobre las aduanas exteriores y establecer los derechos de importación". (Inciso 1º).

2º) "Establecer los derechos de exportación". (Inciso 1º).

3º) "Fijar el valor de las monedas extranjeras". (Inciso 10º).

4º) "Arreglar el comercio marítimo y terrestre con las naciones extranjeras". (Inciso 12º).

5º) "Promover la introducción y establecimiento de nuevas industrias". (Inciso 16º).

6º) "Proveer lo conducente a la importación de capitales extranjeros".

Todas estas atribuciones son hoy facultades del Banco Central que las ejerce por aplicación directa de sus autorizaciones legales o por la vía indirecta que se deduce de su imperio sobre el valor relativo de la moneda argentina, el crédito interno y el comercio exterior.

En 1853 los gobiernos no tenían a su alcance más medios técnicos para intervenir en la vida económica de la Nación que la fijación de tasas, de impuestos y de contribuciones internas, ni más posibilidad directiva sobre el comercio exterior que la aplicación de derechos de importación y exportación. Los constituyentes no podían ni siquiera imaginar que la moneda argentina iba a tener alguna vez la flexible elasticidad del acordeón y que variando su valor relativo —sin modificar aranceles, aforos, derechos, tasas ni impuestos— se podría controlar, alterar, fomentar, restringir, o suprimir las relaciones comerciales con cualquier país extranjero, que es atribución indelegable del Congreso Nacional.

"La más terrible de todas las máquinas totalitarias es aque-

lla que circula por los carriles del crédito”, afirmó el contralmirante Rial con agudeza el 8 de junio de 1956. Esa temible máquina totalitaria pertenece al equipo de prerrogativas del Banco Central y los carriles del redescuento son tan amplios que todas las actividades ciudadanas caben en él.

La Constitución de 1853 dice que la Nación “adopta para su gobierno la forma representativa, republicana y federal” y nada dentro de ella, puede, por lo tanto, contrariar esas normas primordiales de la convivencia colectiva. Pero el Banco Central —institución que nos fue impuesta por Gran Bretaña en 1935— es una entidad despótica, para cuyas decisiones no hay apelación, cuyas deliberaciones, si existen, no tienen publicidad, estructurada de acuerdo a los cánones corporativos y que está fuera del alcance de la responsabilidad política, a través de cuya instrumentación se ejerce únicamente la soberanía popular. Su presidente es inamovible —salvo por delitos de orden común— (y dura siete años en sus funciones: más que el presidente de la Nación. Está libre de la fiscalización de la Contaduría General y de la Inspección de Justicia. Sin dar cuenta a nadie de la razón de sus actos y decisiones, maneja a su arbitrio toda la vida económica de la Nación y no responde ante nadie, ni por los perjuicios que causa ni por los beneficios que impide.

Para dar una idea de la amplitud casi ilimitada que alcanzan las aptitudes funcionales del Banco Central, vamos a servirnos de un ejemplo sencillo, tan sencillo como es el “punto cualquiera” que los geómetras emplean en la demostración de los teoremas con que tornan preceptibles las de otra manera imperceptibles relaciones de un problema complejo. El sujeto de nuestro tiempo será un simple destornillador, instrumento sin complicaciones, pero indispensable hoy que hay tanto personaje con los tornillos flojos. En el ejemplo simplificado eliminaremos los factores que no dependan del Banco Central: fletes, seguros, derechos aduaneros, portuarios y estadísticos, gastos de eslingaje, transportes y demás cargas que intervienen en todo comercio.

Supongamos que un tipo dado de destornillador puede ad-

quirirse en el extranjero a un dólar cada uno. Ese mismo destornillador se vende en la plaza de Buenos Aires a \$ 50 moneda nacional. Usted, lector, hace números y calcula que importando destornilladores puede hacerse rico sin mucho trabajo porque el dólar, según ha leído en los diarios, tiene un valor fijo de \$ 18.

Con el asesoramiento de un “corredor autorizado” inicia las gestiones. Si el Banco Central le acuerda permiso de importación por la Circular C. 2304 —cambio oficial— el dólar le costará efectivamente \$ 18 moneda nacional. Usted venderá su destornillador y embolsará \$ 32. En lugar de un solo destornillador usted pudo importar 100.000 destornilladores, ganar la bonita suma de \$ 3.200.000 y llevar la misma vida rumbosa que el importador que vive cerca de su casa. Pero usted no es ni envidioso ni codicioso y se conforma con un solo destornillador...

Si el Banco Central —por razones que él solo sabe— considera que su destornillador no es indispensable y le acuerda permiso para importarlo “por la circular C. 2305”, el dólar que usted necesita girar al exterior deberá ser adquirido en una casa de cambio o en un banco y le costará aproximadamente \$ 36. Si usted vende su destornillador, ganará \$ 14 en la operación. La ganancia no es despreciable y la operación es factible.

Si el permiso de importación “sale” por la “Circular C. 2309”, el dólar que usted necesita para comprar el destornillador le costará \$ 56, porque deberá adquirirlo al precio de plaza y depositar, además, \$ 20 con destino al Fondo de Restablecimiento. No le han negado el permiso de importación, pero la operación ha sido interdicta.

También puede ocurrir que el acuerdo para importar se lo concedan por la “Circular C. 2390”. El dólar le costará \$ 76 moneda nacional, porque, además del valor de plaza, deberá depositar \$ 40 para el mentado Fondo de Restablecimiento.

Hay otros tipos de cambio —es decir otros valores relativos de la moneda argentina— que el Banco Central determina dentro de la más variada gama de la arbitrariedad, como los

vigentes para ciertas mercaderías del Paraguay que soportan un recargo de \$ 10,20 por dólar, o los que se aplican para sofrenar un poco el crecimiento del costo de la vida, como los vigentes para las bananas y los combustibles líquidos. Este es el resultado de lo que en el Plan del doctor Prebisch se llama "ajuste de la moneda argentina", "establecimiento de una moneda sana y de un instrumento estable para medir los valores". Pero no es a las fraudulencias verbales del Plan Prebisch a lo que queríamos referirnos, sino a los poderes del Banco Central con relación a un sencillo destornillador. Resumamos los resultados en un cuadro:

<i>Carácter del cambio acordado</i>	<i>Costo en Buenos Aires de un destornillador que vale un dólar</i>
Por mercado oficial (C. 2304) .....	m\$n. 18.—
Por merc. libre, s/recargo (C. 2305) .....	" 36.—
Por merc. libre, c/recargo (C. 2309) .....	" 56.—
Por merc. libre, c/recargo (C. 2390) .....	" 76.—

Como hasta ahora el Banco Central no se ha opuesto terminantemente a la importación de su destornillador, usted continúa buscando un país de donde convenga traerlo. Es así como descubre que en Japón puede adquirirlo por sólo medio dólar. Con el peor de los cambios (\$ 76), el destornillador saldría, puesto en Buenos Aires, a \$ 38. El Banco Central le contestará que no hay divisas para Japón o alguna cosa parecida que equivale a lo mismo; prohibición de negociar.

Si usted consigue entrar en relación con un residente en Japón y, para salvar el obstáculo de la falta de divisas, conviene con él en que usted le remitirá seis kilos de arroz para que las divisas que él debe abonar cubran el precio del destornillador que él fabrica y usted quiere importar, el Banco Central le contestará que no hay convenio con Japón o que están cubiertos los cupos y no se autorizan los trueques.

El lector se ha desilusionado. No podrá traer su destornillador del extranjero. Sin poseer la llave de sus misteriosas po-

ternas, la autoridad del Banco Central es infranqueable. Pero el lector es hombre de empeños excepcionales y está dispuesto a no dejarse vencer. No puede importar el destornillador, pero nadie —ni el Banco Central, así cree él— podrá impedir que lo fabrique en su propio país para utilidad suya y de sus conciudadanos.

El lector ha calculado que la fabricación del destornillador saldrá a menos de \$ 30. Se siguen vendiendo a \$ 50 y la empresa tendrá un amplio margen de ganancia. Como reside en una provincia, donde hasta se ignora la existencia del Banco Central, se dirige al Banco de su localidad. Allí se le informa que el Banco Central no autoriza los créditos a largo plazo y que por otra parte el límite del redescuento ha sido alcanzado y el Banco Central no accede a su ampliación. El lector —¡oh insansable lector de los ejemplos!— acude, entonces, al gobernador de su provincia y le propone, ingenuamente, que la provincia emita un empréstito local —que con seguridad se cubrirá en el ambiente dada la abundancia de numerario sin colocación. Parte de los fondos podrán dedicarse a estimular la fertilidad lugareña con préstamos especiales del Banco Provincial. El gobernador le responderá que su plan es aceptable y él ya había concebido algo semejante, pero el Banco Central no autoriza la emisión del empréstito interno. El alcance y la magnitud de los poderes del Banco Central comienzan a obsesionarlo. Pero usted está decidido a tener su destornillador.

Un amigo suyo es propietario de un pequeño establecimiento de campo. Usted lo convence de que el trabajo agropecuario es un menester primitivo, de poco rendimiento, en el que es apenas algo más que un esclavo de los frigoríficos y de los grandes exportadores que monopolizan sin competencia la compra de granos. Sus razones contagian a su amigo que, en el fondo, es tan empeñoso y activo como usted. Arrienda su campo y para tener fondos disponibles lo hipoteca. Ya tiene usted su fábrica plantada. Ha triunfado y los billetes comienzan a hinchar sus bolsillos.

El éxito entona su espíritu y lo arrastra a concebir empresas de un calibre mayor. Nada resiste a la voluntad del hom-



bre decidido a triunfar... Es casi imposible librarse del deleite embriagador del engréimiento... Su fábrica no es grande, pero no eran mayores los talleres de Henry Ford y de Chrysler en su origen. Usted está cincuenta años atrasado con relación a la industria norteamericana. Pero eso ¿qué importa? Todas las generaciones nuevas están atrasadas con relación a las que les antecedieron. Es una razón más para tener confianza en el futuro, a pesar de sus imperfecciones. Su nieto también tiene cincuenta años menos que usted y por eso mismo está más cerca y es más dueño del porvenir que usted. Su optimismo es contagioso. Los mozos de la vecindad que permanecían ociosos y parecían haraganes demuestran ser operarios excepcionales.

Está usted tan ocupado que no ha tenido tiempo de leer una pequeña noticia que inserta un periódico y que dice: "Comunica el Banco Central que ha resuelto excluir a los destornilladores de la circular C 2309 e incluirlos en la Circular C 2304". Ese escueto comunicado, que el lector consuetudinario pasa por alto, es su sentencia de muerte como hombre de empresa, como fueron sentencias de muerte para otros, comunicados menos esotéricos. Desde ese momento, el destornillador de un dólar se venderá a dieciocho pesos y usted no podrá competir con él, como es lógico.

Sus ilusiones se derrumban junto con la estabilidad de su fábrica. Los obreros se desparramarán en las variaciones de la ociosidad y quizá usted entre a competir con ellos en la impostergable necesidad de ganarse la vida. Ni las instituciones republicanas ni las hermosas libertades virtuales que la Constitución de 1853 acuerda, han sido amparo suficiente de su ingenio, su iniciativa y su voluntad de trabajo. Ha caído usted en la celada de "esa democracia abstracta y declamatoria, vacía de realidades e inaplicable, tan padecida por los pueblos americanos, y cuyo trasplante al terreno político no significa nada más que opresión y despotismo", a que se refirió con curiosa precisión el contraalmirante Rial en su alocución del 8 de junio de 1956. El Banco Central lo ha atrapado en la red de sus atribuciones. Usted es, en adelante, un siervo más

de su reino inmaterial y comenzará a comprender que no exagerábamos al asegurar que la autonomía del Banco Central es el hecho más lamentable del año pasado. Un verdadero demonio ha sido desencadenado. Para no amilanarnos, recordemos que los ángeles que —según Santo Tomás— no tenían y no tienen más armas que la inteligencia y la voluntad, supieron derrotar a todos los demonios y hundirlos en las profundidades del infierno.

### *Sueñan con liberar la economía argentina de la intromisión de los argentinos*

El *Buenos Aires Herald* del 8 de enero de este año publica un comentario editorial que es tan ilustrativo y aleccionador que merece la pena de ser analizado, porque ayuda a identificar a los promotores de lo que está ocurriendo y permite inducir la magnitud sorprendente de los objetivos que los británicos se proponen conseguir en este país, si el país no despierta a tiempo del sopor en que se procura mantenerlo distraído, mientras se le hurtan los comandos esenciales de la vida nacional. Es la misma técnica del prestidigitador. Con la mano derecha distrae nuestros ojos, mientras la izquierda hace desaparecer el pequeño objeto que contenía. Aquí, con la derecha se atizan las rivalidades políticas lugareñas, el espíritu de venganza y de revancha, mientras con la izquierda se apropian del manejo del crédito y de la moneda, de los ferrocarriles, de las comunicaciones y atiborran sus barcos con carnes y granos adquiridos a precio vil.

Como todos los comentarios británicos, éste del *Buenos Aires Herald* requiere una doble traducción. Al idioma castellano, primero. Al lenguaje corriente, después. Cuando los ingleses dicen que una medida es acertada o correcta, es porque ella los beneficia de alguna manera. Si los beneficia a ellos, nos perjudica a nosotros. En la relación bilateral, que es siempre la relación entre comprador y vendedor, cuando uno gana el otro pierde. Por lo tanto lo que es acertado y

correcto para ellos es lo desacertado y perjudicial para nosotros. Pongámos un ejemplo. La desvalorización de la moneda argentina sancionada en 1955 por aparente consejo del doctor Prebisch, fue una medida acertada, porque tuvo consecuencias benéficas para los británicos. Nada más que en el rubro de la carne obtuvieron cuatro ventajas: 1º) La carne argentina bajó en el mercado de Smithfield de 18 a 8 peniques por stone. 2º) La extrema baratura de la carne argentina en Londres duplicó su consumo y dentro de poco lo triplicará. El nivel de vida británico se elevó sin alza de salarios. 3º) La desvalorización de la moneda argentina fue tan descomunal que dejó un margen de casi el 15% para aumentar el precio interno de los novillos, con el cual se acalló transitoriamente a los ganaderos. 4º) El precio de la carne subió en la Argentina y en consecuencia su consumo interno disminuyó, con lo cual se obtiene un volumen mayor para la exportación a Gran Bretaña. Cuando se eliminan los subsidios a los frigoríficos, el precio de la carne volverá a subir. Los consumos disminuirán. Las disponibilidades para la exportación volverán a aumentar. Y así sucesivamente hasta que nos conformemos con un pedazo de pan y nada más que el olor de la carne de vaca para sazonzarlo.

Otra precaución que es necesario tener presente cuando se lee un comentario británico, es que ellos, de acuerdo a una muy estudiada técnica retórica, no hablan ni argumentan en primera persona. No dicen: *Yo quiero, o Nosotros los británicos queremos*. Ellos dicen: *La libertad necesita esto o La democracia requiere esto*. Por eso, en este comentario omitiremos los sujetos de las frases del *Herald*. Cualquiera que sea el sujeto gramatical que utilicen, nosotros sabemos que el verdadero sujeto son ellos mismos.

### ¿Qué entienden por liberación?

El comentario del *Buenos Aires Herald* del 8 de enero, comienza afirmando que se "ha realizado la liberación política del país" y agrega a continuación que "hoy exigen la libera-

ción económica". El lector puede sentirse inclinado a suponer que los redactores del *Herald* se están acercando a los ideales del pueblo argentino, puesto que les falta nada más que la referencia de la "justicia social" para formular la trilogía de esperanzas que los haría incurrir en el delito previsto en el decreto 4161. Pero ese sería un grave error de apreciación, según veremos de inmediato. Esas frases han sido traducidas del inglés al castellano. Para entenderlas en su verdadero significado, hay que volverlas a traducir trocando las conveniencias argentinas, que están en la imaginación del lector, por las conveniencias inglesas que estaban en la imaginación del redactor.

Para los redactores del *Herald* la "liberación política" no es, simplemente, el desplazamiento del "sangriento tirano" depuesto. Es algo más total, que atañe no sólo al pasado, sino al porvenir. Del resto del artículo se desprende, porque lo dicen abiertamente, que el *Herald* considera "liberación política" el alejamiento del poder de "los políticos baratos que invariablemente quieren seguir el camino más corto y fácil de la popularidad electoral".

El camino de la popularidad electoral ni es el más corto ni es el más fácil, es algo más que todo eso: es el único camino institucional para llegar al poder. Es el camino consagrado por la Constitución Nacional que los extranjeros tienen el deber inexcusable de respetar, mínimo precio que les exigimos a cambio de la generosísima hospitalidad que les acordamos. La altanería desdeñosa que los lleva a menospreciar las vías legales, porque en ellas está incluida la voluntad del pueblo argentino, es la más repudiable posición mental en que puede colocarse un extranjero al comentar los problemas del país que lo alimenta.

Si no es por los caminos del acercamiento a los problemas del pueblo argentino, ¿por qué camino quiere el redactor del *Herald* que los políticos traten de llegar al poder? ¿Por el de la violencia sin ideas? ¿O por el fraude con el apoyo de las grandes compañías británicas, como hizo el general Justo?

Ni en Estados Unidos, ni en Francia, ni en Italia, ni en la

misma Gran Bretaña la democracia tiene una forma de expresión distinta de la nuestra. La lucha política es un largo diálogo con el pueblo. ¿Tiene, acaso, el pueblo otro medio que no sea el voto para expresar su conformidad o disconformidad? ¿Y cómo puede el político conseguir el voto del pueblo si no es acercándose a él y demostrándole que, por lo menos en la intención, interpreta sus dificultades y tratará de resolverlas?

No nos enojemos demasiado, porque el redactor del *Herald* ha dicho una verdad más profunda de la que quiso decir. Políticamente hay varios partidos argentinos entre los cuales el ciudadano puede optar. Esa es, digamos, una división horizontal de la opinión pública en que los británicos no se entrometen. Pero hay una división más profunda en la sociedad argentina; de un lado están los que de alguna manera, y dentro de las fuerzas de cada uno, tratan de ser leales a los intereses del pueblo argentino. Del otro, los servidores del capital extranjero que tratan de utilizar para su propio beneficio la riqueza y el trabajo de los argentinos. Los que están al servicio del pueblo argentino son los "políticos baratos" quieran o no seguir "el camino más corto y fácil de la popularidad electoral". Los políticos de lujo —sean radicales, socialistas o conservadores, católicos o comunistas— nacen en las asesorías de las grandes empresas, se amamantan con la "leche certificada" del Intelligence Service y se desarrollan con los oídos orientados, como las orejas del caballo, para no oír los clamores del pueblo y estar atentos al más mínimo susurro de la British Embassy. Desde este punto de vista hay que reconocer que el *Herald* tiene razón. Todos los "políticos baratos" e inclusive los "funcionarios baratos" han sido desalojados de las funciones directivas y reemplazados por "políticos y funcionarios de lujo". Un abogado de empresas inglesas preside el Banco Central. El ex asesor de un ex ferrocarril británico preside los ferrocarriles que todavía son argentinos. Un director de la compañía británica "Transradio" maneja las comunicaciones. Un ex abogado del Ferrocarril Sud preside el Consejo Nacional de Educación... y así sucesivamente. Dos

puntos neurálgicos de la Argentina, por su posición estratégica y por su riqueza petrolífera, Salta y la Patagonia, tienen interventores "de lujo", cuyos indiscutibles méritos son el de haber patrocinado a los ex ferrocarriles británicos el uno, el de ser teniente de las reales fuerzas británicas, el otro. Tiene razón el redactor del *Herald*: el poder público ha sido liberado en su casi totalidad de la plebeya presencia de políticos y funcionarios "baratos".

Habrà sorprendido al lector, seguramente, la referencia que el *Herald* hace a la "liberación económica", pero esa sorpresa proviene, también, de la falta de identidad de las definiciones que a esa frase asignan el lector y el redactor del *Herald*. Para el lector, la "liberación económica" significa la manumisión de las posibilidades argentinas de las ligazones que la coartan y maniatan. Instintivamente el lector presiente que el llamado "capital extranjero", sólo es extranjero por su nombre y por el destino de sus utilidades. Presiente, con razón, que ese capital se formó a costa del país, contabilizando a su favor el trabajo y la riqueza argentinas, y que su servidumbre era un estado de subordinación muy parecido a la esclavitud. Intuye oscura —pero acertadamente— que ese capital extranjero es enemigo de su lozanía: es el que impide el libre desenvolvimiento de la sociedad y de los individuos, el que obstaculizó la implantación y el desarrollo de industrias que podían competir con los artículos importados. Presupone —con un acierto que las investigaciones demuestran— que ese capital extranjero es el máximo corruptor de la sociedad argentina: de su política, de su periodismo, de su educación. El lector siente, en lo más recóndito de su emoción, que desde el punto de partida de la "liberación económica" se abre una ancha y magnífica vía para el destino de la nación argentina y para todos —presentes y futuros— que en ella estamos comprendidos como en el regazo de una madre *Herald*. Para el lector, la "liberación económica" significa del hijo que nació trabajador y la del carilampión que se obstina en parecerse a un furibundo gorila.

Para el lector, la frase "liberación económica" significa

asunción por parte de los argentinos de las riendas de nuestra propia economía. Y ésta es la causa del malentendido, porque para el redactor del *Herald* "liberación económica" significa liberar a la economía argentina de la impertinente intromisión de los argentinos, de tal manera que quede en libre disposición a merced de los británicos, que así podrán rehacer y reconstruir los capitales que perdieron durante la guerra. La interpretación que el lector pudo dar a la "liberación económica", según la cual la riqueza argentina es la base ineludible de la salud, la fortaleza, la decencia y la dignidad del pueblo argentino, es una interpretación demagógica y "barata".

El mismo *Herald* se encarga a párrafo seguido de explicar el alcance de lo que se debe entender correctamente por "liberación económica". Dice que "no se trata de la clase de liberación económica a la cual se hallan acostumbrados los oídos extranjeros. Se trata de la liberación (de la economía argentina) del ultranacionalismo interno". El redactor del *Herald* denomina "ultranacionalismo" a las simples manifestaciones del instinto de conservación. Ellos quieren hurtarnos lo que es nuestro. La resistencia que ofrecemos al despojo es una manifestación de "ultranacionalismo". Defender lo propio de la piratería extranjera, oponerse a revivir el drama de Martín Fierro y de Cruz, querer orientar hacia el bienestar general el comercio externo e interno, los cauces del crédito, de la energía y de los transportes, aferrarse a la propiedad nacional de la tierra para no ser un paria en su propio país, querer obtener un precio equitativo para los frutos del trabajo, abrir con la industria una perspectiva a los hombres de empresa, ejercer, en una palabra, los mismos derechos que en todas las democracias tienen los ciudadanos, es incurrir en "ultranacionalismos", para el redactor del *Herald* y para el más alto personaje británico que inspiró u ordenó escribir ese inusitado comentario editorial.

Acusar de ultranacionalismo a la voluntad defensiva del pueblo argentino es un vicio retórico que sería ridículo en la pluma de un británico, si no encubriera designios tenebrosos.

Sería ridículo, porque no hay en el mundo nacionalistas más extremos que los británicos. Cada británico actúa como si de él exclusivamente dependiera la existencia, la fortaleza, la seguridad o la grandeza de todo el Imperio Británico. La riqueza del Imperio es la suma de las riquezas individuales de los británicos desparramados por el mundo. La definición pertenece a la Enciclopedia Británica. Al acumular bienes los británicos se enriquecen a sí mismos y enriquecen al Imperio. Para un británico nada hay mejor que otro británico. No comprará una tenaza que no sea inglesa, aunque le cueste tres veces más. Desdén por igual a franceses, alemanes, italianos, rusos y españoles. A los norteamericanos los desprecian, porque su desdén se mezcla con el despecho que siente al sentirse económicamente subordinados. Son tan irritantemente nacionalistas que arrastran consigo por el mundo sus costumbres, sus usos, sus hábitos y sus tradiciones. Sus instituciones son impenetrables. Hace muchos años, el doctor Adolfo Dago Holmberg, caballero excepcionalmente ilustrado y capaz de desenvolverse en cualquier lugar del mundo, contó una anécdota que ilustrará al lector más que un montón de definiciones. El doctor Holmberg había sido instituido heredero por un pariente fallecido en Gran Bretaña. La herencia era cuantiosa y constituida en gran parte por propiedades situadas en la Argentina. Para entrar en posesión de la herencia, el doctor Holmberg viajó a Inglaterra. No consiguió que ningún abogado británico la patrocinara. Transferirle la propiedad al doctor Holmberg era sacarlas de la bolsa común de las propiedades británicas, era disminuir un poco el haber del Imperio y ningún abogado se prestó a eso. ¡Qué lección para los abogados que aquí se desviven por patrocinar a las compañías extranjeras! El contraste entre nuestro mínimo nacionalismo y el exacerbado ultranacionalismo británico tiñe la acusación del *Herald* con un barniz de cómica ridiculez. Pero el ridículo no ha intimidado nunca a los británicos. Para defenderse de él, tienen su característica flema que algunos ignorantes suelen confundir con la impavidez del cinismo, que no es lo mismo. La flema es más elegante.

En sus párrafos prefinals, el editorial del *Herald* que estamos glosando y analizando dice que "no tardarán en llegar los días en que se buscará la cooperación financiera y técnica extranjera para recuperar el tiempo perdido bajo la dictadura. El petróleo, la energía y el transporte son sólo algunos de los problemas que habrá que presentar en breve en forma específicamente política". Estos dos párrafos encierran un misterio insoluble, por ahora. Habla en futuro de la búsqueda de cooperación financiera y todo el mundo sabe que las misiones enviadas al exterior han buscado esa cooperación sin lograrla. Luego, debemos deducir que la cooperación financiera y técnica a que se refiere el editorial del *Herald* tendrá un carácter que aún no es posible definir ni precisar. El segundo párrafo no es menos hermético: "El petróleo, la energía y el transporte son sólo algunos de los problemas que habrá que presentar en breve en forma específicamente política". ¿Qué quiere decir "específicamente política?" ¿Con qué alcance se puede interpretar esa curiosa calificación? ¿Será una sociedad mixta de tipo particular? ¿En que, por ejemplo, los cargos directivos de las sociedades que se hagan cargo del transporte, de la energía y del petróleo, no se distribuirán en relación al valor de los aportes, sino con un sentido "político", es decir, reservando una mayoría a los británicos? La operación tendría algunos antecedentes. Cuando el Banco de la Provincia de Buenos Aires se refundió en el Banco Nacional, los británicos, que tenían mayoría abrumadora en el primero, venían a quedar subordinados en el segundo, dado el inmenso aporte que efectuaba el gobierno nacional. Entonces, se disminuyó en los estatutos el número de votos que correspondían a las acciones del gobierno y los ingleses continuaron teniendo mayoría en el nuevo Banco. Y fue manejado el Banco Nacional como lord Ponsomby consiguió doblegar a Dorrego y obligarlo a firmar la segregación del Uruguay. El mismo Ponsomby había escrito: "Nuestro ejército es el Banco Nacional". Esto lo saben hoy los historiadores, pero en aquel entonces no lo sabía nadie. La mayoría que tenían los ingleses no era pública y el directorio esta-

ba integrado por buenos ciudadanos criollos. Presidía el Banco Nacional don Juan Pedro de Aguirre, argentino de origen vasco, como el doctor Eduardo Laurencena. ¿Será algo semejante lo que se está maquinando? Lo único que podemos asegurar es que ese proyecto lacerará gravemente los derechos y los intereses argentinos, porque parece que la sola mención de proyecto semejante ha levantado heroica resistencia en otras partes del mundo. Dice el editorial que "Es bien sabido cuál ha sido la reacción ante la sola mención de estos temas explosivos en otros países, tanto en la América del Sur como en otras partes del mundo". ¿Logrará ser impuesto aquí lo que produjo tal reacción contraria en "otras partes del mundo"?

El editorial termina con una frase más esotérica y misteriosa que un conjuro de extraños ritos. Dice: *El gobierno revolucionario trabaja y maniobra vigorosamente para evitar estallidos en el momento en que se establezca en este país el contacto político vital. Es ésta la gran tarea del nuevo año.* ¿Qué es ese *contacto político vital* cuya imposición provocará estallidos de rebeldía? ¿No está incurriendo en abierto desacato el *Herald* al presuponer que el gobierno trabaja a favor del establecimiento de algo que contrariará tan abiertamente la voluntad de la Nación que desde ya descuentan "estallidos"? ¿De qué índole puede ser ese *contacto político vital*? ¿Planearán los británicos anexarnos a su imperio? Hace casi exactamente veinte años, en un momento en que tenían preponderancia los mismos civiles que ahora rodean al gobierno, nos visitó Lord Willingdon, ex virrey de la India y ex gobernador del Canadá. Su conferencia pronunciada en el Jockey Club fue una franca invitación a ingresar al Imperio. Dijo que la estructura del Imperio Británico era tan elástica que podíamos conservar nuestros símbolos y nuestras instituciones...

Todo esto puede parecer absurdo, pero allí está el editorial del *Herald* y es fácil releer el discurso de lord Willingdon en la colección de diarios de la época. Los británicos tienen una audacia sólo parangonable con su sentido de la oportunidad. La Memoria del Banco Central de 1946 dice que "la oportunidad no da derechos". Los británicos saben que esa

expresión se escribió para protegerlos. Ellos como nadie son duchos para extraer derechos de la oportunidad. Y las oportunidades suelen no repetirse. Cuando un país pierde su cohesión, como el nuestro, queda como una cartera tirada en el medio de la calle. Pasa uno y se lleva un billete. Pasa otro y se lleva otro billete. Hasta que el más audaz se lleva la cartera.

Por el cuadrante británico las perspectivas son sombrías. Pero el horizonte tiene otros puntos cardinales y a lo mejor nos salvamos del cataclismo por otros derroteros. Lo importante es que la madera del buque sea de buena calidad. Capearemos el temporal que se avecina o lo atravesaremos como podamos. Después repararemos las averías. Lo fundamental es no equivocarse en la calidad de la materia prima y por eso debemos preguntarnos: ¿tiene nuestro pueblo la calidad de los pueblos dignos de subsistir independientemente? Dejaremos la respuesta a cargo de un profundo pensador contemporáneo y agudo observador, Ortega y Gasset, que nos visitó en 1926 y escribió: "Yo no conozco ningún otro pueblo actual donde los resortes radicales y decisivos sean más poderosos. Contando con parejo ímpetu elemental, con esa decisión de vivir en grande, se puede hacer de una raza lo que se quiera. Por eso, buen aficionado a pueblos, aunque transeúnte, me he estremecido al pasar junto a una posibilidad de alta historia y óptima humanidad de tantos quilates como la argentina".

Desde el borde del oprobio que nos amenaza, agradecemos esas palabras, maestro. Ellas serán nuestro santo y seña para reconocernos en la tenebrosa tiniebla en que estamos entrando.

### *Hace 20 años un lúcido marino dio un alerta*

La primera guerra europea estalló en 1914 y terminó en 1918. Durante los diez años siguientes, los países que intervinieron, Gran Bretaña en primer lugar, estuvieron atareados en su propia reconstrucción. Las naciones que de alguna manera estaban o están subordinadas a la diplomacia y a los intereses

européos, tuvieron una oportunidad excepcional para expresarse y abrirse un camino hacia la vida independiente. Entre nosotros, ese período se caracterizó por una disminución de las atribuciones que la oligarquía se concedía a sí misma en su carácter de mediadora de la explotación extranjera. La voluntad popular —asegurada en los textos, burlada en la práctica— tuvo una magnífica ocasión para manifestarse. Hipólito Yrigoyen asumió el poder. Los problemas del pueblo argentino, por primera vez en muchos decenios, comenzaron a identificarse con los problemas nacionales. Al disminuir el sople extranjero, amainó el tremolar de las grandes palabras con que hasta ese momento se había recubierto la entrega de las fuentes de riqueza, y comenzó a ser visible la real miseria de la nación, porque nación y pueblo son casi conceptos consustanciales e inseparables.

Con Hipólito Yrigoyen se inicia una obra de redención popular y de consolidación nacional. Se prohíbe el uso del cepo, que estuvo vigente en los grandes establecimientos del Norte hasta 1916. Se obliga el pago de salario en moneda nacional, para terminar con la explotación del "vale", que nunca conseguía saldar la deuda que alimenta la boca que sostiene el brazo. Se establece el salario mínimo... Las muchedumbres proletarias o simplemente desposeídas comienzan a alejarse de las agrupaciones extremistas, comienzan a comprender que sus problemas no son problemas teóricamente internacionales, sino concretamente nacionales. Puede ser que haya una confraternidad proletaria, pero, si la hay, es muy semejante a la confraternidad cristiana: un ideal, una forma de expresión del espíritu, sin relación alguna con la necesidad de todos los días. Un obrero inglés come pan barato a costa de la miseria del trabajador agrario argentino. Un tejedor de Lancashire tiene trabajo cuando el tejedor argentino queda sin el suyo. Y, al revés. Cuando el obrero argentino consigue ocupación en una tejeduría, un obrero tejedor queda desocupado en Gran Bretaña. Los trabajadores argentinos comienzan a comprender que las agrupaciones internacionales, al alejar a los trabajadores de la consideración objetiva de sus proble-

mas, cumplen una función de utilidad para los extranjeros que extraen sus ganancias de la explotación de la Nación, de la que es parte primordial el pueblo trabajador. Quizás esta enseñanza que los pueblos necesitan aprender en su propia carne fue la mayor trascendencia de la revolución radical, porque la obra legislativa en que pudo concretarse y consolidarse fue bloqueada por el Senado, que continuó siendo de mayoría opositora.

El 6 de setiembre de 1930 puso punto final a esa esperanza argentina. *The Times* se apresuró a acusar a esa revolución de ser promovida por los intereses norteamericanos, y esa acusación fue recogida por *La Prensa*, que la difundió, rebatiéndola con argumentos muy poco convincentes. Es muy posible que los intereses norteamericanos hayan intervenido, pero me consta que la diplomacia británica no fue ajena tampoco. Yo frecuentaba en aquellos tiempos el Club Universitario de Buenos Aires, uno de los centros más activos de la conspiración. También era asiduo concurrente Sir Eugen Millington Drake. No he sido testigo sino de su concurrencia y de su amistad con quienes estaban muy lejos de él por años y por jerarquía; pero por donde pasaba Sir Eugen aparecían después dinero y armas. ¡Puede ser que haya sido por casualidad! Lo cierto es que el 6 de setiembre, a pesar de toda la inmensa buena voluntad y el innegable patriotismo del general Uriburu —que se proponía hacer justamente todo lo contrario de lo que hizo— se inaugura el decenio más vituperable de la historia argentina, en que los políticos usurpadores, sin dignidad y sin decencia, proceden a entregar al extranjero las llaves maestras de la economía argentina.

El anciano Yrigoyen fue encarcelado. Sus prosélitos, perseguidos, torturados, calumniados y vilipendiados. No hubo inmundicia ni calumnia que no tuviera acogida favorable en las columnas de la prensa mercenaria. Se utilizó el poder público para las más sucias tareas de un poder faccioso. Pero el pueblo argentino no se engañó nunca. Al contrario. Cuanto más arreciaban las calumnias, más se acendrabá su devoción. Personalmente, vi una escena de honda emoción. Yrigoyen, ya

muy enfermo, había sido traído de Martín García y se alojaba en la modesta casa de un amigo, en la calle Sarmiento casi esquina Suipacha. Una verdadera muchedumbre, silenciosa y compungida, cubría la cuadra todas las tardes, y aun las noches. Algunas mujeres llevaban cirios y oraban en plena calle de la descreída ciudad de Buenos Aires. Un anochecer se entreabrieron muy lentamente las persianas. Una voz, como una onda de presentimiento corrió por la muchedumbre, con el rumor de un murmullo: “¡Es él!” Por la rendija entreabierto, apareció una mano. Esa mano se movió en el aire y trazó algo semejante a una cruz, como si impartiera una especie de bendición amistosa o como si se despediera ya desde la lejanía. Y aquella escéptica y burlona muchedumbre porteña, al impulso de una emoción unánime, se arrodilló reverenciosa en el duro suelo de la calle porteña. Expresaban así su agradecimiento al amigo que quiso hacer algo por ellos, y su reconocimiento al gobernante que había abierto las primeras vías a la esperanza de una manumisión nacional.

Después, los mequetrefes inteligentes, discutidores y de buenos modales que las compañías extranjeras tienen a su servicio, se adueñaron de la escena pública. Bajo la presión invisible de las fuerzas imperialistas, el país regresó a un primitivismo tan rudimentario, despavorido e inerme que hasta la esperanza de una salvación se temía perder, y se fue cediendo al extranjero hasta la elemental provisión y distribución interna de alimentos, como la matanza de vacunos y el abastecimiento de carne. Mientras el mundo se mecaniza y obtiene del motor un descanso para la fatiga humana y una mayor eficacia para su acción, la Argentina, empobrecida por una comercialización que apenas le permite pagar sus deudas, se mantiene en una indigencia casi salvaje. Cincuenta mil tractores se fabricaron en Rusia en 1932. En Norteamérica, sesenta mil. Para disminuir el costo de producción, hasta países de superficies agrarias manuales como Italia, implantan en las zonas aptas la utilización del tractor en vasta escala. La Argentina no fabrica tractores. En 1932 se importó un solo tractor. Los “grandes diarios” publican notas sobre la incon-

veniencia de la mecanización. Dicen que aumentará los costos de producción. El costo de producción desciende en la Argentina a costa del nivel de vida del productor: sumando al trabajo del hombre el trabajo de los niños y de las mujeres. Una choza de barro, de paja o de bosta, y hábitos más de pudor que de abrigo son los más notorios índices de su infelicidad. Son neoesclavos de tez blanca y de sangre europea que cayeron bajo el yugo impuesto a lo americano por las naciones imperiales.

Nada avanza aquí en el transcurso de este decenio, como no sean los tentáculos imperiales de Gran Bretaña. Las industrias que se crearon durante la guerra y con el apoyo de Yrigoyen, van cayendo una a una. Ellas disminuyen las exorbitantes ganancias de los importadores y alteran el equilibrio de las funciones a que Gran Bretaña nos ha destinado. La desocupación se extiende como una epidemia de cólera, mientras el antiprogreso avanza en su tarea destructiva porque aquí no puede desarrollarse nada que no rinda provecho a Gran Bretaña. Las grandes ciudades extirpan de sus centros a los anticuados carromatos tranviarios y circunscriben su acción a los barrios suburbanos. Aquí los tranvías van a desplazar al automotor. En el resto del mundo, los ferrocarriles tratan de contrarrestar la competencia del automotor con la reducción de sus tarifas y un reajuste de su sistema. En la Argentina el procedimiento es más sencillo. Con nueve millones de pesos se logra la complicidad de la prensa y la connivencia de los legisladores. Las leyes llamadas de coordinación resuelven el problema de la competencia automotriz. Gran Bretaña recupera todo lo que había perdido y avanza en su hegemonía un paso más. Con el Banco Central obtiene al mismo tiempo el control de la moneda argentina, de la totalidad del crédito interno y del comercio exterior.

Más entregada a Inglaterra que cualquiera de sus colonias, la Argentina vuelve a ser, no sólo el proveedor predilecto de materia agraria y casi exclusivo de carnes, sino el arma que utiliza para disminuir los precios del mercado internacional. Los productos argentinos sirven para desvalorizarse a sí

ellos. Es la tradición. Ya en la *Revista de derecho, historia y letras* de diciembre de 1898, el doctor Estanislao Zeballos cuenta que durante su visita a Estados Unidos, un alto funcionario le preguntó al conocerlo: "¿Es usted ciudadano de ese gran país que hace bajar los precios de nuestro trigo?" En 1935 volvimos a cumplir esa función, y el director del Pool Triguero Canadiense exclama, indignado: "La Argentina está haciendo *dumping* deliberadamente con su trigo". Ahora ha ocurrido lo mismo con el trigo, con la carne y con las frutas. Pero no es a la actualidad a lo quiero referirme, sino a lo que sucedió a la caída del régimen popular de Hipólito Yrigoyen.

Para no verme envuelto en la inercia de mi propia disconformidad, como regulador de mis ideas y observaciones, me gusta cotejarlas con la de amigos que por su actividad y tipo de educación puedan tener un punto de mira o de referencia distinto del mío. Uno de esos amigos era el capitán de fragata José A. Oca Balda. Confieso que siempre me atrajo la amistad de los hombres de mar. La soledad del océano deja un sedimento en el alma que sólo comprenden los que también sintieron esa soledad. Pero además de sus cualidades profesionales, el capitán de fragata Oca Balda tenía vocación y virtudes que eran para mí excepcionalmente atrayentes. Era un espíritu generoso, poseía una inteligencia lúcida y era tenaz en la persecución de sus objetivos. Se había dedicado al estudio intenso de la economía y de la finanza argentinas. Fue para mí una satisfacción al comprobar que por caminos distintos habíamos llegado a las mismas conclusiones.

Su libro póstumo *El último libertador*, que recopila parte de los trabajos de Oca Balda, es una lectura obligatoria para los que quieran tener un conocimiento serio sobre lo que ocurrió en esa década de ignominia y un anticipo de los juicios que merecerán los que se obstinan en seguir por esa senda.

Con referencia a la desvalorización de la moneda aconsetada en noviembre de 1933 por la dupla Pinedo-Prebisch, con el pretexto de proteger los precios internos de la producción agropecuaria, operación que se denominó "revaluación del oro", dice el capitán Oca Balda: "Los discursos pronunciados



desde las tribunas ministeriales para propaganda de los decretos de noviembre de 1933, ponían en evidencia un desconocimiento tal del problema, que ningún hombre práctico y conocedor de los negocios podrá hacer cargo a los monopolios extranjeros de haber aprovechado la oportunidad. No puedo menos que usar una expresión muy elocuente, diciendo que "giles" como ha tenido el país en esa época no podían ser desperdiciados. Duros, agresivos y prepotentes con todo lo de adentro, no han sido más que insignificantes pobres diablos frente a la obligación de defender los grandes intereses del país en el exterior, donde han agravado su situación de colonia tributaria y oprimida... La fiebre discursiva del ministro de Hacienda —Federico Pinedo— frecuentemente iba salpicada de términos agresivos para la oposición. Al recordar esas horas tristísimas de preocupaciones y angustias, se siente la impresión de una espantosa pesadilla" (pág. 447). "En cuanto al asesor técnico —Raúl Prebisch— que mediante comparaciones trimestrales absurdas se empeñaba en apoyar al ministro haciendo ver cómo habían mejorado los precios, sin tener para nada en cuenta el sacrificio inmenso que esas falsas demostraciones estaban costando a la Nación, es fácil comprender el grado de conocimiento con que se ha dirigido a la opinión pública. Si se hubiera hecho un estudio como el que acabamos de realizar con los datos de 1933, se habría comprendido que sin despreciar la moneda, dejándola en \$ 13 por libra, los frigoríficos pudieron pagar los mismos precios de 1934 y obtener un 25 % menos de utilidad, o sea 120 millones, lo que siempre representaba un dividendo escandaloso de 75 % sobre el capital de 160 millones" (pág. 479). "Ha llegado el momento en que debía dar vergüenza referirse en abstracto a las necesidades del país, omitiendo soluciones prácticas para satisfacerlas. No cuesta, desde luego, ningún trabajo a quienes poseen una pluma fácil, decir que los gobiernos deben ser honrados y patriotas. Un buen literato ladrón y traidor puede decir al respecto cosas muy bellas al mismo tiempo que vende su patria al extranjero y suprime las libertades públicas para robar y enriquecer a legiones de bandidos

disfrazados de gente decente. Es muy fácil embaucar a los ingenuos mediante disertaciones sobre la necesidad de impulsar el trabajo, defender la producción, sanear las finanzas, revalorizar la moneda, rebajar los arrendamientos, buscar nuevos mercados, reducir los costos de producción, subdividir la tierra, equilibrar el presupuesto, explotar las fuentes de riqueza y otros asuntos que venimos escuchando en las tribunas de izquierda y de derecha." (pág. 175.) "El bienestar del individuo es, ante todo, y por encima de todo, un problema objetivo de gobierno, es decir, de administración del bien público, donde no existe nada subjetivo ni abstracto. Si la estructura administrativa del Estado es mala y por ello una minoría de afortunados disfrutan privilegios a costa de presiones que soportan las mayorías, se habrá incurrido en la violación del más importante de todos los principios".

"Esto es precisamente lo que ha ocurrido en los años en los cuales la política monetaria del gobierno, para favorecer a minorías y monopolios extranjeros, ha creado una situación de opresiones sobre las clases necesitadas, únicas que soportan las consecuencias, colocando al país en condiciones difíciles con sólo apariencias de bienestar y prosperidad... Las Instituciones Armadas no pueden ser instrumentos irresponsables de estas tremendas injusticias... (Nuestro país no puede admitir más que dos formas de gobierno: el de una dictadura netamente militar con exclusión de todos los partidos políticos y el de la legalidad constitucional por el ejercicio del sufragio ampliamente garantido). El intermedio, que consiste en usurpar el poder por medio del fraude bajo el amparo de las Instituciones Armadas, que al final de cuentas cargan con todas las responsabilidades, debe ser descartado como lo peor que puede suceder frente al principio de la *Unidad Nacional*. Los fundamentos que sirven para nombrar gobiernos a espaldas del pueblo se reducen a desconocer a éste capacidad suficiente y atribuirle, además, por medio de viles calumnias, un propósito deliberado de servir a bastardos intereses." (pág. 32)

Este volumen del capitán Oca Balda, de 700 páginas macizas, enriquecidas con cuadros numéricos que reflejan la

realidad del país, es un documento histórico que muestra cómo fue frustrado el intento argentino de liberación acometido en el transcurso de la primera postguerra.

Después estalló la segunda guerra, que desoló los campos de la vieja Europa. La paz se estableció en 1945. La diplomacia inglesa estuvo ocupada en la reconstrucción de su propio país. El pueblo argentino tuvo una segunda oportunidad, y la aprovechó bastante bien. Pero en 1955 se cumplieron los diez años, y de nuevo la moneda argentina volvió a ser envilecida por los mismos culpables de la maniobra de 1933, que el capitán Oca Balda estudia y escarnece con términos durísimos. El capitán de fragata José A. Oca Balda falleció en 1939. ¿Habrán en los cuadros de la Marina alguien que pueda sustituir su hombría de bien, su dedicación honrada, su conocimiento profundo y sea capaz de dar la voz de alerta con la vibrante sonoridad de clarinada con que emite sus juicios? Prestemos atención: parece oírse algo.

### *X La complicidad del silencio, arma de dominación británica*

Pensaba dedicar este espacio a la exposición de uno de los más graves peligros que amenaza la integridad nacional. Ese peligro es el que al amparo de los privilegios acordados por el decreto 10.991, del 9 de junio de 1956, se perfeccionen las condiciones necesarias y suficientes para que en circunstancias naturales o artificialmente favorables se erija una república independiente al sur del paralelo 42. El establecimiento de una frontera interprovincial que tiene el carácter fiscal de una frontera internacional, es un eslabón más en la secuela de hechos que desde hace muchos años parece tender a ese objetivo final. El silencio de los llamados constitucionalistas, ante esta flagrante violación de un expreso mandato constitucional, es un motivo más de alarma. Pero todo vaticinio, aun cuando se funde en datos concretos y en deducciones fácilmente presumibles, choca contra la incredulidad pública. Y la opinión

pública argentina es descreída porque carece de información fidedigna, tanto de la actualidad como de los hechos históricos. Nuestra historia oficial no enseña nada. Nada de lo que ella cuenta sirve de antecedente para ilustrar a los pueblos y ayudarlos a precaver, con la enseñanza de lo que ocurrió, los peligros que pueden sobrevenir.

Para vencer la inercia de la incredulidad pública —muy parecida a la incredulidad del marido engañado— iba a prologar mi exposición con un resumen de las actuaciones diplomáticas inglesas que tuvieron como consecuencia la creación de la República Oriental del Uruguay. El obstáculo más difícil de vencer que se opuso entonces a la habilidad incansable de Lord John Ponsomby fue la afinidad que unía a las poblaciones de ambos márgenes del Río de la Plata y su vocación casi molecular de cohesionarse y sostenerse mutuamente. Esa afinidad defensiva no existe hoy más que en grado casi imperceptible. El distanciamiento del sur patagónico ha sido tan minuciosamente sostenido como la extranjerización metódica de las poblaciones, de la propiedad y de los servicios colectivos de transporte y comercialización. Era esta perspectiva la que me iba a ayudar con su paralelismo a demostrar la extrema gravedad del decreto 10.991.

Pero la incredulidad pública tiene otra raíz a la que es indispensable referirse cuanto antes: es la complicidad de silencio que se teje en torno a todas las maniobras —cualquiera sea su índole— en que es promotora, gestora o beneficiaria la diplomacia británica. A consecuencia de ese silencio cómplice, la voz de nuestras denuncias, que brota en medio de un desierto de ignominia y de cobardía, puede invalidarse y aparentemente contestarse con la acusación, infundada pero eficaz, de que opinamos así porque “somos sistemáticamente antibritánicos” y nos anima un sentimiento negativo de animadversión y no una sencilla y exclusiva preocupación por el bienestar público.

Hay una plétora en la historia argentina de hombres probos y capaces que sindicaron en su momento los peligros de las inmoderadas concesiones cedidas a los intereses extranjeros.

Poco a poco esas voces se fueron acallando; unas, acobardadas por sus propias experiencias; otras, de antemano intimidadas. A medida que crecía —a costa del trabajo y de la riqueza argentina— el llamado capital extranjero, por lógica derivación se iba reduciendo el límite de las posibilidades argentinas de resistencia. En un perspicaz artículo publicado en una revista londinense, allá por 1934, Aldous Huxley decía que la prensa es una de las armas más eficaces de los dictadores modernos. La prensa es un reflejo muy directo de la economía de un país. En un país rico, hay prensa poderosa. En un país pobre, la prensa es misérrima. En un país sojuzgado, la prensa está al servicio del dominador. Para servir al dominador la prensa, forzosamente servil, no tiene por qué descender a la calumnia o a la detracción característica del pasquín. El arma de la gran prensa es el silencio. Para sublevarse contra un dominador, sea político o económico, un país necesita saber que está dominado o es víctima de una situación injusta. Para saberse víctima, es preciso conocer su propia realidad y tener puntos de referencia. La ignorancia es sumisa. Eso lo saben todos los dominadores. Veamos algunos ejemplos en que ha sido aplicada la ley del silencio, en tres casos que no perjudicaban ni herían directamente un interés concreto.

En 1912 don Ricardo Rojas era uno de los niños mimados de nuestro periodismo. Los comentarios que los grandes diarios dedicaban a sus libros y aun a sus opiniones literarias se medían casi por metros de columnas. Después de un viaje a Europa, don Ricardo Rojas escribió *La restauración nacionalista*. Desde la lejanía había visto la endeble estructura de la realidad argentina. En su libro, honrada y francamente concebido y realizado, el autor denuncia el avasallamiento de las energías nacionales por las finanzas británicas y formula un llamado de atención a la juventud. La prensa argentina que había recibido con bombos y platillos sus libros anteriores, no publicó ni una sola línea sobre *La restauración nacionalista*. Ni un comentario. Ni un acuse de recibo. Ni siquiera la noticia de que se había publicado. Nada. Don Ricardo Rojas acusó el golpe y no reincidió.

En 1934 volvió a ocurrir otro fenómeno semejante. Rodolfo y Julio Irazusta publicaron un libro titulado *La Argentina y el imperialismo británico*. Dos partes integran la obra. Un análisis de los trámites que precedieron al pacto Roca-Runciman abarca la primera mitad. Una historia de la oligarquía argentina, lo completa. Es un estudio crítico de la realidad, planeado con propiedad, escrito con nobleza y excelente método. Se puede diferir con él, censurar ciertos puntos de vista que los llevan a elogiar la desvalorización de la moneda, porque mejora los valores internos de la ganadería, pero es un punto de partida enclavado en la esterilidad mental de esos años. Unánimemente, como si se hubieran pasado una consigna, los diarios decidieron ocultar su aparición. Ni una línea. Ni un comentario. Ni una miserable notícula. Nada, simplemente.

El 15 de octubre de 1939 la Federación Universitaria Argentina, el organismo más importante de nuestra juventud estudiosa, produjo un manifiesto de carácter trascendental. Proclamaba su voluntad de permanecer apartada de la contienda europea que recién se iniciaba. Un manifiesto de esta índole es un documento histórico. El manifiesto fue enviado a todas las publicaciones periodísticas. Como contenía algunas referencias a los capitales extranjeros, predominantemente británicos, e inteligentemente prevenía sobre el ilícito empleo de su influencia, ningún diario insertó el manifiesto. Ni publicó un resumen. Ni dio la noticia, siquiera. Nada, simplemente.

La prensa argentina llegó a ser el arma más eficaz de la dominación británica en nuestro país. Y el periodismo es un arma que hiere sin dejar huella, como el estilete. Un libro es siempre un testigo de lo que afirma. Permanece en su anaquel para que lo confrontemos a nuestra voluntad. El diario pasa. Tiene una vida efímera. Pronto se transforma en mantel del pobre, en envoltorio o en cosas peores, pero en el espíritu desprevenido del lector va dejando un sedimento cotidiano en que se asientan forzosamente las opiniones. Las creencias que el periodismo difunde son irrefutables, porque se transforman en sentimientos y el testimonio desaparece.



La información bibliográfica corría paralelamente con la información periodística. Nada de lo mucho que en el mundo se ha escrito y publicado sobre la subordinación de la economía argentina y la hegemonía británica ha llegado a conocimiento del público lector. Por simple casualidad, la editorial Claridad popularizó la *Geografía económica* de Horrobin, en que este autor inglés describe a la Argentina "como una colonia británica virtual, con algunas interferencias norteamericanas". Salvo este caso aislado, puede afirmarse, sin exageración, que en torno de la inteligencia argentina existe una verdadera aduana intelectual que confisca e impide la difusión de todo conocimiento de la realidad argentina y no se detiene ni ante la mutilación injustificada de las obras. Pondré un ejemplo. En 1932, Ferdinand Fried publicó un documentado estudio sobre la situación económica mundial. Se titulaba *Das Ende Capitalismus*. Dos largos e informados capítulos nos interesaban especialmente. Se referían a Sudamérica y, en especial, a la Argentina. Transcribía las cifras insertadas por Max Winkler en su estudio *Foreign Investment in Latin America*, y llegaba a la conclusión de que este país trabajaba para pagar sus deudas, tal era el grado de enfeudamiento a que se lo había llevado. Ese libro fue traducido al francés por la editorial Payot, con el título *La fin du capitalisme*. Los dos capítulos que se referían a Sudamérica y a la Argentina fueron eliminados. La editorial Ercilla lanzó poco después una edición castellana. También allí fueron amputados los dos capítulos, a pesar de que ellos, por el tema, constituían la mayor atracción editorial. Después de leer *El fin del capitalismo*, el lector sabrá muchas cosas de los *pools* y *carteles* mundiales, pero continuará tan ignorante como antes de todo lo que se refiera a su realidad circundante. Será una de esas mentalidades ilustradas a medias, características de los pueblos coloniales.

### *Nuestro trabajo enriqueció a otros*

Si a la sumisión periodística y editorial se une la infiltración y la influencia de los allegados al capitalismo británico en todas las entidades profesionales, culturales y universitarias, tal como hemos visto en el Centro Argentino de Ingenieros, y se recuerda que los partidos políticos necesitan fondos para su organización y propaganda que sólo las grandes empresas pueden proveer, y que, además, para llegar al público, al político le es indispensable el auspicio de la prensa, el cuadro de la dominación pacífica y de la explotación económica invisible de un pueblo por otro queda bastante completo. Una connivencia de silencio ampara el sigiloso y paulatino encadenamiento y empobrecimiento de un pueblo altivo pero ignorante de la situación a que ha sido conducido. La Argentina debía ser un país proporcionalmente tan rico y poderoso como Estados Unidos. No lo es porque su riqueza y el fruto de su trabajo no sirvió ni se capitalizó a favor de la Argentina. Sirvió —y si no lo evitamos, continuará sirviendo— al bienestar y al poderío de la Gran Bretaña.

Este cuadro de silencioso y casi resignado acatamiento a la voluntad británica cambia por completo cuando el protagonista es el capital norteamericano. El norteamericano es un capital avasallador y prepotente que posiblemente estimó que podrá hacer en la Argentina lo mismo que ha hecho en Centro América. Quizá no percibió con suficiente agudeza que el enemigo aquí no somos nosotros, es la inteligencia británica. La ola invasora del capitalismo norteamericano se inicia durante la primera conflagración mundial. La bandera del progreso que durante sesenta años encubrió el establecimiento del predominio británico, estaba en las manos norteamericanas. Norte América presta a manos llenas. Prestaba legítimos dólares y oro contante y sonante. Con ellos se traen automotores, radios, películas de cine. El capital norteamericano adquiere la propiedad de la Unión Telefónica. La compañía cambia de bandera. Los ferrocarriles corren peligro también. Un banquero

norteamericano, Farquhar, anda en tratos con algunos de ellos y parece interesarse especialmente por el F. C. Entre Ríos y por el F. C. Nor Este que integran la salida ferroviaria de los productos paraguayos. El gobierno británico toma una determinación inusitada y en 1928 prohíbe la venta de las acciones ferroviarias a quien no sea argentino o británico. Es un acto estrictamente totalitario, pero esas calificaciones no intimidan a Gran Bretaña. La libre competencia no debe existir para los papeles que contienen el dominio de la República Argentina.

Desde 1890, fecha del Primer Congreso Panamericano, Estados Unidos alimenta el recóndito deseo de controlar la producción agropecuaria argentina. Es una inagotable fuente de ganancias que le permitiría, además, impedir que la desleal competencia argentina disminuya los precios de su propia producción. El técnico en agronomía, Mr. Snow, que el gobierno norteamericano envía para estudiar la capacidad productora argentina, dictamina diciendo que "otros países podrán producir cereales más baratos que la Argentina... pero ningún país podrá producir carne en calidad, cantidad y precio a que ella puede producirla". Los grandes frigoríficos norteamericanos establecen filiales y su empuje quiebra las organizaciones defensivas en que los ingleses desenvolvían pacíficamente su comercio. Aquí se eleva el precio de los animales. En Londres se reduce el precio de venta de la carne al por mayor. Los frigoríficos británicos que hasta ese momento constituían un cerrado monopolio, acusan de monopolistas a los norteamericanos. El tema desborda hasta los periódicos. Los ingleses escriben libros en castellano en que demuestran los peligros que amenazan a nuestra principal industria... Esta alharaca no se calma hasta la firma del pacto Roca-Runciman, en 1932. Gran Bretaña se reserva el derecho de manejar a su absoluto arbitrio el 85 % de la carne que importa de la Argentina. El 15 % restante deberá ser industrializado por empresas argentinas sin fines utilitarios. Como por arte de magia la tempestad se calma. Es evidente que se ha llegado a un entendimiento. ¿Qué alcance tiene? ¿En qué forma se concretó? Imposible sa-

berlo, aunque su influencia es preponderante en la comercialización de nuestra más valiosa mercadería exportable.

La reacción británica fue tan decidida como la invasión norteamericana. Las organizaciones antiimperialistas se multiplicaron en el decenio que va de 1920 a 1930. Las declaraciones se suceden sin interrupción y hallan favorable acogida en los diarios más conservadores. Todas ellas se refieren exclusivamente al "capitalismo invasor de Wall Street", al "dólar todopoderoso", al "porvenir de esclavitud que están labrando a nuestras masas ignaras quienes recurren al expediente suicida del empréstito externo". "Las fuerzas que tienden a hacer de la América latina un vasto imperio colonial, gobernado por los mandatarios políticos del capitalismo norteamericano, se hallan organizadas desde hace treinta y cinco años", escribe José Ingenieros en *Renovación*, en mayo de 1925. Para disimular un poco la unilateralidad de los juicios, en un trastrueque de gobiernos dictatoriales y de imperialismo, estos nuevos redentores dicen que no sólo están contra el imperialismo yanqui, sino también contra el imperialismo de Francia, España o Italia. "El peligro principal proviene de Wall Street, pero no hay duda de que Francia, España e Italia son también, aunque no en igual grado, "estados capitalistas extranjeros". De Gran Bretaña nadie se acuerda. Directamente o por interpósitas compañías, con matrices en Bélgica o en Francia, Gran Bretaña es dueña de los ferrocarriles, de los servicios sanitarios y de provisión de agua de muchas ciudades, de varios puertos, de las usinas de gas, y de electricidad, de los tranvías, de la navegación de cabotaje y de la inmensa mayoría de la navegación de ultramar, de gran parte de los frigoríficos, del comercio de importación y de exportación y era todavía la mayor acreedora del Estado argentino, pero a ella nadie le formula reproches y ni siquiera se acuerdan de su existencia.

Tan tremendo fue el escándalo que Gran Bretaña organizó de 1920 a 1930, tan inacabable retahíla de libros, folletos, declaraciones, memoriales, odas, trinodias, poemas, denuestos, invectivas, reproches y acusaciones que Norte América se aco-

quinó y cejó en su avance. La diplomacia del dólar y del garrote había fracasado.

Gran Bretaña nos había protegido, pero había mostrado, al mismo tiempo, la increíble extensión del radio de su influencia. En 1932, el presidente Roosevelt adoptó una estrategia más refinada: la política del buen vecino. La ola de protestas se fue amortiguando. Las organizaciones se disolvieron. Quien no abandonó esa tónica fue el Partido Comunista de la Argentina.

Para el Partido Comunista no existe otro motivo de ataque que el imperialismo yanqui, que adereza de cuando en cuando con diatribas a los gobiernos dictatoriales. Ellos escriben contra el imperialismo, que así, en abstracto, en un nivel doctrinario, no molesta a nadie, pero en concreto sólo vociferan contra el imperialismo yanqui. Han escrito tremendas invectivas contra Hitler, Mussolini, Primo de Rivera, Franco y Poincaré. Han abominado de todos los dictadores sudamericanos. Han denunciado incansablemente todas las infiltraciones del capitalismo germánico y las pretensiones comerciales de los japoneses y de los italianos y durante veinte años nos han aturcido con acusaciones a la Standard Oil. Pero no dicen una palabra en contra de los manejos del imperialismo británico. De esa equívoca posición se deduce la falsedad irremediable de sus argumentaciones y sus artimañas verbales para eludir la consideración y examen objetivo de la realidad argentina. Como tienen una gran capacidad para inmiscuirse en las organizaciones estudiantiles que por natural vocación de juventud son siempre proclives a las exaltaciones de apariencia revolucionaria, como son doctrinariamente y presumiblemente los más irreductibles anti-imperialistas, su silencio resulta el más eficaz colaborador del imperialismo británico, y no es de extrañar, pues, que en 1946 formaran disciplinadamente junto a los más notorios servidores de los intereses británicos. La persistencia de su ataque contra Norte América tiene hoy una razón lógica. Estados Unidos y Rusia son dos rivales, en potencia por lo menos. Pero hace veinte años las posiciones eran distintas. Con cierto abatimiento, Londres con-

tinuaba siendo la sede matriz del más ortodoxo capitalismo. ¿Dónde reside, pues, el misterio de la indemnidad que Gran Bretaña goza frente a nuestro comunismo? ¿Es consecuencia de una distribución de zonas de influencia que Rusia y el Reino Unido se respetan mutuamente? Imposible averiguarlo, lo importante para nosotros es la existencia de ese respeto, y la demostración del peligro que para los países débiles ofrecen las fuerzas extranacionales.

### *La lucha por el petróleo*

Dos fuerzas igualmente atrevidas para concebir, audaces para realizar, impúdicas para adquirir, hábiles para desbaratar y maniobrar, se disputan el predominio en el mundo del petróleo. Una es la Standard Oil y tiene su matriz en Estados Unidos. Otra es la Royal Dutch, que tiene su sede en Londres. La constante propaganda en contra de la Standard Oil parece haber hecho olvidar a muchos la existencia de la Royal Dutch, a tal punto que han manifestado su asombro por la posibilidad, conjetural, por cierto, de que ella heredara las concesiones que la Standard Oil no alcanzó a obtener del *sangriento tirano depuesto*. Como una nube de mosquitos, la propaganda rodea a todos los actos de la Standard Oil. La Royal Dutch se mueve, en cambio, en un encañonado silencio y sus movimientos no trascienden al público. La Standard Oil y la Royal Dutch desarrollaron actividades paralelas y gemelas, a través de sus respectivas filiales. Pero la Standard Oil fue tan acosada por la propaganda que en enero de 1937 vendió al gobierno argentino la propiedad de todas sus explotaciones y concesiones en la suma de 150 millones de pesos. Desgraciadamente, la adquisición no fue ratificada por el Congreso y la venta quedó sin efecto. En cambio, silenciosamente, fuera del conocimiento del público, casi se concierta la venta de la totalidad de nuestro petróleo a la Royal Dutch. Un telegrama de Londres del 29 de marzo de 1934, publicado en Roma por el muy bien informado diario *Il Messaggero*, decía: "Se

sabe que está por concluirse uno de los más grandes negocios petrolíferos de los últimos años. Los contratantes son la Royal Dutch Company y el gobierno argentino. Se trata de una concesión que si se cierra pondrá en manos de la Royal Dutch mediante el pago de varios millones de libras, toda la zona petrolífera actualmente poseída y explotada por el Estado argentino. Según se refiere, la sociedad compradora pagará una cierta suma por la concesión y los beneficios serán luego divididos en partes iguales entre el sindicato concesionario y el Estado argentino. Los representantes de la Royal Dutch están todavía en la Argentina para tratar directamente el asunto. Actualmente estudian la zona de Salta". La operación no se llevó a cabo, porque, según referencias, con patriótica energía se opusieron los altos jefes del ejército argentino. En 1953 el directorio de la Royal Dutch volvió a visitar la Argentina. Durante una semana, en su propio avión, recorrieron todos los yacimientos petrolíferos. No se publicó ni una sola línea en ningún periódico. Sólo se enteraron, los que leían diarios extranjeros o uruguayos. Dados estos antecedentes, ¿está fuera de quicio la conjetura de que la Royal Dutch heredara la concesión que la Standard no pudo perfeccionar?

La constante propaganda en contra del imperialismo yanqui y el silencio con que se ampara al imperialismo británico ha tenido como resultado la formación de un sentimiento de incredulidad en la opinión pública. Esta panorámica explicación de las causales más evidentes puede ayudar a la verosimilitud de las maniobras que por ahora sólo pueden prontuarse con ayuda de la dolorosa experiencia histórica de nuestro propio país. El refrán dice que hay que aprender en cabeza ajena. Lo malo es que en estos asuntos no hay cabeza ajena para practicar.

### *El paralelo 42, una frontera antiargentina*

Sorpresivamente —es decir, sin ningún hecho público y notorio que pudiera servir de justificativo— el 27 de junio de 1956 se dio a conocer por el Boletín Oficial el decreto-ley

Nº 10.991 que en un futuro no muy lejano causará a la República Argentina desgracias tan grandes y perjuicios tan inmensos que sólo son equiparables a los que provocaría la derrota en una guerra internacional.

Cuido mi lenguaje y mi sentimiento para que no me arrastren ni la inercia de las palabras ni el torbellino de las pasiones políticas. Mi tremenda afirmación traduce con exactitud mi convicción y mi angustia, porque el decreto 10.991 es prueba traslúcida de que la diplomacia británica —con idéntico y artero sigilo con que lo hizo en el pasado— está de nuevo empeñada en escindir el suelo de la patria.

El 10.991 es un decreto sencillo y breve, en que se ha reducido a un mínimo la extensión, tanto de la parte dispositiva como de los considerandos previos en que es tradición exponer los fundamentos de las medidas gubernamentales. Se tiene la impresión de que con la brevedad y sencillez se ha procurado restarle importancia para que pasara inadvertido y soslayar así la posible oposición de los que debían firmarlo y prevenir la alarma del espíritu público. Desnudito y cortito, el decreto 10.991 tenía más probabilidad de pasar distraídamente, sobre todo si se lo publicaba —como se publicó— en un rincón de una página interior, como si fuera uno de esos decretos de rutina en que se acuerda una pensión a la hija de una sobrina de la hermana de una viuda de un guerrero del Paraguay.

### *Contra la integridad nacional*

La parte dispositiva del decreto 10.991 está precedida por un único considerando de setenta palabras exactas, apenas un poco más de las que requiere un telegrama de felicitación. La única razón que se aduce es la necesidad de "promover el desarrollo económico, social y cultural de la Patagonia". De ninguna manera ese argumento tan pobrecito puede justificar una medida que, según veremos, puede tener tan extraordinariamente lesivas consecuencias para la integridad nacional. Y

no es ése un argumento valedero para crear una zona de privilegio, porque es la primordial obligación constitucional del gobierno la de "promover el bienestar general", en que está comprendido "el desarrollo económico, social y cultural", no solamente de los que habiten la Patagonia, sino de "todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino", sin distinción de latitudes ni regiones.

Toda la sustancia del decreto 10.991 está contenida en el artículo primero, que dice: "Las aduanas y receptorías, marítimas y terrestres, situadas al sur del paralelo 42, despacharán, libre de todo derecho de importación y de exigencia de requisitos de cambios, los materiales y mercaderías extranjeras que se introduzcan con destino a ser usadas, consumidas o empleadas en la zona". Los diez artículos restantes no tienen más propósito que el de delimitar la zona que se quiere beneficiar y adoptar recaudos para que los artículos liberados no desborden del paralelo 42.

#### *Aduanas interiores*

Las franquicias que el decreto 10.991 acuerda a los que pueblan el territorio argentino al sur del paralelo 42, terminan exactamente en esa línea imaginaria. Para franquearla, las mercaderías extranjeras que se hayan importado por el Sur deberán abonar los derechos aduaneros vigentes. Para que esa determinación no sea ilusoria, el paralelo 42, desde el Atlántico hasta la Cordillera, deberá ser cubierto con puestos aduaneros de vigilancia y percepción. El paralelo 42 adquiere de esta manera todas las características de una frontera internacional. El límite sur de la República Argentina, que llegaba hasta la Antártida, al soplo de este viento de tragedia que ha comenzado a batir el destino nacional, se ha encogido hasta el paralelo 42.

El decreto 10.991 es insanablemente írrito, porque contraría expresas disposiciones de la Constitución de 1853, cuyas cláusulas pertinentes dicen:

"Art. 9º— En todo el territorio de la Nación no habrá más aduanas que las nacionales, en las cuales regirán las tarifas que sancione el Congreso.

"Art. 10.— En el interior de la República es libre de derechos la circulación de los efectos de producción o fabricación nacional, así como la de géneros y mercaderías de todas clases, despachadas en las aduanas exteriores.

"Art. 11.— Los artículos de producción o fabricación nacional o extranjera, así como los ganados de toda especie, que pasen por territorio de una provincia a otra, serán libres de los derechos llamados de tránsito, siéndolo también los carruajes, buques o bestias en que se transporten; y ningún otro derecho podrá imponérseles en adelante, cualquiera que sea su denominación, por el hecho de transitar el territorio."

#### *Violación de la Constitución*

La violación de los preceptos constitucionales por el decreto 10.991 es tan notoriamente evidente, que el silencio que al respecto se ha guardado por todos los órganos de la opinión pública sin exclusión, permite valorar la intensidad de la fuerza coactiva que está empeñada en el mantenimiento de su vigencia. Ni un solo diario. Ni un solo periódico ha formulado un reparo constitucional. Ni uno solo de los llamados *constitucionalistas* se alzó en defensa de las normas constitucionales vulneradas. No se publicó ni una respetuosa advertencia, ni una observación. Nada ni nadie insinuó algo sobre el flagrante desprecio constitucional que significaba el inusitado decreto 10.991. Y eran los mismos —diarios, publicaciones y *constitucionalistas*— que poco antes habían invalidado las reformas de 1949 con el retorcido pretexto de que la ley que convocaba al pueblo para que las decidiera, había sido aprobada por un diputado menos de los necesarios para obtener los dos tercios. Aquel odio al artículo 40 y a la Constitución que lo contenía; aquella idolatría a la Constitución de 1853 y a "la sabiduría perfecta de sus preceptos", y este silen-



cio ante un decreto que la viola sin causa razonable ni motivo urgente ¿pueden ser consecuencia de la poderosa influencia rusa? Creo que nadie puede pensarlo, por muy obcecadamente anticomunista que sea. ¿Será la presión alemana? Parece difícil concebirlo, puesto que aún no han conseguido, siquiera, la devolución de sus fábricas. ¿Serán los italianos? ¿O los españoles? Es ridículo el presuponerlo. No quedan más que Estados Unidos y el Reino Unido de la Gran Bretaña. Hay varias razones para descartar a Estados Unidos. Ellos eran los titulares de la abortada concesión petrolera que estuvo a punto de acordar el *sangriento tirano depuesto*. La revolución se hizo para impedir que “el suelo sacrosanto de la patria fuera mancillado por la presencia de los cateadores extranjeros de petróleo” y es absurdo presuponer que tan rápidamente hayan logrado recuperar el ascendiente que la revolución les hizo perder. Por otra parte, tampoco se han oído los chillidos de los comunistas. En nuestro país los comunistas desempeñan el papel del chajá en las lagunas y esteros. Ellos están constantemente avizorando todos los horizontes. En cuanto entra en escena un norteamericano, lanzan su chillido alertador. Ahora no han chillado. Es signo de que quien ha entrado al pantano es un inglés.

### El interés es de Gran Bretaña

La consecuencia es lógica. Los británicos son los consumidores de la carne que en la Patagonia se produce. Ellos monopolizan los instrumentos del comercio internacional. Directa o indirectamente —a través de sociedades que tienen su sede en Londres o en Buenos Aires o en Santiago de Chile— son propietarios o usufructuarios de la gran mayoría de la superficie explotable. Examinemos este punto aunque sea con rapidez.

La *Memoria de la Dirección General de Tierras y Colonias para el período 1922-1928* elevada y publicada por el coronel e ingeniero civil Melitón Díaz de Vivar es el resumen

de la obra histórica que tesoneramente se llevó a cabo en el recogido silencio de los meandros burocráticos. Bajo el fuego cruzado del periodismo que el extranjero tiene a su servicio incondicional, realizó una formidable tarea de recuperación de parte de los bienes *mal habidos*, que constituyen la inmensa mayoría de los latifundios patagónicos. Es justo reconocer que la extraordinaria tarea, del coronel Díaz de Vivar fue posible porque bajo la presidencia de Hipólito Yrigoyen, innumerables comisiones fiscalizadoras, comandadas e integradas por jefes y oficiales de la marina de guerra, levantaron un verdadero inventario del estado de la tierra patagónica, dividido en millares de informes individuales que son un modelo de laboriosidad, de inteligencia, de honradez y de patriotismo. Todos los manejos de los latifundistas extranjeros se estrellaron en la probidad y en la aguda perspicacia de los marinos inventariadores, del entonces director, don Isidro D. Maza, y en la tesonera decisión del coronel Díaz de Vivar.

### *Millones de hectáreas de propiedad extranjera*

Transcribo a continuación algunos párrafos que dan una idea del estado de la propiedad. “Tres son los establecimientos de Tierra del Fuego que ocupan la *totalidad* de las tierras aptas. Las firmas que las poseen son Menéndez Behety y Braun (compañías chilenas y anglochilenas), José Montes y Cía. (firma chilena), Bridges y Reynolds (ambas firmas, inglesas)”. “...Las compañías Menéndez Behety, Braun y coligados ingleses tienen en los territorios del Sur, aproximadamente, 2.855.000 hectáreas en propiedad y 3.759.000 del fisco; en total, 6.614.000 hectáreas bajo su dominio”. “...Las ganancias provenientes de la tierra no aportaban nada a las arcas fiscales y continuaban aumentando los semovientes y el dinero del latifundista, quien de cuando en cuando erigía una mansión como sede de un condado”. “...Debe hacerse notar que casi todos los latifundistas y acaparadores, personas o sociedades, son extranjeros y que las tierras de referencia

están en su gran proporción sobre las fronteras.” “... Como acaparamiento medio puede citarse el caso de Santa Cruz, en donde menos de 70 propietarios poseían 5.000.000 de hectáreas en propiedad y 6.500.000 hectáreas fiscales en posesión, lo que da un total de tierra dominada por 70 propietarios de 11.500.000 hectáreas.” “... Si a esto se agrega que para que fuera perdurable el latifundio, las sociedades y las compañías se convirtieron en su mayoría en sociedades anónimas y que la banca, el comercio, el acopio de frutos y la navegación cayeron en las mismas manos, no es posible pretender ni la libertad ni la seguridad del trabajo y menos aún el arraigo de una población que se sentía dominada y que no podía esperar una recompensa como fruto de su afán, sino cuando más como dádiva de sus señores.” “... Todos los medios se han usado para mantener y dilatar el latifundio: la extorsión, la amenaza, la policía, el boicot, el préstamo usurario y la venalidad.”

Estas expresiones e informaciones espeluznantes, basadas en un examen objetivo y desapasionado de la realidad patagónica, son ratificadas por el coronel Díaz de Vivar casi diez años después. En el expediente 1102/36, dice el coronel Díaz de Vivar en 1936: “Antes, hace mucho tiempo, ebanistas, tapiceros, laneros, turistas, comerciantes, etc., desde su sede en metrópolis extranjeras, solicitaban y obtenían tierras para explotarlas, usufructuando los rendimientos de la tierra argentina sin que incorporasen ni el más remoto beneficio para el país, y al contrario, trabajaban para el despueblo, al impedir la radicación de familias, con visión lejana de sus intereses, para evitar nativos de la tierra. Estos ausentes recogían para sí, por sus administradores o formando compañías o coaligándose con compañías para acaparar: 1º) Las tierras que en un principio, por defecto de las leyes o por descuido, pasaron a ser sus bienes. 2º) Las tierras obtenidas por testaferros o interpósitas personas, de acuerdo a la ley en vigor, que sirvieron para aumentar esos bienes, y 3º) Las tierras que ya no podían adquirir por haber colmado las máximas y que retenían dentro de sus grandes explotaciones a nombre de otros

nuevos testaferros. El Sur, la Patagonia, se llenó de compañías, extranjeras en su mayor parte, y éste es hoy el elemento que en toda forma se opone a que se cumplan la ley y las disposiciones en vigencia, echando mano a cualquier recurso.” Si viviera aún y hubiera sido consultado —cosa imposible— el coronel Díaz de Vivar hubiera podido reiterar su misma opinión de hace 20 años, que ya era idéntica a la de hace 30 años. En la Patagonia nada cambia en lo referente al dominio de la tierra.

### *Una lista inconfundible*

Para completar el tétrico cuadro que estoy exponiendo con las informaciones oficiales de la Memoria de la Dirección General de Tierras, 1922-1928, daré una breve nómina de las compañías británicas poseedoras de tierras patagónicas, con el objeto de que el lector tenga una idea de las extensiones que están en juego: Argentine Southern Land, 650.000 hectáreas; Valle Huemules Co., 240.000; Port Madryn Co., 59 leguas; Tecka Co., 400.000 hectáreas; Río Negro Land, 96 leguas ubicadas a lo largo del valle y disimuladas en los planos con el nombre de colonias; The Lucacho Sheep Farming, 50 leguas; La Victoria de Courtze, 50 leguas; Tierras y Dominios de la Patagonia, 200 leguas; Hamilton, 100 leguas; The Patagonian Sheep Farming, 130 leguas; The Lochiel Sheep Farming, 1.000.000 de hectáreas; The San Julián Sheep Farming, 100 leguas... ¿A qué seguir si la lista no tiene más límites que la superficie misma de la Patagonia, en que están comprendidas las llanuras inhóspitas, azotadas por el viento, pero también los valles más hermosos de la tierra, los arroyos jugueteros que descenden cabrilleando y chacoteando con las truchas irisadas, los pinares que meditan silenciosos con su vegetal sabiduría de siglos, los torrentes que entre rípidos farallones hablan en los deshielos con la grave voz de la montaña, las frutillas y las fresas rústicas, diseminadas y cuidadas por la ciencia agronómica de Dios que deleitan al viajero extasiado

bajo la tutela de los picos que tienen un capitel de nieve para sostener el cielo, y los inmensos lagos, azules y sonrientes a la mañana, verdinegros y meditados a la hora del ocaso, donde las nubes al pasar abreven como inmensos corderos celestiales, únicos que escapan al degüello inmisericorde de los frigoríficos extranjeros... Sólo Suiza tiene bellezas semejantes. Nada de eso es nuestro. Todo forma parte de los grandes latifundios.

El balance de los medios e instrumentos de comercialización de los productos, no es menos descorazonador. Otro militar, que tampoco puede ser tildado de anglófono, el general José María Sarobe, en su libro *La Patagonia y sus problemas*, da en pocas palabras una idea cabal de la impunidad y arbitrariedad habituales. Dice: "Los gerentes de las empresas frigoríficas se reúnen antes de comenzar la faena, lo mismo los de Santa Cruz, que los de Magallanes, que los de Tierra del Fuego, y previa lectura de las instrucciones recibidas de Londres y otras apreciaciones sobre el mercado local, se ponen de acuerdo para fijar los precios y estipular condiciones. Como final de cuentas, el productor debe aceptar el precio establecido, la clasificación que del ganado le hace el frigorífico y también el peso útil que para cada res se fija." Después de este testimonio imparcial y autorizado ¿para qué escribir más sobre la absoluta centralización y monopolización del comercio de exportación que se compone casi exclusivamente de carne ovina y de lanas?

### *Así no darán la tierra al que trabaja*

En el discurso pronunciado en Río Gallegos el 23 de enero, el ministro de Agricultura anunció que se dará título definitivo de propiedad a los ocupantes o arrendatarios de los lotes fiscales, con cuya medida, dijo el ministro, se pondrá fin a "más de 60 años de angustiosa expectación para los esforzados hombres de trabajo de la Patagonia, que volcaron en ella sus investigaciones, y el coronel Díaz de Vivar en sus halagos

en pos de un futuro que presentían venturoso". Las frases del ministro son emotivas y quizá merecieran un galardón en algún concurso floral, pero no tienen ninguna relación con la realidad. En el frío lenguaje realista que empleaban los marinos en sus investigaciones y el coronel Díaz de Vivar en sus informes y memorias, "otorgar la tierra a sus ocupantes" puede significar, simplemente, regularizar la incómoda situación de muchos latifundistas, de quienes los ocupantes son testaferreros o *palos blancos*, con olvido de los pequeños y genuinos pobladores que no tienen medios de llegar hasta las alturas, donde reinan las grandes aves de presa.

Al sur del paralelo 42 —en una superficie que es casi la tercera parte de la República— sólo viven 188.689 habitantes, menos que en un barrio de Lanús. Nada traduce mejor el monstruoso acaparamiento de la tierra. Para que la Patagonia pueda poblarse y progresar no hay más que un camino: abrir el acceso a la propiedad de la tierra, que hoy está absolutamente vedado, porque ni comprando se puede adquirir. Los monopolios no venden, compran. Basta hablar con cualquier poblador patagónico para saber que ése es el problema fundamental y que todos los demás son pretextos que no resisten el menor análisis.

En el discurso pronunciado en Río Gallegos por el presidente de facto, el general Aramburu afirmó que las medidas liberatorias del decreto 10.991 "tienen un único objeto: facilitar la creación de fuentes de riqueza al sur del paralelo 42, propendiendo a su desarrollo en todos los órdenes..." Si la liberación de derechos aduaneros y de trabas de cambios es un medio eficaz para propender al "desarrollo en todos los órdenes", ¿por qué no extenderlo a otras zonas de la República? ¿Por qué no liberar a Catamarca para que vuelva a recuperar la riqueza que ha perdido? ¿Por qué no liberar a Entre Ríos y Corrientes, que se enriquecerían vendiendo sus ganados al Uruguay y al Brasil? ¿Por qué no liberar a Salta, que quiere exportar su hacienda a Chile e importar a través de un ferrocarril que permanece ocioso por voluntad del gobierno nacional? ¿Por qué no liberar a Córdoba para que pueda importar

libremente las maquinarias y las materias primas que demanda su hasta ayer floreciente y hoy desfalleciente industria, por obra y gracia exclusiva de los entorpecimientos de cambio y de permisos de importación?

Se ha hablado también de los rigores climáticos como una de las causales que justificarían medidas de excepción. ¿Es, acaso, el trabajo, más duro que en los quebrachales de Santiago del Estero o en los algodones del Chaco? ¿Es más penosa la tarea diaria que en los lodazales del Delta, en que una nube de mosquitos rodea al que guadaña un pajonal o cava una zanja? ¿Es más agotador que el del minero de Zapla o el arriero riojano? ¿Es más penoso, acaso, cuidar un rebaño de ovejas en la Patagonia que un yerbal en Misiones? ¿Por qué, entonces, no los liberamos a ellos también? Es evidente que basta plantear los problemas con juiciosa honradez y con estricto sentido de la realidad, para que las argumentaciones inconsistentes pierdan todo valor demostrativo.

Una línea fronteriza ha sido trazada dentro del territorio nacional. Esa línea terminará creando dos tipos de economías distintas y autónomas. El germen del separatismo ha sido sembrado. Por razones económicas se independizó Estados Unidos. Fundamentos esencialmente económicos tuvo nuestra revolución de Mayo de 1810; para recordarlos, recomiendo releer las magistrales páginas que Mitre dedica al tema en el preámbulo de la Historia de Belgrano.

El planteo de la situación se ha devorado el espacio de que disponía. Dejaremos para el párrafo siguiente el análisis de los factores económicos que concurrirán a la formación de la nueva nación al sur del paralelo 42. No olvidemos mientras tanto que el subsuelo patagónico es un verdadero mar de petróleo. No olvidemos que Gran Bretaña pasa dificultades en sus abastecimientos. No olvidemos que las provincias, de acuerdo a la Constitución de 1853, pueden disponer libremente de las riquezas del subsuelo. No olvidemos tampoco que el interventor de la Patagonia es el señor Pedro Luis Priani, que no tiene más título a su favor que el de ser teniente de las Reales Fuerzas del Reino Unido de la Gran

Bretaña. Y no desechemos por anacrónico o por extraño lo que pasó antes en nuestro propio suelo ni en otros países con parecidos personajes y similares circunstancias. Pero eso ya es otra historia, como decía Kipling, y la dejaremos para el párrafo que viene, en que terminaré de justificar las razones de mi convicción y de mi angustia ciudadana, y de demostrar que detrás de todo está actuando la diplomacia británica, la que si continúa avanzando terminará devorándonos como a un cordero patagónico.

### *Primero, economías distintas; más tarde, segregación*

A título de justificativo del asombroso decreto 10.991 que cercena económicamente el territorio nacional a lo largo del paralelo 42, en el discurso pronunciado en Río Gallegos el 23 de enero de 1957, el presidente de facto dijo que con esa medida "la revolución propugna un auténtico federalismo, como una verdadera sociedad de provincias hermanas, donde todas sean respetadas y donde sus bienes y derechos no sean absorbidos por el poder central".

Sorprende que el general Aramburu haya recurrido al federalismo en materia económica para fundamentar el inusitado régimen del sorprendente decreto 10.991, porque se coloca en contradicción con anteriores resoluciones de su propio gobierno. Desde 1920 a 1930 las catorce provincias entonces existentes crearon varios impuestos locales a los productos no indispensables que se consumían dentro de sus jurisdicciones. Hacían uso de atribuciones que no habían delegado constitucionalmente en el poder central. Los pequeños impuestos internos locales dieron cierta holgura financiera a las provincias y, en consecuencia, una cierta elasticidad e independencia política. La ley 12.139, sancionada por una legislatura y un gobierno que nacieron del más escandaloso fraude electoral, quitó a las provincias esas facultades impositivas y centralizó su percepción en el gobierno federal a quien se encomendó su redistribución de acuerdo a un ínfimo criterio porcentual. En la

última reunión de ministros de hacienda, realizada el año pasado, las provincias, en nombre del federalismo, reclamaron la devolución de sus legítimas y constitucionales prerrogativas impositivas.

Fue así que en nombre del gobierno, el ministro de Hacienda de la Nación dejó bien sentado que el federalismo, de que tanto alardean las autoridades de facto, no comprendía la materia económica. Con esta declaración ministerial —que por no haber sido contradicha ni objetada tiene el valor de una declaración gubernamental— el federalismo quedaba restringido a los conceptos políticos, como si se quisiera dar la razón a los opositores que afirman que el federalismo no servirá nada más que para retacear el radio de acción legal del gobierno nacional, de tal manera que sea en el futuro incapaz de oponerse a las pretensiones de los poderes financieros, cuyas facultades crecen a medida que se disminuye el poder político.

#### *Federalismo con distinta tijera*

La extraña devoción federalista que no tuvo influencia suficiente como para que se les devolviera “a las provincias hermanas” los “bienes y derechos” que han sido injusta y abusivamente “absorbidos por el poder central”, misteriosamente revitalizada sirve ahora de fundamento para un régimen de irritante y anticonstitucional privilegio a favor de dos provincias, para cuyo establecimiento se sacrifica la unidad territorial de la Nación. Sobrepasa la medida del candor normal aceptar que el asombroso decreto 10.991 es el fruto de una convicción federalista. El federalismo de estos revolucionarios, que desdeñó los derechos justificados y constitucionales de catorce provincias y de casi veinte millones de habitantes, para favorecer a dos provincias y a los 137.737 argentinos y 50.952 extranjeros que pueblan las zonas del sur del paralelo 42, arrasa todos los principios reconocidos como esenciales para la subsistencia de una nación: la continuidad espacial y temporal, la identidad de derechos y deberes, la solidez y

fortaleza que proviene de la fusión en un destino común e invariable.

El asombroso decreto 10.991 que amputa del cuerpo económico nacional toda la zona situada al sur del paralelo 42, es tan contrario a nuestra idiosincrasia, está tan abiertamente en oposición con los sentimientos que acunamos en el fondo de nuestra esperanza, que es imposible suponer que un argentino, “ni ebrio ni dormido”, haya podido concebirlo. Las inmensas riquezas en expectativa de la Patagonia eran una reserva de nuestro acervo nacional. En virtud del asombroso decreto 10.991 se irá creando al sur del paralelo 42 y al influjo de los nuevos factores económicos un espíritu distinto, que poco tardará en ser antagónico. El germen de la escisión ha sido sembrado como una maligna cizaña y ha comenzado a crecer con un brío en que se adivina la experiencia de los viejos cultivadores. Ya el diario *La Nación*, en un largo editorial, se refiere a la Patagonia casi como a una nación extraña y cuyo standard de vida provoca envidia. Dice que gracias a la liberación “tiene hoy la Patagonia a precios accesibles muchos productos que al norte del paralelo 42 son del más alto lujo: desde las mejores conservas europeas y las más famosas bebidas de Inglaterra y Francia, hasta los automóviles norteamericanos de reciente modelo, cuya abundancia sorprendió a los enviados especiales de los diarios porteños”. El norte y el sur del paralelo 42 han comenzado a tener una vida casi tan diferente como la que tenían el norte y el sur de Estados Unidos en la época que precedió a la guerra de secesión, que se originó en motivos económicos hábilmente atizados por la diplomacia inglesa.

#### *Una frontera internacional*

Los críticos del asombroso decreto 10.991 lo han tachado de inconstitucional porque, aducen, el paralelo 42 asume el carácter de una frontera interna que impide la libre circulación dentro del territorio nacional. Para la mayoría de las actividades que caracterizan a una nación el paralelo 42 es una

frontera externa. El artículo 1º del asombroso decreto 10.991 libera de derechos de importación a toda la mercadería extranjera. Un automóvil norteamericano que se importa al norte del paralelo 42, paga un derecho aduanero de \$ 280.000. Si ingresa por el sur, está libre de él. Esta sola exención no bastaría para quebrar la unidad de la familia argentina y hubiera podido ser resuelta con un simple decreto que acordara la libre importación de un cierto número de automotores. Pero el mismo artículo anula la vigencia de todos "los requisitos y exigencias en materia de cambios". La mayor parte de las mercaderías extranjeras requiere un permiso previo de importación que no se acuerda si la industria nacional está en condiciones de proveerlas. De ese requisito de confraternidad en el esfuerzo conjunto de la Nación, está libre el poblador que vive al sur del paralelo 42. No es que allí se pueda importar más barato. Allá se puede traer del extranjero artículos que de ninguna manera y a ningún precio pueden ingresar al territorio nacional al norte del paralelo 42. La mercadería de importación prohibida al norte no podrá transponer el paralelo 42, ni aun queriendo abonar los correspondientes derechos aduaneros. De esta manera, con referencia a la importación, el paralelo 42 es tan frontera como cualquiera de las que nos separan de los países limítrofes.

#### *El primer paso está dado*

La primera consecuencia de la liberación aduanera y cambiaria concedida a la Patagonia—además de la abundancia de buen whisky y de automóviles de último modelo—ha sido de desencadenar un contrabando de alto bordo, posteriormente facilitado por el reconocimiento como artículo de producción nacional a los productos de origen extranjero a los que se les haya agregado mano de obra equivalente al 50 por ciento de su valor. Un caso concreto es de un ladino comerciante de Comodoro Rivadavia que importó del Japón varios millares de máquinas de coser. Le costaron 260 pesos cada una. Las hizo desarmar. Acomodó las piezas en un galpón. Compró un

pequeño torno y puso un muchacho a hacer viruta todo el día. Dijo que había montado una fábrica de máquinas de coser. En un galpón volvió a rearmar las máquinas desarmadas, las pintó y las vendió en Buenos Aires a \$ 1.200 cada una. Las máquinas de producción nacional, dados los gravámenes y costos de la materia prima, no pueden venderse a menos de \$ 2.500. La mayor parte de las fábricas ya están en estado de convocatoria de acreedores. Análoga situación se está haciendo con los relojes despertadores. Cuando aquellas fingidas industrias cumplan su función desmanteladora, se las arrasará a su vez. Lo importante es que frente a esta situación el Norte pide que para evitar el contrabando, el Sur sea aislado con un infranqueable cordón aduanero. De esta manera somos nosotros mismos los que a consecuencia del inevitable imperio de las leyes económicas solicitamos la segregación del sur. El paralelo 42 consolidará entonces su condición de frontera internacional.

¿Terminarán con las franquicias aduaneras y cambiarias los beneficios con que se piensa, según expresiones del general Aramburu, "promover el desarrollo económico, social y cultural de la Patagonia"? Nada autoriza a presuponerlo. En esta materia, como en "la historia de la costurerita", lo que cuesta es el primer paso; los otros pasos, en verdad, cuestan muy pocos esfuerzos— a la costurerita, digo. Si se ha eximido de obligaciones aduaneras y cambiarias a la importación, con lo cual "hízose justicia en la Patagonia", según dijo *La Nación*, ¿por qué no liberar de análogos impedimentos a la exportación? ¿Por qué birlar a los patagónicos parte de los beneficios que logran con el trabajo en esas "inhóspitas regiones australes?". Según el citado discurso del presidente de facto, las medidas ya dictadas sólo tienen "un único objeto: facilitar la creación de fuentes de riqueza al sur del paralelo 42", y ¿qué fuentes de riqueza podrán crearse, si la crema de los beneficios son "absorbidos por el poder central" que sólo entrega \$ 18 por cada dólar que los productores patagónicos ganan con la exportación al extranjero de su carne o de su lana? ¿Si ellos importan libremente, por qué no permi-

tirles exportar y disponer, libremente también, de las divisas que ganen con su esfuerzo? Los productores patagónicos podrían vender sus dólares a 37 pesos cada uno y dedicar la diferencia a "crear fuentes de riqueza". Como en la historia de la costurerita, el segundo paso es la consecuencia natural del primero. Por otra parte, antecedentes no faltan. Más bien diríamos que abundan. En la sesión de la Cámara de Diputados del 14 de julio de 1939, don Enrique Dickmann presenta un proyecto de declaración —que completa otro análogo, presentado por el diputado Eyto— en que se dice que "la Cámara de Diputados vería con agrado que el Poder Ejecutivo no obligue a productores de lana, cueros y carnes de la Patagonia a la entrega de las divisas que reciben por la exportación de sus productos y que se les permita negociarlas en el mercado libre de cambios". Argüía el diputado Dickmann que las libras esterlinas —a cambio de las cuales el Banco Central les daba \$ 15 por cada una— podían ser vendidas en el mercado libre a poco más de \$ 20. Esa diferencia equivalía, en el concepto del diputado Dickmann, a un impuesto del 25 % a los productores del sur. "No es ni lógico ni justo —afirmaba— que sobre una producción que se desenvuelve en medio de grandes dificultades, como es la de ovinos en el sur... el gobierno perciba esa enorme imposición sobre su trabajo y su producción". Como la libra esterlina se cotiza hoy a \$ 50.40 en el mercado oficial y a \$ 104,15 en el mercado libre, aplicando el mismo criterio, podríamos afirmar que la obligación de entregar las divisas al Banco Central, equivale a un impuesto superior al 50 %, lo que es a todas luces injusto y quizá inconstitucional. Es claro que esa diferencia y el concepto de impuesto que de ella se deduce, son simplemente virtuales, porque la importación que el país adquiere en el exterior se paga con libras que se computan a \$ 50.40 y no a \$ 104,15. Pero los exportadores de la Patagonia pueden a su vez responder diciendo que ellos están fuera de ese equilibrio financiero, puesto que su importación es libre y no está regida por ninguna de las normas cambiarias vigentes al norte del paralelo 42, y habrá que reconocer que tienen razón y que la libera-

ción absoluta de la exportación de toda norma o traba cambiaria es la consecuencia de la franquicia acordada a la importación.

### ¿Hacia la eliminación de impuestos?

Si la importación y la exportación se comercia, se adquiere, se vende y se liquida fuera de todo control nacional, el comercio exterior de la Patagonia comenzará a ser tan ajeno al cuerpo de la República Argentina como es el comercio exterior de cualquiera de las repúblicas circunvecinas. Desde el punto de vista de sus relaciones comerciales con el exterior, la Patagonia habrá comenzado a ser una nación extranjera.

Las contribuciones territoriales ya no son percibidas por las autoridades nacionales, sino por sus correspondientes gobiernos locales. Por lo tanto, entre la Patagonia y el resto de la República Argentina no quedaría ya más vínculo económico-financiero que el constituido por los impuestos: a los réditos, a las ganancias eventuales y a las ganancias extraordinarias. Pero si el gobierno nacional ha hecho el sacrificio de renunciar a los beneficios directos e indirectos, que normalmente los gobiernos obtienen del comercio exterior con "el único objeto de facilitar la creación de fuentes de riqueza al sur del paralelo 42", parece una inconsecuencia absurda e ilógica la de obstinarse en mantener gabelas e imposiciones que pueden retardar la "creación de esas fuentes de riqueza". La eliminación de los impuestos está dictada, pues, por la misma lógica que ya ha conducido a la exención de derechos aduaneros y de trabas cambiarias a la importación. En este teóricamente razonable sentido ya aboga *El Economista* del 23 de febrero del corriente año. Bajo el imperativo título de "Liberrar de impuestos el sur del paralelo 42" se dice que "la eliminación de las aduanas al sur del paralelo 42 es un primer paso encomiable para el fomento económico, comercial e industrial de la zona. Pero es sólo el primer paso... El gobierno de la revolución, tan bien inspirado con respecto al sur argentino, debe tomar la iniciativa cuanto antes. Tiene provi-

dencialmente en sus manos las armas para hacerlo. Un decreto-ley que libere de impuestos todas las actividades industriales y comerciales al sur del paralelo 42, transformaría en muy pocos años el mapa económico de la Argentina". Como se ve, lo que aquí estábamos planeando como simple conjetura, *El Economista* lo exige ya con urgencia y con tono de perentoria cortesía. Con términos menos precisos, pero no menos terminantes, *La Prensa* del 27 de febrero del corriente año, coincide con las apreciaciones de *El Economista*. Dice que "las provincias del sur no deben seguir siendo fuentes donde se nutre la intensa vida de la Capital Federal y provincias circunvecinas..." y que "no habrá verdadera autonomía —para la Patagonia— mientras subsista la dependencia económica del sur con respecto al resto del país". La única dependencia vigente son los impuestos. *La Prensa*, como *El Economista*, es partidaria pues de la eliminación. Cuando los impuestos hayan sido eliminados, la Patagonia ya no formará parte integrante y solidaria de la República Argentina. Desde el punto de vista de la economía y de la finanza —único posible en un territorio despoblado— la Patagonia será una nación independiente. Una propiedad ubicada en su territorio será tan extranjera en todas sus consecuencias, como si estuviera en el Uruguay, en Chile o en el Brasil. El paralelo 42 será desde ese momento el verdadero límite sur de la República Argentina.

#### *En lugar de Buenos Aires, Londres*

Ninguna de las alteraciones, modificaciones y eliminaciones que alejan a la Patagonia de la jurisdicción argentina influirán en el régimen de la propiedad privada. Gran parte de la tierra es propiedad personal de súbditos británicos o de sociedades anónimas que tienen su sede en Londres o de compañías que si bien tienen su sede en Buenos Aires o en Santiago de Chile, están sujetas a la estricta legislación británica y sometidas al régimen del income tax, cuyas obligaciones "ni ebrio ni dormido" ningún británico pretenderá burlar jamás,

y que permanecerán en plena vigencia durante y después del proceso a cuya iniciación asistimos. La dependencia económica del sur con respecto al resto del país se habrá transformado en una "dependencia del sur con respecto al Reino Unido de la Gran Bretaña", que con este procedimiento sutil habrá ganado una colonia más, que no izará una bandera propia hasta el momento en que Gran Bretaña lo crea conveniente.

Los antiguos aglutinantes que caracterizaron otrora a los núcleos humanos, han sido desbordados y superados por los nuevos tipos de relación. Ni las religiones ni las razas son cohesivos de las naciones modernas. El factor económico es hoy el lazo primordial que establece una fraternidad frente a la incertidumbre del destino y a la voracidad y codicia de los ajenos. Al resquebrajar los lazos vitales que nos unían a las zonas australes de nuestro país, abrimos una brecha por donde la intriga extranjera nos escindirá de una manera definitiva. Frente a esta amenaza a la integridad de nuestra soberanía, todos los temas quedan subordinados y desplazados, y por eso continuaremos examinando desde otros ángulos las nacionalmente mortíferas consecuencias del asombroso decreto 10.991, que nuestro periodismo comercial ha elogiado sin formular un reparo, ni una observación, como si hubieran querido realizar una demostración de conjunto del grado de indignidad que se puede alcanzar por el camino del sometimiento.

#### *Segregaciones que achicaron a la patria*

Hay que hacer un serio esfuerzo intelectual para impedir que las escenas cotidianas de la tragicomedia que está sacudiendo la entraña del país, distraigan nuestra atención del examen de aquellos aparentemente inimportantes hechos que atañen a la subsistencia de la integridad territorial de la Nación. Problemas económicos y problemas políticos nos están requiriendo con premiosa insistencia. Mas a pesar de su extrema gravedad, todos ellos están subordinados, porque siempre son, de alguna manera, recuperables.



Hemos afirmado que el asombroso e injustificado decreto 10.991 que crea una zona franca al sur del paralelo 42, es el punto inicial de una maniobra final que terminará con la independización de la Patagonia. A muchos juicios honrados ese aserto pareció una exageración manchada de alarmismo infundado. Esas personas olvidan que en 1810 el Virreinato del Río de la Plata que constituía una verdadera unidad geopolítica, tenía una superficie aproximada de cinco millones de kilómetros cuadrados. Hoy tiene un poco más de la mitad: 2.791.000 km<sup>2</sup>. Ha ocurrido con la Argentina un proceso inverso al de Estados Unidos, que en el momento de su independencia, en 1783, medía 2.300.000 kilómetros cuadrados. Y hoy, incluida Alaska, tiene una extensión casi cuatro veces mayor: 9.038.000 kilómetros cuadrados.

Destruir la unidad del Virreinato debía inevitablemente ser uno de los fines de quienes sobre bases muy precarias aspiraban a sustituir el declinante dominio español, socavado en la metrópoli por la invasión napoleónica, y que en ese momento no tenía ni fuerza ni riqueza como para imponerse en lucha franca. Trabajando en la sombra de sus asociaciones secretas, colocando en los puestos claves a personajes cuya fidelidad habían asegurado previamente con medios no estrictamente morales, los ingleses pusieron en ejecución el adagio latino: *Divide et impera*. El eje de la operación divisionista fue la instalación en la sede del gobierno central de un tipo de gobernante y de una clase social que por sus concepciones políticas y, por sus sentimientos eran repudiados por los pueblos. La oligarquía porteña comenzó a identificar la palabra *cultura* con la muy escasa educación y modales de los comerciantes ingleses y la palabra *libertad* con el alcance de las posibilidades mercantiles de esos mismos comerciantes. *Barbarie* será todo lo que huele a pueblo y a resistencia a las pretensiones extranjeras. Divorciados de su ámbito vital, esos oligarcas porteños serán dóciles juguetes que la diplomacia británica manejará a su antojo. La rebelión del pueblo de Buenos Aires se sofoca y silencia con medidas policiales. La análoga rebelión de los pueblos del in-

terior contra las mismas oligarquías extranjerizantes, se presentará como un afán de independencia lugareña, cuando así convenga a la política disgregadora de la diplomacia británica.

### *Campo franco a las maniobras divisionistas*

Las provincias eran sociedades más antiguas, más ricas y más cultas que Buenos Aires. Si los dirigentes porteños hubieran respetado las autonomías provinciales y amparado sus intereses fabriles y manufactureros, las maniobras divisionistas no hubieran encontrado el campo franco. Se hizo todo lo contrario porque convenía al extranjero. No eran simples fórmulas abstractas y principios teóricos lo que estaba en juego: era la defensa del modo de subsistencia que algunas de las provincias habían tenido durante varios siglos.

Cuando en 1809, con motivo del petitorio presentado por los comerciantes ingleses Dillon y Twaites para importar mercadería, el virrey Cisneros consultó la opinión del síndico Yañiz y del apoderado Agüero, y con aguda visión de las consecuencias, éstos dijeron: "Sería temeridad equiparar la industria americana con la inglesa. Estos audaces maquinistas nos han traído ponchos, que es el principal ramo de la industria cordobesa y santiagueña, lanas y algodones que además de ser superiores a nuestros bayetones y lienzos de Cochabamba, los pueden dar más baratos y por consiguiente arruinar enteramente a nuestras fábricas y reducir a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen con sus hilados y tejidos... Es un error creer que la baratura sea benéfica a la patria. No lo es cuando procede a la ruina de la industria, y la razón es clara, porque cuando no florece ésta, cesan las obras, y al faltar éstas se suspenden los jornales, y entonces, ¿qué se adelantará con que no cueste más de dos lo que antes valía cuatro, si no se gana más que uno...? Las artes, las industrias y aun la agricultura misma llegarían aquí al último grado de desprecio y abandono. Muchas de nuestras provincias se arruinarían necesariamente, resultando de aquí *división y rivalidad entre ellas...*" El virrey Cisneros alar-

mado por estas prevenciones no se atrevió a implantar un libre cambio absoluto. La primera Junta, bajo la influencia de los representantes provincianos, continuó manteniendo cierto proteccionismo manufacturero y financiero, para evitar el desmantelamiento del interior y la evasión del oro, único y abundante medio interno de cambio, entonces. Sólo la Asamblea del XIII dicta el 19 de octubre una amplia y teórica igualdad y libertad que entonces, como ahora, significaba hegemonía del extranjero, pobreza, desocupación y ruina para nosotros. Paraguay y el Alto Perú se vieron obligados a tomar medidas localistas defensivas. Los ríos Paraná y Paraguay y el paralelo 22, bajo la influencia de los factores económicos, comenzaron a adquirir la antipática fisonomía de una frontera exterior. Buenos Aires ganaba con el libre cambio. En trueque de sus cueros y de sus salazones obtenía mucha de esa mercadería de boato con cuyo uso los mentecatos creen que dejan de ser un poco menos plebeyos. Pero esa misma mercadería aniquilaba el modo de vida que se había mantenido durante dos siglos en las provincias manufactureras y ellas debían defenderse con el aislamiento. El Alto Perú y el Paraguay, a pesar de su contraria voluntad, comenzaron a renegar de la unidad del virreinato. El germen del separatismo había sido sembrado. Un simple decreto de Rivadavia —del que Bolívar y Sucre se enteraron estupefactos— perfeccionó la escisión del Alto Perú. Sus economías ya estaban divorciadas desde diez años antes. El Paraguay se encerró en sí mismo. Tenía una larga tradición de aislamiento. La amenaza destructora del liberalismo extranjero de los porteños no hizo más que acentuarlo. Pero continuó con una expectativa amistosa, como si esperara que dieran frutos tardíos las “uniones federales” propuestas por el doctor Francia en 1811 y 1812. Bajo el impulso progresista de los López, la economía paraguaya adquirió un desarrollo, extraordinario que contrastaba con el primitivismo que continuaba reinando en las márgenes del Río de la Plata. Pero tampoco los López desearon la esperanza de reintegrarse a una verdadera confederación, tan fuerte era la mutua atracción de los pueblos y de los gobernantes que los interpretaban. La

inicia guerra de la Triple Alianza que la diplomacia inglesa desencadenó para exterminar hasta la semilla de ese régimen de progreso realizado al margen de su predominio financiero puso un sangriento punto final a la relación fraternal de ambos pueblos.

### *La segregación del Uruguay*

La segregación del Uruguay de la unidad del viejo Virreinato del Río de la Plata no fue precedida por medidas de índole económica que prepararan el ambiente. Gran Bretaña estimaba peligroso para sus intereses futuros que sólo dos grandes naciones dominasen toda la costa occidental del Atlántico Sur, que era pasaje obligado de todo el comercio con el Oriente. En su comunicación del 18 de enero de 1828, lord John Ponsomby, que es incansable gestor de la independencia uruguaya, le resume a lord Dudley las instrucciones recibidas y las ideas de Canning. Dice que “si a los brasileños se les consintiera incorporar la Banda Oriental del Río de la Plata a su imperio, podrían en cualquier tiempo dar facilidades a los franceses, de una naturaleza formidable para atacar con ventaja los intereses marítimos de Inglaterra... No creo que tampoco se pueda confiar con seguridad a Buenos Aires el dominio del Río de la Plata. Puede suceder que un partido dominante llegue a tener intereses privados en emplear ese dominio para propósitos franceses o norteamericanos y aun seguir la política de unirse al Brasil, como se ha sugerido, para satisfacer miras estrechas. Con la posesión de la Banda Oriental, Buenos Aires podría hacer prosperar cualquier proyecto hostil que en Río se fraguase contra el comercio británico... Pues no sería imposible que estos Estados se uniesen con el fin de cosechar alguna ventaja imaginaria actual, so capa de esos falsos principios patrióticos, que según se recordará, han sido cuidadosamente fomentados, si no engendrados, por los norteamericanos, nación cuya presteza en hostilizar y deprimir los intereses de Gran Bretaña podrá, creo, apenas ser negada por cualquier

persona que conozca el carácter de ese pueblo... en vista de estas circunstancias y de lo que podría resultar de ellas en un futuro no distante, parece que los intereses y la seguridad del comercio británico serían grandemente aumentados por la existencia de un Estado en el que los intereses públicos y privados de gobernantes y pueblo fuesen tales que tuviesen como el primero de los objetivos nacionales e individuales, cultivar una amistad firme con Inglaterra... tal Estado sería una Banda Oriental independiente. La Gran Bretaña podrá con facilidad y sin dar motivo justo de queja a otra nación, contribuir mucho al rápido progreso de este Estado, en cuyo establecimiento firme se halla la fuente segura del interés y del poder para perpetuar la división geográfica de Estados, que beneficiaría mucho a Inglaterra y al mundo”.

#### *Maniobras de lord Ponsomby*

La comunicación de lord Ponsomby está fechada en 1823, cuando aún luchan las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil en una guerra que desde sus comienzos es estéril para ambos beligerantes. Pero la intriga separatista había comenzado trece años antes y quizá fue planeada junto con la decisión de heredar los bienes del difunto imperio español. Separar a la Banda Oriental del resto de las Provincias Unidas no era empresa baladí. Ambas bandas del río epónimo tienden a aproximarse como si estuvieran ligadas por un elástico. Todo es intercambiable en ellas: las razas y las religiones fundadoras, el idioma y sus deformaciones, las costumbres, el temperamento, los modales, la vanilocuencia de sus literatos, la extranjería desdeñadora del pueblo de su clase dirigente y hasta esa fe casi inasible por las palabras que como una llamita de encendedor tenemos siempre pronta en el fondo de nuestras esperanzas. Por eso la segregación del Uruguay del cónclave de provincias hermanas no era posible sin una operación intermedia que relajase los vínculos naturales, que resquebrajase la cohesión casi química y estableciera relaciones econó-

micas que contrabalancearan la influencia de las restantes provincias.) Esas consecuencias podían obtenerse poniendo como paso previo a la Banda Oriental bajo el dominio de los portugueses.) Inglaterra gozaba de influencia suficiente en la corte portuguesa de Río de Janeiro como para lograr más tarde la liberación y, en todo caso, no faltarían a sus diplomáticos estratagemas que condujeran a ese fin. La dificultad mayor residía en la resistencia que oponía la corte de Río de Janeiro. No quería arriesgar el peligro de verse envuelta en una guerra con las Provincias Unidas que podía derivar en una guerra de principios entre republicanos y monárquicos, en que todo el continente ocurriría en ayuda del enemigo. Al director supremo, don Juan Martín de Pueyrredón, la ayuda portuguesa lo seducía. Desestimaba la importancia del territorio oriental y juzgaba que su población cerril no permitiría nunca sentar las bases de un verdadero progreso. En cambio, Artigas era su mayor enemigo y no tenía fuerza ni medios para combatirlo. El prestigio de Artigas era inmenso en las poblaciones argentinas. Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Misiones y el Uruguay y se habían coaligado en la Liga Federal y le habían otorgado el título de Protector de los Pueblos Libres. Si avanzaba un poco más, la unidad del virreinato podía salvarse merced al esfuerzo de los orientales y al valor e integridad de su jefe. Para asegurar a los portugueses que la operación contaría con su beneplácito, Pueyrredón envió a Río a don Manuel José García, el más leal servidor de Inglaterra en los veinte años que median entre 1815 y 1835, en una palabra, el Raúl Prebisch de esa época. Bajo el mando del general Lécór, los portugueses enviaron 12.000 soldados que, a pesar de la desesperada resistencia de Artigas, entraron en Montevideo el 27 de octubre de 1816. El Congreso General Constituyente reunido en Tucumán, ignorante de las maniobras de Pueyrredón, en la sesión secreta del 28 de agosto de 1816, resolvió que “se encargue al Supremo Director la defensa del territorio por cuantos medios estén a su alcance y especialmente activando el reclutaje a razón del cinco por ciento de la población de provincias y acelerando los empréstitos ofrecidos por

los norteamericanos Desforest y Devereux". Ninguna de las medidas ordenadas tendrá principio de ejecución siquiera.

La corriente de los intereses económicos comienza a desviarse de inmediato hacia Río de Janeiro. En 1822 son ya tan fuertes los vínculos, que una comisión de vecinos de Montevideo, representantes de lo que más tarde se llamaría fuerzas vivas, pide en nombre del pueblo uruguayo que la Banda Oriental sea incorporada al imperio que Pedro I funda al independizarse de Portugal! La nueva provincia Cisplatina contribuye eficazmente a aumentar el prestigio del flamante monarca americano. Pedro I estima que su imperio necesita una frontera que lo resguarde de las tropelías de los montoneros anárquicos de las Provincias Unidas, a los que desprecia, y por eso se niega a abandonar la costa oriental de los ríos Uruguay y de la Plata. Los diplomáticos ingleses gastan sutilísimos argumentos para tratar de convencerlo de que la paz de este continente requiere la existencia de un Estado intermedio que desempeñe la función de paragon entre ambas potencias. Don Pedro I no transige. No cree que las Provincias Unidas tengan posibilidad alguna de agredirlo. Está al tanto de la extensión de la anarquía que las carcome. Es inútil que los diplomáticos ingleses amenacen veladamente con la posibilidad de que quizás "los hombres libres del mundo" puedan ayudar a los argentinos en una causa justa. Cuando los ingleses se convencen de que no doblegarán la terquedad del emperador con simples argumentos verbales, Lavalleja invade la provincia Cisplatina al mando de 32 hombres. La guerra entre la República Argentina y el Imperio del Brasil había comenzado y se prolongaría durante más de dos años. Inglaterra ayudaría a uno y otro beligerante alternativamente, hasta equilibrar las posiciones, quebrantar las resistencias nacionales y doblegar el espíritu de los gobernantes.

### *Entretelones de la guerra con el Brasil*

Los heroicos episodios de esta guerra, especialmente escritos para exaltar el patriotismo romántico en que los hechos de la guerra y los heroicos episodios no guardan relación con las necesidades materiales de los pueblos, pueden releerse en cualquier historia elemental. Lo que no podrá leerse es la originalísima descripción de intimidades que de la guerra del Brasil y la Argentina hace el Hon. Robert Gordon, enviado de Gran Bretaña en Río de Janeiro, en la comunicación que le envía a lord Dudley el 1º de octubre de 1827. Dice el Hon. Gordon: "El temor de que sean rechazadas las propuestas formuladas en mi despacho N° 21, es el que me impulsa a molestar a V. E. con algunas consideraciones sobre el extraordinario aspecto de esta guerra... Las principales y casi únicas operaciones de guerra se hacen por mar, no entre brasileros y españoles, sino por extranjeros, en su mayoría ingleses. Y no es alejarse de la realidad decir que la guerra entre Brasil y Buenos Aires se mantiene actualmente entre ingleses... No hay menos de 1.200 marineros ingleses en la flota brasileña y lamento tener que anunciar a V. E. que varios centenares de ellos son desertores de la armada de Gran Bretaña... El jefe de la escuadra bloqueadora en el Río de la Plata es un inglés y el jefe de la flota de Buenos Aires, lo mismo. Sus dotaciones inglesas, cuando caen prisioneras, sin vacilación se unen a sus compatriotas alistados del lado opuesto y a veces vuelven a cambiar a causa de los malos tratamientos o por inclinación al saqueo. Las últimas noticias de Montevideo dicen que una hermosa goleta brasilerá, con 14 cañones y con dotación completa de marinos ingleses, se pasó al enemigo..." *Anuba flo la Boacil. ASAS > Ingleses.*

Este desconocido aspecto de la guerra no influye en el ánimo de lord Ponsomby que presiona constantemente sobre ambos bandos para lograr lo que al fin consiguió: la independencia de la República Oriental del Uruguay garantizada por sus dos poderosos vecinos. Cualquier inconveniente irrita a

este extraordinariamente tenaz negociador, y es así que el 9 de marzo de 1828, ante una posible vacilación de Dorrego, obligado a firmar la paz porque los fondos del Banco Nacional son manejados como propios por el diplomático británico, Ponsomby le escribe al Hon. Robert Gordon: "La mayor diligencia que pueda usted emplear es necesaria. No sea que esta República democrática, en la cual, por su verdadera esencia, no puede existir cosa semejante al honor, suponga que puede hallar en las nefastas intrigas de Dorrego, medios de servir su avaricia y su ambición."

¡Y decir que toda esta lamentable maniobra en que el Uruguay y la Argentina se perdieron mutuamente, tuvo su origen en el maligno deseo de exterminar a una gran fracción del pueblo argentino que sólo había cometido el delito de ser leal a su jefe, porque entendían que su jefe era leal a los reclamos de su tierra! ¡Hago votos por que las generaciones venideras no puedan decir del asombroso decreto 10.991 —que segrega económicamente a la Patagonia— lo mismo que las presentes generaciones de argentinos tienen derecho a decir del general Pueyrredón y de su asesor, don Manuel José García!

### *El daño que hacen sobrevive a los ministros*

La vida es un relámpago de luz entre dos eternidades de sombra, escribió Poincaré en uno de sus ensayos. No podría encontrarse una frase que sintetice mejor la fugacidad de la vida administrativa de los ministros de Hacienda de esta revolución. Llegan de la oscuridad indiscernible en que actúan los doctores en ciencias económicas en la trastienda de las grandes empresas —en que son asesores de réditos, contadores, síndicos—, brillan un momento en el firmamento de la administración pública, refulgen con el resplandor de la propaganda periodística, cumplen con la función para la que fueron nombrados y vuelven a desaparecer en la noche insondable de los negocios privados. Mientras ejercen el ministerio parecen seres

excepcionales. Opinan sobre los más engorrosos problemas con una desenvoltura que pasma e imponen soluciones que contrarían la rutina burocrática con una seguridad dogmática. Al llegar al cargo, eran ideológica, política y administrativa-mente irresponsables. Continúan siéndolo después de irse. Los males que causan sus errores los sufre el país. Ellos están más allá del bien y del mal, ubicados en el bote salvavidas de las empresas extranjeras.

### *Dstrucción del crédito bancario*

¿Quién se acuerda del doctor Alizón García? Fue él quien refrendó con su firma la monstruosa desvalorización de la moneda argentina, causa matriz del desasosiego económico argentino, punto de arranque de la desvalorización de nuestros productos en los mercados extranjeros, máscara con que se ha recubierto el incesante descenso del nivel de vida del pueblo argentino. Fue él quien tomó la responsabilidad de alterar las normas a que se ajustaban los acuerdos de crédito bancario. Desde su iniciación el crédito bancario fue en nuestro país un instrumento puesto al servicio de los poderosos. Los ahorros del pueblo contribuían al acrecentamiento de la riqueza de los pudientes, porque el crédito que los bancos acordaban estaba en relación directa con el patrimonio del solicitante. En realidad, el verdadero crédito no existía: el crédito era un simple adelanto líquido de parte de la fortuna del que lo solicitaba. El *sangriento tirano depuesto* impuso una norma verdaderamente revolucionaria y creadora. (El crédito bancario comenzó a ser dispensado a quien quería trabajar en una actividad útil. Bastaba comprobar que el solicitante tenía antecedentes y experiencia. La manifestación de bienes pasó a segundo plano.) Lo primordial era el objetivo a que se iba a dedicar el dinero que el banco prestaba. Así, millares de humildes obreros del volante adquirieron su camión. Millares de chacareros adquirieron el campo que trabajaban. Millares de mecánicos compraron su primer torno o su fresadora y con su trabajo independiente sentaron la base de sus fortunas. Los objetivos

del crédito se multiplicaron. Hubo crédito para plantar árboles en escala industrial y para forestar pequeñas superficies en los rincones perdidos de las chacras. Se dio crédito para diversificar la producción y para estimular la granja... Nada más que en el orden agropecuario, el Banco de la Nación tenía más de ochenta tipos de crédito distintos. La gama de créditos del Banco Industrial era casi infinita e iba desde la habilitación al pequeño inventor para establecer una planta piloto experimental hasta la financiación de la gran empresa fabril. El crédito desempeñaba así su función primordialmente creadora. El doctor Alizón García, al poner en posesión de sus cargos a los nuevos directores de bancos, dijo que había que simplificar y disminuir los objetivos y tomar como base para acordarlos la responsabilidad patrimonial de los solicitantes. A la sombra de esa determinación, como hongos venenosos, comenzaron a proliferar las sociedades de financiación. Ellas consiguen créditos y los prestan a los industriales a intereses usurarios. Bunge y Born y sus acólitos tornaron a movilizar los enormes fondos con que habilitan a los chacareros desesperados... En una palabra, los bancos comenzaron a alejarse de las posibilidades del pueblo, como un barco que se aleja del muelle... La Argentina vuelve rápidamente a ser el paraíso de los usureros y de los especuladores. Cumplida su misión, el doctor Alizón García se disolvió en el anonimato. ¿Qué será de su vida? Más fácil es averiguar "qué se hizo del rey don Juan y los Infantes de Aragón". Pero sin temor de equivocarnos podemos afirmar que no estará pasando privaciones. Los ingleses son consecuentes con los que les son leales, salvo cuando imitan a aquel legendario sha de Persia que emparedó al arquitecto que construyó su tesoro.

### *Extranjerización del Banco Central*

Al doctor Eugenio Blanco, sucesor del doctor Alizón García, le tocó en suerte extranjerizar el Banco Central y designar su primer directorio, que fue seleccionado entre notorios abogados

de las antiguas empresas británicas: frigoríficos, ferrocarriles y Corporación de Transportes. Algunos de ellos como el doctor Coll Benegas, eran seres de excepción. El doctor Coll Benegas estudió en Cambridge. En el Consejo Interamericano de Comercio y Producción, realizado en Montevideo en 1947, demostró con sus opiniones que los ideales británicos tenían primacía en su criterio sobre las pobres aspiraciones argentinas. Dijo allí que "tanto la crisis mundial como la guerra, han fomentado la creación de industrias en estos países, algunas de las cuales son perfectamente económicas, pero otras tienen mucho de artificial... sería entonces deseable la eliminación de estas últimas en forma gradual y el reajuste paulatino de las economías individuales a una economía más universal". Al doctor Coll Benegas no le costará pues ningún esfuerzo de conciencia colaborar en el plan británico de "reajuste industrial y de estímulo a las industrias básicas de la agricultura y de la ganadería".

Con el pequeño inconveniente que significan siempre los intermediarios, la voluntad británica ha reasumido su puesto de comando en los controles de la economía argentina. Sin que se perciba su acción directa podrá cumplir sus propósitos de empobrecimiento para crear en este país rico y potencialmente poderoso el *estado de necesidad* que justifique la graciosa entrega de sus fuentes de riqueza. A casi un año de distancia, avergüenza releer los discursos y argumentos con que se pretendió justificar la extranjerización del Banco Central que según el editorial de "La Nación" del 18 de agosto de 1956 fue "un acontecimiento feliz y promisorio para la economía nacional".

El Banco Central maneja en forma omnímoda y sin control alguno nuestras relaciones comerciales con el extranjero. Percibe las divisas que la República gana en el exterior con su exportación y las distribuye para el pago de las importaciones. La política a que ajustó el Banco Central sus asignaciones de cambio coinciden exactamente con las presupuestas directivas británicas. Los bienes de capital y los materiales esenciales que la industria necesita importar fueron sometidos a

una restricción de ahogo de la que no se salvó ni siquiera Y.P.F., que debió derivar hacia el oneroso cambio libre las adquisiciones impostergables. Los bienes de consumo y la materia perecedera tuvieron holgada abundancia de divisas. Esta política perniciosa no fue, sin embargo, la acción más dañina y criticable. Lo grave —lo tremendamente trascendental— es que el Banco Central acordó divisas extranjeras por sumas que superaban el monto de las divisas ganadas con la exportación. Según la tardía información del doctor Verrier, tuvimos un déficit que supera a los doscientos millones de dólares, parte del cual se saldó con la remesa al exterior de más de 187 millones dólares en oro. De aquí se deduce que el Banco Central tiene la facultad de endeudar a la Nación con el extranjero hasta los límites de su propia voluntad. Le basta para ello acordar permisos que excedan de los niveles que pueden ser cubiertos por la exportación. Las perspectivas no son, pues, nada halagüeñas.

Quando el Banco Central fue implantado entre nosotros por sir Otto Niemeyer, en junio de 1935, escribí un artículo en *Señales* en que decía que su imposición "ha echado sobre nuestra generación la mancha de haberlo permitido sin sublevarnos". Cuando el general Edelmiro J. Farrell lo nacionalizó en marzo de 1946, como paso previo indispensable de colaboración para la obra de recuperación que se aprontaba a efectuar el *sangriento tirano depuesto*, tuve el honor de dirigirle una carta en que terminaba diciéndole que "la convicción que he mantenido siempre de ser uno cualquiera que sabe que es uno cualquiera, es la que me autoriza a afirmar que la inmensa alegría que inunda mi esperanza es una alegría gemela a la que sienten dieciocho millones de argentinos, tan emocionados y agradecidos como yo". Ahora hemos vuelto a la situación de 1935.

### *La estratagema multilateral*

Realizada la hazaña de extranjerizar el Banco Central el doctor Eugenio Blanco se perdió en la penumbra de sus actividades particulares y fue sustituido por el doctor Roberto Verrier que en el transcurso de 1956 anduvo recorriendo Europa en puntas de pie, provisto de facultades mucho más amplias que las que normalmente se acuerda a un ministro plenipotenciario. Muy pocas informaciones se proporcionaron de la misión cumplida por el doctor Verrier. Se dijo sucintamente que iba a transformar los pactos bilaterales en pactos multilaterales que verbalmente están más de acuerdo con la orientación supuestamente liberal que sirve de pantalla disimuladora a la absorción de nuestra economía por la voluntad británica. La terminología de "pactos bilaterales" tiene repercusiones extrañas en la comprensión pública que no alcanza a comprender claramente que todos los convenios entre dos naciones son "bilaterales". La misión del doctor Verrier fue la de anular los arreglos convenidos con varias naciones europeas, merced a los cuales la República adquiría el equipo de bienes de capital indispensables para su progreso industrial y los pagaba con su producción agropecuaria, a precios de antemano equiparados. Los saldos ocasionales que quedaban de año en año, podían liquidarse en el transcurso de los años subsiguientes. De esa manera nuestra producción quedaba protegida y a salvo, simultáneamente, de las maniobras del llamado mercado internacional y del peligro de ser desplazados por los excedentes norteamericanos. Todos los pactos bilaterales fueron cancelados, menos el que nos maniató a Gran Bretaña, con lo cual se demuestra que la caducidad no se operó en consecuencia de nuevos principios comerciales ni se debía a la adopción de una doctrina general. Fue, sencillamente, parte de una estratagema para aislar a la Argentina y rodearla de un verdadero cordón sanitario de desconfianza y recelo, tal cual ocurrió en aquel abominable decenio que va de 1932 a 1942, en que por exclusión sucesiva de todos los posibles competi-

dores —japoneses, rusos, franceses, alemanes e italianos— no nos quedó más cauce comercial que el británico. Poco se sabe de la misión Verrier, porque no se ha proporcionado ninguna información oficial, a pesar de tratarse de un tema de vital trascendencia. El investigador curioso sólo puede guiarse por los comentarios despectivos —y aun ofensivos— que hemos merecido como país que estúpidamente, sin propósito perceptible para ellos ni justificativo razonable, reniega de convenios que aseguraban su comercio, la colocación integral de su producción a precios remunerativos proporcionalmente y favorecían el desenvolvimiento y el progreso nacional. Ellos no están en condiciones de saber que la decisión, la inteligencia y el deseo de los argentinos están circunstancialmente avasallados y sustituidos por la inteligencia diplomática de Gran Bretaña y su voluntad de aniquilar todo lo que no esté y tienda al servicio directo de sus conveniencias imperiales.

Para el consenso público el ministerio del doctor Verrier fue muy breve. En realidad duró sólo un día. La presentación fue espectacularmente encuadrada en una escenografía wagneriana. La escenografía que decoró la insignificancia del doctor Verrier contribuía tan poderosamente al logro de los propósitos buscados: empavorecer a la gente responsable del país y justificar por anticipado con la inminencia de la catástrofe la adopción de medidas que se irían dictando en el correr de los días y que, como son tan opuestas a su destino de nación soberana, sólo pueden ser aceptadas como recurso extremo. El general Aramburu escuchó el informe del doctor Verrier y se refirió a él con una impavidez desconcertante, aunque es, en sí mismo, la más grave acusación que se puede formular a un equipo gobernante. El general Aramburu parecía no ser el responsable de la sucesión de hechos que han conducido al país al estado comatoso que el doctor Verrier denunciaba. ¿Será?

### *El déficit de 200 millones de dólares*

En este inmenso drama en que el protagonista es el destino de la Nación argentina, cada personaje tiene un papel que desempeñar y unas exactas palabras que recitar. Cumplida su misión agorera, el doctor Verrier desapareció entre bambalinas y el doctor Krieger Vasena que lo suplantó decidió ampliar aún más el radio de atribuciones del Banco Central que en adelante determinará sin fiscalización alguna el aforo de los productos de exportación. ¿Cuál será el triste y quizá trágico papel que le tocará representar al doctor Krieger Vasena? El déficit de 200 millones de dólares a que asciende el quebranto de la balanza de pagos es la consecuencia directa del precio vil a que se enajena nuestra exportación y del exceso de importación superflua. Para cubrir ese quebranto se exportaron casi 200 millones de oro metálico, cantidad que hubiera bastado para equipar a Y.P.F. y resolver definitivamente el problema del abastecimiento petrolífero. Pero en ese caso el ex ministro Alsogaray no hubiera tenido pretexto para desencadenar esa campaña de ablandamiento de la resistencia nacional en que está empeñado con un ardor digno de más noble causa. Mientras tanto, el drenaje de oro continúa. El perímetro de nuestras posibilidades se va estrechando. La República se empobrece a ojos vista. El estado de necesidad se acentúa. Ya se avizoran en el horizonte económico las primeras nubes tormentosas: "La crisis más aguda de la historia", que en 1955 solamente existía en la desenfadada fantasía del doctor Prebisch, puede estallar en cualquier momento. Pero no nos dejemos amilanar y no permitamos que se resquebraje la confianza en nosotros mismos que por ser pueblo somos el único valor permanente. "Una sola falta y un solo crimen podrán arrebatarnos la victoria de la que dependen nuestra vida y nuestro honor: esa falta y ese crimen es la debilitación de nuestra unidad, y ése es un crimen mortal. Y de cualquiera que sea culpable de ese crimen o de provocarlo en otros, se podrá decir que sería mejor que se coloque una piedra al cuello y se



lance al mar". Esta no es una frase que haya pronunciado el general Aramburu ni el contraalmirante Rojas. Fueron dichas por sir Winston Churchill en momento en que el espíritu británico estaba tan acorralado por la agresividad germánica, como lo está hoy el espíritu argentino por la agresividad británica. Es oportuno recordarla en este momento en que la inteligencia agresora trabaja activamente para desunirnos y disgregarnos "para devorarnos mejor", como le dijo el lobo pícaro a la pobre Caperucita.

*El pueblo declarará nulo todo lo que se resuelva a sus espaldas*

Siempre he creído que la función del escritor —que junto con una jerarquía especial le impone una tremenda obligación— es la de ser intérprete de los más hondos sentimientos y de las más recónditas ideas de los hombres de su pueblo y de su tiempo y a esa norma he tratado de ajustarme, con olvido de mis sentimientos y de mis ideas exclusivamente personales. Por eso reviso y releo con frecuencia mis propios escritos de otras fechas. Lo hago, no por estúpido y repudiable narcisismo, sino para estudiar a través de un mismo observador la continuidad o variación de las ideas o de los sentimientos que fueron contemporáneos de esos escritos.

*El amor al país*

En los últimos tiempos, dentro del torrente de artículos firmados y anónimos, comentarios y notas periodísticas, con que se pretende ir creando un clima favorable al llamado capital extranjero, he leído numerosas referencias a la resistencia que en todos los órdenes el país ofrece a ese tipo de penetración, resistencia que se pretende presentar como una herencia de la *sangrienta tiranía depuesta*. Y no es así. Desde el origen mismo de la nacionalidad arranca una línea de adhesión a la

patria y al pueblo en que la patria se encarna y se humaniza. Nace en los escritos postrevolucionarios de Mariano Moreno y a través de las mentes más preclaras y honradas y de las inteligencias más lúcidas e informadas llega con diversas variantes hasta los días presentes, a tal punto que el problema político, analizado y esquematizado hasta sus esencias, puede presentarse como la lucha constante del pueblo en que el espíritu de la tierra se consubstancia contra el capital extranjero que procura someterla y sojuzgarla. Sobre este tema escribí en setiembre de 1931 unas páginas que podrían haber sido íntegramente escritas hoy, a tal punto reflejan con exactitud la profundidad en que van disciplinándose los movimientos políticos actuales. Esas páginas, que integran un capítulo de *El hombre que está solo y espera*, se titulan: *La defección política*, y fielmente transcriptas, con sus errores y aproximaciones, de la octava edición, dicen:

"Dos fuerzas convergentes en su punto de aplicación, pero divergentes en la dirección de sus provechos, apuntalan la prosperidad del país. Una es la tierra y lo que a ella está anexado y es su índice. Otra, el capital extranjero que la subordina y la explota".

"Antes del advenimiento europeo, la pampa era una sábana yerma, de flora miserable y fauna enteca. Flora de arbustos rastreros, cardos, espadañas y totoras. Fauna más de alimañas que de bichos o animales: un venado arisco, dos ñanduces y mil tucutucos y cuises. El abono extranjero la pobló de hombres y de animales. Sembró trigos y pueblos. La fileteó con vías férreas y la dotó de un sistema de nervaduras telegráficas que unificaron sus horizontes. Desagotó sus regiones anegadizas. Construyó puertos y elevadores de granos. Depósitos de cereales y cueros, frigoríficos y saladeros. Inició la manufactura de la materia prima y organizó el comercio de exportación. El capital extranjero le dio un cuerpo, pero no pudo torcer la voluntad de su espíritu. El espíritu de la tierra se mantuvo ileso. Gracias a él no fue ésta una factoría extranjera, un emporio cerealista formidable pero sin alma, sin cohesión, sin destino, sin más objeto que alimentar a Europa".

“Ahora la República es una incommensurable estancia moderna, macrocéfala, como todas las estancias, cuyo casco es Buenos Aires. Aquí, en este suntuoso caserío, apenas un cascote en la dilatación de la pampa, se lleva la contabilidad del tráfico, se surten los implementos requeridos por el laboreo agrario, se adquieren las máquinas y se mercan las cosechas y los ganados. Pero, bajo su embarullamiento cosmopolita de urbe comercial, también Buenos Aires mantuvo incólume su espíritu, fue fiel al campo, cuyo pensamiento y cuyo sentimiento sintetizaba a través de todas las metamorfosis en que rebuscaba la realidad de sí misma, en que rebuscaba ser suficientemente fuerte como para no atemorizarse de ser como es y como ha sido”

“Pero tierra y capital siguen plantados frente a frente. El capital es poder de alevosías que no debe descuidarse. El sentimiento del hombre porteño no desmaya en su ladino avistamiento. Con sus ‘pálpitos’ rastrea incansablemente sus manejos. El Hombre de Corrientes y Esmeralda, aunque ignorante de finanzas, ‘palpita’ que el capital es energía que no se conaturaliza nunca. Palpita que si en el aprovechamiento del capital estuviera el sacrificio del país, sacrificaría al país sin escrúpulos. El hombre porteño procuró impedir que el capital extranjero se ingiriera en el manejo de la función pública y ha desconceptuado siempre a los hombres que tutelaron su infiltración en el gobierno”.

“El hombre porteño tiene un instinto político de una sagacidad admirable. No se engaña en el oculto designio de su elección. Cuando un político entra en combinaciones con el capital extranjero, acepta direcciones de compañías, representaciones de empresas, se contrata como abogado, o tramita sus asuntos, acompañándolo con su influencia, el Hombre de Corrientes y Esmeralda le retira su delegación. Es muy difícil, si no imposible, embaucar el instinto del hombre porteño. El político se resarce generalmente insultando al pueblo, negándole condiciones para dirigirse a sí mismo”.

“El hombre porteño no regatea las famas que se obtienen con las representaciones populares. Aunque estima que de la

función pública no deben deducirse medros ni privilegios personales, el enriquecimiento no daña al político, mientras el político no traiciona al espíritu de la tierra. La subconciencia de la multitud sabe que lo esencialmente argentino es la tierra y el hombre que se apega a ella. Por eso el Hombre de Corrientes y Esmeralda, que tolera la infidencia de todos, es implacable para juzgar la traición política”.

### *Lo que no perdonamos*

“Es tan extremada su atención, que hasta castiga, inexorable, los estados de ánimo de sus mandatarios que pueden conducir por degradaciones sucesivas a la connivencia con el capital extranjero. El hombre porteño permanece indiferente ante la soberbia despreciativa del intelectual o el periodista. No se resiente siquiera por sus arrogancias. Pero no perdona que el político se ensoberbezca. Comienza a maliciar del que habla mucho en primera persona. Odia los ‘yo’ y los ‘mí’. El orgullo desmedido, en que alternativamente los hombres de gobierno incurren, extingue la idea de la responsabilidad. La soberbia es inescrupulosa. El que es poseído por ella, cree debérselo todo a sí mismo. Olvida que es una factura del pueblo y está muy próximo a traicionarlo. En precaución, el pueblo lo tacha de la lista de sus favoritos, sin denigrarlo personalmente. El porteño no quiere juzgar a los hombres: aprueba o desaprueba los actos, no los actores”.

“La mayoría de nuestros políticos se caracterizan por su torpeza a este respecto. Cuando tienen la venia popular, adulan a la multitud, creyendo así asegurar sus canongías. Cuando caen víctimas de su codicia, no hallan expediente mejor que vituperar a los mismos que adularon. Los sucesores en las esferas oficiales no escarmientan, o no comprenden, y reinciden en la falta. Los conservadores manejaron durante muchos años al país como cosa propia. En desprendida capitación se repartieron los bienes mostrencos y algunos otros. Cicatieron la opinión del pueblo. Trampearon votaciones, sin que

el pueblo contuviera su voracidad y su fullería. Se enriquecieron y se entremezclaron a los terratenientes antiguos. Más luego, los conservadores ensoberbecidos supusieron que el país les pertenecía y entraron en confabulaciones con los capitales extranjeros. (Se hicieron abogados de empresas, directores de ferrocarriles, accionistas de capital inconfesable y caducaron lamentablemente”]

“Trabajos igualmente decorosos y valorados en el ánimo del Hombre de Corrientes y Esmeralda son los aplicados al servicio de la tierra o del capital extranjero. Tampoco se malquiere a los hombres extranjeros que defienden a los capitales puestos al amparo de su experiencia. A un inglés, o norteamericano, o francés, o alemán, directores de compañías, de bancos o de usinas eléctricas, de ferrocarriles, se les brindan las opciones más hospitalarias del país y son bien recibidos por el pueblo. Sus artimañas en pro de un mayor rendimiento financiero no despiertan antipatías ni aversiones”.

“El hombre porteño sólo reprueba la infidelidad de los representantes de sus conveniencias y de su espíritu, que debían alegar por él y lo traicionan. Son ‘acomodados’. Lo que el hombre porteño no permite es que los extranjeros le birlen las riendas del gobierno y lo hundan en una miseria estéril en que el espíritu se extingue. Esa es la infidelidad cuya reconvencción estamos leyendo en el Hombre de Corrientes y Esmeralda, centinela que está solo, en avanzada, cautelando su espíritu y el espíritu de la tierra, de quien es una anécdota más, un rostro, un gesto, una voz, una advocación que busca concretarse. Y al obrar y sentir así, el Hombre de Corrientes y Esmeralda no busca la riqueza ni su provecho, sino la conjunción de la tierra y del hombre, en que el espíritu de esta tierra amanece”.

### *Recelo que crece con la experiencia*

Tales eran a mi entender los sentimientos fundamentales que obraban en 1931 en la dinámica política. Desde entonces hasta ahora la opinión pública se ha enriquecido con nuevos

conocimientos que acrecientan su desconfianza hacia el capital extranjero. Esos conocimientos son en parte consecuencia de las investigaciones realizadas por toda una generación de investigadores de la realidad histórica argentina, en parte consecuencia de los abusos cometidos por el mismo capital extranjero mientras ejerció la totalidad del poder público en el triste decenio de 1932 a 1942 y en parte por la experiencia recogida en el último decenio que termina en 1955. Hoy es ya de conocimiento público: 1º) Que el capital extranjero no ha sido promotor del progreso, sino en la estricta medida en que convenía a los países matrices. 2º) Que el capital extranjero es el mayor enemigo de un progreso auténticamente argentino, porque todo fortalecimiento argentino, sea material, intelectual, moral o espiritual, disminuye por simple inercia la presión de la sujeción extranjera. 3º) Que el capital no es una auténtica riqueza —producto del trabajo de otros pueblos— que se agrega al cuerpo nacional. El capital original de todas las inversiones extranjeras es mínimo hasta el desprecio. Lo fundamental de su aporte es la organización de la parte de la economía argentina que cae bajo su control de tal manera que el trabajo y la riqueza produzcan, no salud, fortaleza y bienestar interior, sino más capital extranjero. 4º) Que la influencia del capital extranjero trasciende los límites de su actividad e inficiona con su mefítica influencia todas las jerarquías de la sociedad de tal manera que transforma en enemigos del pueblo a quienes debían ser los celosos defensores de sus derechos. Estos conocimientos adquiridos en el transcurso de los últimos 25 años son los que han acrecentado el sentimiento de resistencia hacia el capital extranjero hasta convertirlo en voluntad de lucha defensiva.

### *Desapego y afinamiento*

Ese sentimiento defensivo se fortifica con la convicción que quizá sólo hemos adquirido en los últimos años, de que la residencia en esta tierra es una residencia definitiva, se ha

desvanecido para siempre un sentimiento muy tenue pero extraordinariamente nocivo que facilitó en mucho la penetración de los llamados capitalistas extranjeros. Tanto las clases dirigentes como el pueblo mismo actuaban con un ánimo semejante al de un viajero: como si sólo estuvieran de paso por esta tierra. Estaban aquí, como si estuvieran por irse. Por eso las cosas nuestras parecían menos importantes de lo que en realidad eran. Se cumplía sí una histórica tradición de provisoriedad. Todo el que aquí afincó, lo hizo con ánimo provisorio. Quienes aquí fondearon, lo hicieron proyectando irse, y proyectando irse se quedaron para siempre. De tránsito, nada más, andaban los conquistadores españoles a la zaga del relumbrón de oro. Para reposar asentaron sus reales en estas desoladas márgenes y aunque nada los ataba, aquí se quedaron para siempre. Clavaron cuatro estacas de palo a pique y establecieron cuatro imaginarias que precavieran de avances aborígenes y se abandonaron a la molicie de la espera. No hicieron nada, aunque alardearon mucho. Dos siglos después, el indígena acampaba a menos de cien kilómetros de Buenos Aires. Eran hidalgos caídos en desgracia, aristócratas tronados, capitanejos ambiciosos o truhanes acorralados. Tenían educaciones y gustos distintos, pero la fantasía los devoraba por igual. La metrópoli lejana adquiría contornos de prodigio. Planeaban retornos opulentos, con las faltriqueras repletas con un oro que no sabían cómo habían de procurarse. Eran fracasados que no sabían que eran fracasados. La tierra era apta para el ensueño. Una llanura parduzca hacia el poniente. Un río sin quebrantos hacia el naciente. Nada exterior a ellos los distraía. Así, mientras las vacas se multiplicaban en el campo y sus restos fertilizaban la planicie, sus divagaciones enriquecían el cielo de levante con la esperanza de un retorno. Cuando entre parpadeo y parpadeo, la realidad circundante les chisoteaba el juicio y les mostraba la pampa abrumadora, hundida bajo un cielo claro y arisco, una terrible blasfemia debía hender sus labios. Esa primera injuria que recibió la pobreza sensual de Buenos Aires, fue después la primera piedra fundamental del espíritu porteño.

Otros pobladores llegaron después. También venían por un momento, el indispensable para rehacer sus vidas maltrechas por cualquier azar. Venían a olvidar penas, a borrar traiciones, a reparar faltas, a reconstruir fortunas, a reconquistar jerarquías. Venían de paso a obtener provechos pronto y regresar al primer amago favorable de la fortuna, y también se quedaron para siempre. Se juntaron con los hijos de los primeros pobladores y al hablar de Europa hicieron un catálogo de maravillas. Mintieron molicies que no habían gozado, aventuras que no corrieron, halagos que no les acariciaron. Así objetivaban ellos la felicidad del hombre que vive acomodado a la tierra en que nació. Oyéndolos, los primeros hijos de esta tierra supusieron a Europa país de quimeras y renegaron de esta tierra austera en que les había tocado nacer. Y ese reniego fue una legítima confirmación del espíritu de Buenos Aires.

Años después, se descargó el turbión inmigratorio. Los navíos descargaban anualmente centenares de miles de hombres increíblemente desemejantes entre sí. Pertenecían a todas las razas, comulgaban en todos los credos, hablaban todos los idiomas y dialectos, provenían de todos los rincones de miseria, pero tenían un punto de intimidad correlacionable: de entre los más miserables de Europa eran los hombres más dúctiles para la fantasía, puesto que a sus seducciones se habían rendido y tras sus encandilamientos habían osado cruzar el mar. Venían de paso, a labrarse una comodidad corporal, a lograr rápidamente una riqueza personal y se quedaron para siempre. De sus tierras natales conservaron una imagen edénica que se fue acrecentando en el correr de los años. Europa fue para ellos una especie de paraíso perdido. Las penurias y la pobreza se desvanecían en el recuerdo, porque el recuerdo es la mejor crema de belleza de los hechos. Rememoraban el deleite de los lugares de donde habían partido: las filigranas de forma del suelo, la amistad sexual, las costumbres ajustadas al ambiente, la confortación de una continuidad y no se rindieron a la aspereza sin premio de su nuevo ambiente. Esos hombres vivieron aquí, trabajaron y progresaron, pero no dejaron de renegar contra la ingratitud sensual de la tierra y

de hablar del Edén que habían perdido. Aquí habían afincado para siempre, pero siempre, hasta la hora de su muerte, proyectaron irse.

### *Ese sentimiento ha desaparecido*

El desapego a lo que podía dar certeza de realidad fue la herencia que dejaron. Sin quererlo, el hombre argentino se empapó en ese desasosiego. Estaba aquí proyectando irse. Estaba aquí como si estuviera provisoriamente, como si el destino de esta tierra no le afectara en la totalidad de su propio destino. Estaba con el ánimo de un viajero. En ese espíritu de provisoriedad encontró uno de sus más firmes cimientos la infiltración del capital extranjero. Sólo importaba el hoy, porque del mañana nadie estaba seguro. La venalidad y la corrupción que son los dos pies con que avanza el capital extranjero, tenía en esos sentimientos firmes puntos de apoyo.

También ese sentimiento ha desaparecido. El pueblo ha adquirido la convicción de que ésta es su residencia definitiva. Aquí está y aquí estarán los hijos de sus hijos. Esta tierra es nuestra en toda su integridad y en todas sus consecuencias y la vamos a defender. Es inútil que los representantes de los intereses extranjeros quieran aprovechar las circunstancias para obtener concesiones o lograr pactos. Todo lo que no tenga la absoluta y total anuencia del pueblo será declarado nulo y sin ningún valor. Es bueno que lo vayan sabiendo los especuladores de la desgracia ajena.

### *Si la libertad económica no alcanza para todos, la queremos para nosotros*

Durante varias semanas el profesor austríaco Federico von Hayek —de “fama mundial”, según pueblerinamente dijo *La Prensa*, en verdad un pobre diablo sin ninguna importancia— entretuvo a su auditorio con piruetas verbales que giraban en

torno a una abstracción de la palabra libertad, cuyas virtudes en este país nadie discute. Queremos a la libertad, pero para nosotros, no para los consorcios extranjeros que financiaron el viaje de von Hayek, quien para decir lo que dijo no necesitaba ser economista. Lo mismo pudo ser astrónomo, pedagogo o paleontólogo. Tampoco fue mucho el gasto de ingenio. Con el que derrocha en media página Ramón Gómez de la Serna, von Hayek queda abastecido para media docena de conferencias. Los verdaderos economistas no pueden destacarse por su ingenio, por mucho que lo posean innata y naturalmente, porque sus ideas y conceptos están como encadenados a los inamovibles hechos de la realidad cotidiana. Von Hayek se liberó de esas preocupaciones y empleó la técnica de los sofistas griegos que se caracteriza por ser un juego de frases sin relación con las duras constancias de la vida cotidiana. El primer beneficiario de la libertad fue el propio von Hayek, que se liberó del respeto a todas las normas morales contemporáneas y llegó a elogiar el “mantenimiento de un cierto grado de desocupación” como estabilización social muy conveniente para los grandes capitales.

### *La libertad disponible*

El desenfadado austríaco no tocó nunca el problema esencial de la economía en su relación con la libertad, y que es éste: la *libertad disponible* no alcanza para todos y la dificultad reside en resolver cómo la distribuimos. Alegar en favor de la libertad en abstracto es perder el tiempo, porque es como alegar a favor del apetitoso sabor de la carne de pollo, en que todos estamos de acuerdo. En lo que discordamos es en convenir quien se come el pollo: o vos o yo, o los grandes consorcios extranjeros o el pueblo argentino. *That is the question*, como decía Hamlet, cuando trataba de intuir a qué gobernante argentino había pertenecido el cráneo hueco que tenía en la mano. El problema de quién se come el pollo o de quién se beneficia con el uso de la libertad económica dispo-

nible, es el campo de batalla de la larga lucha sostenida por el pueblo argentino y los llamados capitales extranjeros, que se inició el 25 de mayo de 1810 y que, a través de variadas alternativas, continúa en plena y hoy ardorosa y decisiva vigencia.

Al despedirse de nuestro país, von Hayek dijo que no comprendía las razones que abonaban este diferendo, con lo cual eliminó hasta el último resto de autoridad de sus opiniones. "No entiendo bien qué es lo que se quiere expresar con la mentada palabra colonialismo —dijo von Hayek—. No puedo imaginar que un país con un grado de evolución como el de la Argentina pueda temer que, al abrir sus puertas a las inversiones extranjeras, vuelva a su estado colonial". Es lógico y natural que von Hayek expresara esas ideas, porque, al fin y al cabo, para eso lo contrataron, pero como hay muchas personas incautas, de buena fe, vamos a tratar de dar una idea de qué era el colonialismo en que tememos volver a caer, y nada mejor para ello que la narración de algunos sucesos, como dicen los paisanos. Ellos revelan, con mucho más fuerza que cualquier objetivación, el carácter despótico de las fuerzas económicas y la absoluta arbitrariedad con que operaban y volverán a operar, si nos dejamos adormecer con cantilenas semejantes a las que nos recitó el mentado von Hayek.

Allá por los años de 1935 en adelante, acudían al subsuelo en que F. O. R. J. A. desarrollaba sus actividades numerosos desocupados radicales. La revolución de 1930 los había dejado cesantes en los cargos humildes que desempeñaban en la administración nacional y desde entonces vagaban desesperados en procura de un trabajo que no aparecía por ningún lado. La campaña antiindustrial que Gran Bretaña desencadenó en el decenio de los años 20 al 30, había transformado a la República en un verdadero campo de concentración. Las posibilidades de trabajo eran escasísimas. El ingenio de los desocupados se agudizaba. Uno de ellos descubrió una tarea que resultó inusitadamente fructífera: hacer bosas de papel para uso de los almaceneros. Había descubierto que haciéndolas él, podía venderlas más baratas que aquellas que los almaceneros adqui-

rían por mayor. Compró varios pliegos de papel de estraza. Con una tablita como molde y un poco de engrudo empezó a trabajar. El ensayo resultó un éxito. Las bolsitas caseras tuvieron amplia aceptación. Pronto la clientela excedió su capacidad personal. Entonces mi amigo decidió ampliar el radio de su actividad. Sin saber que hacía marxismo práctico, decidió aprovechar la plusvalía de otros desocupados radicales. Los contrató a tanto por bolsa. Poco tiempo después tenía más de veinte desocupados trabajando para él. El antiguo desocupado comenzó a vivir con cierto desahogo. Comía dos veces por día. Sus hijos engordaban. El dinero abundante transformó poco a poco sus hábitos. A ojos vista, se volvía más responsable, más reposado, más afinado... Hasta que ocurrió la catástrofe. Me visitó para pedirme un consejo, con la esperanza de que yo imaginara un milagro. Lo había llamado el gerente de una fábrica de bolsas de papel, filial del gran consorcio de Bonge y Born, y sin ningún miramiento ni preámbulo le había dicho: "Señor, su competencia nos está molestando. Le damos quince días para cerrar". "¿Qué hago?", me preguntaba desesperado. "Cierre", le aconsejé yo, "Trate de vender todo lo que pueda en estos quince días. Junte sus pesos y cierre. Si quiere pelear, le bajarán los precios. Usted no podrá competir. Tendrá que cerrar dentro de treinta días y quedará cargado de deudas". El hombre no quería doblegarse sin lucha. "¿No es una competencia ilícita? ¿No es un monopolio? ¿No hay leyes? ¿No hay gobierno? ¿No hay policía? ¿No hay justicia?". "Todo esto está al servicio del mismo gigantesco monopolio que aprisiona al país, le explicaba. Ferrocarriles, tranvías, frigoríficos, Bunge y Born, C. A. D. E. y demás congéneres son diversas manifestaciones de la misma opresión, como si dijéramos distintos regimientos del mismo ejército invasor. (Fuera de una pequeña oligarquía de abogados e intermediarios, encargados de cuidar el orden legal conveniente a los intereses extranjeros, y de una masa amorfa de profesionales y de empleados, que ignora el drama del país y con cuyos conocimientos juega el periodismo, no hay más actividad lícita para los argentinos que la de sembrar y cosechar trigo, maíz y lino, criar y engor-

dar vacas y transportar todo hasta los puertos de exportación. Y esto seguirá así hasta que la gran revolución que el pueblo argentino inició en 1810 y a través de frustraciones..." Pero mi amigo ya no me escuchaba. Se resistía a creer que lo suyo fuese una simple consecuencia de un gran problema nacional. Dejé de verlo. Supe más tarde que debió clausurar sus actividades cercado por las deudas. Después, corrido por la miseria se fue al campo a trabajar con su familia.

Volví a encontrarlo a mediados de 1950. Casi no lo reconocía. Vestía ropas de óptima calidad. Estaba rozagante, brioso y muy seguro de sí mismo. Se me ocurrió que desde lo alto de su evidente opulencia avizoraba con cierto ligerísimo menosprecio la constancia invariable de mi modestia. No me fue difícil presuponer que por un momento cruzó por su pensamiento la idea de que, al fin y al cabo, yo podía ser nada más que un pobre infeliz tragalibros, incapaz de triunfar, como él, en la lucha por la vida. Hizo gala de la fidelidad a sus ideas políticas. Continuaba siendo "un buen radical". Desde las heterogéneas filas de la Unión Democrática había enfrentado la prepotencia militar y continuaba siendo un afiliado luchador contra los extremismos totalitarios que se habían adueñado del poder con métodos demagógicos. Cuando terminó de recitar su cartilla política le pedí datos de sus actividades económicas. Con gran aplomo me contó los detalles de su buenaventura. Habilitado por el Banco Industrial, había reinstalado con alguna maquinaria moderna su antigua fábrica de bolsas. Se quejó del tiempo que le habían hecho perder con la presentación de proyectos, de planos y de presupuestos de inversión. Usaba una terminología técnica muy precisa. Tuvo amargas palabras de censura para la minuciosidad y morosidad burocráticas. Hizo una vaga referencia a participaciones o coimas, pero soslayó toda referencia concreta. Tuve la sospecha de que en este punto mentía o exageraba. No le oí ni una sola palabra de agradecimiento para nadie. Tenía la certidumbre de que su éxito se debía exclusivamente a su iniciativa personal, a su capacidad de trabajo indudable y a su espíritu de empresa. El radio de sus actividades fabriles se había extendido mucho,

y diversificado en una gran complejidad de artículos. Criticó acerbamente el intervencionismo estatal que le impedía traer del extranjero repuestos y máquinas más eficaces y más baratas que las fabricadas en el país. Se desahogó hablando mal de la prepotencia proletaria. Las reclamaciones de sus obreros eran una espina clavada en su optimismo. Se explayó largamente y en términos duros contra sus exigencias y contra las crecientes concesiones que les acordaba el gobierno con su política demagógica. En su criterio, los obreros parecían querer suplantarle en la propiedad de su fábrica y estableció un rápido paralelo con lo que él suponía que ocurría en Rusia. Se acaloraba al recordar lo que él llamaba "insolencia de sus delegados". Después entró a criticar las innovaciones institucionales y se dedicó a escarnecer las flamantes reformas introducidas en la Constitución por el pueblo argentino. "Ese artículo cuarenta —dijo— es un absurdo". Entonces lo interrumpí. Lo había escuchado en silencio y con un asomo de aprobación, porque quería medir el alcance de su incomprensión, y la profundidad de la penetración de las ideas que sigilosamente difundían los intereses extranjeros. Ahora le tocaba el turno de escuchar.

#### *Nada puede el esfuerzo aislado*

"El día que caiga el artículo 40 de la Constitución —le dije— junto con él caerá su fábrica o comenzarán a formarse las condiciones necesarias para que caiga. El día que terminen los privilegios que con toda justicia aseguran las leyes a sus obreros, terminarán todos sus créditos y su opulencia que están sostenidos por el mismo principio de unidad, y a poco volverá usted a ser el humilde *rasca* que fue siempre, a pesar de sus grandes condiciones personales. ¿No ha comprendido todavía que su esfuerzo aislado vale menos que nada, frente a los inmensos poderes de las potencias extranjeras a quienes su actividad personal perjudica sin quererlo? ¿No ha comprendido todavía que el país sólo puede defenderse y defenderlo

a usted, reuniendo en un mismo haz a todos los intereses nacionales, sin distinción de magnitud, así como no hace ni puede hacer distinción de razas ni de religiones ni de creencias? ¿No se ha percatado todavía de que su propiedad o su infortunio es una unidad inseparable del conjunto nacional, por cuya disgregación trabajan tenaz y afanosamente los intereses extranjeros? ¿No se ha dado cuenta todavía de que el artículo 40 es el símbolo del espíritu que generosamente defiende sus intereses, símbolo que será arriado el infausto día en que triunfen las fuerzas antinacionales que se disciplinaron en la extinta Unión Democrática? ¿No ha aprendido todavía a no hacerse eco de las difamaciones de la prensa extranjera y no sabe aún traducirlas al lenguaje de sus conveniencias? ¿No sabe aún que la prensa extranjera ataca con sus calumnias y maledicencia cuando alguien opone los intereses argentinos a los intereses extranjeros, y al revés, elogia cuando los intereses extranjeros consiguen doblegar las conveniencias argentinas? ¿No ha comprendido aún que el día en que el delegado obrero carezca de fuerza legal coactiva para hacerle cumplir la ley, será el mismo día en que su fábrica comenzará a carecer de crédito? Baje del caballo, amigo, y desensille. No hay que ser zonzo y permitir que los extranjeros aprovechen a su favor nuestras divergencias y nuestras incomodidades. ¿Conoce la técnica del jiu jitsu? Es un método de lucha japonés, merced al cual su rival lo vence con su propia fuerza. Es usted quien hace la fuerza. Con una pequeña palanca, él la desvía y la vuelve en contra suyo. Tal es la técnica que los extranjeros han utilizado siempre entre nosotros. El día que muera el artículo 40, caerá el I.A.P.I. y Bunge y Born resucitará en toda su potencia, y junto con él todo el conglomerado de intereses concertados en la voluntad de mantener a nuestro país en el estado larval de factoría agropecuaria. No crea usted que el monopolio del comercio exterior, de los servicios públicos y del subsuelo son ocurrencias arbitrarias ocasionales y sin antecedentes.

Todas las legislaciones de los países verdaderamente independientes contienen especificaciones más o menos similares. Pero no hay necesidad de recurrir al extranjero. Todo lo que

el artículo 40 preceptúa, ya lo previó como indispensable el numen tutelar de Mariano Moreno. Y Mariano Moreno es el pensamiento de Mayo. ¿O cree usted que el pensamiento de Mayo está dado por el jabonero Vieytes? En su *Plan Revolucionario* dice Mariano Moreno: "El mejor gobierno formã y costumbre de una nación es aquel que hace feliz al mayor número de individuos... las fortunas agigantadas en pocos individuos... no sólo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, porque no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un Estado, sino también porque en nada remedian las grandes necesidades de los infinitos miembros de la sociedad, demostrándose como una reunión de aguas estancadas..." "¿Y qué obstáculos pueden impedir al gobierno luego de consolidarse el Estado sobre bases fijas y estables para no adoptar unas providencias que aun cuando aparezcan duras a una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco o seis mil de ellos, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, de las artes e ingenio y demás establecimientos en favor del Estado y de los individuos que las ocupan en su trabajo...? Consiguientemente deduzco que aunque en unas provincias tan vastas como éstas, haya de descontentarse por lo pronto cinco o seis mil individuos, como recaen las ventajas en ochenta o cien mil habitantes ni la opinión del gobierno claudicaría ni perdería nada en el concepto público... En esta virtud luego de hacerse entender más claramente mi proyecto, se verá que una cantidad de doscientos a trescientos millones de pesos, puestos en el centro del Estado para la fomentación de las artes, agricultura, navegación, etc., producirá en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesite para la conservación de sus habitantes, no habiendo de aquellas manufacturas que siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil que deben evitarse principalmente porque son extranjeros y se venden a más oro de lo que pesan".

Me proponía continuar leyendo otros párrafos de Mariano



Moreno, sobre todo aquel que comienza diciendo: "Los pueblos deben estar siempre atentos a la conservación de sus intereses y derechos y no deben fiar sino en sí mismos..." Pero mi amigo se disponía a continuar su marcha. Tenía algún apuro porque tenía llegar tarde a una conferencia de von Hayek. Lo vi partir con cierta pena. Al distanciarse de lo que le estaba leyendo, avanzaba hacia su perdición. Como los navegantes que iban tras el canto de las sirenas.

*La evolución del hombre reconoce un pasado gorila y un futuro industrial*

Mi padre era paleontólogo. Vivía rodeado de fósiles en un mundo de ideas encantadoramente simples, en que las unas se deducían de las otras con el razonamiento incontrovertible de un teorema. Cuando me hartaba de pelearme con los chicos del barrio y de jugar a los "vigilantes y ladrones" solía sentarme a su lado, junto a sus cajones repletos de piedras y de huesos fósiles. Yo era allí el único pedacito de porvenir entre tantos restos del pasado. Se divertía y me divertía resumiendo la historia de la humanidad con anécdotas sencillas. Ilustraba su disertación mostrándome algunas láminas coloreadas que abundaban en los libros de popularización. La lógica positivista daba a las etapas sucesivas de la humanidad una continuidad evolutiva simple, clara e irrefutable. Partíamos del mono más primitivo, el orangután, y a través de figuras esquemáticas en que los esqueletos eran cada vez menos erectos, veíamos acercarse a la vertical humana al chimpancé y al gorila. Y así, cada vez más verticales y cada vez menos parecidos a Darwin, los monos cumplían su alta y nobilísima función darwiniana de sustituir a Dios en la responsabilidad de habernos creado. Después el hombre barbudo de los cromos comenzaba a cubrir las diversas etapas de la evolución cuyo fin se ignoraba entonces. El cavernícola se transformaba en bosquimano. Había épocas borrosas y confusas hasta que comenzaban las edades que han dejado rastros

concretos de su existencia. A la época pastoril y rudimentariamente agrícola la siguió la edad de piedra. La edad de piedra fue sustituida por la edad de bronce. La edad de bronce cedió ante el progreso de la edad de hierro. La capacidad industrial del hombre era el metro patrón con que se medía el ascenso de la humanidad en la escala zoológica. Entonces, con esa maravillosa exactitud con que los niños plantean los problemas esenciales, yo le preguntaba a mi padre: "Nosotros, los argentinos, ¿tenemos fundiciones de hierro?" Con evidente desconcierto mi padre movía negativamente la cabeza. Yo insistía: "¿Tenemos fundiciones de cobre?" Mi padre repetía su gesto negativo. "Entonces —concluía yo—, ¿nosotros vivimos todavía en la edad de piedra?" Y al enterarme de que —aparte de criar vacas y cultivar cereales— nada sabíamos hacer, puesto que hasta el calzado y las telas para nuestras ropas venían del exterior, con esa innata tendencia burlesca que arrastro conmigo desde que nací, preguntaba: "¿Entonces aquí todavía estamos en la época de los gorilas?"

En el transcurso de mi vida madura he recordado con frecuencia estas pequeñas anécdotas personales, porque ellas me explican a mí mismo, con su raigambre freudiana, la razón de mi profunda preocupación por la industria argentina, a la que nada me ata y nada me une, pero cuyo destino se me aparece inexplicablemente conectado al mío, que es sin embargo un destino que sólo se satisface en el ámbito inmateral de la inteligencia y de la voluntad de ser útil a sus conciudadanos. Es que, lo mismo que en las etapas pretéritas de la humanidad, el nivel industrial de un país es el índice que mide el grado de su desenvolvimiento, la altura de su elevación en la escala zoológica y la amplitud de la independencia que ha logrado alcanzar entre las naciones que le precedieron. Los pueblos sin industrias son pueblos inferiores. Son pueblos que no han alcanzado aún la dignidad integral de la vertical humana. O pueblos que la han perdido al ser sometidos a los dictados de la voluntad de otros para cuya exclusiva conveniencia trabajan hundidos en el primitivismo agropecuario.

Toda independencia política que no se asiente en la roca

firme de la independencia económica, es una ficción de independencia en que no puede existir nada parecido a la libertad —ni personal ni colectiva—, porque la primera y fundamental libertad del hombre es la de poder desenvolver su capacidad industriosa y creadora que primordialmente lo distingue del cuadrumano que sólo sabe usar sus dedos para asir el fruto con que se alimenta. Cuidar su industria en el orden nacional, equivale a cuidar su libertad en el orden personal. Los pueblos que se dejan confundir y encandilar con palabras y conceptos que no resumen con toda precisión los intereses nacionales, remedan la torpe obcecación del toro que atropella el paño rojo detrás del cual está oculta la punta de la espada del matador.

### *Una ley inexorable*

La estrecha e inseparable conexión de la independencia política y de la independencia económica —cuya más evidente manifestación es la amplitud del desarrollo industrial— no es una correlación que caracterice exclusivamente a las naciones jóvenes, de industrias incipientes, ni es una manifestación de exacerbado nacionalismo como aviesamente quieren hacer creer a los incautos los lenguaraces lugareños que a su servicio tienen los intereses extranjeros. La identidad de la fuerza de sustentación de la independencia política y de la independencia económica es un fenómeno de equilibrio nacional que se manifiesta aun en las naciones más sólidamente afirmadas en una larga tradición. “La evolución de la humanidad ha obedecido en el correr del tiempo a diversas leyes inexorables de las que no ha sido nunca lícito sustraerse. La ley que impera hoy, no sólo para nosotros, sino para todos los países del mundo, es la ley del progreso industrial. La nación que no se adecue a ese progreso industrial y pierda su rumbo, está fatalmente destinada no sólo a retrasarse y a perder su rango, sino a perder rápidamente su independencia económica y con ella, en forma más o menos larvada, perder la misma independencia

política que de ella depende. No es un político que se deje arrastrar por frases altisonantes quien expresó tan agudos conceptos ni fueron esas palabras dichas con ánimo de agresivo nacionalismo. Fueron la firme expresión de una verdad expuesta ante un público de selección, integrado por la mayoría de los embajadores extranjeros reconocidos por su gobierno, reunido en el “Centro Italiano para la Reconciliación Internacional” y fueron dichas en Milán el 23 de junio de 1956, por el presidente de la Confederación General de la Industria Italiana, en el transcurso de una conferencia que *Il Giornale d'Italia* —el periódico más importante de esa República— publicó íntegramente con título a toda página que decía: “El desarrollo de la industria es fundamental para el bienestar de un país y su progreso social”. Si la industria desempeña tan excepcional función en aquel país que tiene tantos elementos cohesivos y tantos factores aglutinantes, no debe extrañar, pues, que la industria argentina —cualquiera sean sus defectos— haya despertado tan fuerte sentimiento de adhesión nacional. Es que, desde un cierto punto de vista colectivo, la existencia y permanencia de una industria propia es la casi única prueba de la existencia de un ser nacional, a tal punto que podría servir de sustituto a un nuevo *Discurso del método*. “Pienso, luego existo”, decía Descartes. Era la única premisa, la única verdad que resistía el poder corrosivo de su duda metódica. “Tenemos una industria propia, luego nuestra nación existe”, es verdad no menos evidente. El día que debamos confesar que nuestras tentativas industriales fueron aniquiladas, podremos afirmar: “Perdimos las industrias. Hemos vuelto a la condición de factoría británica”. Y podríamos agregar: “Ya no tenemos derecho a erguirnos en la vertical humana. Agachemos el lomo, como los gorilas y como los esclavos.” No creo que lleguemos a esa situación porque la ola de la resistencia nacional ha comenzado a lavar los ojos de aquellos que tenían la visión nublada por un ocasional apasionamiento político provocado por un pequeño núcleo de verdaderos gorilas.

Destruir la industria de un país es una operación de índole

tan criminal que es inconcebible que ningún gobernante argentino pueda auspiciar conscientemente. Pero esa operación puede llevarse a cabo por medios subrepticios que escapan al control y aun al conocimiento de los gobernantes. A la vista de mi generación ocurrió el aniquilamiento de la industria creada en el transcurso de la primera guerra europea, en que se relajó la vigilancia primitivista de la diplomacia británica. Ha quedado un solo testimonio de ese arrasamiento industrial: son los inhallables cuadernillos provisorios del Censo Industrial de 1935, que fueron recogidos de inmediato por la Comisión del Censo, cuando se dieron cuenta que según las cifras del Censo, en 1935 había menos industrias en la Argentina que las consignadas en el Censo de 1914, porque en realidad el censo industrial llamado de 1914 fue revelado recién en 1915 y parte en 1916, es decir, cuando la capacidad creadora del país había aprovechado la falta de competencia extranjera para erigir una industria que suplantó bastante bien a la mayor parte de la importación. Los cuadernillos provisorios del Censo de 1935 clasificaban las industrias en grupos estadísticos idénticos a los de 1914, y el descenso era entonces evidente. Se recogieron esos cuadernillos alevosos y cuando se publicó el Censo de 1935 los datos se ofrecieron con clasificaciones que no tenían parangón alguno con los del Censo de 1914. La inexplicable y súbita desocupación de la primera posguerra fue el único fenómeno del que el país se enteró con cierto asombro cándido. Conservo con tristeza una colección de esos cuadernillos. ¿Estará pasando lo mismo con el Censo Industrial que se levantó en 1954 y que no ha sido publicado, con excepción de algunas cifras provisorias y fragmentarias que revelan, sin embargo, el extraordinario incremento de la fabrilidad?

Para destruir la industria de un país se ofrecen dos vías, ambas mortalmente eficaces. La primera vía es la del comercio exterior. La segunda vía es la del manejo interno del crédito. Todos los países del mundo, sin excepción, han defendido sus industrias con infranqueables barreras aduaneras que equivalen a la defensa de una trinchera opuesta al avance de un

ejército invasor. La imagen no es inoportuna ni extemporánea, porque los mercaderes extranjeros llegan disciplinados y unidos en el mismo objetivo. Los comerciantes ingleses, por ejemplo, que invadieron Buenos Aires con sus mercaderías a partir de 1810, eran simples agentes habilitados por el Banco de Inglaterra; obedecían, por lo tanto, a las directivas de su estrategia política tanto como a su táctica comercial. Su tarea de penetración aniquiladora fue facilitada por los hombres influyentes que los ingleses tenían colocados en las altas esferas del gobierno y que decían obrar en consecuencia de supuestos e inexistentes principios liberales. El general Ferré, gobernador de Corrientes, que procuraba defender las industrias de su provincia, los astilleros, las curtidurías, las hilanderías y tejedurías, nos cuenta en sus *Memorias* una entrevista con uno de esos agentes encubiertos, don Manuel José García, el instigador de la invasión portuguesa a la Banda Oriental del Uruguay. Dice el general Ferré: "Trataba yo en visita particular con el señor Manuel José García, en Buenos Aires, sobre el arreglo de la importación de artículos extranjeros que produce nuestro país en abundancia y sobre el fomento de la industria en todo aquello que el mismo país nos está brindando, que ha sido siempre mi tema. El señor García procuraba eludir mis razones con otras puramente especiosas, a las que les daba alguna importancia la natural persuasión del que las vertía. Entonces le dije que prometía callarme y no hablar jamás de la materia, si me presentaba, por ejemplo, a alguna nación del mundo que en su infancia o en su mediocridad hubiese conseguido su engrandecimiento sin adoptar los medios que yo pretendía se adoptasen en la nuestra. El señor García confesó que no tenía noticia ninguna, pero que nosotros no estábamos en circunstancias de tomar medidas contra el comercio extranjero, particularmente inglés, porque hallándonos empeñados en grandes deudas con aquella nación nos exponíamos a un rompimiento que causaría grandes males".

Las "grandes deudas" en que estábamos empeñados, según el señor García, era el primer empréstito de Baring Brothers, que sólo sirvió para endeudarnos, y del que llegó a Buenos

Aires una ínfima parte del monto empeñado. Pero todas esas eran razones *especiosas* para ocultar la verdadera razón: la absoluta sumisión personal en que el señor García estaba con relación a la política inglesa que durante veinte años lo sostuvo al frente de la finanza y aun de la política argentina. La entrevista del general Ferré y del señor García sintetiza simbólicamente con casi siglo y medio de anticipación el planteo a que hoy está enfrentada la economía argentina. Son de nuevo las "especiosas razones" de un liberalismo que no existe en el mundo, la máscara con que se recubre la amenaza de nuestra vertical libertad de hombres civilizados.

### *El vientre fecundo de la industria*

Pero no es solamente la competencia internacional el único peligro que se cierne sobre nuestra industria. La industria de un país puede ser ultimada con la técnica más sigilosa y menos espectacular de la obliteración crediticia. En pocas palabras puede explicarse la razón de ser de ese cordón umbilical que une permanentemente a la industria con su matriz crediticia. La vaca coexiste con el hombre, y por eso quien se dedique a cuidarla y hacerla procrear necesita poca ayuda de otros hombres. Por su parte, la tierra madre es la más maravillosa máquina de multiplicar el esfuerzo humano. Dos mil metros cuadrados de tierra producen el trigo suficiente para alimentar un hombre durante un año. Y dos mil metros cuadrados se cultivan en caso necesario con la simple ayuda de un palo. Por lo tanto, poca cooperación de otros hombres necesita el agricultor. Pero la industria es una integral creación del hombre. La industria no preexistía ni subsiste cuando el hombre la abandona, y por eso la industria es la actividad humana que sólo puede nacer, crecer y desarrollarse con la actividad combinada y la cooperación de otros hombres. En el mundo moderno, esa cooperación se llama crédito. El crédito es el vientre fecundo de la industria. Sin él nada pueden la inventiva, la iniciativa ni el espíritu de empresa. El crédito

industrial es un crédito de carácter particular. No es un crédito de rápida rotación anual o bianual, como el crédito agropecuario o el crédito comercial. El crédito industrial es un crédito de largo plazo que necesita, por lo tanto, confianza en la permanencia de las condiciones en que fue otorgado y posibilidades de ampliación que llenen los márgenes del desenvolvimiento y del crecimiento. Cegar las fuentes del crédito industrial es herir mortalmente el destino industrial del país, y eso es justamente lo que está previsto en el ignominioso plan de aniquilamiento que lleva el nombre del doctor Raúl Prebisch y que las autoridades del Banco Industrial aplican tan sigilosa como implacablemente. Los inconvenientes de apariencia burocrática se multiplican. Las necesidades propias de la actividad industrial dejan de ser razones valederas. El monto del crédito se reajusta a un límite relacionado, no a la utilidad nacional de la industria sino a la responsabilidad patrimonial del solicitante. Para el cálculo de esa responsabilidad no se suman nada más que los valores inmobiliarios, casas, terrenos y campos. No se computan como valores de solvencia las acciones industriales. La industria deja así de ser una garantía de responsabilidad para el Banco Industrial, cuyas autoridades informan que no hay crédito disponible nada más que para "industrias que producen divisas", es decir, para los molinos de Bunge y Born y para los frigoríficos.

Para comprobar lo que aquí afirmamos, no hay nada más que hacer la experiencia y acudir a pedir informes a las oficinas del Banco Industrial, o sentarse, simplemente, como un espectador, en el bar situado en la calle 25 de Mayo, cuyas amplias vidrieras dominan la entrada del Banco Industrial. Desde la comodidad de la mesita del café podrá observarse una escena, que es tan simbólica de lo que está ocurriendo en el país, como la entrevista del general Ferré y de Manuel José García. Llegan los industriales pisando firme. Es fácil distinguirlos de los viandantes comunes por su talante característico de engranaje en marcha. Son triunfadores que llegan a renovar energías al seno matriz que les dio origen. El mundo y el porvenir les pertenecen. Cuando salen parecen desconocidos.

Arrastran casi sus pies, como plantígrados. Su mirada lánguida y desvaída se oculta bajo los párpados caídos. Su espalda se dobla, agobiada. Sus brazos penden al costado de sus cuerpos y avanzan con un andar acompasado propio de antropopitecos. Parecen una viva imagen de aquellos hombres aún medio gorilas que me mostraba mi padre en las imágenes de sus libros de popularización paleontológica. Son los arquetipos precursores del regreso al primitivismo prehistórico de la especialización agropecuaria en que tan útiles fuimos a Gran Bretaña durante más de un siglo. El gorilismo está engendrando hombres derrotados que parecen gorilas. No podía ser de otra manera.

*Frente al poder económico extranjero  
conservemos nuestra fuerza política*

Al final de 1948 escribí una serie de observaciones para demostrar la absoluta necesidad de modificar la Carta Constitucional que nos regía desde 1853, porque en ella habían tenido influencia decisiva los puntos de vista convenientes para la penetración extranjera de aspecto capitalista. No es mucho trabajo el que se requiere para esta demostración, porque su principal inspirador, don Juan Bautista Alberdi, nos ha dado en *Las bases* y en *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina*, dos documentos que son como el preámbulo y el epílogo ideológico de esa política. No es posible realizar un análisis más completo y exhaustivo de la Constitución de 1853 que el que acomete Alberdi en el segundo de los libros citados, donde demuestra que en su totalidad y aun en sus cláusulas aparentemente no económicas, su texto está al servicio de las conveniencias del capital extranjero. Me parece oportuno recordar esas observaciones y reactualizar las citas ahora que están en tela de juicio las reformas fundamentales introducidas en 1949.

Alberdi es un pensador que no se entusiasma con la libertad abstracta ni con la libertad política. Con referencia a ésta,

dice: "No participo del fanatismo inexperimentado, cuando no hipócrita, que pide libertades políticas a manos llenas para pueblos que sólo saben emplearlas en crear sus propios tiranos. Pero deseo ilimitadas y abundantísimas para nuestro pueblo las libertades civiles a cuyo número pertenecen las libertades económicas de adquirir, enajenar, trabajar, navegar, comerciar, transitar y ejercer toda industria. Estas libertades comunes a ciudadanos y extranjeros son las llamadas a poblar, enriquecer y civilizar estos países, no las libertades políticas... nunca apetecidas ni útiles al extranjero" (pág. 45).

La libertad constitucional que entusiasma a Alberdi es aquella que es útil a los capitales extranjeros. El mismo Alberdi lo expresa: "La libertad protege al capital de muchos modos, pero hay dos modos en que la libertad se identifica con sus intereses: primero la tasa de sus provechos e intereses; segundo, las aplicaciones y empleos industriales del capital. La Constitución garantiza a los capitales su libertad completa en la tasa de su beneficio y en la forma de sus aplicaciones" (pág. 98).

También, según Alberdi, y según la realidad, la Constitución asegura a los capitales la plena libertad de determinar el salario, porque "nada más loco —dice Alberdi— ni más ajeno al sentido común que las aplicaciones plagiarías que pretenden hacer los agitadores de Sudamérica de las doctrinas de algunos socialistas europeos sobre la organización del trabajo como medio de sustraer a las clases pobres a los rigores del hambre y a las tiranías del capital y del terrazgo..." (pág. 91). "El salario es libre por la Constitución como precio del trabajo y su tasa depende de las leyes normales del mercado", afirma Alberdi. De esta manera la Constitución de 1853, como bien lo sabemos, concede al trabajador la plena libertad de morir de hambre o de ser explotado por los poderosos extranjeros, porque, según comenta Alberdi, "garantizar trabajo a cada obrero sería tan impracticable como asegurar a todo vendedor un comprador, a todo abogado un cliente, a todo médico un enfermo, a todo cómico, aunque fuese detes-

table, un auditorio. La ley no podría tener ese poder sino a expensas de la propiedad y de la libertad" (pág. 90).

"Otro de los medios que la Constitución argentina emplea y que debe emplear su legislación orgánica para estimular la venida de capitales extranjeros, es una expansión ilimitada dada al círculo de sus aplicaciones y empleos por los artículos catorce y veinte...", comenta Alberdi. Por otra parte, el mismo Alberdi se encarga de librar a ese supuesto capital extranjero de la posible competencia restrictiva que pudieran realizar los gobiernos nacionales. "El gobierno que se hace banquero, asegurador, martillero, empresario de industria en vías de comunicación y en construcciones de otros géneros, sale de su rol constitucional y si excluye de esos ramos a los particulares, entonces se alza contra el derecho privado y contra la Constitución" (pág. 101).

Desde sus orígenes, desde la concepción mental de su inspirador, defender los intereses individuales del pueblo argentino y los derechos generales de la Nación significaba alzarse contra la Constitución. No puede afirmarse que estos absurdos principios fueran reconocidos en el derecho mundial, es decir, aceptados por todas las naciones. El mismo Alberdi reconoce "que la Constitución federal argentina es la primera de Sudamérica... que ha consagrado principios dirigidos a proteger directamente el ingreso y establecimiento de capitales extranjeros" (pág. 96).

Aun aquellas libertades que aparentemente son consecuencia desprevenida de una concepción humanamente generosa, no son para Alberdi más que preceptos de objetivos económicos. "El legislador no debe olvidar, dice, que la libertad religiosa tiene un fin económico en la República Argentina: es dirigida a poblar el país del poblador más útil a la libertad y la industria, el poblador disidente anglo sajón y alemán de raza". Evidentemente, los "alemanes de raza" van aquí como furgón de cola para disimular la cortedad de la frase.

Se dice que la Constitución de 1853 se inspiró en la Constitución norteamericana y eso es cierto en cuanto se refiere al perfil anodino de las instituciones políticas, a la técnica de

ciertos procedimientos que pueden ser de una o de otra manera sin que la modificación influya en la marcha de las sociedades y en cuanto al reconocimiento teórico de que la soberanía reside en la voluntad popular, que fue ininterrumpidamente escarnecida en los sucesivos fraudes electorales que constituyen la habitualidad y la ignominia de nuestra historia política. La vida económica de estos pueblos quedó inerme, más aún, encadenada por la dialéctica venal de estos curiales que encubrían con la palabra libertad, que todos amamos, la voluntad de expoliación y la insaciable codicia del capital extranjero. Lo que ocurrió entre 1853 y 1945 —con el paréntesis reivindicador de Hipólito Yrigoyen— fue una consecuencia directa de la perfidia siniestra con que fue concebida la ley básica de nuestra organización nacional.

#### *Inversiones ficticias*

Para simplificación y claridad de las citas, he aceptado provisoriamente el lenguaje de Alberdi y con él, la existencia del llamado capital extranjero. Pero ese capital, como la libertad, fueron sólo irritantes ficciones, espejismos disimuladores de la habilidad y de la codicia del extranjero. El hecho real fue la entrega de la economía del país al extranjero para que éste lo organizara de acuerdo con su técnica y conveniencia. Y el extranjero organizó al país de tal manera que en adelante los frutos de la riqueza natural y del trabajo argentino fueron creando, no prosperidad individual ni solidez y fortaleza nacional, sino capital extranjero invertido en la Argentina. "Todo este estudio debe parecer fábula al lector desprevenido" —decía en una de mis historias ferroviarias—. Y se explica. La conciencia ha sido mantenida en el engaño y los hombres que pudieron hablar callaron prudentemente. Pero basta presentar el problema en sus líneas primordiales para que la comprensión se ilumine. Aquí vienen los ingleses a hacer fortuna, como un inmigrante cualquiera, aunque con más medios de disciplina, unidad y protección de su diplomacia.

Con muy raras excepciones todos lograron sus propósitos. Unos ganaron plata con tierras, otros con ferrocarriles... Los ingleses que ganaron dinero con el trabajo y la calorización de las tierras dicen nomás que ganaron dinero, como cualquier terrateniente. Pero los que ganaron fortunas con empresas ferroviarias dicen que "invertieron capitales". Los unos tienen sus campos, los otros sus acciones ferroviarias.

### *Sólo capitales extranjeros*

La organización capitalista a partir de 1853 fue un privilegio exclusivo de los extranjeros. Jamás se hablará en un documento oficial de la existencia de un capital argentino. Los argentinos tuvieron bienes, mercaderías, inmuebles, valores, dinero a veces, pero jamás tuvieron capitales. El capital fue un ídolo para uso exclusivo de los extranjeros. Era la varita mágica de la explotación económica y del predominio excluyente del extranjero en la instrucción pública, en la cultura, en el periodismo, en la historia y en la política por consiguiente. El oro americano les fue hurtado a los aztecas y a los incas por la violencia descarada y franca. Si Pizarro y Cortés hubieran usado los medios financieros modernos, se habrían apropiado del oro como rendimiento del capital extranjero invertido en financiar las empresas de conquista y las horcas en que los colgaron.

El capital es un ente de por sí incorpóreo, una voluntad de poder que necesita un cuerpo, un punto de aplicación para poder actuar y operar. Y ésa es la propiedad. Y por eso la propiedad fue protegida por los mayores recaudos, con absoluto desprecio de todo lo que no fuese la propiedad misma: con desprecio del trabajo, del hombre y de la Nación, a la que no se le acuerda ni el derecho de disponer de la propiedad en las vitales emergencias de la guerra. "La economía política más adelantada y perfeccionada no podía exigir garantías más completas en favor de la propiedad... que las que acuerda la Constitución... Teniendo esto en mira y que la propiedad

sin el uso ilimitado es un derecho nominal, la Constitución argentina ha consagrado en su artículo 14 el derecho amplísimo de usar y disponer de su propiedad, con lo cual ha echado un cerrojo de hierro a los avances del socialismo" (pág. 31).

### *El despojo de la tierra*

Así nació entre nosotros esa segunda deidad inviolable que se llama propiedad, que jamás en la historia económica del mundo —salvo en épocas de extrema perversión y soberbia de los núcleos dominantes— gozó de privilegios e inmunidades parecidas. En holocausto a esas deidades de la propiedad y del capital extranjero se sacrificaron generaciones enteras de argentinos que habían luchado por la libertad de la patria, animados por la creencia de que la libertad política era de por sí suficiente amparo de las libertades personales y del ínsito derecho a vivir en paz en su propia tierra con el fruto de su propio trabajo. Estas frases no provienen de una ampulosidad retórica. Son la desnuda expresión de una verdad histórica. Dos tipos de propiedad tenían a su alcance los nativos: las minas y las tierras. El laboreo de las minas fue paralizado, cuando no eran de metales preciosos que se agotaron rápidamente, con una correlación letal de oposiciones financieras de competencia de ultramar y la incapacidad prefijada de los transportes. La existencia de las minas fue sepultada en capas de silencio y de olvido más impenetrables que las capas geológicas que les habían recubierto hasta su descubrimiento. Quedaba la propiedad de la tierra. Teóricamente todos tenían acceso a ella. Doctrinariamente, todos los ciudadanos eran iguales ante la ley. Pero en su primer mensaje a las Cámaras, en mayo de 1869, el presidente Sarmiento sienta un principio monstruoso que de un solo golpe transforma en intrusos a toda la población del agro argentino. "El título de propiedad debe subsistir a la simple ocupación", dice con talante de inocencia, como si ignorara que la aplicación de ese apotegma iba a desalojar de sus tierras a la inmensa mayoría de la población

nativa. Iba a crear turbas trashumantes y a hundir en el abandono y la desesperación a quienes no habían cometido más delito que el de haber nacido en la tierra que poblaban, haber guerreado para manumitirla del coloniaje y de haber lidiado con el infiel en una disputa casi de hombre a hombre. Para justificar el despojo se vilipendió a la población nativa que era descendiente de europeos y no de peor raza, en todo caso, que el mismo Presidente, que así, altaneramente, los desalojaba de sus predios natales.

### *El capital extranjero fraterniza con la oligarquía*

La posesión real de la tierra la habían obtenido los criollos con la simple ocupación indiscutida, que en todos los regímenes es el mejor título de propiedad cuando la tierra es anteriormente mostrenca, como eran las tierras solares de las ranchadas argentinas. Era tierra abonada con su sangre y con la sangre de sus mayores. Pero los nativos no podían entrar en el sagrado recinto del privilegio de la propiedad. En adelante, la propiedad se adquirió en el trámite de la ciudad, a "precios meramente nominales", como dice Wilfred Latham. Comerciantes y aristócratas porteños se lanzaron como buitres sobre la codiciada presa, en íntima fraternidad de intereses con los supuestos capitales extranjeros. Así nació, en esa comunidad de conveniencias y de usurpación de la propiedad vernácula, ese connubio que ha perdurado hasta el día de hoy entre nuestra oligarquía y el capital extranjero. Así nacieron esos inmensos latifundios que durante cerca de un siglo han esterilizado de vidas humanas inconmensurables extensiones de nuestra tierra más fértil. Para ellos sí tendrían vigencia los principios protectores de la propiedad. Desde entonces el hombre criollo, el hijo de extranjero nacido en la tierra argentina, el simple hombre que no cuenta sino con la paz de su conciencia y con la fuerza de sus brazos, fue un paria de quien los dirigentes sólo se acordaban para vejarlo en los comicios o utilizarlo en las levas que iban a defender del indio las propiedades que

fueron suyas. De ese enorme drama no queda más que un testimonio: el canto sencillo e inmortal de Martín Fierro.

En la Constitución de 1949 el hombre argentino entra por primera vez en el régimen de sus instituciones, y en consecuencia la propiedad y el capital que es su secuela inmediata, quedan limitados a la utilidad de su función social. Durante noventa y cuatro años el poder económico ha ejercido en nuestro país un dominio absoluto y despótico porque es la energía central y permanente en torno a la cual giran las actividades del país. El poder económico es el único a que puede aspirar el extranjero que se presenta y actúa organizado como extranjero, es decir, dispuesto a no asimilarse al destino nacional. Frente a él, el poder político era inerte. Estaba limitado en su acción por las inhibiciones constitucionales y era fugaz en el tiempo. El Presidente de la República duraba seis años en sus funciones. El gerente de un ferrocarril, toda su vida. La propiedad no caduca ni es perentoria. Don Alfredo Hirsch manejó a su albedrío la exportación y gran parte de la importación mientras se sucedían diez presidentes argentinos. El poder económico no está al alcance del pueblo. Al alcance del pueblo sólo está el poder político. La Constitución de 1949 da primacía en la vida argentina al poder político, inclusive en la posible perdurabilidad. El hombre argentino comienza a ser el señor de las instituciones argentinas. Desplazarlo de esa posición señorial es el secreto objetivo de esta revolución. Ese desplazamiento permitirá reestructurar la vida argentina para que vuelva a engendrar con su trabajo y su riqueza capital extranjero invertido en la Argentina. Y eso es lo que debemos evitar para que no caiga sobre nuestra conciencia la responsabilidad de otro siglo entero de humillación.

### *Un poco de luz sobre las espoletas y el petróleo de la revolución*

Dos mil millones de dólares —el precio de nuestra miseria— es lo que le está costando al país hasta la fecha el pago de la



ayuda prestada por Gran Bretaña a la "revolución libertadora". Quien formuló tan concreta acusación es don Rodolfo Irazusta, presidente de la Unión Republicana, entidad copartícipe de la gestación y de la responsabilidad ulterior del sangriento trastorno institucional ocurrido en 1955. Irazusta no formula reparos de carácter jurídico ni expone reproches de orden nacional. Dice simplemente que le parece un precio excesivo para la ayuda prestada, cuyo monto estima en la suma de medio millón de dólares. El planteo de Irazusta es del menor dramatismo posible. Todo lo patético ha sido eliminado y por su matemática tranquilidad comercial podría servir de modelo a muchas de las reclamaciones británicas.

Vale la pena transcribir el párrafo completo en que Irazusta se refiere a estos asuntos, incluido en la crónica de *La Nación*, del 15 de este mes. Dice textualmente: "Si admitimos que los gestores de la revolución libertadora se han comprometido a mantener la situación de dependencia económica de nuestro país con respecto a Gran Bretaña, creada por Rivadavia, afianzada por el régimen y robustecida por Perón, debemos considerar en este caso que la revolución no era legítima. Pero semejante enormidad es inadmisibles desde todo punto de vista y no creemos que existiera en ningún momento. Por añadidura, el general Aramburu que preside el gobierno revolucionario, no participó en tal compromiso, y si éste existe está en su mano el apreciar su alcance y el precio correspondiente. No es posible que las espoletas de los proyectiles y el combustible de los barcos, cuyo importe puede calcularse generosamente en medio millón de dólares, cuesten al país, como le están costando hasta la fecha, dos mil millones de dólares: el precio de nuestra miseria".

### *Una grave denuncia*

Suponemos que la acusación al *sangriento tirano depuesto* tiene por objeto exclusivo disminuir la extraordinaria gravedad de la denuncia, porque, si no, carecería de sentido la interven-

ción de Gran Bretaña. Si el régimen de Perón realmente hubiera robustecido la dependencia económica con relación a Gran Bretaña, sólo sería concebible su intervención para sostenerlo y no para desplazarlo. Para no caer dentro de las sanciones del decreto 4161 no entraré a detallar la técnica laudable que consistió en dar cosas perecederas a cambio de instrumentos permanentes de dominio. Era una forma de ser generoso que parece no haber despertado sentimientos de gratitud en Gran Bretaña. Contestando a alguien que pensaba o simulaba pensar como don Rodolfo Irazusta en este punto, el editorial del *Buenos Aires Herald* del 31 de mayo decía: "El pueblo del Reino Unido que liquidó en 1948 sus inversiones ferroviarias cotizadas en 150 millones de libras para pagar el abastecimiento de un año de carne y que casi aprendió a ser vegetariano a causa de los elevados precios exigidos por el ex dictador, quedará atónito al leer que los intereses imperiales tenían alguna relación con él". La lógica de las operaciones es bien clara, de acuerdo con los hechos que don Rodolfo Irazusta expone y los que el *Buenos Aires Herald* recuerda. Si Gran Bretaña invirtió petróleo y espoletas fue porque consideró buen negocio alterar la relación de los intercambios. Hasta ese momento, a cambio de artículos perecederos, trigo, carne, lino, etc., Gran Bretaña entregaba instrumentos de réditos permanentes: empréstitos, ferrocarriles, tranvías, puertos, empresas de transporte automotor. Con la inversión de unas espoletas y de un poco de petróleo, ¿Gran Bretaña se propone reconquistar el manejo del Banco Central, de los ferrocarriles, de la Corporación de Transporte? ¿Se propone conseguirlo sin sobresaltos, sin demasiada alarma, haciendo proclamar por sus voceros que no se haría lo que ya estaba resuelto a realizar, avanzando poco a poco a través de la desvalorización de la moneda, de la anulación de los pactos bilaterales, de la liquidación del IAPI, del encadenamiento de la CGT, de la extranjerización del Banco Central? El plan de recuperación de la hegemonía británica en la República Argentina, ¿es el plan que lleva la firma del doctor Raúl Prebisch y ha sido publicado *in extenso* en todos los periódicos del país?

*Patrón Laplacette bajo el fuego yanqui*

A mí, personalmente, la denuncia de la Unión Republicana no me sorprendió. El 14 de noviembre de 1955 el interventor en el diario *El Líder*, capitán de navío Patrón Laplacette, recibió la visita de dos periodistas norteamericanos que invocaban la representación de las revistas *Time* y *Life*. Los periodistas norteamericanos tienen un aplomo y una desenvoltura tan despreocupada para afrontar las situaciones que por lo menos parecen llevar en sus bolsillos un par de bombas atómicas. El capitán Patrón Laplacette hizo servir buen whisky escocés e invitó a la reunión al jefe y al secretario de redacción doctor Aldo Paciello y al señor Víctor Alvarez y al redactor Enrique Portillo. Desde las rendijas de la puerta escuchaban otros redactores curiosos. Los periodistas norteamericanos contaron que para pulsar el ambiente habían residido durante quince días en Avellaneda, disfrazados de marinos mercantes desertores. Aseguraron terminantemente que el elemento obrero de las zonas fabriles del sur estaba decididamente en contra de la revolución. De pronto, súbitamente lo abordaron al capitán Patrón Laplacette, con una pregunta intempestiva e inesperada.

—Dígame, capitán —preguntó uno de ellos—, ¿usted es masón o francmasón?

Laplacette se crispó.

—Yo soy católico, apostólico, romano —dijo con tono de protesta.

El americano hizo un gesto vago. Quizás quiso decir: “Ya sabemos que esos términos no son forzosamente excluyentes ni obligadamente antagónicos”. El gesto quería decir muchas cosas más, pero lo que verdaderamente dijo el americano fue:

—¡Oh, no tiene importancia! Mañana preguntaremos a Washington. Allí están todos afiliados.

Los tres periodistas criollos reprimieron un gesto de asombro. Los servicios informativos de la marina de Estados Unidos demostraban ser de una eficacia sorprendente. El whisky

era de muy buena marca y un generoso trago fue el punto final del gocijado asombro de los redactores de *El Líder*. El colega norteamericano mantenía embretado al marino que los tenía acorralados a ellos con sus ametralladoras. Junto con el whisky los redactores de *El Líder* se relamían de placer en este inesperado desquite. Uno de los norteamericanos quiso conocer las causas que a juicio del marino argentino habían provocado la revolución. Patrón Laplacette habló un largo rato sobre la vocación democrática del pueblo argentino, sobre los excesos de la tiranía derrocada, sobre la eliminación de la libertad de prensa y de la libertad de reunión, y terminó diciendo:

—Esta es la rebelión del pueblo argentino.

Uno de los norteamericanos trasegó a su estómago casi un vaso entero de whisky. Hizo un gesto de satisfacción. Puso su vaso en el plato y como si la perorata de Patrón Laplacette le hubiera disgustado, afirmó:

—Para nosotros la cosa es más simple. Este es un desembarco británico. Ellos proporcionaron las espoletas y el petróleo y se las van a hacer pagar muy caras. Las bombas que cayeron en Plaza de Mayo eran de fabricación británica—. Y sin hacer pausa alguna, preguntó:

—¿Por qué no han publicado el contenido de los alambres magnéticos del doctor Alende?

La pregunta sorprendió al capitán Laplacette, quien sólo atinó a repetir lo que ya era de conocimiento público.

—Se extraviaron —dijo como explicación.

—Pero nosotros dimos una nueva copia —insistió el norteamericano.

—No sé... Creo que volvieron a perderse... Yo no estoy en ese asunto —arguyó desconcertado Patrón Laplacette.

El norteamericano tomó su vaso y antes de ingerírselo, a modo de punto final, dijo:

—Podemos enviarles otras copias, si lo desean. Los originales de esos alambres están en Washington. Ellos forman parte —una parte importante— de la prueba de la intervención de Gran Bretaña en los asuntos argentinos.

## *El chantaje, un arma diplomática*

Luego, bajo la acción de la buena bebida, la conversación se extendió y se distendió. Al día siguiente el capitán Patrón Laplacette fue designado interventor en la CGT y *El Líder* comenzó a quedar prácticamente desintegrado. Me propuse contar esta anécdota y hacer pública la denuncia implicada en ella, arrastrando el peligro de ser encarcelado, para evitar que el mantenimiento en secreto de estos hechos, si existieran realmente, pudiese ser aprovechado por la diplomacia extranjera para doblegar la resistencia que las autoridades pudieran ofrecer a las exigencias de los que habían prestado la ayuda —si la habían prestado— y de los que tenían prueba de esa ayuda si la tenían. El chantaje es una de las armas de la diplomacia y del periodismo. El conocimiento público, que daba lugar al desmentido, a la rectificación o a la aclaración, contribuiría a eliminar uno de los puntos débiles del gobierno revolucionario, ya débil por su origen antipopular. La falta de tribunas verdaderamente libres, fue dilatando hasta esta ocasión el relato de la anécdota. Cualquiera haya sido la ayuda proporcionada, si es que lo fue, con seguridad más importante que la ayuda como elemento de coerción es el temor a la difusión del conocimiento de esa ayuda. ¿Será ese temor la causa genitora de los nombramientos para los cargos de mayor responsabilidad en los que han sido designados siempre empleados, subordinados, profesionales o adscriptos a las antiguas empresas inglesas? Desde este punto de vista, Rodolfo Irazusta hizo obra de bien al denunciar como posible causa de los desaciertos la posibilidad de que exista un compromiso o de que se esté negociando en el silencio cómplice a costa de la salud y de las conveniencias nacionales, porque ha dado a las autoridades una ocasión para aclarar. Por otra parte, suponemos que el doctor Oscar Alende ha guardado una copia del contenido de los alambres que por duplicado entregó a las autoridades. La primera vez que ofreció el testimonio insinuó que ellos testificaban la intervención de la escuadra

norteamericana, puesto que se refirió a frases pronunciadas en inglés con típico acento de esa nación. La Cámara de diputados entendió y toda la ciudadanía con ella, que las grabaciones magnéticas probaban la intervención de la escuadra norteamericana que había llegado para sostener a Perón. La versión de don Rodolfo Irazusta —que coincide con la de los corresponsales de *Time* y *Life*— demostraría justamente lo contrario: que la escuadra británica intervino para colaborar con el movimiento revolucionario. ¿A cambio de qué? Tal es la pregunta ansiosa que se formula el país. ¿Existió realmente esa ayuda? ¿En qué consistió? ¿Qué compromisos se adquirieron? ¿Quiénes suscribieron el compromiso, si existió? ¿El compromiso era específico, taxativo o genérico, indiscriminado y librado a la eventualidad de las circunstancias? ¿Alguien se comprometió a nombrar en los cargos de responsabilidad sólo a los viejos allegados a las empresas británicas, como el doctor Laurencena y los ingenieros Dante Ardigó y Manuel F. Castello? ¿Alguien se comprometió a cancelar los convenios bilaterales, a extranjerizar el Banco Central, a liquidar el IAPI, a trazar la frontera del paralelo 42º, a aceptar la asesoría del doctor Prebisch, a desvalorizar la moneda para que el público argentino no se diera cuenta de inmediato de la caída de los precios de sus productos de exportación, carne, trigo, etc.? Es absolutamente imprescindible e improrrogable que el doctor Alende publique el contenido de su grabación, si como es lógico suponer, ha guardado un duplicado. Y es también imprescindible e improrrogable que el gobierno acuerde una amplia explicación al país, porque no son solamente los dos mil millones de dólares a que se refiere Irazusta los únicos valores disipados. Hemos perdido el respeto de otras naciones y hemos despertado apetitos y codicias que permanecían alejados en expectativa. Hasta ayer solamente elogiaban al gobierno revolucionario los diarios británicos. Ahora han comenzado a elogiarlo las publicaciones norteamericanas. ¿Estarán por repartirnos como presas de un pollo? ¿La pechuga para uno, las patas para otro? ¿Carne y trigo barato para Gran Bretaña? ¿Bases para Estados Unidos? Abramos los ojos antes de

que sea demasiado tarde. Un hombre decidido y valiente vale más, aunque sólo esté armado con un palo de escoba, que un cobarde e indeciso provisto de un fusil de último modelo.

Está comenzando a llegar la hora en que las argumentaciones deberán ceñirse a la verdad de los hechos. No es posible aceptar en silencio y sin protesta que el general Aramburu quiera justificar el descenso del nivel de vida del pueblo argentino con el pretexto de que "el país ha estado viviendo a un nivel superior al que le permitían sus recursos económicos", lo cual es absolutamente erróneo. (*Clarín*, 13-VI-57.) El pueblo argentino siempre, en toda su historia, ha vivido muy por debajo del nivel que le hubieran permitido sus condiciones de trabajo y de inteligencia y los recursos económicos del país, porque desde su nacimiento ha sido explotado por la habilidad de la diplomacia y del comercio extranjero, predominantemente británico. En relación al pasado inmediato, el nivel de vida argentino ha descendido en la medida en que nuestros aportes han contribuido a hacer subir el nivel de vida y los consumos de la Gran Bretaña, transfusión económica que es fácil demostrar. Lo que es difícil explicarse son las causas que han llevado a las autoridades argentinas a permitir esa transfusión, porque los argumentos verbales y aparentemente doctrinarios sólo pueden engañar a los que creen que con ellos engañan a alguien. La sabiduría del pueblo ya dice que aquí comemos menos y mal para que los británicos coman más y mejor. Y ésta es otra de las razones, que junto con los dos mil millones de dólares de que habla Irazusta, deben decidir al gobierno a proyectar un poco de luz sobre estos oscuros antecedentes. No es cuestión de hundir a la República por un poco de petróleo y una espoletas que pudieron fabricar "los dentistas de Bahía Blanca".

### *Bunge y Born tiene su propia manera de entender la libertad*

En un artículo publicado en *El Líder* en noviembre de 1955, circunstancialmente, con propósito de volver sobre el tema para analizarlo a fondo, critiqué la decisión de liquidar las operaciones del I.A.P.I., institución que era y es indispensable instrumento administrativo en una época en que la mayoría de los gobiernos de las naciones civilizadas intervienen directamente en el comercio internacional, a través de instituciones más o menos parecidas. La muerte del I.A.P.I. es la resurrección de todo el poderío de Bunge y Born y sus acólitos, afirmaba allí en un resumen simbólico. En ausencia del ministro, que teórica y presuntivamente había autorizado la medida, en un comunicado oficial, intentó refutar mis apreciaciones el entonces anónimo subsecretario de comercio. Según ese comunicado, el I.A.P.I. había cometido el horrendo crimen de permitir que algunos exportadores argentinos desplazaran a los tradicionales exportadores extranjeros. Por lo visto, a los argentinos les está permitido sembrar, cosechar y hombrear bolsas, pero no ganar plata con la exportación, que es donde verdaderamente se gana. Con el patrocinio —y parece que aun con la complicidad— del I.A.P.I., los argentinos habían llevado su osadía al extremo de exportar en 1954 el 32 por ciento del maíz, en detrimento de las ganancias de Bunge y Born y sus acólitos. El comunicado —bastante cínico en su concepción e infeliz en su redacción— terminaba diciendo textualmente, que "por esa razón y por muchas otras hoy se lo liquida". Con mucho fundamento siempre supuse que las "muchas otras razones" a que se refiere el comunicado, es decir, las razones que no se dicen, eran las verdaderamente influyentes. El correr de los hechos debía ir, desgraciadamente, demostrando que entre las "muchas otras razones" no había ninguna que pudiera ser confundida con el interés nacional ni con el interés de los productores agrarios. ¿De qué calidad, carácter y alcance serían las "muchas otras razones"? Muy difícil es pre-

cisarlo; pero era un tema en que debía andarse con pie de plomo, justamente porque están en juego intereses muy cuantiosos y volúmenes de dinero cuya energía potencial es capaz de hacer temblar gobiernos enteros, no digo conciencias más o menos vacilantes. En el texto del comunicado, con intención aviesa, se hacía referencia a "los exportadores que tanto preocupan al señor Scalabrini Ortiz", con el traslúcido propósito calumnioso de insinuar al lector desprevenido la posibilidad de alguna connivencia mía con los exportadores perjudicados. (Antes de que *El Líder* fuera allanado por la intervención del capitán Patrón Laplacette, alcancé a publicar una carta dirigida al director, doctor José Antonio Güemes —preso en Magdalena desde hace más de un año—. En esa carta decía que "a mí no me preocupan de ninguna manera los señores exportadores e importadores, a quienes desconozco en su totalidad y cuyos tesoros ni envidia ni codicio. A quien deben preocuparle es al señor subsecretario y a quienes comparten la responsabilidad de la adopción de estas medidas que no tienen fundamento razonable ni aceptable y que van a redituarse al comercio libre de Bunge y Born y sus acólitos ganancias tan inconmensurables como las que obtuvieron en el pasado". Y citaba a continuación un estudio publicado en *Fortune*, en el que Archibald Mac Leach estimaba que don Alfredo Hirsch, gerente de Bunge y Born, uno de los hombres más acaudalados de la Argentina, poseía una fortuna de más de 1.500 millones de pesos de entonces, equivalentes en valor a quizá 20.000 millones de hoy. Cuando se defiende o se ataca a capitales y a empresas de tal magnitud, es indispensable cuidar su conducta para que no se justifique ni el asomo de sospecha a que justamente se inclina hasta el espectador más desapasionado e imparcial.

### *Liquidación de apuro*

De acuerdo con las reformas de 1949, cuya vigencia nadie impugnaba en ese momento, el comercio exterior debía ser ejercido por el gobierno nacional. El I.A.P.I. era el instru-

mento indispensable para dar cumplimiento al precepto constitucional. ¿Por qué se lo liquidó con tanto apuro? Es evidente que los intereses en juego quisieron aprovechar la confusión primeriza del trastorno revolucionario y capitalizar a favor del cierre la prevención pública creada por la propaganda política anterior. Los intereses del país fueron totalmente olvidados. Nadie recordó la vil explotación del agricultor que durante muchos decenios realizaron Bunge y Born y sus acólitos con la artimaña colindante con la estafa de las compras "a fijar precio", ni la desproporción de poderes que en la puja de las conveniencias pueden poner en juego los grandes exportadores y los chacareros desparramados en la llanura, daba a las invocaciones a la libertad de comercio el perfil irritante de la burla. Se hicieron también vagas referencias a una supuesta absorción de divisas por parte del gobierno que se habrían utilizado para financiar la industrialización a costa del campo y se formularon acusaciones imprecisas sobre ganancias ilícitas logradas al margen de la legalidad; pero no se formalizó ni una sola acusación institucional concreta, a pesar de tratarse de un régimen que ha demostrado no ser corto ni perezoso para difamar, que fue lo único que alcanzó a demostrar el famoso contraalmirante McClean.

### *Democracia y totalitarismo*

El cierre del I.A.P.I. era una medida de estricto carácter comercial y como tal debió inexcusablemente ser considerada. (Para disimular los objetivos verdaderos se dijo que el I.A.P.I. era una institución totalitaria, olvidando que todas las naciones civilizadas tienen organismos similares y que el I.A.P.I. es por lo menos tan democrático como el ICC que desempeña en los Estados Unidos las mismas funciones que cumplía el I.A.P.I. entre nosotros. ¿O es que para nosotros no hay otras instituciones democráticas que aquellas que facilitan a Gran Bretaña la absorción casi gratuita del fruto del trabajo argentino? No sería muy difícil demostrarlo. Lo cierto es que para

justificar el cierre del I.A.P.I. nadie hizo un cálculo numérico de lo que se iba a ganar o perder y menos aún estableció un planteo del desamparo en que iban a quedar los productores. Se dijo, no más, que "había muchas otras razones". ¿Serían todas confesables? Vistas las consecuencias, el público tiene derecho a preguntárselo. El ministro que refrendó el cierre del I.A.P.I., beneficiando a Bunge y Born en primer término, pasó directamente a ser empleado del mismo Bunge y Born con un sueldo equivalente al que ganan dos tenientes generales. El subsecretario actuante era el ex capitán e ingeniero aeronáutico don Alvaro Alsogaray, que poco después fue designado ministro de Industria y Comercio. Siempre expeditivo, el ingeniero Alsogaray intentó resolver durante su breve ministerio el problema del abastecimiento eléctrico y el del petróleo. Con su modo expeditivo y despreocupado de las consecuencias, "nacionalizó" la usina de electricidad de Rosario, con tan mala fortuna que aquello que iba a pasar gratuitamente a manos del Estado, por terminación del plazo de concesión, deberá ahora ser indemnizado con algún par de cientos de millones, por lo menos. El problema de la CADE lo abordó también con mala fortuna. El doctor Juan Pablo Oliver —que es experto en las consecuencias delictuosas de la electricidad, puesto que fue asesor legal de la comisión investigadora del coronel Matías Rodríguez Conde— ha afirmado públicamente que el proyecto que el ingeniero Alsogaray presentó en su carácter de ministro se parece demasiado a los proyectos que los agentes de la SOFINA están tratando de poner bajo la tutela de alguien capaz de hacerlos aprobar. El doctor Juan Pablo Oliver asegura que la SOFINA dispone de tantos fondos como Bunge y Born, y está tan interesada en su proyecto como estaba Bunge y Born en la liquidación del I.A.P.I.

### *La panacea universal*

Pero el ingeniero Alsogaray ya no es ministro. Ahora es fundador y *factotum* de una curiosa entidad denominada *Partido Cívico Independiente*, que edita un no menos curioso pe-

riódico titulado *Tribuna Cívica*. Característica predominante del partido y de la tribuna es la maravillosa cantidad de dinero de que dispone y la ostentosa generosidad con que se lo distribuye y exhibe. Desplegado en un plan de propaganda ciclópea, el ex subsecretario y ex ministro se ha lanzado a proclamar sin ninguna cortapisa la conveniencia de recurrir al capital extranjero para explotar nuestro petróleo. Según el ingeniero Alsogaray, el connubio del capital extranjero y de las napas petrolíferas argentinas daría origen al capitalismo del pueblo en que todos nuestros inconvenientes hallarían solución: el pobre, casa y comida; el rico, placeres; el tímido, novia; y el audaz, amante. La campaña del ingeniero Alsogaray choca con la experiencia del país y con el conocimiento de las especialísimas características del capital petrolífero que arrastra tras de sí como una maldición su retahíla inacabable de revoluciones, conflictos, motines, corrupción y empobrecimiento efectivo. Pero el ingeniero Alsogaray a cualquier argumento contesta: "Está bien, ¿pero de dónde sacamos dinero?" "Está bien, ¿pero de dónde sacamos los dólares?" En las conferencias televisadas, los doctores Silenzi de Stagni, González Arigós y del Río y el ingeniero Sábato pulverizaron toda la argumentación del ingeniero Alsogaray, pero en el público quedó flotando la duda: ¿De dónde sacamos dólares? ¿De dónde vamos a sacarlos si no es vendiendo a buen precio la mercadería que producimos especialmente para vender? Y cómo vamos a vender a buen precio si hemos entregado nuestro comercio a manos de agentes de nuestros compradores y nos hemos amputado nuestros propios medios de comerciar. Vamos a demostrar que pudimos contar con abundancia de dólares si hubiéramos negociado nuestra exportación con criterio comercial y con la ayuda de un organismo que, como el I.A.P.I., comenzaba a atesorar una experiencia de un valor casi inapreciable. Todos los datos utilizados han sido extraídos del Boletín Mensual de Estadística N° 7 de 1956 y del "Informe C. 37" sobre Comercio Exterior.

*Cómo se capitaliza un pueblo*

En el transcurso de 1955 y hasta el momento de su liquidación, el I.A.P.I. vendió 256.000 toneladas de carne y menudencias a 172,9 millones de pesos, lo cual da un promedio de \$ 2.938,70 por tonelada. El dólar exportación valía \$ 5.—. El promedio de tonelada de carne fue vendida por el I.A.P.I. en 1955 a 587 dólares la tonelada. Si se hubiera vendido a ese mismo precio unitario las 555.943 toneladas de carne exportadas en 1956, hubiéramos ganado 326.338.540 dólares, es decir, 93.735.540 dólares más que los obtenidos. Es decir, que nada más que con el valor de la diferencia hubiéramos podido pagar al contado todo el material que se necesita importar del extranjero para construir los oleoductos de Campo Durán a Buenos Aires. Si los cereales y el lino los hubiéramos vendido, no a los precios que consiguió el I.A.P.I., sino simplemente a los que se consiguieron en conjunto en 1955, se habrían obtenido 29.899.819 dólares más. Con los oleaginosos hubiéramos ganado 19.635.385 dólares excedentes y con las frutas 7.738.506 dólares más. En total, el país hubiera dispuesto de 151 millones de dólares para adquirir locomotoras o elementos de oleoductos. Resumamos estos resultados en un cuadro:

*Si la exportación de 1956 la hubiéramos vendido a los precios de 1955, hubiéramos dispuesto de los siguientes capitales más de los que obtuvimos:*

Por carnes .....	\$ 93.735.540	(a los precios medios del IAPI)
Cereales y linos ... ..	29.899.819	(a los precios medios de toda la exportación)
Oleaginosos .....	19.635.385	(a los precios medios de toda la exportación)
Frutas .....	7.738.506	(a los precios medios de toda la exportación)

---

Total de fondos que pudieron estar disponibles ..... \$ 151.009.250

Los precios de 1955 están aminorados por la misma debilidad e inseguridad que comenzaba a amenazar al gobierno del *sangriento tirano depuesto*. En los precios que una nación consigue por sus productos, tanto como en la cotización de su moneda, puede medirse el grado de su independencia efectiva y de su verdadera soberanía. Si adoptamos años de mayor estabilidad, 1951 ó 1952, nos encontraremos más cerca de una aceptable normalidad. En 1951 se exportaron 5.788.446 toneladas de mercaderías. Por ellas se obtuvieron 1.169 millones de dólares. Lo cual da un promedio de 202 dólares por tonelada. Si hubiéramos vendido a un promedio de 202 dólares, las 7.125.362 toneladas exportadas en 1956, del exterior nos hubieran debido girar 1.439 millones de dólares en pago. En 1952 se exportaron 3.038.332 toneladas de productos. Por ellas nos pagaron 677.570.000 dólares, o sea un promedio de 223 dólares por tonelada. Si hubiéramos vendido la exportación en 1956 a 223 dólares de promedio, los compradores nos hubieran debido acreditar 1.588.955.726 dólares, casi mil quinientos ochenta y nueve millones de dólares. Debe hacerse constar que la exportación de 1956 se presupone de idéntica composición y calidad a la de 1951 y 1952, pero la exportación de 1956 es cualitativamente más valiosa, porque contiene una mayor proporción de carne y productos ganaderos que tienen una cotización unitariamente mucho más elevada que los productos agrarios. Supongamos ahora que, atenta la situación de angustia económica y la recomendación de austeridad que se proclamó, se hubiese ajustado la importación reduciéndola a lo realmente imprescindible. Supongamos que la importación de 1956 hubiera tenido como límite tope el monto de la importación de 1953, que costó un poco más de 795 millones de dólares. Hubiéramos tenido el siguiente resultado financiero:

Si la exportación de 1956 (7.125.362 tonel.) se hubiera vendido a los precios de 1952 (223 dólares la tt.), el extranjero debió abrir créditos a nuestro favor por .. \$ 1.588.955.726

Si hubiéramos ajustado la importación al costo gastado en 1953, hubiéramos debido girar al exterior ..... \$ 795.145.000

Es decir que la República hubiera contado con un capital disponible en un solo año de ..... \$ 793.810.726

¡Casi mil millones de dólares excedentes y en libre disposición! Tal es la forma normal en que un pueblo viril se capitaliza con el producto de su propio trabajo negociando con habilidad y con entereza. Pero para negociar con habilidad y con entereza es indispensable que los que negocian no tengan cola de paja y no respondan de sus acciones sino ante el pueblo de la República. Pero, me pregunto, ¿vale la pena hablar en serio a esta altura del partido?

### *La historia del rey bisojo*

En la contestación al subsecretario Alsogaray le decía en noviembre de 1955, que quien debía preocuparse seriamente por los exportadores era él mismo, porque los vientos podían cambiar y junto con el viento el significado de las palabras, como ocurrió cuando el rey bisojo se dio vuelta. La cosa fue así: había un hombre bisojo, es decir, un hombre que tenía sus ojos ladeados hacia afuera, cada uno apartado hacia su costado. Decía león, y los que estaban a la izquierda, siguiendo la mirada del ojo izquierdo, veían un león. Pero los que vuelta y el ojo izquierdo quedó a la derecha y el ojo derecho veían un cordero. Los amigos de la izquierda se acostumbraron e hicieron suyo el lenguaje del ojo izquierdo. Los de la derecha se habituaron al lenguaje del ojo derecho. Como entre ellos no podían entenderse, lo hicieron rey al bisojo, a través del cual todo se resolvía y traducía. Pero un día el bisojo se dio vuelta y el ojo izquierdo quedó a la derecha y el ojo derecho

quedó a la izquierda. Fue entonces cuando comenzó la revolución, porque ambos bandos se acusaban mutuamente de falsedad. Y así cayó el bisojo y en adelante reinó la confusión y nadie pudo volver a entenderse. Yo me acuerdo del bisojo y me preocupo por los que están a su derecha cada vez que oigo hablar de libertad a los que profesionalmente debieran hablar sólo de disciplina, jerarquía y cumplimiento del deber. Porque Bunge y Born y sus acólitos entienden la palabra libertad de una manera tan particular que no tiene ninguna relación con el otro lado del bisojo, y quien crea encontrar un cordero puede ser devorado por un león.

Evidentemente, el ingeniero Alsogaray anda todavía por el lado del cordero. El bisojo no se ha dado vuelta.

*Movámonos entre las grandes potencias, sin ceder un paso en nuestras reivindicaciones*

Economía y política son dos aspectos de un mismo problema que están íntimamente correlacionados y refluyen y repercuten el uno sobre el otro, tanto en el orden interno como en el externo. A veces la política es una consecuencia de la economía. A veces la economía es una derivación de la política. Por ejemplo: los norteamericanos invierten legítimo capital en un país para conseguir influencia política —además, naturalmente, de las ganancias propias de cada negocio. En cambio, los británicos conquistan primero influencia política con su reconocida habilidad —y a veces, en la historia, con las armas— y con esa influencia política como base constituyen capitales con el esfuerzo de los mismos países. A largo plazo, las consecuencias terminan siendo idénticas. Las diferencias entre los países colonizados por uno u otro resultan de la orientación que en cada caso quieran imponer Gran Bretaña o Estados Unidos.

Pero, en general, puede afirmarse que la economía está subordinada a la política y es su consecuencia inmediata. La política es la inteligencia. La economía, la vida vegetativa. Es



ilusorio, romántico y dañoso soñar con una economía manumitida o que tienda a la manumisión en un país políticamente colonizado.

Sobre el conjunto de la nación y dentro de su mismo cuerpo, actúan varias fuerzas exteriores, cuyas características y poder de acción nunca serán suficientemente analizadas. Aquí abordaré el tema, ahogado por la obligación de ser conciso al máximo.

*Los Sauter de lo anterior*

### Gran Bretaña

La influencia británica nació al mismo tiempo que nuestra libertad política. Es más, nuestra libertad política es una consecuencia de una decisión británica. No fue por altruismo ni por amor a la libertad de los otros, sino por intereses comerciales y por necesidades estratégicas. Bloqueados por Napoleón, vencidos en Norteamérica, nos ayudaron en la lucha de liberación para abrir estos mercados a su comercio y abastecerse en ellos. De la diferencia de posición diplomática frente a la nación imperante en todo el siglo pasado nace gran parte de la diferencia de impulso nacional entre Estados Unidos y los países latinoamericanos, que de ninguna manera proviene de una menor aptitud nuestra heredada de España. Al contrario. En los tres primeros siglos la colonización británica se caracterizó por su falta de impulso —se quedaron cerca de la costa y fundaron pocos pueblos y pobres. La colonización española se extendió a todo el continente, penetrando a decenas de miles de kilómetros y fundó grandes y prósperas ciudades. Pero Norteamérica nació luchando contra Gran Bretaña y la diplomacia británica no pudo penetrar profundamente en el cuerpo norteamericano, como penetró en Latinoamérica con sus organizaciones secretas en que iba a apoyar su juego diplomático de doble acción.

Difundieron e impusieron los principios fundamentales de la revolución francesa, pero estructuraron la economía y la finanza de tal manera que ellos las manejaron desde sus co-

mienzos y, a través de ellas, toda la política nacional e internacional. Nos endeudaron, nos encadenaron a la rueda sin fin del interés compuesto, segregaron el territorio para formar nuevas nacionalidades incapaces de ser autónomas y regularon nuestro crecimiento de acuerdo a sus necesidades, no a las nuestras, sin perder jamás el contralor absoluto del cuerpo económico nacional. Todas sus maniobras se encubrieron bajo una apariencia de liberalismo económico y de un sagrado respeto al capital y a la propiedad. Pero aquí no existió nunca un verdadero liberalismo ni un verdadero respeto al capital y a la propiedad sino cuando ellos eran extranjeros.

En su conjunto, bajo el imperio de servicios a empréstitos y a los capitales supuestamente extranjeros, la economía argentina fue tan habilidosamente estructurada que cuando más trabajaba el pueblo argentino mayor era la masa de capital extranjero que debía servir. Nuestros balances de pagos fueron siempre negativos, porque la masa siempre creciente de nuestros productos iba derrumbando sucesivamente los precios del mercado internacional.

La inteligencia argentina que podía haber denunciado esta conformación monstruosa permaneció estupidizada: 1º Porque los elementos de información que ingresaban al país estaban perfectamente fiscalizados. 2º Porque la enseñanza universitaria tenía una dirección precisa en su temática y en la manera de abordar los problemas. 3º Porque toda tentativa de plantear los problemas nacionales sobre una base realística fue ahogada en el silencio o denunciada como "un extremismo foráneo y extemporáneo".

Al final de la primera guerra mundial, el predominio británico fue amenazado por la intromisión norteamericana y por la competencia comercial alemana, italiana y japonesa. La reacción británica, con el pretexto de los convenios de Ottawa, tomó formas en el Banco Central y sus leyes concordantes, cuyo conjunto fue acertadamente designado como el "estatuto legal del colonaje".

El predominio británico llegó a su cúspide en 1939 en que, con la intervención directa de Lord Willingdon, se convinieron

acuerdos secretos con el presidente Ortiz cuyo alcance es difícil anticipar, pero que será necesario tener en cuenta. Lord Willingdon dijo en su conferencia del Jockey Club —y por algo lo dijo— aproximadamente: “Que la estructura del Imperio británico era tan elástica que permitía el ingreso a él a nuevas naciones, sin alterar por eso ni su conformación propia ni su bandera”.

Durante la última guerra, Gran Bretaña, acorralada por el “cash and carry”, pague y lleve, debió ceder a Norteamérica la mayoría de los títulos de sus inversiones y se corrió el peligro de que la Argentina se transformara en una colonia norteamericana, más aherrojada que Cuba o Guatemala. Gran Bretaña contrarrestó el peligro dejando que el espíritu nacional argentino llevara a cabo la mayor parte de sus viejos sueños de recuperación.

Ahora, Gran Bretaña, reconstituido su poderío diplomático, bajo la máscara de planes Prebisch, cuyo carácter deletable no resiste el menor análisis, trata de reconstruir su predominio integral, infiltrando sus intereses bajo la máscara de sociedades mixtas y de apoyo a un mentido liberalismo y fomento a la libre iniciativa con que procura ganar la simpatía pública de Norteamérica.

Frente a la nueva actitud británica —tan contraria a las conveniencias argentinas— debemos fijar estos puntos de vista:

1º La hegemonía británica mantenida sin sobresaltos durante más de un siglo y medio ha dejado huellas profundas en el ánimo argentino y una tendencia de efectividad hacia ellos en las clases pudientes e ilustradas.

2º La inteligencia política británica es el actual gran regulador del mundo y en ningún momento ha dejado de tener el contralor de los sucesos políticos mundiales. Véase cómo comunicó a la URSS todos los secretos atómicos, para que esa fuerza nueva no perteneciese en exclusividad a Norteamérica.

3º Pero no olvidemos que la inteligencia política británica vence justamente porque es inteligente, es decir, porque sabe transigir con las fuerzas que se imponen con convicción y con razón, tal cual son las reivindicaciones del espíritu nacional

argentino. Queremos ser dueños de lo nuestro, dentro de los límites de lo nuestro. No con ánimo de perjudicar, sino de consolidarnos para poder ser más útiles a los demás y a nosotros mismos.

### *Estados Unidos*

No es posible —o es muy difícil— resistir a una gran potencia sin apoyarse en otra. Para quebrar la reciedumbre de la caparazón colonialista británica, muchos espíritus honrados y patriotas ven en Estados Unidos el punto de apoyo indispensable y, desde cierto punto de vista, conveniente. Se menciona la identidad del espíritu americano, la similitud de posibilidades espirituales y, sobre todo, la falta de necesidad intrínseca de explotar a los extraños en que se halla la nación americana, cuyo verdadero problema no es —en el fondo— el de recibir algo de los demás, sino el de liberarse de los propios excedentes nacionales de su trabajo. Estados Unidos no exporta más que el 10 % de lo que produce, pero si no lo exporta— aunque sea regalándolo en diversas formas— ese excedente entorpece su organismo económico y puede llegar a provocar un desastre. Mi opinión es que, a pesar de los aspectos favorables, es muy difícil establecer un verdadero acercamiento con Estados Unidos. El obstáculo es su falta de sentido político nacional. La burda manera en que se insertaron cláusulas de privilegio económico en las reuniones que tenían como pretexto público amenazas armadas de potencias extrac Continentales, como en las Actas de Chapultepec, es buena prueba de esta afirmación.

La política exterior americana estuvo siempre sometida al vaivén de las oportunidades electorales. Necesitaba triunfos evidentes y ventajas y ganancias visibles a los ojos del pueblo grueso y por eso fue grosera y utilitaria. Los imponderables políticos no son material apreciado por las muchedumbres electorales norteamericanas. Además, la política norteamericana se caracterizó por su inconstancia. Dependía del azar de la

política interna y estaba, además, fuertemente influida por la voluntad británica que tiene poderosos medios de acción dentro del cuerpo norteamericano. Recordar que la casa Morgan en que gravitaban decisivamente los capitales británicos contribuyó poderosamente a la intervención americana en la primera guerra.

En los últimos tiempos comenzó a tener vigencia en E.E.UU. una fuerza nueva, que ha dado coherencia a su política exterior y una continuidad de la que carecía: es el pánico norteamericano, el miedo a una agresión atómica de la URSS. Norteamérica quiso asustar a Rusia con el poder de la bomba atómica e hizo una propaganda extraordinaria en su periodismo sobre su poder letal. Cuando Rusia demostró que también tenía las bombas A y H y los medios de hacerlas llegar a destino, toda la propaganda rebotó contra el sentimiento americano. El terror a un bombardeo atómico es hoy la tónica de la política que gira alrededor de su propia seguridad. Es la política del pánico. Sobre ese fundamento afectivo es difícil y peligroso establecer una relación perdurable y sólida. Pero tampoco es posible oponerse abiertamente.

El problema esencial en este punto es éste: la Argentina está, desgraciadamente, situada en un punto estratégico marítimo de primer orden. El único pasaje de océano a océano que podría estar libre de interferencias, es el canal de Beagle, el estrecho de Magallanes o la vuelta por el Cabo de Hornos. Panamá es muy vulnerable y ya estrecho para el pasaje de portaaviones y grandes acorazados. La vuelta por el Indico y el Pacífico es demasiado larga y está bloqueada por las bases británicas que se extienden de Singapur a Australia. Una base en el sur argentino —o chileno— es vital para Norteamérica. Pero también es importante para Gran Bretaña que Norteamérica no posea esa base en el sur, porque ella neutralizaría su base en las Malvinas. Ese es un ingrediente tan explosivo que podría llegar a repetir —con otros actores— en nuestro suelo la horrible tragedia de Corea y creo que nunca será suficientemente exhaustivo el análisis de todas las posibilidades concurrentes de las situaciones posibles.

De todas maneras, parece indudable que el precio de cualquier apoyo norteamericano sería ineludiblemente la concesión de bases —o la seguridad de poderlas usar en caso de guerra, en caso de construirlas nosotros— que traería aparejado obligaciones y compromisos para un futuro bélico, en momentos en que la estrategia norteamericana está enfrentada a perspectivas poco favorables. Sería un precio muy caro, porque no hay que olvidar que la neutralidad, que fue el mayor bien de que gozamos en el pasado, debe ser la meta fundamental de nuestra política exterior. Todo lo que sacrifiquemos a su posibilidad estará justificado.

Jugar a la balanza, pero sin caer, es el arte de equilibrio que no debemos perder de vista en el planteo de nuestras reivindicaciones nacionales.

#### *Otra vez el capital extranjero presentado como mágico ciralotodo*

*Situación de financiamiento. Se informó sobre lo que se hizo en el ( )*

Los ministros de Hacienda y de Industria y Comercio leyeron en la casa de gobierno sendos informes sobre el estado económico-financiero a que ha sido llevada la República en menos de dos años. Tal como ocurrió antes con los correspondientes informes del doctor Prebisch y del doctor Verrier, la tónica de ambos trabajos ministeriales fue tan estudiadamente pesimista, la perspectiva tan simultáneamente sombría y los datos tan desalentadoramente alineados que habrían arrancado a uno de los más altos jefes de la marina de guerra, el contraalmirante Jorge E. Perren, algunos conceptos sobre nacionalismo que son extraños y extemporáneos en quien profesionalmente está obligado a velar por la defensa de todo lo que ese nacionalismo comprende en su juiciosa definición, en que es casi sinónimo de un patriotismo inteligente, es decir, no atenido ingenuamente al amparo de los símbolos y de la extensión territorial.

La técnica y la temática de estas exposiciones ya van resultando cansadoras y monótonas. Todas ellas abultan y exa-

geran las dificultades, a tal punto que la pérdida natural de una cosecha de maíz alcanza ribetes de catástrofe. Todas ellas multiplican y aumentan las necesidades futuras hasta volverlas inalcanzables por los medios habituales, de tal manera que en conjunto sólo pueden ser resueltas con el apoyo del capital extranjero. "Necesariamente hay que recurrir al crédito o a la inversión extranjera para poder hacer lo que es indispensable, si queremos ver al país recuperado para el año 1962", dijo el doctor Cueto Rúa. En esta dialéctica capciosa el capital extranjero aparece como una especie de unguento curalotodo que se ofrece gratuitamente para eliminar nuestros males. Felizmente, esas argucias chocan contra la inmovible resistencia del pueblo que con su inmensa sabiduría intuitiva ha comprendido que ese aparentemente bien alfombrado camino conduce al reingreso a una situación de enfeudamiento similar a la que soportó el país durante más de un siglo, durante el cual el trabajo y la riqueza argentinos sólo sirvieron para elaborar más capital extranjero invertido en la Argentina. El pueblo está dispuesto a no volver a esa condición colonial. Los que se obstinan en ese empeño harán bien en recordar que "cualquiera que quiera desviarse de ese camino será irremediablemente destruido por el mismo pueblo argentino".

#### *Los convenios bilaterales*

El doctor Krieger Vasena —leal intérprete del pensamiento del doctor Prebisch— se ha referido a la abrogación de los convenios bilaterales, firmados por la Argentina hasta diciembre de 1955, operaciones internacionales que nos favorecían, porque permitían la colocación de nuestros productos agropecuarios al eliminar la competencia de los excedentes norteamericanos y canadienses, al asegurar un abastecimiento regular de bienes de capital que permitían continuar la industrialización del país y salvar los quebrantos ocasionales de las malas cosechas. Para eliminarlos se recurrió a la teoría de un principismo librecambista que jamás existió en el mundo, sal-

vo en la relación directa de una factoría y su matriz imperial. La razón oculta de la eliminación de los convenios bilaterales se encuentra en cualquier revista inglesa que tenga alguna referencia al comercio de Gran Bretaña y de la Argentina. *Electrical Review*, del 4 de enero de 1957, dice: "The introduction as from 2 July of flexible multilateral trading with ten of the principal European countries marks the end of the old restrictive system of bilateral agreements, which proved so disastrous to British exporters". Que traducido significa: "La implantación desde el 2 de julio de 1956 del tratado multilateral con 10 de los principales países europeos, señala el fin del antiguo sistema de tratados bilaterales convenidos por la Argentina, que tan desastrosos resultados tuvo para los exportadores británicos." Con seguridad, los sinceros redactores de *Electrical Review* jamás supusieron que su revista iba a llegar a mis manos.

#### *Los saldos negativos*

Colateralmente a los convenios bilaterales y como una explicación de los inconvenientes que debieron salvar los técnicos de la revolución, el doctor Krieger Vasena se refirió a los saldos negativos dejados por los convenios bilaterales, al arrastre de saldos negativos dejados por el comercio internacional y a la acumulación de déficit de los balances de pagos. Vayamos por partes. El 31 de diciembre de 1954 el desnivel de nuestras relaciones comerciales internacionales cerró con un déficit de sólo 83,7 millones de pesos argentinos, equivalentes, al cambio de \$ 5 por dólar, a un poco menos de 17 millones de dólares. Según la Memoria del Banco Central de 1954, la situación, nación por nación, era la siguiente:

	Saldo a favor de la Argentina, en millones de m\$.n.	Saldo en contra, en millones de m\$.n.
Alemania .....	—	117,9
Austria .....	0,3	—
Brasil .....	—	187,1
Checoslovaquia .....	57,8	—
Chile .....	60,3	—
Dinamarca .....	56,1	—
Ecuador .....	—	3,7
Finlandia .....	12,1	—
Francia .....	—	1,5
Hungría .....	61,9	—
Israel .....	4,8	—
Italia .....	—	453,2
Japón .....	138,5	—
Noruega .....	2,9	—
Países Bajos .....	104,1	—
Paraguay .....	23,3	—
Polonia .....	28,2	—
Reino Unido .....	41,2	—
Rumania .....	—	2,0
Suecia .....	0,7	—
U.R.S.S. .....	68,1	—
Yugoslavia .....	21,4	—
	681,7	765,4
		681,7
Saldo neto desfavorable a la Argentina .....	m\$.n.	83,7
Equivalente a .....	u\$.s.	16,61

Dieciséis millones de dólares no es en verdad razón de peso para justificar una operación tan costosa como fue la abrogación de los convenios bilaterales. La razón es la de *Electrical Review*. Aquí no están contados los 120 millones de dólares que, aproximadamente, nos adeuda España, y que supongo alguna vez nos pagará, y que por lo menos, desde un punto de vista contable, es ineludible tener en cuenta.)

Los balances de pago anteriores a 1955 tampoco pueden justificar "el empobrecimiento" actual. Vamos a encolumnarlos a partir de 1939, año en que comienza la guerra europea y cambia la fisonomía de los asuntos económicos argentinos.

SALDOS TOTALES DE LOS BALANCES DE PAGO ARGENTINOS  
EN MILLONES DE PESOS MONEDA NACIONAL

Años	Saldos negativos	Saldos positivos	Fuente del dato
1939 .....	—	159	Balance of Payments, U. N.
1940 .....	156	—	" " " "
1941 .....	—	171	" " " "
1942 .....	—	299	" " " "
1943 .....	—	1.092	" " " "
1944 .....	—	1.083	" " " "
1945 .....	—	1.232	" " " "
1946 .....	—	239	" " " "
1947 .....	1.028	—	Mem. Bco. Central de 1951
1948 .....	1.587	—	" " " " "
1949 .....	203	—	" " " " "
1950 .....	—	693	" " " " "
1951 .....	559	—	" " " " "
1952 .....	1.890	—	de 1952
1953 .....	—	1.771	de 1954
1954 .....	—	351	" " " " "
	5.417	7.090	
		5.417	

Saldo favorable a la Argentina  
al 31-12-1954 ..... 1.673 millones de m\$.n.

Los nueve meses transcurridos desde el 31 de diciembre de 1954 hasta setiembre de 1955 no pueden de ninguna manera haber llevado a la República al extremo estado de angustia financiera que pudiera servir de pretexto al doctor Raúl Prebisch para firmar que "La Argentina atraviesa por la crisis más aguda de su desarrollo económico", y menos aún de disimulo de la culpable ineptitud con que se afrontaron y se resolvieron los asuntos económicos-financieros. La frase del doctor Prebisch tenía un objetivo único: servir de pretexto a la desvalorización de la moneda argentina, resolución que se adoptó inesperadamente y que quedará en la historia como la más grave acusación que se pueda formular al gobierno nacido de la revolución de 1955. La devaluación de la moneda argentina, resolución que se adopta sorpresivamente y con el pueril pretexto de estimular la producción agraria, ha-



ce descender el nivel de vida internacional de la Argentina hasta los límites humillantes de una factoría. En el orden interno el empobrecimiento no se advierte de inmediato, porque todos los ciudadanos nos hundimos al mismo tiempo. Pero la mercadería que el país necesita importar del exterior deberá ser pagada casi con el doble de productos argentinos. Esa es la causa fundamental del empobrecimiento actual argentino y el motivo por el cual nos resultan tan onerosos los abastecimientos de petróleo. Vamos a establecer el valor de nuestros productos, en moneda estable internacional, antes y después de la desvalorización. Tomamos como vigentes los precios oficiales incluidos en la "Síntesis Estadística de Mayo de 1957", desdeñando los descuentos con que se formó el capital llamado de *restablecimiento*, que fue a parar a las arcas de Bunge y Born y de los frigoríficos.

Productos	Precio oficial antes de la devaluación		Precio oficial después de la devaluación	
	en m\$.n.	equivalente en dólares	en m\$.n.	equivalente en dólares
	u\$.s. = m\$.n. 7,50		u\$.s. = m\$.n. 18,00	
Kilo vivo de novillo en estancias ...	2,27	0,30	2,89	0,16
Trigo (quintal) ..	50,00	6,66	70,00	3,88
Maíz (quintal) ...	45,00	6,00	70,00	3,88
Lino (quintal) ...	75,00	10,00	140,00	7,77
Avena (quintal) ..	38,00	5,60	55,00	3,05
Cebada (quintal) .	39,50	5,54	50,50	2,80
Maní (quintal) ..	100,00	14,60	180,00	10,00
Cueros (kilo) ...	4,03	0,53	5,27	0,29
Lana (kilo) .....	10,61	1,41	18,71	1,03
Caseína (kilo) ...	4,51	0,60	7,05	0,39

Una tonelada de petróleo crudo, puesta en el puerto de Buenos Aires, valía aproximadamente 20 dólares, equivalente a 66 kilos de carne de novillo, al precio de adquisición en estancias. Después de la devaluación, esa misma tonelada de petróleo equivale a 125 kilos de la misma carne. La devaluación externa de nuestros productos no pudo efectuarse de una manera tan súbita como la cotización interna. Se efectuó

paulatinamente, no por consideración a nosotros, sino a los factores ajenos a la voluntad del doctor Prebisch y de los que adoptaron sus nefastos consejos como plan de gobierno. La desvalorización de la carne argentina en los mercados británicos debió acallar los reclamos de los propios ganaderos británicos, que no admitieron que el consumo local se aumentara a costa de su empobrecimiento. El gobierno británico les aumentó el subsidio de 138 chelines a 151 chelines por hundredweight. Con la libra esterlina al cambio oficial de \$ 50, la mejora equivale a \$ 7.33 por kilogramo. Por su parte, nuestros productos agrícolas volvieron a ser utilizados, tal como lo fueron en el pasado, para presionar el mercado internacional con su competencia bajista, lo mismo que la fruta y nuestros productos lácteos. Los airados reclamos de los competidores no alcanzan sino ocasionalmente el honor de merecer una pequeña noticia en nuestros diarios comerciales. El fracaso de nuestra cosecha de maíz ha demostrado a las claras cuál es la orientación primordial de nuestra política económica. El volumen de esa cosecha superó apenas los dos millones de toneladas, es decir, que alcanzaba apenas para cubrir las necesidades del consumo local. En todas las plazas del mundo se esperaba un alza del precio de este cereal a consecuencia de la descontada ausencia de la Argentina como exportador. Nuestro gobierno decidió, en cambio, proteger a la exportación, sacrificando a todos los avicultores y criadores de ganado porcino, y fijó un precio especial de \$ 100 el quintal para el cereal destinado a la exportación. Los 100 pesos de la moneda actual equivalen a 5,55 dólares por quintal, es decir, un precio inferior al que tenía antes de la devaluación de la moneda. El Ministerio de Agricultura aconsejó sustituir el maíz "por otros granos forrajeros: sorgos graníferos, cebada, avena, mijo y subproductos del trigo, afrecho, afrechillo y semitín". (*La Nación*, 31-V-57.) Es mejor taparse los oídos para no oír lo que dijeron los avicultores y los cerdos. Es indispensable subrayar que el Ministerio de Agricultura que aconsejó la sustitución no fue el ministerio británico, sino el argentino.

## Compras en el área del dólar

En el transcurso de su exposición, el doctor Krieger Vasena —que ha reunido muchos méritos para adelantar en sus negocios cuando vuelva a la vida privada— dijo que su ministerio adoptó diversas medidas para “orientar las compras argentinas fuera del área del dólar, que es el punto más vulnerable en cuanto a reservas monetarias”. No es posible negar que las medidas sean numerosas, pero el resultado es llamativo por lo contraproducente. Las importaciones provenientes de los Estados Unidos han crecido inmoderadamente, según se desprende del cuadro incluido a continuación, en el que puede observarse que si las importaciones de 1957 hubieran continuado en el mismo ritmo que tuvieron en los primeros seis meses, la importación de 1957 proveniente de los Estados Unidos hubiese sido de 316 millones de dólares, más del doble de la importación de 1955 y casi el triple de la de 1954.

### IMPORTACIONES DE ESTADOS UNIDOS

Año	Dólares
1953 .....	124.000.000.—
1954 .....	140.000.000.—
1955 .....	154.000.000.—
1956 .....	230.000.000.—
1957 (6 meses) .....	158.000.000.—

*(Los datos de 1953 y 1954 pertenecen a la Memoria del Banco Central de 1954. Las cifras de 1955 y 1956 han sido copiadas del Boletín sobre “Comercio Exterior”, N° 38, de mayo de 1957, con cifras corregidas.)*

Las cifras de 1957 son más alarmantes si se analiza su origen. El combustible, carbón, fueloil y gasoil, sólo suman 17 millones de dólares. La maquinaria industrial, 14 millones. El material ferroviario, 4 millones. Apenas un poco más que lo gastado en televisores, que excedió los tres millones de dólares. ¡Los automotores importados alcanzaron a sumar casi sesenta millones de dólares, 58.878.000!

Cuando el auditorio estaba abrumado por las cifras y por los erróneos conceptos del doctor Krieger Vasena, tomó la palabra el doctor Cueto Rúa, que achacó “al peronismo el deterioro de la economía argentina” producido por “la política narcotizante de los subsidios”. No es posible presuponer que el doctor Cueto Rúa ignore la extensión y la profundidad alcanzada por la política del subsidio en todas las naciones, sin exclusión alguna, que figuran como adalides de la civilización occidental. En los Estados Unidos, en Gran Bretaña, en Francia... No es posible presuponer que el doctor Cueto Rúa ignore que la política del subsidio no puede ser eludida por los países que continúan adscriptos a la técnica de un capitalismo virtualmente ortodoxo, porque ella es la única posibilidad práctica de lograr una redistribución de ingresos, de equilibrar el juego de las actividades que pueden ser económicamente criticables, pero son virtualmente esenciales. Después de esta manifestación de ignorancia, el doctor Cueto Rúa dio en recordar que el 38 por ciento de la población argentina carece de energía eléctrica, y para suplir con urgencia esta carencia, calculó que necesitaba por lo menos 500 millones de dólares, y terminó su párrafo con una interrogación de hondo patetismo. “¿Los 500 millones de dólares para energía eléctrica, de dónde los vamos a sacar?”, preguntó a su auditorio, y como nadie le contestó, se respondió a sí mismo: “Naturalmente hay que acudir al crédito o a la inversión extranjera”. Por lo visto el ingeniero aeronáutico don Alvaro Alsogaray ha hecho escuela. La técnica es la misma. El doctor Cueto Rúa debió recordar que si bien es cierto que el 38 por ciento de los ciudadanos carece de energía eléctrica, es aún mayor el porcentaje de los que no tienen casa ni ropa decente ni quizás un nivel compatible con la civilización. El doctor Cueto Rúa ha viajado mucho por los Estados Unidos pero, evidentemente, desconoce los arrabales de todas las poblaciones argentinas y aun el hacinamiento en que vive, en pudibunda miseria, la mayoría de los habitantes de las grandes urbes.

Pero ninguna de las otras necesidades que aminoran a los

individuos y que son más urgentes, porque atañen a su existencia biológica, reclaman la atención del doctor Cueto Rúa. ¿Será porque su solución no requiere la colaboración del capital extranjero? No nos está permitido suponerlo.

El doctor Cueto Rúa y el doctor Krieger Vasena coincidieron en las sugerencias menospectivas con que se refirieron a las nacionalizaciones que se llevaron a cabo en el último decenio. Les reconozco el derecho personal de abominar de esas operaciones. Las nacionalizaciones quitaron uno de los más apetecibles refugios en que podían retirarse a descansar de sus trajines los ministros que habían sabido ser sensibles a los reclamos extranjeros. Pero no es posible dejar de recordarles que, desde un punto de vista estrictamente financiero, las nacionalizaciones de empréstitos y empresas extranjeras de servicios públicos ahorran en la actualidad más de 250 millones de dólares anuales, que hubieran debido ser girados al extranjero como intereses y servicios. Ese ahorro de divisas es el que aún mantiene dentro de la soberanía argentina la posibilidad de equilibrar nuestro balance de pagos con un ajuste austero de las importaciones. Quienes hacen hincapié en el desequilibrio transitorio del balance de pagos, no tienen derecho, pues, a referirse con menosprecio a las nacionalizaciones efectuadas en el "último decenio".

Hace más de veinte años un marino ejemplar, el capitán de fragata don José A. Oca Balda, en circunstancias muy similares a las que estamos atravesando hoy, escribió un libro extraordinario de más de 700 páginas macizas, en las que, fundado en cifras y en datos irrecusables, desarrolla una tesis en un todo análoga a la que informan mis críticas. Es un libro que todo marino debería leer y releer en estos momentos que han asumido la directa responsabilidad de los negocios públicos. Su lectura los alertaría sobre los peligros que amenazan a los que, por su educación, sólo están preparados para enfrentar la franca lucha en pleno mar, no en el barro de los intereses y de las connivencias. Yo me reconforto al releer *El último libertador*, como si a través del tiempo y la distancia hablara con un hermano. Para darle nueva vida, hago

más las siguientes frases de Oca Balda: "Ha llegado el momento en que debería dar vergüenza referirse en abstracto a las necesidades del país, omitiendo soluciones prácticas para satisfacerlas... un buen literato ladrón y traidor puede decir cosas muy bellas, al mismo tiempo que vende su patria al extranjero..." (pág. 175). "El bienestar del individuo es, ante todo, un problema objetivo del gobierno, es decir, de administración del bien público, donde no existe nada subjetivo ni abstracto... Las instituciones armadas no pueden ser instrumentos irresponsables de estas tremendas injusticias... Los fundamentos que sirven para nombrar gobiernos a espaldas del pueblo, se reducen a desconocer a éste capacidad suficiente y atribuirle, además, por medio de viles calumnias, un propósito deliberado de servir a bastardos intereses..." (pág. 32.) A través del capitán de fragata José A. Oca Balda tenemos nuestra mano sencilla y cordial a los que piensen y sientan como él, porque en su generosa y patriótica apreciación de los hechos está presente el germen de la futura grandeza de los argentinos. Estoy absolutamente seguro de que su juicio sobre el artículo 40 de la Constitución Nacional, reformada en 1949 —muy similar al artículo 27 de la Constitución mexicana—, coincidiría con el mío. Todo lo demás es tan fugaz e intrascendente como la ráfaga de viento que nos chicotea la cara y al obligarnos a entornar los párpados nos nubla un instante la visión del agudo perfil de la proa que marca el largo de nuestro derrotero.

*Para dominar un país ya no hace falta someterlo militarmente, bastan oportunos empréstitos y concesiones*

Para conmemorar el segundo aniversario de la revolución que generosamente se califica a sí misma de "libertadora", el vicepresidente de facto pronunció una arenga radiotelefónica que además de los habituales elogios a sus propios objetivos y a la



honradez y grandeza de los propósitos —que nadie puede honradamente discutir mientras no se conozcan específicamente—, emitió algunos conceptos que son absolutamente inaceptables, porque contrarían la experiencia histórica de la Nación y pueden conducir por degradaciones sucesivas a un grado de sujeción al extranjero muy semejante a la esclavitud.

El discurso, que se inicia con un ditirambo genérico a la libertad indiscriminada, contiene entre sus párrafos iniciales una amenaza para los que discrepen con su indefinida definición: “Toleramos —dice— los ataques al gobierno, pero no adoptaremos la misma actitud cuando se pretenda atacar o tan sólo discutir la Revolución Libertadora”. Preceptualmente “discutir” significa “examinar y ventilar atenta y particularmente una materia, haciendo investigaciones muy menudas sobre sus circunstancias”. La revolución en sí misma no puede ser discutida. Es un hecho ya incontrovertible e inmodificable que ocurrió hace dos años. ¿Serán su origen y sus causas las que no pueden investigarse ni analizarse? ¿O será el conjunto de disposiciones adoptadas en el correr de los dos años? De todas maneras, esa sola expresión es de por sí una manifestación vituperable: la que con el empleo del temor trata de influir en el juicio de sus contemporáneos.

### *La defensa de la libertad*

A mí, personalmente, no me conmueve ni me intimida ni la anuencia ni la reprobación del señor vicepresidente de facto. Durante treinta años he sostenido las mismas ideas que el conocimiento acumulado no ha hecho sino acendrar. He rechazado y rechazo por igual la prohibición y el consentimiento de ejercer la plena libertad de mi razonamiento y la franca exposición de lo que estimo útil a mis conciudadanos. Pero antes de entrar a refutar los absolutamente erróneos conceptos que sobre economía del país emitió el vicepresidente de facto y que denotan falta de conocimiento de la negativa experiencia sufrida por el país en materia de capitales extran-

jeros, me es impostergable expresar mi sorpresa por la forma dogmática en que un hombre de armas se refiere a un tipo de libertad con la cual no ha podido tener contacto alguno profesional. Dijo el señor contraalmirante, como definición a la que implícitamente se adscribía, que “la lucha por la libertad es universal y entrañablemente filantrópica”, y no pudo hacer declaración más contraria a la ética de su profesión. El hombre de armas no ha sido educado en la República Argentina para luchar por la libertad universal, sino por la libertad de su patria, por la libertad de sus conciudadanos. Quizás estas confusiones provengan de la falta de hábito en el empleo de la palabra libertad que suena extrañamente en la dura profesión de los hombres de armas, educados simultáneamente para obedecer y para mandar. Los miembros de las fuerzas armadas tienen pocas ocasiones profesionales para ejercitarse en la práctica de la libertad personal. Están constreñidos por el reglamento y por la disciplina. Nunca dejan de ser un segmento de un organismo que se sobrevive a sí mismo y donde el cumplimiento de la orden debe sobreponerse y superar hasta el ínsito miedo de la muerte que parece ser connatural de todo ser vivo. Hay una grandeza inmensa encerrada en esa disciplina. Pero hay también una limitación para los que se quieren salir de ella. Ni la más alta cúspide de la jerarquía castrense escapa a esta delimitación de la iniciativa personal, porque aun el más alto mando está sometido con la misma disciplina al cumplimiento de la ley, que en definitiva no es más que la expresión de la soberanía popular, la raíz suficiente de la razón pública, la concentrada esencia de la necesidad nacional. El acatamiento final a la ley alguna vez será ajustado hasta identificar el delito común con el delito político, puesto que análogo principio de bien y de orden sostiene el privilegio de la propiedad y la riqueza que en ella se funda y el privilegio que aparentemente dimana del poder público. Podrá justificarse posiblemente el hecho revolucionario en sí mismo, pero será necesario sancionar con la máxima energía a los que, prevalidos de un empleo indebido de la fuerza confiada por la ley a su custodia, pretendan arrogarse facultades

propias de los gobiernos legalmente constituidos de acuerdo con la misma ley en que se funda la textura disciplinaria de la fuerza. Derrocar un gobierno puede quizás llegar a ser un acto justificable y aun meritorio, porque es el último recurso para oponerse a las tiranías. Pero no lo será nunca el sustituirse al gobierno legal en el desempeño de la función pública, ni en el manejo de intereses que escapan a su competencia, a su aptitud vocacional y a sus conocimientos y desde la cual su ineptitud puede acarrear daños irreparables al cuerpo nacional.

En el curso de estas reflexiones aparecen casi como sinónimos la ley y el pueblo, y en realidad lo son, porque en este país, quizás con mayor derecho y razón que en ninguno, el verdadero soberano es el pueblo, porque no hay clases que sean intrínsecamente superiores las unas a las otras ni por su origen étnico ni por la acumulación heredada de un sucesivo perfeccionamiento ni por una selección que no ha tenido aún tiempo de sedimentar ni por su educación de modos ni por su ilustración, porque los conocimientos que exceden a la educación común son de carácter técnico, utilitarios y especializados, de los que no pueden deducirse ni aptitudes ni antecedentes para el acierto político. Y la ley que no expresa la necesidad pública y no nace al calor de la voluntad popular no es más que un monstruo abortado, como con toda justicia la definía Esteban Echeverría. "Si la ley no es expresión de la razón pública proclamada por sus legítimos representantes, si éstos no han hablado en esa ley de los intereses y opiniones de sus poderdantes; si no han procurado interpretar su pensamiento; o en otros términos, si los legisladores desconociendo su misión y las exigencias vitales del pueblo que representan, se han puesto como miserables plagarios a copiar de aquí y de allá artículos de leyes y constituciones de otros países, en lugar de hacer una obra que tenga raíces vivas en la conciencia popular, su obra será un monstruo abortado, un cuerpo sin vida, una ley efímera y sin acción que jamás podrá sancionar el criterio público. El legislador habrá traicionado la confianza del pueblo, su poderdante: el legislador, será un imbécil".

(Organización democrática de la patria. Capítulo X. El dogma socialista.)

### *La dominación económica*

La "libertad universal" no está en la ley ni en ninguna de las constituciones argentinas, menos aún en la conciencia del pueblo. La libertad universal es precisamente el ideal que acarician los capitales extranjeros. A su amparo ellos se infiltran en el cuerpo nacional, soslayando las dificultades y acallando las desconfianzas. En un notable artículo firmado por Antonio Bermúdez, fechado en Londres y publicado por *La Nación* del 6 de febrero de 1928, se sintetiza acertadamente esa especialísima técnica. Dice Bermúdez: "Para conseguir dominar económicamente a un país extranjero ya no hay necesidad de recurrir a ejércitos costosos y a guerras cruentas. Basta con tener millones. Prestados a un país débil, su industria, su riqueza, su vida pasa a manos de la nación acreedora. Al arbitrio de ésta queda el suspender las fabricaciones, el cortar las comunicaciones, el lanzar a la huelga a las masas obreras de la nación deudora. Sólo en países pequeños como Nicaragua o Santo Domingo hay necesidad de servirse de algún acorazado. Con los grandes no hace falta y resultaría contraproducente. Unas órdenes en la Bolsa, unas instrucciones a los directores de las grandes compañías y la nación deudora queda a merced de la nación imperialista... He aquí el moderno ultraimperialismo. Nada de excesivos gastos militares, nada de sables inútiles. Una banca bien organizada, un sistema de créditos bien dirigido por la secretaría de asuntos exteriores y la nación capitalista irá dominando a los países débiles y ricos, dulcemente, lentamente, en nombre del derecho y de la libertad". Y ésta es, precisamente, la tragedia que el instinto del pueblo procura impedir con su resistencia.

El postulado fundamental sin el cual ninguna ciencia podría existir, menos aún establecerse ningún orden social, es que todo en la naturaleza está gobernado por leyes necesarias. En

una sociedad organizada aunque lo sea rudimentariamente, no puede hablarse de libertades abstractas sin dar lugar a la sospecha de que hay algo que no se quiere designar por su nombre. "La libertad es un misterio", decía el malhumorado Malebranche. Si hubiera vivido en nuestra época quizás habría coincidido en afirmar que la libertad sin delimitaciones es el paraíso terrenal de los que aspiran a vivir holgadamente a costa de la explotación de otros pueblos. "Asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo", dice la vieja Constitución con una munificencia rayana en la prodigalidad, pero no menta para nada la "libertad universal".

El vicepresidente de facto parece presuponer que la resistencia ofrecida por el país es una maléfica influencia de la para él nefasta tiranía depuesta. Y se equivoca diametralmente también en este punto. La idea nacional en cuya virtud se afirma que los servicios públicos deben ser prestados por los mismos poderes que representan y encarnan la soberanía popular, no puede llamarse precisamente nueva. Nace casi junto con la organización del país y es expresada en términos tan justos que pueden ser repetidos sin alteración. El 16 de setiembre de 1869 el general Mitre, en su carácter de senador, se opone a que se conceda la construcción y la explotación del puerto de la Capital a una empresa extranjera. Dice: "Aquí se quiere subordinar el interés general al interés particular, haciéndolo a éste dueño de posiciones en que una vez establecido será muy difícil desalojarlo, porque el interés privado aplicará toda su energía y toda su inteligencia, no a ensanchar el círculo de la prosperidad pública, sino a acrecentar sus ganancias y a perpetuarse en su posesión... Todo nos dice y enseña que una vez que el Estado ha enajenado el derecho a explotar en nombre y en el interés de la comunidad aquellas obras públicas destinadas al bienestar general, el egoísmo particular se ha apoderado de ellas, lo ha convertido en un derecho y ha teorizado sobre él..."

A esta actitud de prudente desconfianza que aconsejaba

el general Mitre se la califica hoy de "mentalidad totalitaria". El vicepresidente de facto dice que se trata de una "farsa legal del totalitarismo". En el siglo pasado se llamaba "socialismo de Estado" o simplemente "socialismo". Para no ser "socialista" Juárez Celman y Máximo Paz vendieron todos los ferrocarriles nacionales y provinciales. Un eminente argentino y hombre público de reconocida competencia y probidad, don José A. Terry, dice en su libro *Finanzas* editado en 1898, en que se instruyeron varias generaciones de argentinos: "Los economistas y financistas ingleses y franceses protestan contra lo que ellos llaman nuestro socialismo de Estado, olvidando que Francia e Inglaterra fueron socialistas, acaparando muchas industrias, aun con fines fiscales. Hoy, que se encuentran aquellos países en la plenitud del progreso, es claro que ya no necesitan la acción del gobierno y que les conviene limitarla a los fines del orden, de la libertad, de la justicia y de la seguridad interna y externa. Hay algo más que es bueno señalar. Esos economistas y financistas que opinan están vinculados íntimamente con los círculos de capitalistas y banqueros que negocian con nuestro país y con nuestro gobierno, y en consecuencia están interesados en reemplazar la acción del Estado argentino en todo lo que importe un monopolio o un gran negocio. Debemos desconfiar mucho de estos titulados sabios y de sus revistas cuyas opiniones publican nuestros diarios en lugar preferente. Son opiniones que hay que tomarlas con beneficio de inventario. Debemos cuidar mucho nuestra independencia financiera, que es tan precisa como nuestra independencia política. Y si bien conviene atender todas las opiniones, tanto extrañas como propias, sería criminal de nuestra parte constituirnos en serviles ejecutores de ideas que si bien concuerdan, en ciertos casos, con las teorías científicas, pueden ser muy perjudiciales en un país como la República Argentina".

Pero no es sólo de las ideas y de las recomendaciones extranjeras, como saludablemente aconseja Terry, de las que se debe desconfiar. Aun los juicios más pequeños que se presentan como directo resultado de experiencias objetivas y de

aspecto científico, están viciadas por la conveniencia interesada del extranjero. Si se hubieran seguido los consejos extranjeros, el petróleo de Comodoro Rivadavia estaría todavía bajo tierra. En 1909, poco después del descubrimiento del yacimiento, el ministro de Agricultura solicitó al Ferrocarril Sud el ensayo en sus locomotoras de la bondad del combustible. El informe elevado por el Ferrocarril figura en el libro *Petróleo* de Jorge Newbery. Tiene un aire científico y concienzudo. Se detalla la maca del quemador empleado y el tipo y el número de la locomotora. Bajo la responsabilidad de su firma, el gerente general, Percy Clark, concluye diciendo "que si bien sería posible emplear con economía el petróleo de Comodoro Rivadavia en los territorios del sur, donde el carbón cuesta caro, no creo que en el distrito de Buenos Aires sería posible hacer competencia con el carbón". Y.P.F. y el país deben un gran monumento al general Mosconi. Propongo que en sus cimientos se erija otro monumento con la efigie de Percy Clark cabeza abajo: monumento negativo, como son los que merecen la mayoría de los dirigentes de empresas británicas que "nos trajeron el progreso", de acuerdo con la tergiversada historia económica que difundieron los subordinados de empresas británicas que con increíble amparo de esta revolución han vuelto a usurpar sitios académicos, universitarios y algunos judiciales.

Dijo el señor vicepresidente de facto que la Argentina no debe tener miedo de ser avasallada por el capital extranjero y confiar en que volverá a repetirse la experiencia corrida en el primer siglo de vida independiente. Y eso es, precisamente, lo que el país entero está dispuesto a no tolerar. Con la ficción de supuestos capitalistas invertidos —en que la mayor cantidad fue en verdad la impudicia de los dirigentes y el cinismo de los gestores— la República Argentina, heredera de una tradición de valor, de audacia y de espíritu de empresa —que tales fueron las características de la España conquistadora— había llegado poco a poco, por concesiones aparentemente no relacionadas las unas a las otras, a la inferior condición de país subordinado, a la humillante situación de "provincia nu-

trix" de Gran Bretaña. No soy yo quien lo atestigua. Es el doctor Roberto M. Ortiz quien lo dice en un discurso en que agradece a la Cámara de Comercio Británica el haberlo seleccionado como candidato oficial a la presidencia de la República. Dijo el doctor Ortiz: "Comparto en un todo la opinión de nuestro compatriota el economista Josiah Stamp... cuando señala que la Argentina tiene enlaces financieros y obligaciones tan importantes como las obligaciones que existen entre la metrópoli y las diversas partes del imperio británico". Las increíbles palabras del doctor Ortiz fueron recibidas con aplausos y sin reparos por nuestro periodismo, que demostró así voluntariamente que estaba comprendido dentro de las obligaciones que nos ataban al imperio británico. Tal era el resultado final de la aplicación de la técnica de corrupción que en 1890 *The Weekly Bulletin*, de Londres, resumía diciendo que "en la República Argentina para hacer un negocio hay que comprar desde el presidente de la República hasta el último portero". Quizás esos fondos dados en prebendas, coimas y honorarios profesionales, fueron los únicos y genuinos capitales que los británicos invirtieron para lograr la conquista pacífica con su dominación invisible. En su primer mensaje a las cámaras, en febrero de 1938, el doctor Ortiz intercaló una frase que pasó inadvertida para la mayoría de los lectores y adquiere ahora un nuevo y acre sabor. Dijo el doctor Ortiz: "Los partidos no son nacionales, son internacionales". Pocos alcanzaron a percibir el significado de esa frase misteriosa que bien claramente decía, sin embargo, que en adelante toda oposición a las abusivas ganancias de las empresas británicas, toda tentativa de moderar sus avariciosas y corruptas maniobras, toda formulación de una esperanza de abrir un porvenir nacional más amplio que el correspondiente a una factoría, sería considerada como un acto adverso a la democracia, como una manifestación de totalitarismo, como un acto de enemistad a la "libertad universal", que es en verdad el simpático disfraz con que los intereses imperiales de la Gran Bretaña han facilitado siempre las maniobras de sus personajes lugareños. La Argentina es un país radicalmente orgulloso

y tiene derecho a serlo. Estuvo siempre dispuesto —como lo ha recordado el vicepresidente de facto para disipar recelos— a “no permitir ningún avance sobre sus derechos de nación independiente”. Pero un país cuya clase dirigente es sobornada y corrompida queda inerme, en la situación de un hombre al que los bandidos han amordazado y han maniatado. Peor aún. Como el conocimiento de los hechos es mantenido en el más estricto secreto por los que personalmente los aprovechan, el país queda en la desairada situación de un marido engañado. Es un procedimiento en que los británicos tienen una larga tradición. La gran Isabel había sobornado hasta a los secretarios privados de María Estuardo. “Todos los hombres pueden comprarse. La dificultad es saber en qué moneda”, decían Fouché o Napoleón; para el caso es lo mismo. La promesa de apoyo para un cargo público no es menos inmoral que una prebenda. Y la consecuencia es la misma.

Esta revolución está siendo víctima de los hombres civiles que encumbró y que con un acierto demoníaco fueron seleccionados entre los más notorios y leales servidores del antiguo capital británico. Pero el país está erizado y alerta. Ha comprendido con clarividente perspicacia que aquí están en juego el destino de la Nación y de los individuos que la integran. La oposición se manifiesta por doquier: en el seno de las fuerzas armadas y en la administración pública, lo mismo que entre los obreros más recalcitrantemente nostálgicos. Son los jefes y oficiales de las tres armas los que han mantenido enhiesta la bandera de la resistencia a toda connivencia con el capital extranjero, en una acción cuya tenacidad indolegable no ha disminuido la zona de reserva confidencial en que se plantea. De la resistencia de la burocracia ha dado cuenta el mismo vicepresidente en el discurso que comentamos al afirmar que las “directivas gubernamentales” chocan contra la decisión de la administración pública que “se empeña en dirigir y regular toda la economía del país, oficial y privada, llegando hasta el absurdo de que funcionarios subalternos dificultan la recuperación nacional y pretenden sustituir, por el efecto de sus decisiones e interpretaciones personales, a los

verdaderos gobernantes de la Nación”. El vicepresidente “de facto” acusa a los funcionarios de la administración permanente de “no comprender que el dirigismo estatal para toda actividad, aun la privada, ha fracasado”, y quien está errado en sus apreciaciones es el vicepresidente, no la administración pública, porque el dirigismo estatal no ha fracasado aquí ni en ninguna parte. Los acontecimientos han demostrado precisamente que sólo a través de la unión y la disciplina gubernamental, pueden los pueblos contener la tremenda capacidad de absorción y poder de dominio de los grandes consorcios contemporáneos. La vigente legislación británica o francesa o italiana o alemana o norteamericana es la mejor prueba de que el “dirigismo estatal” no ha fracasado. La empresa de servicios públicos sigue en EE. UU. bajo la fiscalización de la Interstate Commision que fija fletes y tarifas e interviene tan directamente que casi no deja a la actividad privada más campo que el de invertir y cobrar las ganancias que le son permitidas. Nada más que copiar la legislación norteamericana es para nosotros un ideal defensivo que ampararía con eficacia el desarrollo de nuestra vida independiente. El vicepresidente amenaza, en cambio, con barrer la resistencia de la administración nacional, a la que califica de “tremenda máquina totalitaria”. Los muchachos van a comenzar a asustarse o terminarán perdiéndole el miedo a las máquinas totalitarias.

*La Prensa* estima que esos hombres honrados, valientes y patriotas que juegan por sus altruistas convicciones la permanencia en los cargos de los cuales viven, son “elementos que han conservado sus posiciones, seguramente porque han sabido encontrar padrinos” (16-IX-57) y en la entrelínea demuestra estar de acuerdo con la operación de desmantelamiento de la administración pública con “que debemos despertar la confianza del inversor extranjero para atraer sus capitales que necesitamos urgentemente” y para lo cual —y es mal indicio— parece indispensable garantizarles una especie de impunidad y total falta de contralor gubernamental. *La Nación* es aún más decidida. En su editorial del 4 de setiembre incita el abandono perentorio de los “slogans inoperantes que sólo respon-

den al interés de círculos o personas". Los "slogans inoperantes" son para *La Nación* el posible enfeudamiento al extranjero, la probable pérdida de nuestra independencia económica y, a corto plazo, el restablecimiento de los "enlaces y obligaciones financieros" a que respetuosamente se refería el doctor Ortiz. El editorial de *La Nación* demuestra tanta urgencia como el vicepresidente "de facto". *La Nación* no quiere que se analicen previa y exhaustivamente las condiciones, que se examinen numéricamente los factores de ventajas y compromisos. *La Nación* quiere hechos urgentes, es decir, contrato de empréstitos, otorgamiento de concesiones. "Las circunstancias exigen hechos, más que palabras. Hay que proceder sin titubeos, en consonancia con las directivas expuestas". ¿Sin titubeos? ¿En operaciones sobre las cuales no se ha informado nada concreto al país y que según el discurso del vicepresidente "de facto" comprenden "miles de millones para financiar las adquisiciones en otros países"? Es increíble la irresponsabilidad que supone la recomendación. Es preferible no comentarla para no caer en el agravio.

### *El crimen del nacionalismo*

Sobrecoge el ánimo el espectáculo de desamparo y orfandad que ofrecen los intereses nacionales que podría explicar, aunque no justificar, los equivocados conceptos del vicepresidente "de facto". Con excepción de la jauría de semanarios políticos —que con los medios más precarios y con un notable instinto de la gravedad de la situación han pospuesto las diferencias de apreciación en temas no urgentes— no se alza ni una sola voz de prevención, de disconformidad, de alarma o de reproche en que esté vigente el interés nacional. El periodismo comercial está efectuando una demostración demasiado evidente, de la que alguna vez se arrepentirá, de su falta de connaturalización con las esencias que atañen a la subsistencia de una nación independiente. *La Nación* y *La Prensa* compiten con los diarios de la cadena oficial en la insistencia y

prolijidad de la campaña que tiende por una parte a socavar los elementos ideológicos de la resistencia nacional y a presentar simultáneamente, por otra, al capital extranjero como una bendición cuyas virtudes estamos rechazando por un recelo de infantil ignorancia de los beneficios que podríamos deducir de su abundante empleo. La temática es insistente y adquiere las más variadas formas y aprovecha las circunstancias más inesperadas: la reunión de una academia o la exposición de un ministro. La insinuación se esconde en la entrelínea de un telegrama o se desarrolla en una colaboración. El espacio que se dedica a los sucesos depende de la relación de acogimiento o de repulsa para el capital extranjero.

Toda desconfianza ante la munificencia sin obligaciones de las ofertas extranjeras. Toda tentativa de encerrar las posibilidades del porvenir dentro de un cerco aritmético de números objetivos. Toda justa prevención extraída de la dolorosa experiencia que la Argentina ha corrido en más de un siglo bajo el sojuzgamiento del capital extranjero, son actitudes que se descalifican como expresiones de un extemporáneo nacionalismo al que se le adosan los más variados epítetos: exagerado, totalitario, exótico, extemporáneo... Una revista supuestamente técnica ha llegado a calificarlo de "criminal". Bajo la firma de su director Juan E. Alemann, *Argentina Financiera* del 6 de setiembre, dice: "La gestión del gobierno se ve frente a un doble problema: por una parte hay una constante intromisión de altos oficiales de las fuerzas armadas que sirven de instrumento a un nacionalismo criminal y que, sin darse cuenta, impiden la solución de problemas que en el fondo son muy sencillos... La actitud hostil al capital extranjero, inspirada por una mal entendida soberanía, y fortalecida precisamente por esos círculos de las fuerzas armadas, impide que se materialicen las únicas soluciones posibles de nuestros problemas económicos". Para honra nuestra, el señor Alemann encuentra que nuestros políticos son aún más inflexibles en esa materia. Dice al respecto: "Es quizás más difícil hacer entrar en razón a muchos de nuestros políticos que a los miembros de las fuerzas armadas". Omitiremos el análi-

sis de estas expresiones que quizás nos condujera a la conclusión, no demasiado alejada de la realidad, de que los únicos que estiman posible solucionar nuestros problemas con la ayuda del capital extranjero son los que ya están, directa o indirectamente, subordinados a él. Las expresiones del señor Alemann no interesan sino en cuanto sirven para subrayar el tipo de razonamiento que califica de nacionalismo a todo cuanto se opone a aceptar que el capital extranjero ofrece la única oportunidad para salvar los inconvenientes que a nuestra economía le han creado la culpable incapacidad de los ministros que la han orientado en estos últimos dos años.

La voluntad de resistencia del país se manifiesta en todas las actividades que tienen una oportunidad de influir en la conducción de los negocios públicos: las fuerzas armadas, la administración nacional. Los políticos son y deben ser, cuando cumplen idóneamente su función, los intérpretes de los sentimientos nacionales. Se califica de demagogos a los políticos que se han consustanciado con la oposición del pueblo. Se los acusa de ofrecer resistencia a las tentaciones del capital extranjero acuciados por el cálculo electoralista de ganar voluntades. Esa acusación es la mejor prueba de que el pueblo está en contra de estas maniobras que indefectiblemente conducirán al encadenamiento de la Nación. Esa acusación es la mejor prueba de que esos políticos están cumpliendo con su deber al servir de vehículos al sentimiento del pueblo, única fuente legítima de todo poder. Y ¿quién es en resumidas cuentas el demagogo? ¿Los que hablan al pueblo de las dificultades y de la necesidad de reprimir enérgicamente las importaciones de lujo en que se están derrochando los fondos que la Nación debía emplear en adquirir los bienes que necesita sin endeudarse al extranjero? ¿Los que hablan el lenguaje extranjero? ¿Los que hablan el lenguaje morigerado de la economía sin disimular las dificultades transitorias que se atraviesan? ¿O los que, como el señor vicepresidente "de facto", se refieren al capital extranjero como si fuese la dádiva generosa y altruista que nos ofrece, sin compromiso y sin peligro, alguna prodigiosa sociedad de beneficencia internacional dis-

puesta a proveernos de todos "los bienes de capital que han de montarse en las grandes centrales, en las explotaciones de nuestras fuentes de hidrocarburos, carbón y minerales, usinas siderúrgicas, reequipamiento industrial y redes viales"? ¿Son demagogos los que dicen que todos esos bienes han de adquirirse con el fruto de nuestro trabajo, hábilmente comercializado y tesoneramente atesorado? ¿O los que afirman que todo ese prodigio puede adquirirse con el simple trabajo de acordar una concesión o suscribir un empréstito? No nos engañemos. Los demagogos —y de una categoría bastante inferior— son los que están tratando de inducir en error al pueblo con la enumeración de beneficios que la experiencia histórica nacional demuestra que son falsos o excesivamente caros.

### *Espejismo y perdición*

Las tentadoras perspectivas que el vicepresidente "de facto" despliega ante el lector, en que las areniscas petrolíferas se entremezclan con los millones de toneladas de hierro de nuestras propias minas, las explotaciones ultramarinas con la mecanización del agro, es de una fantasmagoría tan alucinante que supongo que muchos se habrán rendido a su seducción. Yo sé que es un espejismo que conduce a la perdición. Los argumentos del señor vicepresidente se parecen demasiado a las tentaciones que antecedieron a la firma del primer empréstito argentino. Se dijo que con él se conseguiría oro amonedado para facilitar las operaciones del Banco y multiplicar los créditos. Se dijo que con sus fondos se iba a dotar de agua corriente a la ciudad de Buenos Aires. Se construiría un puerto de aguas profundas y se erigirían fortines que protegieran los campos de las avanzadas aborígenes. Nadie podía afirmar por anticipado que todas esas promesas eran simples falacias. Pero hoy lo podemos comprobar. El 43 por ciento del empréstito fue retenido para cubrir las futuras amortizaciones e intereses y el quebranto de emisión. El oro enviado no alcanzó a superar el 4 por ciento del monto del empréstito. Lo demás

fue enviado en letras, es decir, en documentos que los comerciantes ingleses locales pagaban con los billetes inconvertibles que les daba el Banco. El puerto, las aguas corrientes, los forjines y el oro fueron fantasmagorías que se desvanecieron. La única realidad fue el compromiso contraído que se terminó de pagar en 1902, después de haber servido de pretexto para toda clase de abusos. Las posteriores obligaciones y concesiones contraídas y acordadas al capital extranjero no fueron más beneficiosas ni más indispensables. Lo que se asignó al capital extranjero pudo y debió ser construido con los capitales locales. El capital extranjero realmente invertido fue prácticamente nulo. La inmensa mole que nos abrumaba fue el resultado de la contabilización a favor del extranjero del producto de la riqueza y del trabajo argentinos. Y ésa es una técnica que no debe intentarse repetir. Podría inaugurar una era tan dolorosa y sangrienta, de inacabables revoluciones, como la que atravesó México hasta que el general Lázaro Cárdenas, en 1936, nacionalizó el petróleo, los ferrocarriles, las tierras, las aguas y los minerales. Desde entonces los mexicanos han vivido en paz. ¿Caeremos nosotros en el abismo del que se salva México?

### *¿Hacia otra brutal desvalorización del peso?*

De acuerdo con todos los indicios, el peso argentino sufrirá una nueva y brutal desvalorización. El dólar —moneda tipo— que en el mercado oficial se cotiza a 18 pesos, se elevará a 36 pesos, aproximadamente, en el mismo mercado. Si yo fuera negociante o especulador y tuviera fondos disponibles, compraría dólares y no escribiría este artículo que con la denuncia de la operación se propone impedir, retardarla u obstaculizarla, por considerar que ella va a gravar todavía más la difícil y caótica situación argentina. Porque el objetivo final es disimular el quebranto de los precios internacionales a que se someterían los productos de nuestra exportación. Estoy desempeñando el papel de un augur que desea a toda costa equivo-

carse. Pongo lo mejor de mi experiencia y de mis conocimientos, no en el deseo de acertar, sino con el profundo anhelo de ser desmentido por los hechos al impedir que suceda aquello mismo que estoy vaticinando. Expondré sumariamente y con la mayor claridad posible los antecedentes en que se funda mi temor.

Nada dentro del perímetro de los intereses nacionales puede justificar una nueva desvalorización, pero tampoco existía justificación en el orden interno para la monstruosa desvalorización autocráticamente dictada por el doctor Raúl Prebisch y aceptada por el gobierno revolucionario. Y, sin embargo, en noviembre de 1955 el peso argentino fue desvalorizado en más del 50 por ciento de su valor y el dólar oficial se llevó de 7,50 a 18 pesos. La razón verdaderamente motriz de esa determinación no estaba dentro de nuestra casa: era la urgente necesidad de Gran Bretaña de nivelar su balance de pagos sin disminuir los consumos internos, antes bien, aumentándolos a nuestra costa. Esa es, por otra parte, la constante tónica de nuestra lamentable historia económica, en que los motivos no nacen de las necesidades argentinas. Por eso vuelven a ser actuales unas apreciaciones que expresé hace veinte años exactamente en una conferencia pronunciada en los sótanos de la vieja FORJA. Decía en setiembre de 1938 y lo repito con la misma vigente actualidad: "Si nosotros limitamos la visión a nuestros estrictos límites geográficos y al segmento de tiempo de que somos contemporáneos, no entenderemos nuestros propios problemas. La incompreensión puede acarrear gravísimas consecuencias y hasta llegar a frustrar la misión a que, evidentemente, está llamada nuestra generación: la de reconquistar una patria que hemos perdido. Es imprescindible, pues, que determinemos con acuidad despiadada la índole de los problemas que los hombres resolutivos deberán afrontar, el carácter de las dificultades que deberán salvarse y los procedimientos de que se valdrán los intereses que hoy medran al amparo de la ignorancia y de la prevaricación con mando. Desalojemos de nuestra inteligencia la idea de la facilidad. No es tarea fácil la que hemos acometido. Pero no es tarea ingrata. Luchar



por un alto fin es el goce mayor que se ofrece a la perspectiva del hombre. Luchar es, en cierta manera, sinónimo de vivir. Se lucha con la gleba para extraer un puñado de trigo. Se lucha con el mar para transportar de un extremo a otro del planeta mercaderías y ansiedades. Se lucha con la pluma. Se lucha con la espada. El que no lucha, se estanca, como el agua. El que se estanca se pudre. (Hasta hoy la riqueza natural de América sólo ha servido para la destrucción americana.) Porque eran opulentos, cayeron los imperios azteca e incásico, cuyo tipo cultural quizá era superior al de sus conquistadores. Porque poblaban llanuras feraces fueron exterminados sin piedad los pacíficos aborígenes que poblaban nuestras pampas y después los gauchos que exterminaron a los aborígenes. Hasta 1916 nosotros fuimos una pacífica factoría abastecedora de carnes, de cuero, de lanas, de trigo, de maíz, de lino y de extracto de quebracho. Y fuimos pacífica factoría, no porque nuestra entraña fuese de despreciable sustancia, sino porque Inglaterra empleaba contra nosotros el sistema de dominación capitalista invisible que es de difícil percepción y aún más difícil denuncia. Los pueblos no se explicarán nunca la razón por la cual sus gobernantes actúan tan contrariamente a los intereses nacionales. Inglaterra trabaja en la sombra. Anuda voluntades o las anula. Los hombres probos y los patriotas desaparecen de los escenarios públicos misteriosamente. Los venales y los dóciles los sustituyen. Los genuinos intérpretes populares son aniquilados sin piedad y su memoria es escarnejada en los textos escolares que forman la conciencia histórica de las nuevas generaciones. Así Inglaterra avanza sobre un país entorpecido por un sahemorio de doctrinas y teorías, avanza sobre un país maniatado por la sucesiva destrucción de los hombres de impulso, de empresa, de capacidad y de inteligencia, que no estaban al servicio de las conveniencias británicas". Y ése es deber primordial de los hombres de mi generación: iluminar los problemas para que sean perceptibles los verdaderos factores en juego.

### *El nivel de vida inglés*

Durante 35 años, hasta 1929, el peso argentino mantiene una relación constante con el oro, base de las monedas fuertes. Al final de ese año se cierra la Caja de Conversión para evitar la fuga del metálico. La libra esterlina oro comienza a elevar su cotización. Cuando llega a valer 12.50 cae el presidente Yrigoyen. Gran Bretaña atraviesa una situación difícil. Alemania se niega a cumplir con sus obligaciones de guerra. Estados Unidos, cuyo crack bolsístico conmueve al mundo, insiste en percibir los intereses y las amortizaciones de las sumas siderales que Gran Bretaña le adeuda. Las rentas británicas de sus propiedades ubicadas en el exterior descienden. (Los balances de pago de Gran Bretaña comienzan a dar saldos negativos.) Gran Bretaña se ve conminada a aumentar sus exportaciones reales, para lo cual debe depreciar su propia moneda. Pero la depreciación de la libra esterlina traerá como consecuencia el encarecimiento de los productos alimenticios que importa de ultramar, y por lo tanto, un serio descenso del nivel de vida de las grandes masas trabajadoras británicas. Y eso es justamente la política que los dirigentes británicos quieren evitar a toda costa. Un reconocido anglófilo como André Siegfried, describe esa incertidumbre en los siguientes términos: "El hecho de atravesar una grave situación no conmueve al espíritu inglés. Un francés no considera deshonorable el restringir su nivel de vida, pero el anglosajón sufre una profunda humillación. Inglaterra quiere vivir hoy con la misma opulencia que en 1914, a despecho de la guerra y a despecho de la crisis. Los dadores de trabajo gritan: 'Imposible, los salarios nos arruinan'. Los operarios responden: 'Racionalizad vuestras industrias. Modernizadlas o reducid vuestras ganancias'. En suma cada uno procura descargar sobre el otro el peso de la restricción. Pero en este litigio, la opinión pública apoya al obrero. Ningún político, ni aun del partido conservador, osaría atacar de frente tal opinión, difusa, pero irresistible. El ritornello del *standard of living*, el nivel de vida, se encuentra infaltablemente tanto

en los discursos de los conservadores como de los laboristas. Está de por medio, dicen, la dignidad de Inglaterra. Por medio de los diarios, por medio de los discursos políticos, Inglaterra no cesa de manifestar su orgullo por su propio nivel de vida medio, confrontando el tenor de vida de sus obreros con la mediocridad, con la pobreza, más bien, de la vida continental europea. Los salarios de la Europa continental, dicen, son salarios de hambre y la suya es una competencia ilícita a la que no sería digno adaptarse. El operario inglés come mejor, se aloja mejor, se divierte más y tiene más tiempo para dedicarlo a los deportes que sus cofrades de Europa continental. Esa holgura evidentemente cuesta un poco cara, pero no es cuestión de cambiar de hábito. Eso es una cuestión de dignidad (too proud to fight)". (André Siegfred, *La crisis de Inglaterra*, 1931) Los dirigentes británicos, para que el nivel de vida de sus trabajadores no sufra, antes de desvalorizar su moneda harán desvalorizar las monedas de los países satélites y utilizarán sus productos envilecidos para presionar a la baja el llamado mercado internacional. Nuestros precios hacen crepitar la compensación que los países capitalistas necesitan mantener a toda costa para impedir que el acreedor se devore al deudor. Aranceles nunca vistos se alzan para detener la invasión de los productos argentinos. Alemania vota de inmediato un arancel aduanero defensivo de 250 marcos por tonelada de trigo argentino, Estados Unidos, uno de 42 centavos de dólar por bushel. Francia, uno de 80 francos por quintal. Checoslovaquia fija 550 coronas por tonelada. Portugal prohíbe expresamente la importación. Y hasta Inglaterra nos somete a un arancel diferencial a favor de sus dominios y colonias, que están libres de él. Para disminuir la crisis agropecuaria que se desencadena en la Argentina donde el simple transporte ferroviario llega a insumir el 60 por ciento del miserable precio pagado al cereal en dársena, Gran Bretaña hace desvalorizar el peso argentino en un poco más del 20 por ciento (21,7 por ciento) y en un 40 por ciento poco tiempo después. Esa desvalorización oculta el tremendo quebranto sufrido por las exportaciones argentinas. El precio del trigo

argentino que valía en Londres 42 chelines por quarter en 1929, desciende a 21 chelines en 1933. El maíz, que costaba 36 chelines en 1929, cae a 16 chelines en 1933. La carne argentina, de 72 chelines el centweight en 1929, baja a 56 chelines en 1933. (Datos del Anuario Agropecuario). En esos años la Argentina está abrumada por grandes compromisos financieros contraídos con el extranjero. Su única moneda de pago de valor internacional es su exportación. Para cubrir sus compromisos debe entregar cantidades crecientes de sus productos. En 1928 la deuda pública requería un servicio anual de 205 millones. Se cubría con la tercera parte del valor del trigo exportado, que ese año alcanzó a 631 millones. En 1933 el servicio de la deuda pública sube a 386 millones porque se ha incrementado por las primas de conversión, que cubren el vacío de la desvalorización. La exportación de trigo de ese año ya no alcanzó para cubrir el servicio de la deuda porque sólo se cotizó a 226 millones. Debimos agregar toda la lana exportada, 75 millones, los cueros y las frutas frescas... Ese paso de tragicomedia se llevó a cabo bajo la atrayente denominación de "revaluación del oro" y fueron sus autores mancomunados los doctores Federico Pinedo y Raúl Prebisch.

### *El "corrimiento de los cambios"*

En noviembre de 1955 Gran Bretaña volvió a repetir la jugarreta. El peso argentino sufrió una desvalorización de más del 50 por ciento. El dólar de importación que valía 7,50 subió a 18 pesos. El pretexto público que ofreció el taumaturgo para justificar fonéticamente con el ruido de algunas palabras tan nociva e injustificable operación, fue la conveniencia de establecer un tipo de cambio único —que rápidamente se multiplicó hasta sumar más de 50 tipos comerciales— y atenuar una crisis que sólo existía en la desenfadada envoltura de su impunidad. La maniobra se ofreció con el pomposo título de "corrimiento de los cambios", pero lo mismo pudo haberse llamado "aritmetización de la imbecilidad colonial". Ya he ana-

lizado las desastrosas consecuencias del manipuleo cambiario en que el envilecimiento del precio de nuestros productos de exportación se utilizó como palanca para derrumbar los valores del mercado internacional y forzarlo a la baja. La presión fue tan fuerte que ni siquiera Estados Unidos pudo mantener el precio teórico de sus cereales. El gobierno norteamericano, que garantiza al chacarero un precio mínimo de 7.34 dólares por quintal en 1956 y 1957 disminuyó la garantía a 6,53 dólares para el año 1958. Los precios internos se elevaron en la Argentina porque la unidad de medida se había achicado. En vez de partir el dólar en siete partes y medio, se partía en dieciocho. Pero los artículos y materiales que el país necesita irremplazablemente importar del exterior deben ser abonados con doble cantidad de productos agropecuarios. Una tonelada de petróleo que pagábamos con el importe de 66 kilos de carne de novillo —precio en pie en estancias— demanda después de la desvalorización 125 kilos, casi el doble exactamente. Tal es la causa primigenia y primordial de la impotencia en que se debate la economía argentina y la causa esencial de que no halle respuesta la angustiada pregunta que, como nuevo Ashaverus, incansablemente repite el ingeniero aeronáutico don Alvaro Alsogaray: “¿De dónde vamos a sacar los dólares?”, una pregunta que sólo puede ser contestada con otra interrogación: “¿Y de dónde quiere que los saquemos si no es de la venta hábil y honrada de nuestra producción agropecuaria que, con excepción del trigo, está constituida por mercaderías que no tienen competencia, como la carne, los cueros, el maíz, el lino, el tanino y demás?”

#### Comentarios y rumores

De nuevo Gran Bretaña atraviesa hoy una situación difícil. A duras penas el gabinete de MacMillan consigue equilibrar la balanza de pagos. Recurre para eso a medidas impopulares. Para disminuir las importaciones suntuosas restringe la venta a plazos y eleva dos puntos el interés del descuento. Sin em-

bargo, la amenaza de la desvalorización de la libra no se disipa. Pero la libra no puede desvalorizarse sin disminuir los consumos esenciales de los que en primer lugar forma parte la carne enfriada que se importa de la Argentina. Si se desvalorizara nuevamente la moneda argentina, Gran Bretaña podría mantener constante el aflujo de vituallas esenciales y eliminar el déficit que tiene en sus relaciones comerciales con nosotros. Como tendría que contabilizar menos libras a nuestro favor, el balance de pagos británico recibiría un fuerte impulso nivelador. Los rumores comienzan a circular. Se habla de unificar los tipos de cambio: el cambio oficial en que el dólar se cotiza a 18 pesos, y el cambio libre, en que vale alrededor de 45 pesos. “Hay voces que se suman a las de los productores agropecuarios que siguen quejándose de que no reciben más que 18 pesos en pago de los cereales y carnes que producen y se exportan, mientras que tienen que pagar cuando menos 45 pesos por dólar para adquirir las mercaderías y maquinarias que necesitan importar”, dice *La Nación* del 22-IX-57, en su sección *Al margen de la semana*, y el mismo día 20-IX-57, *La Nación* y *La Prensa* publican un largo comentario de *Financial Times*, transmitido por Associated y United Press simultáneamente, en que se aconseja unificar los tipos de cambio con el resobado argumento de que ese sistema se “heredó del régimen depuesto”, afirmación falsa, porque el sistema procede, sin modificación esencial, de la maniobra cumplida por Pinedo y Prebisch el 29 de noviembre de 1933. Aduce el *Financial Times* que la unificación aseguraría un equilibrio de las entradas y salidas de moneda extranjera, equilibrio que no depende del tipo de la moneda sino de la responsable conducción del comercio exterior. ¿Qué equilibrio se va a establecer si se ha seguido permitiendo el derroche de divisas —que no tenemos— en la adquisición de artículos suntuarios, como los automóviles, por ejemplo? No voy a descender a rebatir los ñoños argumentos de *Financial Times* porque se ve que el comentarista se ha reducido a hilvanar cuatro frases escritas de mala gana. Dice el *Financial Times* que el punto de equilibrio podría fijarse alrededor de cien pesos la libra esterlina,

o sea unos 36 pesos el dólar, que equivaldría a una nueva desvalorización de nuestra moneda en un 50 por ciento. Nuestro pobre peso argentino terminaría valiendo apenas el 21 por ciento del valor de compra internacional que tenía en setiembre de 1955. Es un resultado extraordinario para ser obra de un gobierno provisional. De seguir por este camino, el peso argentino pronto alcanzará a valer menos que el papel con que se imprime. Pero nos cabrá la gloria, silenciosa y modesta, de haber contribuido poderosamente a nivelar la balanza de pagos de Gran Bretaña. ¿O es que todavía no hemos terminado de pagar las espoletas con que las malas lenguas siguen afirmando que Gran Bretaña nos ayudó a liberarnos del sangriento tirano depuesto? ¡La gran flauta! ¡Ni que fueran de oro!

*En un país empobrecido, los grandes diarios son órganos de dominio colonialista*

El periodismo es quizás la más eficaz de las armas modernas que las naciones eventualmente poderosas han utilizado para dominar pacíficamente a los países más débiles. Es un arma insidiosa que penetra hasta la intimidad del cuerpo nacional y sofoca casi en germen los balbuceos de todo conato de oposición. Su acción es casi indenunciable porque fundamentalmente opera, no a través de sus opiniones, sino mediante el diestro empleo de la información que por su misma índole no puede proporcionar una visión integral y sólo transfiere aquella parte de la realidad que conviene a los intereses que representa. En su extraordinariamente documentado libro *América conquers Britain (América conquista Inglaterra)*, Ludwell Denny nos relata la lucha silenciosa, públicamente disimulada, invisible para los pueblos, pero no por eso menos encarnizada y decidida, en que se trezaron EE.UU. y Gran Bretaña durante el decenio 1920-1930, para conquistar mercados, el uno; para evitar ser desplazada, la otra. Uno de los capítulos del libro está dedicado a detallar aspectos desconocidos y a veces de carácter reservado de los procedimientos puestos en juego

para lograr el predominio de la información periodística en China. La técnica utilizada no se caracteriza por su corrección y quizás tampoco por su moralidad, pero no eran esos valores el objetivo por los cuales pugnaban ni los británicos ni los norteamericanos. La documentación de Ludwell Denny es aparentemente imparcial y muy completa, pues tenía todos los documentos a mano, en su carácter de jefe de prensa del Departamento de Estado. El pueblo chino no tuvo nunca conocimiento de esa lucha que se desarrollaba para decidir quién iba a ser el informante. Las acciones rivales aparecen como actos individuales, independientes los unos de los otros. La voluntad y la inteligencia central que los dirigen en ambos bandos permanecen absoluta y totalmente ignorados por el pueblo chino. Los grandes diarios cambian de propietario, sin que la operación trascienda al público. Se establecen agencias informativas que compiten y desalojan con la modicidad y amplitud de sus servicios a las agencias locales y a las establecidas con anterioridad. Los directores y redactores de los periódicos influyentes y a veces de segundo orden son sobornados con tan hábil y distinguida urbanidad que el soborno aparece como un mezquino honorario de actividades profesionales. Hasta las transmisiones cablegráficas son monopolizadas. Cuando eso ocurre, el rival instala poderosas estaciones radiotelegráficas desde las cuales propala noticias que pueden ser reproducidas gratuitamente. A primera vista, sorprende la tenacidad y la amplitud de los medios puestos en juego para obtener el predominio en la información periodística china. Pero a poco de pensarlo se comprende que esa información es el único lazo que une el cuerpo nacional chino con el resto del mundo: es el equivalente nacional de sus ojos, de sus oídos, de su tacto. El pueblo chino se enterará de los hechos mundiales que a las agencias les interese difundir. Esos conocimientos serán sus puntos de referencia para medirse a sí mismo, para fundamentar sus pretensiones o para consolarse de sus desventuras. Si el pueblo chino cree que el resto del mundo come tan poco como él, nadie se quejará. Si cree que el resto del mundo paga por el petróleo el mismo precio que

él paga, no protestará. Si cree que por su arroz no se obtiene más precio que el que él logra, no discutirá. Si cree que para progresar necesita recurrir al capital extranjero, nadie podrá válidamente oponerse a que recurra. En una palabra, desposeído de sus medios colectivos de información, el pueblo chino queda a merced de sus informantes extranjeros que poco a poco, insensiblemente, influirán hasta en sus sentimientos nacionales, en la jerarquía de sus apreciaciones y en la calidad e intensidad de sus gustos y apetencias.

### *El arma más temible*

Hace algunos años, el escritor británico Aldous Huxley afirmó con acierto que el arma más temible de los dictadores modernos es la prensa cotidiana. Desde el punto de vista de la política interna de una nación, la afirmación encierra una verdad que no sólo es indudable, sino claramente perceptible, porque el dictador —por lo menos, visiblemente— es una persona carnal, única y perfectamente identificable. Sin ninguna dificultad es fácil comprender hasta qué punto el manejo de la información interna de una nación facilita la eliminación incruenta de los adversarios, resquebraja las bases de toda resistencia, atempera las oposiciones y hasta puede justificar las acciones más descabelladas con el antecedente de hechos en apariencia incontrovertibles. Pero nuestra credulidad se resiste a creer que lo mismo puede ocurrir en las relaciones de una nación débil y de una nación poderosa, dispuesta a apoderarse o absorber sus riquezas. Y es natural que permanezcamos incrédulos, porque ése es justamente uno de los estados de ánimo que caracterizan a los países cuya economía no está al servicio de su propia fortaleza, sino al servicio colonial de los extranjeros que los explotan. Según la detallada documentación de Ludwell Denny, en China no actuaban anárquica y aisladamente los variados intereses norteamericanos y británicos: eran sólo dos haces de intereses cohesionados y dirigidos por sus correspondientes diplomacias, amparados y protegidos

por sus correspondientes escuadras. Y a poco que se piense aparece lógico que así ocurra, porque aun dentro de cada país, a medida que se asciende en la escala de valores, la multivariada de actividades económicas se van refundiendo en líneas de fuerzas financieras que al final son manejadas por pocas voluntades que obran en estrecha cercanía con los responsables visibles de la conducción política.

### *Una lección de la historia*

La propaganda de origen comunista o simplemente izquierdista ha ilustrado con amplitud sobre la unidad de acción con que actúan las potencias financieras dentro de la mecánica democrática norteamericana. Menos conocida, por no decir absolutamente desconocida, es la jerarquización piramidal de las fuerzas que se originan en Gran Bretaña. Con referencia al decenio 1920-1930, Gordon Scheffer, en *Riches and Poverty (Riqueza y pobreza)* proporciona abundante información sobre la concentración de poderes. Escribe: "El Banco de Inglaterra tiene derecho a imprimir papel moneda y a regular los fondos de los bancos comerciales y es un ministerio de asuntos exteriores en miniatura... A través de su bien organizado mecanismo en la City, las "trescientas familias" conducen sus negocios, mantienen el control de los bancos privados, de las compañías de descuento, de los trusts de finanzas e inversiones, de las compañías de seguros, de las sociedades de petróleo, de las empresas de transporte y electricidad, de las minas y de gran cantidad de establecimientos industriales... No sienten ninguna responsabilidad hacia el bien común. Su único afán y deber es la obtención de dividendos y por esos dividendos los hombres sufren en los puntos más alejados de la tierra... Vienen luego, dependientes de la City, los "Big Five" (Westminster, Lloyd, National, Barclays, Midlands). Los 133 directores de los "Big Five" controlan 1172 posiciones de directores...". La enorme posibilidad de acción, resumida en la voluntad de un tan reducido número de personas, cohesio-

nada por la tradicional habilidad del Foreign Office y del Almirantazgo, que es copropietario de la Royal Dutch, constituía un arma ofensiva y defensiva de capacidad análoga a la puesta en juego por los norteamericanos. Sin que el pueblo chino se enterara, las dos potencias dominantes de la época disputaban el privilegio de manejar las fuentes del conocimiento de sus quinientos millones de habitantes. El resultado aparentemente paradójico del conflicto de los dos capitalismo, ha sido el triunfo del anticapitalismo integral de Mao Tse Tung. La inercia de los egoísmos ha sido la causa de su perdición común. La historia tiene un modo cruel de burlarse finalmente de los que se olvidan de los inmanentes derechos a la vida de los pueblos. Y sin embargo el peligro ya había sido previsto por los que saben alzar sus puntos de vista. Por esos años justamente, el Sumo Pontífice advirtió que los capitalistas estaban desbordando los límites permisibles. Fue Pío XI quien expresó: "El sistema capitalista, aunque no sea intrínsecamente malo, se halla viciado... Lo que golpea y molesta los ojos es la acumulación de un poder enorme en manos de unos cuantos hombres que no son siquiera los propietarios de esa riqueza, sino simples administradores, depositarios o gerentes de un capital que controlan a su antojo, sobre todo por parte de los que regulan el crédito de tal modo que sin su consentimiento nadie puede ni siquiera respirar". Citado por León Belillos: *Les financiers devant les juges (Los financistas ante los jueces)*.

### *La misma lucha, aquí*

La misma lucha por los medios de información que se desarrolló en China —como paso previo para la absorción del comercio y del crédito— ocurrió durante ese decenio, 1920-1930, entre nosotros. De un lado estaban la Standard Oil, la General Motors y la Ford Company. Del otro, los ferrocarriles, los frigoríficos, Bunge y Born, la Cade, y los intereses mercantiles de nuestra oligarquía ganadera. De esa época

datan las ediciones de 70 páginas con que *La Nación* y *La Prensa* se equiparaban vanidosamente a los diarios de las naciones más poderosas de la tierra. La opulencia de esos dos rotativos contrastaba con la pobreza colonial del país, con el bajísimo nivel de vida de la abrumadora mayoría de la clase trabajadora. Contrastaba con el atraso rudimentario de los medios de transporte y con el laboreo primitivo de los campos. En ese decenio la Argentina era un país sin industrias, con un medio intelectual enrarecido, sin empresas editoriales, sin objetivos nacionales, reducido en el conjunto de su vida colectiva a servir de proveedor de alimentos a Gran Bretaña. La vida del ciudadano era casi una vida larval, sin horizontes para el esfuerzo... *La Nación* y *La Prensa* cotejaban con orgullo sus ediciones con las de periódicos ingleses y norteamericanos. Desdeñaban por pobres a los franceses, los italianos y los españoles, vulgares pasquines, a juzgar por el número de sus páginas y la calidad de su impresión... Ante el contraste que ofrecía la pobreza de la vida argentina y la opulencia de sus dos rotativos principales, acudía a la memoria el recuerdo de aquella anécdota que relata Darwin en sus viajes. El jefe de una tribu patagónica excepcionalmente pobre fue a visitar al naturalista, vestido con un hermoso frac, y sin camisa. Por el extremo de los pantalones asomaban sus pies desnudos. Quizás el aborigen creyó que iba a deslumbrar al extranjero. Según cuenta, Darwin le preguntó, sencillamente:

—¿A quién se lo robaste?

### *Gigantes con pies de barro*

Nadie puede ser realmente rico y fuerte en un país económicamente subordinado y esquilado hasta un límite de pobreza apenas compatible con la subsistencia de la vida. Nadie puede ser superior a su ambiente sin correr el riesgo de ser considerado como una degeneración peligrosa para el organismo social de que forma parte. Aquellos rotativos eran

gigantes con pies de barro. Tal cual ocurría con los periódicos chinos, el precio de su opulencia era el olvido de los intereses nacionales que estaban obligados a recoger. Por eso eran altaneros y casi despreciativos para referirse a los hombres e impulsos del país e impotentes, en cambio, para resistir la presión de los intereses extranjeros, que si bien luchan entre ellos, se coaligan y conciertan cuando son amenazados por el surgimiento de las energías nacionales, como lo demostraron en la campaña que de consuno llevaron contra la obra del presidente Yrigoyen; contra las leyes de protección al trabajo, contra las leyes de jubilación, contra la nacionalización efectiva de los ferrocarriles del Estado, contra la revisión de las concesiones de tierras, contra la proyectada nacionalización del petróleo. Para justificar, siquiera verbalmente, esa campaña contraria a las conveniencias nacionales, se les revistió con apariencias de disconformidad política. Se aparentó defender las formas democráticas. Se zahirió a Yrigoyen acusándolo de dictador con todas las variedades del ingenuo deslenguado, tal como hacían los diarios chinos, según nos lo cuenta Ludwell Denny.

Han pasado muchos años. La humanidad ha sufrido experiencias que no se borrarán de su memoria. Varias naciones han desaparecido. Otras nuevas surgieron. Pero la vida social de la República Argentina continúa totalitariamente dominada por *La Nación* y *La Prensa*. Digo totalitariamente, porque, en verdad, ése es el adjetivo cabal que les corresponde. Todos los poderes republicanos están sometidos a diversos tipos de fiscalización y contralor, con excepción de la prensa. Y toda su fuerza está hoy dirigida a dismantelar lo que el país emprendió y logró en el transcurso de los últimos quince años. Sus consejos y recomendaciones editoriales tienden a entregar de nuevo a los extranjeros los controles de la economía argentina: el Banco Central, los depósitos de los bancos privados, la comercialización por sociedades privadas de nuestra exportación agropecuaria... Y aunque no se atreven a decirlo francamente, su campaña está dirigida a desprestigiar al Estado en el manejo de los transportes para facilitar la ulterior

transferencia y a cegar a la industria las fuentes del crédito, que no otra cosa significa entregar la totalidad del crédito para que "vuelva a ser materia de la actividad privada, libre de ingerencias y reglamentaciones estatales", según lo recomienda *La Prensa* del 16-IX-57. Para *La Nación* y *La Prensa* todo lo que incomoda a los planes extranjeros, todo el desarrollo alcanzado por el país, parece ser una "herencia del gobierno depuesto". Y ése es un juicio diametralmente equivocado. El gobierno depuesto no hizo más que abrir algunas válvulas: por ellas desbordaron parte de las energías del país. Será extremadamente difícil y quizá peligroso insistir en su endicamiento artificial. Sería conveniente que *La Nación* y *La Prensa* meditasen un poco sobre los acontecimientos chinos. Hay un trasfondo de energía latente en la vida argentina que nada podrá retener. Nadie tendrá fuerzas suficientes para obligar a que el país regrese a una etapa superada. Mi opinión puede quizá ser recusada como parcial, y por eso voy a citar la opinión clarividente de un observador especializado en el estudio de los factores que obran en la dinámica de la vida argentina.

En su libro *La economía argentina*, Alejandro E. Bunge anuncia con casi veinte años de anticipación el desarrollo de los acontecimientos a que estamos asistiendo. Dice: "Nuestra política económica fue definida hace cincuenta años por los importadores y los estancieros... debemos convencernos de que ésta es la última generación de importadores y estancieros. En la próxima generación, la de nuestros hijos, el predominio será de los granjeros y de los industriales: de los hombres de la gran industria, de la industria media, de los artesanos y de los obreros manuales. Las granjas señoriales, las granjas burguesas o medianas van a multiplicarse como los pequeños talleres de artesanos... el nivel general de vida y la capacidad de producción se levanta rápidamente en la Argentina y no se puede manejar ya al pueblo vendiéndole cuentas de vidrios de colores por valor de varios cientos de millones de pesos por año... Nuestros habitantes no quieren ya recibir innecesarias fruslerías en cambio de carne, de cueros y

de lanas. Quieren producir inteligentemente lo que necesitan. Quieren explotar con sabiduría y coraje las inmensas riquezas de cada una de las regiones de esta heredad argentina. No quieren que su país siga siendo un jornalero al servicio de otras naciones. El pueblo de esta república ha aprendido y trabajado lo bastante para establecerse por cuenta propia en su heredad nacional... Abrigo la convicción de que pronto, por imposición nacional de este pueblo que va comprendiendo la importancia de sus destinos, hemos de ver en plena acción a la política económica que el país necesita... La evolución económica nos conduce a un período de progreso, quizás el más brillante de nuestra historia. Un sano nacionalismo, discreto y sereno, claramente concebido y practicado con energía y perseverancia, habrá de tutelar el desarrollo de ese progreso."

No podrían formularse conceptos más claros que los expuestos por Bunge para alertar a los que hoy aparecen como enceguecidos por un odio faccioso, que casualmente coincide con las conveniencias extranjeras. La experiencia china es digna de ser tomada en consideración. No hay que olvidar que los pueblos aguantan mucho, pero al final reaccionan exactamente como las pelotas. Cuanto más se las comprime, más lejos saltan antes de recobrar su equilibrio. Y parece más conveniente aprender en las cabezas o en las pelotas chinas que en las propias.

*Mientras los rusos construyen un gran país,  
nosotros seguimos atrapados en las mallas del  
colonialismo*

El 11 de abril de 1939 (poco antes de comenzar la segunda guerra mundial), el diario *La Nación* transcribía una opinión de *The Statist*, que decía: *Es necesario no perder de vista que la actual economía argentina es la consecuencia de una acción deliberada de la Gran Bretaña. En el siglo pasado, nuestros banqueros y comerciantes llegaron a la conclusión de que los*

*productos alimenticios que antes obteníamos en su mayor parte de los Estados Unidos, resultaban anormalmente caros. Se preocuparon entonces de encontrar un país que pudiese suministrarlos los productos a precios más bajos. En las llanuras del Plata encontraron ese país... Económicamente, la República Argentina es hoy, en gran parte, lo que nosotros hemos querido que ella sea. Que es, exactamente, lo que obstinadamente repito: ésa es la causa primordial de la que se deducen la mayor parte de los males que nos aminoran, porque esa afirmación debe ser desarrollada en el silogismo de sus consecuencias. Si el objetivo fundamental es extraer alimentos y materia prima, es evidente que la inteligencia política británica se dedicará a prevenir lo que directa o indirectamente pueda entorpecerla, e impedirá su desarrollo industrial, la formación de capitales locales y obstaculizará lo que de alguna manera fortifique el cuerpo nacional, cuya consolidación, por simple inercia, equivale a una disminución de la presión colonial. La oposición a nuestro crecimiento, desarrollo y diversificación de actividades no es tampoco una novedad. Hace muchos años, uno de los más sinceros pensadores británicos, en uno de sus libros de mayor difusión, lo ha afirmado con la sencillez con que se expresa un lugar común. En *La grande ilusión*, sir Norman Angell dice: *Hasta 1860 era principio aceptado en la política británica e idea fundamental de los que gobernaban a Inglaterra, impedir el desarrollo de los Estados Unidos. Si Inglaterra tuvo como idea fundamental la de impedir el desarrollo de Estados Unidos, mientras ese país fue su proveedor de alimentos baratos, es indudable que análoga política represiva debió implantar entre nosotros cuando "las llanuras del Plata" sustituyeron a las llanuras del Mississippi y del Missouri. La idea no es original en sí misma, y no podemos reprochar a los ingleses que utilizaran las enseñanzas de la historia. Roma hizo lo mismo con sus colonias y, sobre todo, con España. España imitó la técnica en su relación con las colonias americanas. Inglaterra continuó la política de imposición primitivista de especialización agropecuaria, cuya continuidad y permanencia pacífica re-**



quiere, ante todo, la extirpación en germen de la inteligencia honrada, la formación de una sociedad coronada por los servidores de esa política: abogados, directores de sus empresas, síndicos. Ellos tendrán en sus manos el manejo de la tarea política, las riendas de la burocracia, la enseñanza universitaria y la dirección de los periódicos.

Los hombres y las ideas que no sirvan a las conveniencias del dominador serán silenciados sin llamar la atención. Se crea así un ámbito de ahogo y de incertidumbre donde los juicios no tienen un solo punto de apoyo, y en cuya desesperación se van perdiendo o esterilizando los impulsos mejores de las generaciones sucesivas. El esfuerzo creador no solamente no obtiene el premio lógico y razonable, sino que es duramente castigado cuando no está dirigido a consolidar la hegemonía del dominador. Es en estos países coloniales donde más se habla de libertad y de democracia. Pero no libertades concretas y efectivas de los individuos ni de verdadera democracia en cuanto ella significa respeto al pueblo, reconocimiento de que su voluntad es la única fuente de poder. Se trata de libertad para que el dominador pueda imponer su política represiva y extender su voluntad de extenuación. Libertad para la acción de sus monopolios, libertad para imponer precios de conveniencia, libertad para desbaratar toda tentativa de organización resistente. En una palabra: libertad de acción para el capataz de los esclavos, no para los esclavos... Todos estos países subordinados tienen también ejércitos y escuadras que desfilan gallardamente ciertos días del año. Pero los ejércitos y las escuadras se mantienen aislados del pueblo, para que no llegue hasta ellos la voz de sus disconformidades. Además, en último caso, como son instituciones piramidales, sólidamente jerarquizadas por la disciplina, es suficiente convencer a un pequeño grupo de sus más altos jefes. A veces basta con un general y un almirante.

### Una vía muerta

En ese clima social, la juventud se asfixia. El hombre joven sufre más que el hombre maduro. El hombre maduro soporta las limitaciones económicas de la vida colonial. El joven sufre la invisible compresión de la falta de perspectivas. Hace muchos años intenté describir esa desesperación juvenil que ni siquiera puede identificar la mano que lo sofoca. En *El hombre que está solo y espera*, escribí en 1931: "Envuelto en las volutas de su pensamiento, que se van desenvolviendo en exasperado zarandeo de interrogaciones, el hombre joven se encrespa. Hay algo exterior a él que impera en él, le inhibe y amordaza su sinceridad. Diques invisibles lo contienen. Hay manos inmateriales que le atan y sofocan. Sus sentimientos, presionados, se filtran en hilos semejantes a ideas finísimas que van de uno a otro descontentamiento, diseñando imágenes móviles, indiscernibles todavía. Es una rebeldía incongrua: es el desacuerdo de un hombre impotente para especificar la molestia que le irrita. Es una disconformidad consigo mismo que se traduce en amores y en odios revueltos, que se inervan mutuamente, en una vorágine donde todo se funde y precipita, enloquecido. El hombre mira, palpa, observa. Ve lo dicho y lo hecho. Ve la flagrante contradicción y se detiene bloqueado por tenuidades inconcretas. Todos mienten y él no sabe por qué... ¿Qué maleficios oculta esa inmensidad vacía, esa inhumanidad implacable, ese Estado rígido y enemigo de él, de él, que le sostiene en sus lomos como una caríatide silenciosa? ¿Cómo humanizar esa hercúlea construcción, darle su pulso, su amor, su tono? Hay algo que lo vence en la tiniebla del pleno día y le compele a sumergirse una vez más en sí mismo, a esconderse en su cubil desde donde espía al mundo por una rendija, a cubierto, en su recogimiento estremecido... Ya todo en él es titubeante, dudoso, controvertible. El mundo es una selva de mentiras en que se extravía y avanza al tuntún. Está solo con la pureza de su verdad en su corazón..." La juventud es y debe ser revolucionaria. Debe abrirse paso ante la maraña de prejuicios,

que es el resto de la experiencia y de las conveniencias de las generaciones anteriores. La juventud es el adalid de las generaciones nuevas y debe tajarse y abrirse camino en la maraña de los intereses creados. Con modos más discretos, Bossuet decía lo mismo en el sermón fúnebre de la reina Enriqueta: "Los hijos que vienen empujando a los padres por la espalda."

Desgraciadamente, también para la juventud hay una vía muerta donde van a esterilizarse los más decididos, los más briosos, quizás los que pudieron ser más útiles a sus contemporáneos: es el Partido Comunista Argentino, que en esta actividad es el irremplazable colaborador de la dominación británica. Jamás se ha hablado allí en términos claros, precisos, de la realidad argentina. Su propaganda, sus libros, sus folletos, sus conferencias, todo en él tiende a apartar a los hombres jóvenes de los problemas argentinos. Han escrito contra todos los gobiernos fuertes de la tierra. Han proporcionado datos económicos y financieros sobre los pueblos más alejados de nuestras latitudes, pero es muy poco lo que han escrito sobre la realidad argentina y lo poco, malo y retorcido para disimular el predominio que Gran Bretaña ha ejercido y ejerce en nuestra economía, en nuestra política y en la integridad de nuestra vida social. El *Manual de historia argentina*, escrito por Juan José Real, texto oficializado por el Partido Comunista, es una cúspide de cinismo. De sus retorcidas y falaces exposiciones, la única conclusión que extrae el autor es que la clase obrera argentina debe luchar contra... ¡el rosismo!, con todo lo cual demuestran que ni siquiera en el punto de vista histórico están dispuestos a plantear ningún problema —justo o injusto— que de alguna manera pueda lastimar la estabilidad de la hegemonía británica. Las interpretaciones históricas de Real conciertan perfectamente con la historia de Grosso y de Levene y con las historias económicas de Luis Roque Gondra y de Juan José Guaresti. Unos a la izquierda, otros a la derecha, pueden bailar juntos la ronda de "God save the Queen" (Dios salve a la Reina). No es un producto de una equivocación ocasional la encarnizada arremetida que los comunistas llevaron contra la "bota mili-

tar" en 1943 y años sucesivos, durante los cuales la fracción más noblemente inspirada del ejército trató de aprovechar la debilidad circunstancial de Gran Bretaña para sentar las bases de una verdadera independencia. Tampoco es por casualidad que ahora lamen mansamente esa misma "bota militar" contra la cual tanto despotricaron. ¿Será porque saben que dentro de la bota está la pata del león británico? No expongo estas verdades porque me guste chumbar a los comunistas, pero es indispensable llamar la atención de la juventud para que no sea víctima de un engaño que resta al país la energía de su fervor y su generoso desinterés que el país necesita urgentemente para defender su derecho a la sobrevivencia.

### *El triunfo de una revolución*

El fantástico éxito obtenido por los rusos con el satélite que lanzaron al espacio, demuestra que su tipo de civilización ha alcanzado el más alto grado de perfeccionamiento dentro del mundo contemporáneo. La revolución rusa estalló en 1917. Yo tenía entonces diecinueve años. Después de atosigarme de literatura francesa, atravesaba el deslumbramiento de Dostoievsky, de Andreiev, de Gorki, de Gógol, de Tolstoi. Me asombraba el inmenso cariño que esos autores manifestaban por su pueblo, y sorda, subconscientemente, adquiría la convicción de que esa fidelidad que los artistas rusos demostraban a su pueblo alguna vez había de rendir frutos óptimos. Todos sabíamos que el pueblo ruso se debatía bajo la férula de una clase dirigente egoísta y rapaz que contra la voluntad del pueblo se imponía con el apoyo del capitalismo extranjero, francés en su mayor parte. El triunfo de la revolución conmovió al mundo. Las frases que *La Nación* le dedicó traducían perfectamente el sentimiento de la juventud. "Desde cualquier punto que se la considere, la revolución rusa resulta para Rusia y para el mundo, con excepción de los reaccionarios de todas partes, uno de los más gloriosos sucesos

de la edad contemporánea.} (La Nación, 18 de marzo de 1917).

### *Han transcurrido cuarenta años*

Desde 1917 han transcurrido exactamente cuarenta años. Desde aquel entonces los británicos extrajeron de Argentina una cantidad fabulosa de mercancías y de alimentos y no hicieron absolutamente nada por su progreso ni permitieron que otros lo hicieran. En 1917, los ferrocarriles británicos —principal inversión— medían 28.968 kilómetros. Treinta años después, en 1947, cuando fueron transferidos al Estado argentino, medían 28.598 kilómetros, cuatrocientos kilómetros menos. Los demás índices del progreso argentino no son menos lamentables. En el año 1935 teníamos menos industrias que en 1917, porque las industrias que se crearon durante la primera conflagración fueron exterminadas en el decenio de 1920-1930. Mientras tanto los rusos crearon un mundo propio. Y lo crearon defendiéndolo al mismo tiempo de la hostilidad de todos. También contra ellos enviaron expediciones aniquiladoras los británicos y los franceses. Eran tropas mercenarias comandadas por un general y un almirante, nacidos en Rusia ambos. El estallido de la revolución, la tremenda fuerza expansiva y destructora de los odios contenidos, la invasión alemana y las expediciones de Wrangel, Denikin y Kolchak dejaron desmantelada la tierra rusa. Sobre esa base de miseria debieron asentar los cimientos los constructores de la nueva Rusia. Nada utilizable heredaron del pasado. Las pocas numerosas clases ilustradas negaron su colaboración. El pueblo se debatía en una ignorancia supina. Hasta sesenta años antes habían sido siervos que se vendían junto con la tierra. Con tan pobres elementos, en cuarenta años, en el breve tiempo de mi propia vida, los dirigentes rusos han elevado a su país hasta el primer rango de la civilización contemporánea. ¿Es acaso el resultado una demostración del mérito de un sistema? No parece razonable suponerlo, sino dentro de muy estrictas

medidas. Es el genio político de Lenin el que salva a Rusia tirando por la borda las teorías con su Nueva Política Económica. La extrema concentración de poderes en el Estado no es tampoco una estructuración que por sí misma pueda justificar el éxito. La extrema concentración planificada del Estado se parece mucho a la extrema concentración de las entidades capitalistas que no son menos planificadoras que el Estado, y que tan prodigioso resultado han dado a Estados Unidos. No es una cuestión de técnica la que ha traído el progreso de la técnica, es una cuestión de espíritu. Lenin era un doctrinario, pero ante todo un ruso profundamente nacional. Según un irrecusable testimonio, existía entre él y "las fuerzas populares de Rusia un lazo indisoluble y orgánico que alcanzaba a las raíces esenciales". Sí, para mí es evidente que esa prodigiosa creación es el dilecto fruto del nunca jamás desmentido amor que los artistas, intelectuales y dirigentes rusos tuvieron por su pueblo, tal cual era su realidad más cruda de mujik ignorante y borracho.

(Han pasado cuarenta años, y nosotros seguimos exactamente como entonces: estupidizados por un periodismo que sólo es un megáfono de la voluntad extranjera; el comercio de los granos en manos de Bunge y Born; el de la carne, en poder de los frigoríficos...). Todo lo poco que construimos, en tren de ser destruido o desorganizado... La Argentina está en peligro de quedar como hubiera quedado Rusia si hubieran triunfado las expediciones militares que sufragaron Francia y Gran Bretaña y dirigieron el almirante Kolchak y el general Wrangel. Sin embargo, yo siento que desde allá lejos, desde la penumbra de los casinos de oficiales, desde los escritorios de profesionales, tanto como desde los secretariados de los gremios, llega un rumor sordo, casi imperceptible, se diría que es "una columna de silencio y de ideas en marcha". A lo mejor es sólo el zumbido del satélite ruso que pasa apresuradísimo para aumentar la ventaja que le ha sacado al norteamericano. ¡Qué cosas raras están pasando en este mundo! El día menos pensado lo vamos a ver a Nikita Kruschev, como nuevo Enrique IV, persignándose arrodillado ante el santo padre, el cual re-

conocerá a su vez como doctrina actual la antigua norma aristotélica y angélica según la cual "es usura cualquier rédito de capital que no sea la simple devolución del mismo", con lo cual el capital queda reducido a una moneda de cuenta, que es justamente como se emplea en la actualidad soviética. La paz del mundo bien vale otra misa.

*No es culpa nuestra si las primeras invasiones inglesas tuvieron más color que estas de ahora*

Además de la dificultad proveniente de la necesidad de elucidar las palabras inhabituales o abstrusas, el análisis de los temas que se refieren a la vida colectiva exige ineludiblemente el empleo de números. El público tiene animadversión a los números. Debe ser un resabio de antipatía que viene desde la escuela primaria en que el misterio de un problema mal explicado se une al recuerdo de un coscorrón antirreglamentario, pero humanamente inevitable. Los grandes números son como el apellido de la colectividad. Todos estamos comprendidos en ellos y en general todos, sin embargo, se despreocupan de ellos. Apreciamos en mucho los números en que nuestra vida personal se expresa: el número de pesos que ganamos por mes, los que marcan el monto de la cuenta del carnicero, pero nos negamos a detenernos en las grandes cifras que nos contienen y conducen como el cauce del arroyo conduce el destino de las gotas de agua que forman su caudal. Formulemos un ejemplo. La cifra 1.438.514 no es más entretenida ni apasionante que cualquier otra, porque le falta contenido humano. Comienza a adquirir pasión cuando se sabe que ése es el número de pesos fuertes que valía el oro que nos hurtaron el almirante Pophan y el general Beresford en cuanto se apoderaron de la plaza de Buenos Aires, en 1806. De acuerdo con los términos de la capitulación ese oro debió haber sido devuelto. Somos los herederos legítimos de los derechos en expectativa y podemos suponer que ese oro nos será reintegrado alguna vez, y que, mientras tanto, esté

allí en depósito capitalizando intereses. Nos será útil, por lo menos, para evidenciar uno de los absurdos en que se basa la teoría del viejo capitalismo ortodoxo. Si aceptamos que los británicos por el uso de ese oro nos paguen nada más que el 6 por ciento con capitalización anual, la matemática financiera nos dice que ese oro ha formado en la actualidad —151 años más tarde— la fabulosa cantidad de 9.979 millones de pesos fuertes. Esos pesos fuertes eran de 16 en onza, casi exactamente equivalente a dólares oro, ya en desuso. Transformados en dólares actuales constituyen la friolera de casi 20.000 millones de dólares, que al 6 por ciento producirían una renta de 1.200 millones de dólares anuales, que los británicos deberían girarnos año tras año, si tuviéramos los indispensables cañones atómicos que constituyen la razón última de este mundo en que estamos viviendo. Con esa renta, los argentinos podríamos vivir sin trabajar. Los británicos trabajarían sin alcanzar a pagar del todo, con lo cual el monto de la deuda se aumentaría además de los intereses propios, con los déficits... tal cual le ocurría a la República Argentina hasta 1943 y tal cual volverá a ocurrir cuando termine de implantarse el plan británico que por estas ingenuas playas conocemos con el sibilante apelativo de Plan Prebisch.

Otra disculpa de nuestra monotonía es la falta de color y de movimiento perceptible en que se desarrollan las invasiones contemporáneas. Unas rápidas movilizaciones de confabulados masónicos. Un bien establecido sistema de esparcir rumores y chismes. Unas cuantas iglesias chamuscadas. Un estentóreo vociferar sobre la libertad genérica y la democracia abstracta. Una colocación, en los puestos claves, de hombres adictos a los intereses del invasor. Una redoblada propaganda en los periódicos leales contra el totalitarismo y el estatismo. Unos ministros que actúan como aves de paso y ejercen sus funciones en un paréntesis de los cargos permanentes que desempeñan en las empresas, de los que salen para retornar una vez cumplida su función pública. Unos cuantos decretos sin muchos argumentos ni considerandos para no ofrecer blancos a la crítica. Unas cuantas acciones provocati-

vas para despertar recelo y, si es posible, odio entre las diversas clases sociales. Así las medidas que se adopten pueden presentarse como una defensa contra la rebelión de los más pobres y un obstáculo opuesto a los gobiernos fuertes. Es generalmente tarde cuando los pueblos comprenden que sus gobiernos son débiles porque el poder económico —donde reside la fuente del verdadero gobierno— está en las manos de los extranjeros. Las invasiones contemporáneas se parecen más a la infición de una peste que a un hecho guerrero. Es como una infiltración de gérmenes y esporos malignos que van paralizando los diversos órganos del cuerpo nacional, al tiempo que los segrega de su unidad funcional. Hay que ser un especialista para diagnosticar la identidad del germen productor de los variados síntomas. Naturalmente que no es tarea entretenida ni excitante de la imaginación la del que se proponga estudiar los síntomas, describirlos y si es posible aconsejar los remedios para contrarrestar sus consecuencias o detener su avance. ¡No es culpa nuestra si la última invasión no se parece a la primera invasión inglesa de 1806! ¡Qué magníficas crónicas hubiéramos escrito si ésta se hubiera parecido a aquélla! ¡Con qué preciso cromatismo hubiéramos narrado el avance de los herejes por entre las ceñudas filas de obreros de Lanús y Avellaneda! ¡Qué juegos de adjetivos hubiéramos utilizado para describir el pirotécnico combate que libró Pedro de Arce cerca de la parada del trolebús, un poco más acá de las Lomas de Zamora! ¡Qué intención habríamos puesto para describir el abrazo en que se estrecharon el general Beresford y el presidente del frigorífico Anglo, Mr. Ahrens! ¡Y qué palabras no descubriríamos para narrar el desconcierto y la tácita aprobación al leer la proclama en que Beresford aseguraba el libre ejercicio de la religión, la administración de justicia por los mismos tribunales y el respeto a la propiedad privada! ¡Y de qué argucias literarias no nos valdríamos para expresar la admiración que causó la honradez de Beresford, que después de apartar dos partes— una para sí y otra para el almirante Pophan— remitió de inmediato el resto al tesoro de Londres! ¿Y por qué no habríamos de alabar

el tacto de quien redactó las instrucciones en virtud de las cuales debía nombrarse en los cargos civiles a los vecinos conspicuos, tal como se hizo al designar ministro —no a un lugarteniente— sino al conspicuo vecino, supuesto caballero kadosch, grado 30, doctor Busso, que demostró un don de adaptación fabuloso, al negar con sus decretos los preceptos civiles que había enseñado durante 30 años? ¿Y qué diríamos de la rapidez con que el general Beresford se puso en contacto con Rodríguez Peña, masón primerizo que debía facilitar su fuga posterior? ¡Esas eran acciones capaces de comunicar brío a la pluma más desteñida! Pero ahora, ¿qué podemos acometer los periodistas que tenemos la obligación de narrar y aclarar los sucesos argentinos, si el general Aramburu y el contralmirante Rojas tienen una irremediable cara de aburridos, como si ellos no fueran en realidad partícipes y responsables del drama que se está representando en el tablado?

### *La resistencia de las clases populares*

Y puesto que estamos rememorando la invasión de 1806 y cotejándola con la que se inició en 1955, me parece de estricta justicia reparar el olvido en que se tiene los esfuerzos que hicieron las clases más humildes de la sociedad porteña. Nuestra historia oligárquica no habla más que de Alzaga, de Liniers y de Pueyrredón. No habla de Blaquier, porque todavía el prohombre de la familia no había dicho su frase célebre. Pero es indispensable decir que fueron los oscuros, los ahora olvidados, los humildes los que más heroica y eficazmente trabajaron para desplazar a los invasores. Juan Triego, Juan Vásquez Feijóo y Juan José López fueron los organizadores de la resistencia popular. Demostraron una inigualable inteligencia política y para enfrentar a la masonería adoptaron formas masónicas. Es el general Mitre quien lo dice: "Diéronse una organización masónica para el reclutamiento, nombrando jefes de sección, cada uno de los cuales debía

reunir a su vez cinco hombres... esta comisión dividió los trabajos, encargándose unos de reclutar gente, otros de reunir fondos, otros de fomentar la deserción de los invasores, otros de reunir armas y todos ellos de promover los medios de la insurrección popular..." (*Historia de Belgrano*, edición 1902).

### *Detrás de los números está el hombre*

Faltos de colorido, desprovistos de acciones rutilantes, reducidos al ámbito desteñido y casi sin pulso en que normalmente sólo se mueven los contadores y los doctores en ciencias económicas, nuestra misión no puede caracterizarse ni por su ingenio ni por su variación. Allí, desangrándose por las mil heridas que en la unidad de su cuerpo hacen los decretos de orden económico y financiero, está la imagen de la patria. El que no la vea a través de nuestra campaña —que conscientemente realizamos frente a la intuida boca de la pistola de un desaprensivo comando o a la entreabierta puerta de una cárcel —juzgará que la nuestra es una tarea monótona. Hay muchos lectores que percibido el hondo dramatismo de nuestros números, nos acompañan con su fervor. El hombre nunca se aburre cuando consigue ponerse en contacto con la intimidad de otro hombre. Lo difícil es encontrar el punto de sintonía en que las sensibilidades concuerdan. A veces es obra del azar. A veces es obra de la inteligencia. En la primavera pasada, junto con un grupo de periodistas porteños fui invitado a visitar la fábrica de tractores que la casa Fiat ha instalado en Córdoba. Durante la visita me aislé del grupo principal de visitantes. A mí no me interesan las máquinas. Un poco, porque las conozco a casi todas. Otro poco, porque son lógicas y aburridas como los números que no expresan una pasión humana. En cambio, me interesan sobremanera las almas. Por eso me acerqué a un operario muy joven que con ayuda de un Palmer comprobaba si las piezas de fundición estaban dentro de los límites permitidos por los planos. Era un mocito serrano, delgado, ceniceño, trigueño. Era

tan típicamente producto de la sierra que hubiera jurado haberlo visto en años anteriores a horcajadas de un burro arriando cabras, tiritando bajo su camisita raída, con sus pies desnudos colgando al costado, asomados por los pernils deshinchados, como una viva imagen del ocio forzoso, de la desnutrición y de la desesperanza sin horizontes. Ahora vestía una pulcra ropa de mecánico. Su sangre pujaba por colorear sus mejillas. Le pregunté si tenía algún título. Sin levantar la vista de su tarea me dijo que era técnico mecánico. Inquirí dónde había cursado sus estudios. Me respondió que en la Escuela de Mecánica de Córdoba. Entonces, sin atarar el tono de mi voz, con el timbre más mortecino y apagado que pude pregunté:

—¿En qué año se fundó esa escuela?

Por primera vez levantó la vista y me miró los ojos. Yo sé que me miró el alma. Yo miré la suya.

—En 1946 —respondió con una voz muy queda y tranquila. Yo sonreí casi imperceptiblemente. El también sonrió. Nos habíamos comprendido. Le tendí la mano en silencio y a modo de despedida le dije:

—Esa escuela... hay que defenderla.

Hizo leve gesto de asentimiento y se hundió en la profundidad de su trabajo. ¿Para qué hablar más? Tenía la certidumbre de que me había comprendido en toda la extensión de mi pensamiento. Quizás fue más allá aún. La escuela de mecánica era el símbolo, era el derecho al trabajo diversificado y a un salario digno. Era el derecho a gozar de algunas de las ventajas de la civilización. Era el derecho al trabajo de sus padres, de sus hermanos y quizás de sus hijos. Era el derecho a soñar, sin caer en el absurdo, en la posibilidad de adquirir alguna vez un tallerito propio. El derecho a tener medios suficientes para ilustrarse y ampliar el campo de su imaginación. El derecho, en fin, a tener un cuerpo capaz de sostener un espíritu. Todo eso y algo más estaba simbolizado en mi expresión, y él lo había comprendido. Cada vez que escribo a favor de la industria, pienso que estoy defendiendo la ocupación de aquel muchacho cordobés y no

a los poderosos italianos dueños de la empresa, de quienes a mí me importaba un bledo. Sin darnos cuenta, súbitamente, con el pequeño mecánico cordobés, habíamos establecido una fraternidad que quizá estuvo siempre vibrando inútilmente en el seno de la tierra argentina desde que, en 1806, la establecieron por primera vez Trigo, López y Vázquez Feijóo. Por eso puedo afirmar que nuestros números son monótonos nada más que para los que aún no se han dado cuenta de que en ellos está simbólicamente circunscripto el presente y el futuro de muchos millones de argentinos.

### *Otros temas postergados*

Estas explicaciones que nuestros lectores merecen estoy seguro serán comprendidas, aun más allá de lo que estrictamente las palabras dicen. Sorprende que este gobierno, que ha repartido gratuitamente casi siete mil millones de pesos entre los frigoríficos y los asociados de Bunge y Born, recurra ahora a la emisión de 500 millones para subvenir a las necesidades de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Alarma la simultaneidad del anuncio de la emisión y del regalo de varias decenas de millones otorgados a las sociedades anónimas llamadas bancos. Sin querer pecar de suspicaz, se tiende a establecer una correlación entre ambas medidas. La operación Y.P.F. podría ser una operación piloto para pulsar las reacciones y plantear subsiguientemente todas las sociedades mixtas presupuestas en el Plan Prebisch. La maniobra no deja de tener cierta elegancia y está en la mejor tradición británica. Nuestros ahorros han servido siempre para elaborar capital británico invertido en la Argentina. El otro acto gubernamental que exigía impostergablemente un comentario que dejara al desnudo el grado de su extrema peligrosidad, es el acuerdo firmado con Suiza, por el cual a los hijos de suizos se les da por cumplido el servicio militar cuando demuestren haberlo cumplido en la patria de sus padres. Este convenio —que tiene algunos antecedentes que hace casi veinte años atacué

con verdadero furor— equivale a la colocación de una poderosa bomba explosiva en la base de la nacionalidad. Niega la doctrina del *jus soli* —que es y debe ser el irremovible cimiento de las nacionalidades nuevas— y acepta la doctrina del *jus sanguinis* con que los países europeos pretenden continuar imperando en la progenie de los que emigraron. Demostraré que es fisiológica, sicológica y espiritualmente inaplicable al fenómeno étnico argentino, además de ser contrario al texto expreso de todas las constituciones. Después, si nuevos actos del gobierno no nos obligan a alterar el plan para ir formando la conciencia defensiva del país, planeaba darme un gusto y divagar un rato por mi cuenta sobre las enseñanzas que los países jóvenes pueden deducir de la experiencia rusa. Quizá estudiándola descubramos la técnica eficaz para mantener encuadradas en sus objetivos profesionales a las instituciones armadas, de tal manera que el poder político sea ejercido única y exclusivamente por la inteligencia política, punto esencial en que me parece radicar el asombroso desarrollo alcanzado por la ciencia, la técnica y la industria rusas, que, aunque no lo busquemos, abre una esperanza a los pueblos doblegados, explotados o simplemente amenazados. Lo demás lo dirá el destino, cuya orientación trataremos de orientar con nuestros aburridos números.

*Los signos son los mismos: como en 1938, la patria renuncia a que sus hijos la defiendan*

En enero de 1934 tuve el honor de ser desterrado por el gobierno del general Justo. Había sido redactor de planes, volantes y proclamas del movimiento que estalló el 29 de diciembre de 1933 y abortó, traicionado por la delación de uno de los ayudantes del jefe. Era una revolución sustancialmente radical, pero en la que por primera vez se planteaban los temas de reivindicación y de liberación económica. Estaban confabulados en esa revolución y fueron activos

y valerosos ejecutores de la misión que les correspondía, los actuales generales Toranzo Montero, Bussetti y Larcher. Yo sigo pensando enteramente lo mismo que entonces, animado por iguales ideas y sostenido por los mismos sentimientos. Aparentemente, ellos están en el campo contrario. En los volantes y proclamas declaraba el comando revolucionario en 1933 que el movimiento se inspiraba, ante todo, en la voluntad de impedir la cesión de los comandos de nuestra economía a Gran Bretaña, que el gobierno del general Justo preparaba bajo variadas formas institucionales: Banco Central, Corporación de Transportes, Juntas Reguladoras y demás variaciones que caracterizaron el oprobio de ese decenio.

A consecuencia de ese destierro tuve ocasión de visitar Europa por segunda vez. Mi libro *El hombre que está solo y espera* acababa de ser traducido a varios idiomas y esa circunstancia me facilitó el acceso a los más selectos núcleos intelectuales. En el fondo, mi libro no es nada más que un alegato a favor de la doctrina del *jus soli*. El hombre, en lo que tiene de más valioso, es hijo de la tierra, no un continuador de la tradición sanguínea de sus progenitores. Los intelectuales europeos rebatían las ideas de mi libro con argumentos especiosos, ejemplos tradicionales y citas de autores cuyos nombres abruman más que una lápida. Pero al final yo los dejaba desconcertados con mi argumentación formulada en forma anecdótica.

#### *Diez generaciones en una*

El *jus sanguinis*, la doctrina de la tradición sanguínea —decía yo—, además de sus objetivos utilitarios, tiene en Europa cierta razón de ser, porque las variaciones que un europeo soporta al pasar de una nación a otra son casi inapreciables y la pequeña modificación orográfica, climática o económica no alcanza a desvirtuar las características hereditarias. Para un ojo perspicaz, por ejemplo, es relativamente fácil percibir los resabios de sus orígenes italianos en Napoleón Bonaparte y

en Emilio Zola. Cuando oían estas afirmaciones, con lo que yo me divertía, los franceses se ponían colorados y se hinchaban y daban la impresión de que comenzaban a comprender más rápidamente la influencia del lugar en que se vive. Es que en realidad toda Europa es geográficamente una sola nación donde la historia impera sobre la geografía. Pero supongamos, decía yo, que un francés o un italiano emigren a Groenlandia. Hay dos alternativas posibles y en cualquiera de las dos el emigrante deja de ser europeo. La primera alternativa es que no se adapte y se muera. En ese caso deja de ser europeo, porque los cadáveres son una especie de subhumanidad internacional. Supongamos que se adapte. Para adaptarse, su organismo ha debido modificarse profundamente. Para sobrellevar el rigor del clima, el esquimal necesita ingerir dos kilos de grasa por día. Para digerir dos kilos de grasa por día, el hígado del europeo debe hipertrofiarse. Al dilatarse, el hígado comprimirá los pulmones y el corazón. La capacidad pulmonar disminuirá.

El flujo de la sangre será más lento. La irrigación del cerebro será menor. Y también en ese caso, el europeo habrá dejado de ser un típico europeo. Será y pensará como un esquimal, porque al mismo tiempo deberá desarrollar ciertos instintos primarios que son indispensables para sobrevivir en los desiertos de hielo.

Los europeos tenían que convenir que mi ejemplo era convincente. Pero alegaban que el caso de la Argentina no era lo mismo. "Es un país civilizado y de clima agradable", decían. Yo les explicaba entonces que en el caso argentino el trastorno no es de orden orgánico sino espiritual. Si ustedes miran hacia el sol del mediodía, observarán que el naciente está a su izquierda y el poniente a la derecha. En la Argentina ocurre al revés. Mirando hacia el sol, el naciente está a la derecha y el poniente a la izquierda. El hemisferio sur tiene un cielo que ustedes nunca verán. Ustedes ven la parte del universo que está arriba del plano de la eclíptica. Nosotros, la parte que está debajo. Ustedes no conocerán la Cruz del Sur. Nosotros no contemplaremos la estrella Polar. Hasta



el régimen eólico es diferente. En Europa los vientos fríos vienen del norte, los vientos cálidos del sur. En la Argentina ocurre al revés. El frío llega del sur. El viento norte es caluroso. Por otra parte, la enorme distancia que nos separa equivale al transcurso de muchos siglos. La distancia no es más que el tiempo que está acostado. El tiempo no es más que una distancia que está pasando. Los acontecimientos de Europa atraen nuestra atención porque con frecuencia repercuten muy directamente en lo nuestro, pero sentimentalmente están tan lejos como si hubieran ocurrido en la época de Pericles. ¿Acaso los europeos no viajan cuando quieren olvidar algo? ¡Calculen el poder de olvido del viaje sin retorno que emprende un emigrante al radicarse definitivamente en las antípodas! Además, Europa es un continente hecho a la medida del hombre. Los ríos son vadeables. Las montañas son accesibles. Los valles son mensurables. Nuestra América del Sur es un continente ilimitado en que el espíritu de empresa se descorazona. Todo está por hacerse y tiene una magnitud que excede a las posibilidades del hombre aislado. El europeo emigrado a la Argentina sufre hasta que se aclimata a las mismas penurias, aunque de otro carácter, que el europeo que emigra a Groenlandia. El hijo de europeo es tan argentino como si tuviera diez generaciones autóctonas.

#### *Base esencial de la nacionalidad*

Estas ideas no son originales sino desde el pequeño punto de vista de su particular forma expositiva. Con palabras más sesudas, argumentos de orden jurídico y acopio de antecedentes, ellas han constituido la base esencial e irrenunciable de la nacionalidad. No podía ser de otra manera en una nación formada en su mayor parte con la absorción de grandes caudales inmigratorios. Es éste un punto en que han sido inflexibles aun los gobernantes más dóciles a la presión de los intereses extranjeros, con excepción del gobierno del doctor Roberto M. Ortiz, conspicuo abogado de empresas britá-

nicas. El 8 de agosto de 1938 el ministro de Relaciones Exteriores, doctor José María Cantilo, firmó un "Convenio sobre equivalencia de servicio militar" con el reino de Italia. En el diario *Reconquista*, publiqué un comentario firmado que decía: "El señor ministro no debe ignorar que la del *ius soli* es la doctrina esencial de la Nación Argentina a tal punto que no puede renunciar a ella, sin anular por su base los cimientos de su existencia. Somos argentinos porque nacimos aquí, cualquiera sea la región del globo, la sangre, la raza o la religión de nuestros antecesores. Hay una grandeza generosa en esta recepción, pero hay otras razones para ajustarse a ella: el poder telúrico de nuestra tierra, su capacidad de absorber, resumir y adaptar. Hay razones de orden espiritual, moral, intelectual y hasta estético que justifican la adopción de esa negación de la continuidad sanguínea. Pero hay también otra razón que para el señor ministro debía ser de mayor importancia: es un principio básico de nuestra Constitución de la que no puede apartarse sin incurrir en delito de lesa patria. El artículo segundo de ese convenio especifica que las personas nacidas en la Argentina de padres italianos serán eximidas en tiempo de paz de las obligaciones militares que podrían serles impuestas por las leyes argentinas, siempre que comprueben mediante la presentación de un documento oficial de las autoridades italianas, haber normalizado su situación militar de acuerdo con las leyes italianas". Es inconcebible que pueda haberse firmado un convenio con esa cláusula que, a pesar de sus circunloquios y vueltas anfibológicas, no consigue disfrazar su extrema gravedad. Las "personas nacidas en la Argentina de padres italianos", de que habla el convenio, son ciudadanos argentinos en toda la extensión de la palabra y con todos los deberes y derechos que atañen al ciudadano y con tal carácter debieron haber sido designados. Pero quizás entonces el convenio hubiera despertado la atención del público y hasta nuestra prensa se hubiera visto en la obligación de criticarlo, inconveniente que se quería, evidentemente, evitar. Ese convenio es vicioso y anticonstitucional porque niega el principio del *ius soli* y por-

que establece distinciones entre un grupo de ciudadanos según su origen, discriminación absolutamente interdicta por nuestra Constitución. Si un ciudadano argentino hijo de padres italianos puede hacer la conscripción en Italia, quiere decir que allá se le considera italiano y que aquí también se le considera extranjero puesto que se le da por cumplida la obligación fundamental del ciudadano, que es la de defender la patria y prepararse para ello. Pero poco tiempo después, el mismo doctor Cantilo ofreció una clara prueba del grado a que alcanzaba la subordinación espiritual a los intereses europeos, predominantemente británicos. El 9 de diciembre del mismo año, 1938, en su carácter de ministro argentino inauguró la Conferencia Internacional Panamericana de Lima. Después de muchas declamaciones sin importancia, expuso la conducta general que seguiría la delegación argentina. Se opuso a que las naciones americanas formaran un bloque inmune a los conflictos europeos. Dijo que la Argentina debía sentir solidaridad con Europa, primordialmente a causa de "los capitales europeos que fomentaron nuestra producción agropecuaria, nuestros ferrocarriles y nuestras industrias". La confesión del doctor Cantilo era una muestra del vasallaje a Gran Bretaña, propietaria del sistema de monopolio de nuestra riqueza agropecuaria y de nuestros ferrocarriles y, además, una muestra de que los factores económicos influyen tan poderosamente como para torcer la conducción de los asuntos internacionales. Quizás el doctor Cantilo, que no se caracterizó nunca por su agudeza, no haya alcanzado a estimar que en el convenio con Italia actuaba completamente de acuerdo con sus declaraciones de Lima, puesto que aquí no se rendía a ninguna conveniencia directa de "los capitales europeos que fomentaron nuestra producción agropecuaria, nuestros ferrocarriles y nuestras industrias". Pero los ferrocarriles y demás inversiones británicas tenían —y tienen— una conducción centralizada bajo la dirección de su diplomacia, hábil como ninguna, y que sabe que una de las maneras de mantener en plena vigencia y sin peligro la continuidad de su predominio es dividir a los argentinos, sea por sus opinio-

nes políticas, o por sus religiones o por sus orígenes sanguíneos. Si los argentinos comienzan a sentirse más unidos a la sangre de que procedieron que al destino nuevo de que forman parte y al que pertenecerán para siempre sus hijos y los hijos de sus hijos, la Nación Argentina carecerá de sentido y por lo tanto los intereses británicos estarían aún en mejores condiciones para ajustar su explotación". (*Reconquista*, 13-XII-1939).

En los comienzos de la segunda guerra europea, que era precisamente cuando se firmó el convenio con Italia, la Argentina había caído en un extremo tal de postración y de sometimiento integral, económico, político e intelectual que ni un solo diario opuso un reparo. Ni una sola voz se alzó para reclamar la vigencia de los principios constitucionales. Ni un periodista ni un escritor ni un abogado ni un profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales: era un país vencido. ¿Y quién podía lanzar la primera piedra si los profesores universitarios eran casi sin excepción abogados de empresas británicas? ¿Si abogado de empresas británicas era el mismo presidente de la República? ¿Qué voz podía alzarse si la mayor parte de los legisladores recibía dádivas y prebendas de las grandes empresas de servicios públicos en mérito a las cuales habían aprobado leyes inicuas como la de coordinación de transportes? ¿Qué reacción podía esperarse si la gangrena había invadido el reducto de las fuerzas armadas y cuatro almirantes, al retirarse del servicio activo, iban a ocupar altos cargos en las grandes empresas extranjeras? (El convenio con Italia era el punto final de un plan disgregador de la nacionalidad. Se aprovechaba en él la codicia demostrada por Mussolini, que de esta manera creía poder extender el radio de su influencia y recuperar para su reino a los descendientes de sus emigrantes y se asestaba, en cambio, una puñalada mortal a uno de los principios vitales de la Nación.)

Después de la firma del convenio con Italia, adquirirían una repercusión trágica las palabras misteriosas que Lord Willingdon pronunció en el Jockey Club y en las que aseguró

que la contextura del Imperio Británico era "tan elástica que permitía el acceso de nuevas nacionalidades sin perder su bandera ni sus características". Abatido el principio del *jus soli*, comenzábamos a no ser nada más que un amasijo de hombres desvinculados entre sí: un simple amontonamiento de habitantes, muy parecido a un montón cualquiera de arena. El horrisono viento de la guerra barrió los fantasmas de la disolución nacional.

El 30 de octubre del corriente año de 1957, en el Salón Dorado del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, según minuciosamente lo detalla el diario *La Nación* del día siguiente, se firmó con Suiza un convenio absolutamente análogo al firmado en 1938 con Italia. La prensa comercial ha vuelto a guardar el mismo respetuoso silencio que en aquellos años. Lo mismo que en el año 1938, en este convenio se habla de "las personas nacidas en la Argentina de padre suizo". Pero el convenio de 1957 es aún más grave que el de 1938. Aquél fue el punto final de un decenio de extrema corrupción en todas las funciones públicas que, como hoy, habían sido copadas por personeros de los intereses extranjeros. El país permanecía aún aletargado, anestesiado por una propaganda estupidizadora de casi un siglo. Este convenio ha sido firmado en un momento en que las instituciones armadas detentan directamente el poder público. Es la obra de una revolución que afirma haber nacido a impulso de un arranque nacional para impedir la cesión al extranjero de una parte del subsuelo petrolífero de la Nación. ¿Cómo podrán justificarse ante la historia, cuyo juicio resuena a veces mucho más rápidamente de lo que se espera? Aquí nadie se puede esconder tras el pretexto de haber sido mal aconsejado en una materia que profesionalmente ignoran, como son la economía y la finanza. Aquí no alcanza la deletérea propaganda que en torno al estatismo y al totalitarismo hace el periodismo comercial ni llega la alharaca de los encaramados en posiciones expectables.

La mitad, por lo menos, de la población de la República ya no está constituida por ciudadanos argentinos, sino por

"personas nacidas en la Argentina de padres nacidos en algún otro lugar del mundo", de acuerdo con la terminología del nuevo convenio firmado con Suiza. La inteligencia política británica es un arma de un excepcional poder ofensivo. Lo lamentable es la pequeñez de sus objetivos. ¡Tanto embrollo para conseguir un bife barato! ¿De qué no serían capaces los ingleses si estuvieran guiados por tan altos y nobles propósitos como son los que oscuramente yacen en el fondo del corazón de "las personas nacidas en la Argentina" que todavía se llaman ciudadanos argentinos y están dispuestos a seguir siéndolo? Fue un buen inglés, William Shakespeare, quien escribió: "La noche es más negra cuando está por amanecer". Y esto ya se está pareciendo a la tinta china.

### *Esos aviones yanquis no vinieron a divertirnos*

Con la cabeza echada hacia atrás, mi amigo admiraba las poderosas estratofortalezas B 52 de la Fuerza Aérea Norteamericana que en ese momento surcaban el pacífico cielo de Buenos Aires. La tensión de los músculos del cuello había entreabierto sus labios. Me acerqué y le dije:

—Cierre la boca. No sea que esos aviones suelten de pronto una bomba y usted se la trague.

Mi amigo rezongó:

—Usted siempre tomando las cosas en broma.

—Al contrario. Mostrando que no hay que tomar en broma las cosas serias. ¿O cree que los norteamericanos han enviado esta costosa misión con el ingenuo propósito de divertirlo a usted y sacarlo a pasear al general Aramburu? Nada más que con su presencia, estas superfortalezas demuestran que usted está al alcance de los medios represivos norteamericanos. Por eso no hay que abrir la boca. ¿No le encuentra un cierto parecido a esta amistosa exhibición con el despliegue que los mismos norteamericanos realizaron hace poco frente a las costas de Siria, en una tentativa de neutralizar la influencia rusa? No afirmo que el objetivo de esta exhibición sea demos-

trar que están en condiciones de hacerle tragar a usted una bomba, pero la precisión y perfección con que se desarrolló el ejercicio, es una prueba de que su ejecución no es inesperada ni imprevista. Sus movimientos han obedecido a un plan minuciosamente estudiado en que hasta los menores detalles fueron calculados. La existencia de ese plan es lo que me preocupa. La exhibición en sí misma pudo no obedecer más que al deseo de contrarrestar el extraordinario prestigio que el lanzamiento de los satélites dio a Rusia. Pero la existencia del plan de movilización aérea comprueba que alguien previó que alguna vez puede ser necesario. La exhibición pudo tener un origen ocasional que servía, al mismo tiempo, para recordar que con los nuevos medios la Argentina está dentro del radio de influencia norteamericano. Pero el plan autoriza a conjeturar que quienes lo elaboraron previeron, quizás como eventualidad, extrema pero posible, la disputa del dominio aéreo de nuestros cielos, sin empleo de bases confesables o utilizables en una circunstancia dada.

Mi amigo me interrumpió. Era evidente que buscaba que yo diera un paso en falso para burlarse de mí.

—Pero a nosotros no nos amenaza nadie, arguyó.

—Esa es la principal de nuestras desgracias. No tenemos enemigos visibles. Pero mire este recorte que encontré hoy revisando papeles viejos. Es un telegrama de Londres, en que United Press nos comunica que “La revista *Reynold's Illustrated New* dice que en la Conferencia Naval de Singapur se resolvió instalar una poderosa base naval en las Islas Malvinas para salvaguardar los intereses británicos en la América del Sur”. Fue publicado en *La Prensa* del 5 de febrero de 1934. Los mayores intereses británicos estaban radicados en la Argentina. Gran Bretaña era propietaria de nuestros ferrocarriles y de casi todas las actividades que producían renta. Después de la guerra el haber británico ha quedado muy reducido. Casi no tiene más que algunos enormes latifundios, su siempre activa inteligencia política, la tropillita de abogados de sus antiguas empresas y el monopolio de las palabras libertad y democracia, cuyo empleo está tan identificado con

sus intereses como el sello que dice: “Made in England”. La “poderosa base naval de las Islas Malvinas” es el lejano, invisible, pero para nosotros incontrarrestable apoyo de los que abogan a favor de la democracia sin pueblo y de la libertad sin hombres libres. Mire, además, este otro recorte fresquito. Pertenece a la revista *Mayoría* del 4 de noviembre de 1957. Dice que “el Departamento de Estado norteamericano hizo una reclamación ante el Foreign Office por la ingerencia británica en la política argentina” y agrega que “la reclamación está fundada en pruebas terminantes. ¿No se le ocurre que todas estas volteretas con que los aviones de caza nos divierten pueden no ser nada más que la complicada rúbrica de esa reclamación? La tragedia de Corea comenzó así. Al principio los coreanos se divertían mucho con las demostraciones y ejercicios aéreos que se practicaban al norte y al sur del paralelo 38. El entretenimiento fue divertido hasta que alguien avanzó. La comedia se transformó en drama. En el juego del vaivén —en que al final los rivales volvieron a quedar a uno y otro lado del mismo paralelo 38— murieron casi cinco millones de coreanos. El capitán retirado Jorge González Naya expresaba su sorpresa por las características del plan operativo que la marina argentina de guerra acaba de cumplir en el sur. El capitán retirado González Naya subrayaba el carácter anfibio de la operación. Aunque lego en esta materia, a mí tampoco me gustó el operativo “Foca”. Parecía que alguien apoyado en el sur se defendía contra alguien que avanzaba con apoyo en el norte.

La sorpresa de mi amigo no se expresaba en palabras sino en el tamaño de sus ojos, abiertos y lucientes como dos luceros.

—No se le ha ocurrido pensar en esto, no porque no sea un hombre inteligente, sino porque la educación ha tendido precisamente a mantenerlo en la ignorancia de estos temas. Usted cree que estas cosas ocurren nada más que en los países lejanos; en Europa, en Asia, en Africa, en cualquier lugar menos aquí. Su inteligencia ha sido tan prolijamente deformada que ha llegado a pensar que las instituciones armadas no sirven sino para cuidar el orden interno. La historia ar-

gentina que se le enseñó ha sido prolijamente expurgada para infundirle la idea de que en los problemas argentinos no han intervenido nada más que hombres e intereses locales. Por eso es una historia artificial, inhumana, que no enseña nada útil y, antes bien, perjudica, al acostumbrar el juicio a no tener en cuenta la influencia de los intereses extranjeros que han sido siempre predominantes entre nosotros. A mí personalmente me interesa más la fisonomía de los embajadores británicos que la de nuestros propios mandatarios. Sir Edward Eyans tenía cara de hombre astuto, pero su expresión era simpática. Sir John Ward encuadra una tormenta entre sus rasgos duros. Además...

### *Un general supersónico*

En ese momento un caza norteamericano supersónico cruzó el cielo como una saeta. Era el avión en que viajaba el general Aramburu. De pronto un pavoroso estruendo nos sacudió, como si el avión hubiera estallado en el aire.

—Sonó Aramburu, exclamó mi amigo.

—No, corregí yo. Ha pasado la barrera del sonido. Ahora es un general supersónico. Le ha sacado una ventaja a Rojas que no es nada más que contraalmirante infrasónico en cuyo haber de proezas sólo figura un intempestivo viaje a las Islas Malvinas, del que ni siquiera puede alardear, porque ha sido oficialmente negado, a pesar de las fehacientes informaciones publicadas en *Azul y Blanco* y *Mayoría*.

### *Los soldados de la libertad*

Los aviones habían desaparecido. El cielo volvía a lucir su azul impecable y la tarde nos acariciaba con esa ternura de viento fresco que la primavera tiene entre nosotros. Mi amigo me mostró el diario que llevaba en la mano y que con grandes titulares anunciaba la inauguración del Congreso Panamericano de Abogados.

—Es una buena noticia, dijo. La presencia de los hombres de derecho quizás coadyuve a pacificar los espíritus. Supongo que solicitarán la libertad de los periodistas y de los presos políticos, la disolución de los mazorqueros que actúan bajo la denominación de “comandos”, la eliminación de las interdicciones, la devolución de los bienes confiscados, la anulación de los decretos antijurídicos, la equiparación sin exclusión de los partidos políticos. Supongo, asimismo, que condenarán la formación de comisiones especiales, la aplicación con efecto retroactivo de disposiciones sin tradición penal, la aberración jurídica de invertir la prueba, poniéndola a cargo del inculpado y no del acusador y la monstruosa libertad que a la Comisión Investigadora dio el decreto 479, cuyo artículo 8º dice que “las referidas comisiones adoptarán en cada caso las formas procesales que estimen más convenientes”, lo que equivale a autorizar hasta las torturas, como fueron empleadas. Estos hombres del derecho no pueden por razón alguna de cortesía internacional evitar la censura del decreto 4161 que castiga no sólo el acto de pensar sino aun el hecho de manifestar alguno de los más nobles sentimientos del hombre: la fidelidad, la piedad por el caído, el agradecimiento. Es un decreto de una crueldad tan sin objetivo práctico que sólo pudo haber sido concebido por una mentalidad torturada y una sensibilidad anormal. No es posible suponer que los hombres de derecho permanezcan insensibles. Yo supongo que es para darles un pretexto de intervenir, la razón que llevó al general Aramburu a decirles: “Salta a la duda del analista si fue la fuerza bruta de un opresor la que aplastó los derechos de los hombres libres o fue el olvido en el ejercicio y defensa de los derechos lo que atrajo al opresor. Sea cual fuere la causa, el hecho demuestra que el primer soldado de la libertad debe ser el hombre de derecho”. Proyectaba elevar un memorial a ese Congreso y por eso llevo en el bolsillo el *Mensaje* que Manuel Carlés dirigió a los estudiantes el 25 de julio de 1931. Después de la derrota conservadora del 5 de abril de ese año, el gobierno del general Uriburu dictó un decreto excluyendo del comicio a algunos dirigentes de la

Unión Cívica Radical. Carlés dice en este *Mensaje*: "Este decreto es un ultraje a la dignidad de la República y una injuria a su civilización, cuyo agravio la Constitución Nacional castiga con la pena infamante. Los considerandos del decreto no se fundan en precepto legal alguno, ni en doctrina jurídica consentida, ni menos en moral cívica del pueblo medianamente organizado. Es una parodia bolchevique al estilo criollo. Tal decreto aplica la pena de muerte política, puesto que niega el derecho representativo a los ciudadanos inculcados por hechos que ningún fallo judicial consideró como delitos. En ese concepto, el Gobierno Provisional se otorga a sí mismo "la suma del poder público", por el que queda a su arbitrio el honor de los ciudadanos prevenidos. Quien consienta esa declinación de la altivez nacional, se complica en el atentado cometido por el gobierno. No me resigno a enseñar Derecho Constitucional en circunstancias que un tal gobierno decreta la clausura de diarios y aprisiona periodistas, estudiantes y obreros opositores a la omnipotencia dictatorial, que destierra y arresta en masa a la gente desafecta y aplica la muerte cívica a algunos argentinos, para bochorno de la tolerancia popular. Hoy mismo renuncié al ejercicio de una cátedra que desempeñé con sinceridad durante cuarenta años. Salvo de esta manera mi honra de ciudadano, no acatando, además, la tiranía que padece la República en estos días de vilipendio de la Constitución Nacional y de escarnio de sus ideales de cultura." ¿Qué le parece?

—Magnífico mensaje, contesté. En esa ocasión Carlés demostró ser un hombre de derecho, un legítimo soldado de la libertad. Desgraciadamente, no creo que su mensaje vaya a tener repercusión en el Congreso Panamericano de Abogados. Carlés renunció a su cátedra como protesta ante un acto abusivo de un gobierno de facto. Los abogados que en ese congreso asumen la representación argentina, se han beneficiado con las cátedras que les repartió otro gobierno de facto. Carlés redactó un mensaje a la juventud. Estos abogados que nos representan redactaron la mayor parte de las herejías jurídicas incluidas en los decretos leyes que oprimen al país

como una lápida funeraria. Es que, en verdad, no son hombres de derecho, sino diligentes profesionales lealmente dedicados al servicio de los intereses de su cliente. Los más notorios de entre ellos cabrían holgadamente dentro de las frases con que el doctor Ernesto Palacio —en *Catilina contra la oligarquía*— traza un perfil que lo mismo puede servir para Cicerón que para el doctor Busso, presidente del comité organizador y autor del decreto 4161. Escribe el doctor Palacio: "Cicerón era hijo de una familia oscura y los méritos intelectuales no eran suficientes en Roma para conceder personalidad. Para Cicerón, el acceso a los círculos refinados exigía como condición indispensable el desempeño de los cargos curules. Obligado por las circunstancias, se dedicó a la política, con el mismo espíritu que el abogado de nuestros días, cuando pretende cargos electivos para dar lustre a su bufete y obtener representaciones de empresas poderosas". Las inspiradas y nobles palabras de Manuel Carlés se perderán sin resonancia en ese ambiente en que la manta del derecho no consigue encubrir del todo las orejas de los intereses en juego. Más práctico me parece a mí irnos ocupando del porvenir y, en ese sentido, más útil que usted haga llegar a los congresales algunos ejemplares del folleto publicado por el doctor Luis Güemes titulado: *Esquema de la actualidad institucional de la República*, que a pesar de su estilo estrictamente ajustado al lenguaje forense, constituye la más apasionante denuncia de la ilegalidad de los actos de este gobierno y del perfecto y planificado acuerdo con que se han ido sucediendo, para obtener objetivos preconcebidos, entre los cuales figuraba, en primer lugar, la anulación del artículo 40 de la Constitución de 1949. Para el doctor Güemes, los actos de este gobierno que no sean de simple administración, están afectados de insanable nulidad, y encuentra que ... *el futuro gobierno constitucional de la República tendrá el derecho incuestionable y la obligación inexcusable de examinar, no a libro cerrado, sino uno a uno, con "beneficio de inventario", todos los actos del gobierno provisional que hubieran resuelto aspectos decisivos para la marcha de la Nación. El reconorimiento pleno,*

*inequívoro y actual de ese inalienable derecho del pueblo de resolver definitiva y soberanamente acerca de los compromisos que hubiera contraído el gobierno provisional en nombre de la República —despejando dudas— será de incalculables y beneficiosas consecuencias para el destino del país.* Para evitar equivocaciones, si usted se dirige a ese Congreso de Abogados, podría asegurarle que las tres cuartas partes del país piensan como el doctor Luis Güemes, que en esta penosa ocasión ha demostrado ser un digno sucesor de su heroico antecesor. Aquél defendió la montañosa frontera norte. Este ayuda a defender la invisible frontera de la legalidad por cuyos resquicios anormales se cuelan los publicanos y los espurios intereses que ellos apañan, mientras los ciudadanos contemplan el vuelo de los aviones que defienden las conveniencias de otros.

*Táctica de penetración: dar participación a los rivales para asegurar sus propios objetivos*

Realmente, hoy, martes 26 de noviembre de 1957, no tengo ánimo ni predisposición para escribir nada útil para mis conciudadanos. No me acuerdo a mí mismo el derecho a sentirme abatido ni desalentado, porque el deber de todo escritor político es el de mantener enhiesta y vibrante la convicción colectiva en el triunfo final de sus derechos. Pero no puedo apartar de mi imaginación la idea de que se está descuartizando a la Nación Argentina, tal cual se preveía en los planes británicos, conocidos públicamente entre nosotros con el nombre de "Plan de restablecimiento económico", publicados con la firma del doctor Raúl Prebisch, cuya imposición final acarreará a la población argentina en el reducido cercado de la exclusiva actividad agropecuaria. Poco a poco las grandes industrias que sobrevivan pasarán a ser propiedad de los extranjeros que impedirán con el matayuyo de la competencia desleal la multiplicación de la artesanía y del pequeño taller.

Evidentemente, se está apurando la ejecución del "Plan".

La propaganda periodística comercial arrecia en ese sentido, coordinada por una inteligencia superior directora. A veces el subconsciente traiciona a los periódicos. El 8 del corriente, *La Prensa* publicó un editorial destinado a desprestigiar la propiedad nacional de los ferrocarriles y a infiltrar la insinuación de que ellos son "uno de los factores del encarecimiento de la vida" y de que "por lo tanto debe despojarse al Estado de la actividad empresaria". Ese editorial se titulaba: "Debe despojarse al gobierno de muchas actividades empresarias". Creo que más sinceramente pudo titularse: "Debe despojarse a la Nación Argentina de todos los servicios públicos que permitan a Gran Bretaña volver a tener el contralor absoluto —económico, financiero, político, social e intelectual— de la vida argentina".

La absorción de los factores decisivos de la economía para obtener a través de ellos la hegemonía en las demás fuerzas sociales, no es una relación que haya descubierto yo, ni que pueda ser tildada por su origen marxista. Fue claramente expuesta por el ministro de Marina de Estados Unidos, coronel Frank L. Knox, al hablar ante la comisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano, el 31 de enero de 1941 y fue publicada en los diarios argentinos del día siguiente. El coronel Knox decía que no era posible en esos momentos establecer una paz negociada con Alemania, porque la inteligencia alemana iba a desbordar de inmediato sobre las riquezas potenciales de América latina. Resumía a continuación los pasos sucesivos que —según él— Alemania daría para dominarnos. *Primero —decía el coronel Knox—, llegaría la penetración económica. Luego la dependencia económica y en seguida el predominio político. Sobre esas bases se establecerían gobiernos títeres bajo el control nacionalsocialista o nativo... Así se completaría el ciclo, a veces con métodos directos, a veces con métodos indirectos.* El panorama del coronel Knox coincide casi exactamente con el desgarrador espectáculo a que asistimos desde hace más de dos años, con la pequeña variante de que algunos términos han sido invertidos, como es natural que ocurriera por la diferente sicología

y aptitud de los supuestos dominadores en cada caso. Los germanos, en la concepción del coronel Knox, comenzaban afirmando una supremacía económica para obtener al final una hegemonía política a través de un gobierno títere. Los británicos se han caracterizado por operar al revés: primero ponen el gobierno títere y después, a través de las palabras libertad y democracia, se chupna la economía de los pueblos, como quien se chupa el contenido de un mate a través de la bombilla.

### *Participación a los rivales*

Los británicos tienen muchas características relevantes —algunas espontáneas y otras cultivadas— que tienen la virtud de desconcertar e irritar. Una de esas características es la de saber dar participación en sus operaciones. Las resistencias se atenúan y la complicidad diluye la responsabilidad. Ellos se apoderan de los objetivos prefijados y distribuyen el resto. La resistencia queda entonces reducida a la que puede ofrecer la víctima, que es poca, en general, porque ha sido previamente amordazada y maniatada. A juzgar por las apariencias, Estados Unidos estaba inquieto. Se le ofrece entonces la firma de un pacto de ayuda mutua. Un pacto de ayuda mutua entre Estados Unidos y la Argentina es de una desproporción de fuerzas y de objetivos que colinda con el ridículo. Pero el medio millón de hombres que podríamos proporcionar en caso de un conflicto bélico serviría para sustituir a otro medio millón de “muchachos americanos”. Frente a esa perspectiva, ¿qué le importa a Estados Unidos que Gran Bretaña se quede con los ferrocarriles, los teléfonos, las usinas de energía eléctrica y algunas otras cositas más, siempre que además le reserve cierto campo de acción en la minería y una participación en el petróleo? ¿Será algo semejante a esto lo resuelto a este respecto en la entrevista de Eisenhower y McMillan? ¿O el viaje de los aviones tendrá nomás un carácter de prevención?

El pavo trufado está sobre la mesa. Para uno va una pata. La otra pata para el de más allá. Un pedazo de pechuga para aquel que chilla. Alemania se alza con el regalo de sus antiguas empresas. En realidad, de las antiguas empresas alemanas queda poco. La obra que hizo el Estado argentino sobre esa base es verdaderamente prodigiosa. De ella no hablan los diarios. Pequeñas compañías comerciales fueron transformadas en enormes empresas industriales. Talleres insignificantes, en usinas del más alto grado de perfección fabril. La línea de producción de DINIE surtió al país de la mayoría de los artículos que antes abastecía Europa. Los ingenieros argentinos que intervinieron en su dirección y administración merecen nuestro reconocimiento. Supongo que alguien escribirá la historia de DINIE.

### *La desintegración de 30 fábricas*

La Comisión de Empleados y Obreros de DINIE hizo un análisis del anteproyecto de decreto por el que se enajena el patrimonio físico ex alemán. Dice que la operación “significará la desaparición lisa y llana de 30 grandes plantas fabriles y la consumación de un negocio internacional difícil de calificar” que hubiera sido “imposible de refrendar por la vía parlamentaria”. Agrega que “al aplicarse el mecanismo de valuación que prevé el proyecto, se ponderarán los daños de guerra a valores congelados de 1945 y se justipreciará el valor de lo incautado con el criterio del valor actualizado en 1957, consumándose en esta torpe operación comercial una aberración contable de graves consecuencias para la economía nacional”. Las críticas que formula la Comisión de Empleados y Obreros de Dinie está justificada. De la lectura del anteproyecto de convenio se desprende que el propósito fundamental no es tanto el de reintegrar a los alemanes las propiedades que fueron incautadas, sino el de dismantelar simple y llanamente las industrias creadas sobre esa base. Era lógico esperar que el Estado argentino se reservara el dere-



cho de adquirir las empresas que salen a remate o de conservar las que no obtuvieran postor. El artículo 8º ordena su desintegración. Dice textualmente: "Cuando por falta de postores no se realice el remate de alguna de las empresas, se dispondrá uno nuevo dentro de los 90 días siguientes con reducción de la base en un 25 por ciento. Si tampoco existieran postores, se ordenará la venta dentro de los 180 días siguientes, sin limitación de precio, pudiendo realizarse el remate ya sea en conjunto o separadamente de cada uno de los bienes que compongan la empresa." De lo cual se deduce que lo fundamental no es tanto satisfacer las demandas alemanas como despojar al Estado argentino de todo su activo industrial. Esas empresas constituían una comprobación de la capacidad del Estado argentino para administrar. Su producción competía en precios con la importación y las empresas rivales. Sus ganancias permitían una generosa capitalización y la distribución de hasta tres aguinaldos anuales a sus obreros y empleados. Las empresas que subsistan comenzarán a producir capital alemán invertido en la Argentina. Los alemanes comenzarán a tener un interés paralelo a los intereses británicos y servirán por lo tanto para apuntalarlos en caso de apuro. Los ciudadanos que en ellas se ganaban honrada y holgadamente su vida, irán a aumentar los ejércitos de desocupados que fueron característicos del infame decenio de los años 30.

### *El escándalo suizo*

Concesiones semejantes a las acordadas a los alemanes parecen haber sido convenidas con los franceses. Se habla del compromiso de restituir a sus antiguos propietarios el monopolio de las cervecerías. Los franceses alegan que defienden los intereses de los pequeños accionistas.

José Luis Torres, que es el mayor experto del país en el asunto Bemberg, afirma que esos accionistas nunca existieron y que la mejor prueba es que los interesados jamás fueron

identificados en nombre ni en número. Asegura, en cambio, que los capitales de los Bemberg son de tal cuantía que pueden moyilizarse a su favor un número prodigioso de voluntades en cualquier tipo de gobierno y en cualquier país, tanto aquí como en Francia. Los demás son comparsas que no pueden hacer otra cosa que seguir la orientación de la mayoría. La única actitud que ha provocado sorpresa es la de Suiza. Hace pocos días los representantes de sus intereses hicieron un escándalo mayúsculo en los ambientes financieros estadounidenses a consecuencia del cual "el Banco de Importación y Exportación y los bancos privados norteamericanos rechazaron solicitudes de cien millones de dólares para financiar la licitación obtenida por la Westinghouse Internacional para construir la gran usina eléctrica del Dock Sur, en Buenos Aires", según textualmente narra Joseph Newman, corresponsal de *Herald Tribune*. De inmediato la construcción de la superusina —contrariando preceptos terminantes de la ley de contabilidad— fue acordada directamente, sin nueva licitación, a una empresa británica, que además de los precios exagerados cobra un interés del 7¾ por ciento por sus facilidades crediticias. Lo cual demuestra a las claras que la protesta de Suiza fue una escena más en el desarrollo de ese sainete de Vacarezza que se denomina "nacionalización de la CADE y de la ITALO", que terminará, tal cual lo preveía el Plan Plebisch, por un rechazo judicial de la anulación de las ordenanzas 8028 y 8029, por un convenio transaccional en que la CADE y la ITALO revalorizarán sus activos y limpiarán sus antecedentes con una concesión aparentemente más sana que se fundará en la constitución de una gigantesca sociedad mixta, donde el Estado aportará la usina de San Nicolás, los derechos sobre la nueva usina de Dock Sur y los mil millones que la CADE debe aún y que fue el capital con que aumentó en años pasados la capacidad de sus usinas de Puerto Nuevo. "Todo ello podría transformarse en acciones que el Estado ofrecería en suscripción, a ser cubiertas a plazos, a los industriales, al público y a las organizaciones obreras, a fin de que entre todas ellas constituyan la mayoría del capital accionario",

según textualmente dice el subinciso a) del inciso 2), del capítulo V, del "Plan de restablecimiento económico" que lleva la firma del doctor Raúl Prebisch.

### *La ubicuidad de la CADE*

En el correr de su siniestra historia, (la CADE se ha caracterizado por su extraordinaria movilidad y su don de ubicuidad.) En un tiempo tuvo su matriz en Bruselas. Allí por lo menos está fechada la Memoria de la Sofina del año 1935, en que los bienes de la CADE, que es de su absoluta propiedad, están totalmente amortizados y tasados en un franco. Poco después simuló mudar su sede a Buenos Aires. La cámara de diputados votó una ley especial eximiendo de impuestos a las empresas que se "nacionalizaran". La CHADE se ahorró varios millones en ese simulacro. Como los aires de esta ciudad se pusieron pesados, la CADE se mudó a Panamá, donde las obligaciones de las compañías son como el territorio de la república: muy chiquitas. Más adelante pareció que se hubiera radicado en los Estados Unidos, pues circuló la versión de haber sido designado presidente el ex embajador Messersmith. Ahora, de pronto, sin antecederente alguno, ha reaparecido en Suiza. Como a partir del 1º de diciembre, los depósitos bancarios estarán a disposición de los grandes consorcios y de sus inacabables maniobras, es indudable que pronto nos enteraremos de que la CADE ha vuelto a ser nacionalizada por tercera vez, mediante una sociedad mixta. La formación de un ámbito favorable al desarrollo de los planes de la CADE fue preocupación de los miembros del gobierno desde el momento mismo de su constitución. En la página 19 del folleto del doctor Luis Güemes —*Esquema de la actualidad institucional de la república*— se lee: "En el primer acuerdo de gabinete, un ministro, según testimonio público de otro —el doctor Luis B. Cerutti Costa, que se opuso a tal pretensión—, propuso la suspensión del artículo 40 para devolver los teléfonos a las compañías privadas y para asegurar

a la CADE la tranquilidad que decía necesitar para emprender reformas". Después de esa proposición formulada en la primera reunión de gabinete, el ministro siguió siendo ministro, lo cual demuestra que en lo único que había errado era en su precipitación.

### *El error de los ingleses*

En ese momento no estaban todavía suficientemente depuradas las instituciones armadas ni entorpecido y confundido el espíritu público con la incansable propaganda del periodismo ni copados los cargos directivos de todas las instituciones civiles que dicen representar algún sector, ni anarquizadas las agrupaciones obreras. Han corrido dos años desde esa primera reunión de gabinete. El plan de relajamiento del espíritu público argentino —que indudablemente se ha cumplido paralelamente al plan político y al plan económico— ha dado un resultado contrario al que se propusieron los que invadieron el país escondidos en el caballo de troya de las disconformidades políticas lugareñas. El número de informados y de indignados aumenta constantemente. El ejemplo de Egipto nos está enseñando que es muy difícil doblegar a un pueblo decidido a ser el señor de su propio destino y el primer beneficiario de los frutos de su tierra y de su trabajo. Podrán los extranjeros con las mil ingenuas artimañas que ponen en juego, adueñarse transitoriamente de los ferrocarriles, de los teléfonos, de las usinas de luz, de los depósitos bancarios y del monopolio del comercio exterior. Ya tendrán que devolver todo a su debido tiempo, aumentado en el monto de los daños y perjuicios que nos están causando.

A veces tengo la impresión de que los ingleses están perdiendo las cualidades en cuya virtud manejaron omnímodamente el mundo en todo el transcurso del siglo pasado. Repiten las acciones casi automáticamente, desdeñando tomar en consideración las profundas variaciones experimentadas por los pueblos. Por lo menos hasta hoy, parecen no haber com-

prendido que el pueblo argentino no es el mismo de 1935. Ni las circunstancias del mundo tampoco.

*Si seguimos así, los hombres de armas cuidarán una soberanía inexistente*

Cuando yo era joven tenía a mi servicio un muchacho menudo de cuerpo, de expresión vivaz, excepcionalmente locuaz y discurridor. Su defecto era el excesivo apego a los pesos sueltos que quedaban en mis bolsillos. Lo perdonaba porque se mantenía dentro de un margen tolerable y me entretenía con su ingenio. Con frecuencia ocurrían escenas semejantes a ésta:

—Antonio Cutrín, sacaste billetes de mi bolsillo.

—Los conté solamente, señor.

—Me faltan cuatro pesos.

—Usted es el patrón y no puedo contradecirle. Pero si usted suma los cuatro pesos que le faltan a la cantidad de dinero que tenía ayer, observará que le sobran cuatro pesos. Si entonces le resta los que le faltan verá que tiene la cantidad justa.

—Tenía catorce pesos. Ahora tengo solamente diez.

—Es exactamente la diferencia que decía usted. Si suma los cuatro pesos a los catorce que tenía ayer, tendría dieciocho. Si le quita los cuatro que le faltan tiene exactamente catorce.

—Pero tengo diez.

—No querrá el señor que repitamos lo ya aclarado. Sería cuestión de nunca acabar.

—Antonio, si hubieras nacido en Grecia serías un sofista memorable y quizás Diógenes Laercio hubiera contado tu vida. Si hubieras nacido en Inglaterra llegarías a ser un gran financista. Con seguridad te mandarían a la Argentina como gerente de frigoríficos o de ferrocarriles. Todavía estás a tiempo de enmendar tu destino. Si estudias alguna carrera contable, te cambias el nombre por alguno menos vulgar y

dejas crecer un prolijo bigotito, quizá llegues a ser ministro de hacienda.

Esta anécdota de mi juventud repercute insistentemente en mi memoria. Pero es tan inusitado y fuera de razón lo que está ocurriendo en el país que a veces, como renovado Pirandello, uno se pregunta: ¿Es esto una cosa seria? El presidente de facto, general Aramburu, aseguró que “ésta no es una revolución vendepatria”. Una revolución es un hecho complejo donde intervienen factores dispares que muchas veces es injusto encerrar dentro de una adjetivación simple. Pero lo indudable es que gran número de los consejeros civiles adoptados por la “revolución libertadora” merecen ese calificativo. Por su parte, el vicepresidente de facto, en su discurso pronunciado en Misiones, afirmó rotundamente en nombre de la revolución que “nosotros no enajenamos ni enajenaremos la soberanía de la Nación a ningún precio”.

En el juicio que sobre los gobernantes emiten las generaciones que les suceden, cuentan los hechos, no las palabras. Nerón decía que era un artista. Los romanos y los cristianos pensaban otra cosa. Las palabras son como las hojas secas. No sirven sino para el uso que les daban Adán y Eva antes de descubrir que las palabras pueden sustituirlas con ventaja en su función de encubridoras. Si la “revolución” prosigue por el mismo camino y a la precipitada marcha con que avanza, puede ocurrirle que al final esté cuidando con sus armas algo que no existe ya, como le ocurrió a aquel centinela de Moscú. Nadie sabía qué cuidaba ni por qué un soldado de la guardia real prohibía acercarse a un sitio de los jardines reales. Alguien dio en averiguar los antecedentes. Descubrió que muchos años antes, al pasar por el lugar, la gran Catalina vio una rosa de color y perfume excepcional. Ordenó que un centinela cuidara el lugar para que nadie se acercara. La rosa se marchitó con el andar de los días. La planta misma envejeció y se secó en el transcurrir de los años. Los centinelas se fueron renovando y transmitiendo los unos a los otros la consigna. No sabían por qué, pero no dejaban aproximarse a nadie. Estaban protegiendo una rosa que había desaparecido mu-

chos años antes. Si seguimos así, los hombres de armas cuidarán una soberanía que ya no existe. Porque la soberanía no es un concepto que envuelva exclusivamente el territorio nacional, ni se expresa solamente en sus símbolos. La soberanía es el tejido de derechos en que todos estamos amparados por el solo hecho de haber nacido aquí. Es la suma de privilegios que los nativos tenemos sobre los extranjeros. Es el mutuo deber de sostenernos los unos a los otros, difiriendo todas las discrepancias frente a la amenaza de los extraños. Es la obligación de cuidar el patrimonio de los que vendrán. La soberanía es el más alquitarado concepto de la patria. Es como el espíritu del hombre. Pero el espíritu del hombre no existe donde no existe un cuerpo humano que lo sustente. *Mens sana in corpore sano* decían los latinos y los socios del club Gimnasia y Esgrima. ¿Qué espíritu puede tener el hombre cuyo cuerpo es esclavo de otro? ¿Qué espíritu puede tener una nación cuyo cuerpo pertenece a los extranjeros? Para ser dueño de un campo, no necesito yo estar allá, cuidando personalmente mi fundo. Tengo sobre él un dominio lejano e inamovible: es mi título de propiedad. Los que en él trabajan, trabajan para mí. Eso mismo ocurre en el orden nacional.

La tónica más sostenida de esta "revolución" es la constancia con que se conjugan las medidas para transferir al dominio extranjero los elementos que dan unidad al cuerpo nacional, sin cuya existencia perfectamente discernible, clara y definitivamente diferenciable de los intereses extranjeros, la soberanía es una mera entelequia inexistente, un espejismo falaz, una simple palabra sin contenido real. Esta revolución sostuvo como ministro al ingeniero Ygartúa después que éste, en la primera reunión de gabinete, propuso entregar a los extranjeros el sistema de comunicaciones, y aprobó el decreto en que más mañosamente obtenía lo mismo con la intermediación de una sociedad mixta. Esta "revolución" entregó el manejo de los ferrocarriles a un antiguo empleado de los ferrocarriles extranjeros, como el ingeniero Dante Ardigó, que se opuso siempre a la nacionalización y la criticó como acto inconveniente. Allí permanece aumentando los déficits y endeu-

dando a la empresa. Desde el primer momento esta revolución decidió eliminar el artículo 40 de la Constitución, como lo demuestra la conferencia pronunciada en noviembre de 1955, por el doctor González Calderón, ex abogado de empresas ferroviarias británicas. Se liquidó el IAPI, contrariando expresas manifestaciones de más de 450 mil productores agropecuarios representados por la Federación Argentina de Cooperativas Agrarias. El ministro que firmó la liquidación pasó a ser empleado de la firma beneficiaria. Los depósitos bancarios fueron transferidos a las sociedades anónimas llamadas bancos, a los cuales nada les debe el país, como no sea el haber facilitado los manejos contrarios a la salud nacional de los llamados grandes financistas. Los capitales iniciales de esos bancos fueron absolutamente nulos en su origen. Tengo sobre mi mesa las declaraciones hechas en 1891 por el doctor Vicente F. López, entonces ministro de hacienda. Las dejaré para informar cuando pueda tratar el problema bancario en toda su extensión.

Los convenios multilaterales que acaban de ser firmados con gran solemnidad no se apartan, por cierto, de esta sostenida y nefasta línea de conducta. En 1946, en las primeras conversaciones sostenidas con los miembros de la misión que encabezaba sir Wilfred Eady, los asesores británicos trataron de inducir a la delegación argentina al tratamiento preferente de una conferencia internacional de comercio que se proponía algo muy semejante a las obligaciones que presumiblemente contienen los convenios firmados el 25 de noviembre con once naciones europeas. El subgerente del Banco Central elevó al día siguiente una nota a sus superiores en que decía que: "el señor Percivale Liesching expresó que venía a realizar conversaciones previas a la próxima conferencia internacional de comercio... que ya había realizado conversaciones con Francia, Checoslovaquia, Bélgica y Holanda... que ahora venía a la Argentina en razón de la gran importancia que Gran Bretaña le acuerda como país abastecedor... continuó tratando de dar la impresión de que si la Argentina no entraba, se encontraría aislada". El subgerente agre-

ga que "los delegados argentinos comprendieron de inmediato que eso era una estratagema... porque se colocaría a Gran Bretaña en una posición de protectora de la Argentina, asimilándola a uno de sus dominios"... Es imposible afirmar que algo semejante a esas proposiciones esté incluido en los convenios que acaban de firmarse, por la sencilla razón de ser éstos absolutamente desconocidos por el país.

### *El ocultamiento de los convenios*

Una vez suscriptos los convenios bilaterales, que en conjunto se dice que conforman un tratado multilateral, se dio a publicidad el texto del Acta de París, del 30 de mayo de 1956, que según *La Nación* "constituye el fundamento de los pactos multilaterales recién concertados". Es evidente que se dio a publicidad esa Acta nada más que para disimular el ocultamiento de los convenios que se acaban de firmar. El Acta de París, según lo habrá observado el que lo leyó, es un documento que carece en absoluto de importancia. Es una simple manifestación de deseos, y por eso los verbos se emplean en modo condicional. El primer documento que contiene obligaciones precisas para la República es el "Acta convenida" firmada en Londres el 15 de junio de 1956. ¿Por qué no se dio a publicidad? ¿Será para ocultar que según dice el punto 4, incisos I y II, "las cotizaciones en pesos para las monedas serán establecidas relacionando la cotización en pesos de la esterlina con los últimos tipos de mercado corrientes para la esterlina en términos de las otras monedas interesadas"? ¿Será para ocultar que ya entonces se daba por ejecutada la reforma bancaria, al convenir que las operaciones de arbitraje monetario se harían por el Banco Central, cuando se tratara de cambio oficial "o por los bancos comerciales argentinos por cuenta propia" cuando se tratase del mercado libre, según lo especifica el punto 6? ¿Será para ocultar la obligación que contrae el gobierno argentino de presentar planillas trimestrales de sus pagos y arreglos, como

ordena el punto 12? ¿Será para ocultar la obligación que contrae el gobierno de "eliminar todos los diferenciales de precios y de aforos entre el dólar americano y las monedas de los países participantes", eliminación que aumentará nuestra ya insostenible angustia de dólares? ¿Será para no mencionar los saldos favorables a la Argentina que en ese momento teníamos con Suiza, Bélgica, Dinamarca y Noruega? (Pero ni aun la publicación del "Acta convenida", firmada en Londres el 15 de junio de 1956, hubiese satisfecho la expectativa pública ni calmado la justa alarma.) Las preguntas se suceden con perfectamente justificada prevención. ¿Qué obligaciones ha contraído el país en cada uno de los convenios firmados? ¿Cuáles son las responsabilidades precisas? ¿Qué perjuicios van a ocasionarnos? ¿Qué interés argentino lesionan, para mantenerlos tan celosa e indebidamente reservados? ¿No sabe el gobierno que la primera obligación democrática y republicana que le incumbe es la de dar publicidad a sus actos? ¿Por qué estos convenios se tramitaron a espaldas de los partidos políticos? ¿Por qué no se los consultó, como era inexcusable en un gobierno que carece de autenticidad jurídica para obligar a la Nación? Esta consulta a la opinión pública era tanto más justificada cuanto el mismo vicepresidente de facto confesó en su discurso de Misiones que ellos debieron "improvisarse como hombres de gobierno". Dijo Rojas: "Nosotros veníamos de los cuarteles, de las bases y de los buques de guerra con nuestros conocimientos específicos y nuestras modalidades profesionales. Debíamos, por fuerza de las circunstancias, improvisarnos en hombres de gobierno". Un telegrama originado en Berna y publicado en *La Razón*, del 26, decía que el embajador argentino había manifestado su complacencia por "la incorporación de Suiza al convenio". Eso le demostraba que las "divergencias en torno a la CADE y la Italo fueron conciliadas". ¿Es ésa la primera consecuencia de los misteriosos acuerdos? ¿La segunda consecuencia es la presión que en base a los compromisos que se dicen contraídos están haciendo varios de los países signatarios para que desintegremos nuestra flota mercante? "Próximamente —dice *La*

*Prensa* del 3-XII— comenzarán las deliberaciones entre los representantes de nueve de los once países signatarios del convenio multilateral en torno a la situación existente respecto a la marina mercante argentina, en favor de la cual, afirman dichos países, el gobierno argentino ha realizado una política de preferencia... las conversaciones sobre esta cuestión fueron aplazadas hasta después de la firma del convenio... uno de los argumentos que fundamenta la política argentina es la de proteger a la navegación costera que solamente realiza viajes de ida y vuelta a Brasil"... ¿Ni siquiera una flota para comerciar con los vecinos podremos conservar? ¿A qué otras cosas horrendas nos ha comprometido este gobierno de "improvisados"?

### *Un discurso silencioso*

Es inútil que para informarnos releamos el discurso del ministro de Hacienda. Es un discurso silencioso, que no toca el tema. Habló elogiosamente de "la simetría auspiciosa" que según él ofrece Europa Occidental. Dijo que esos convenios "reafirman una vez más el firme propósito de afianzar el imperio del derecho, única garantía efectiva para los argentinos y extranjeros", pero no dijo una sola palabra de los inmensos intereses concretos que se sacrificaban. ¿Estará incluido en alguno de esos convenios la obligación argentina de transformar en sociedades mixtas a Y.P.F. y a los ferrocarriles y de poner en marcha la sociedad mixta de comunicaciones que el ingeniero Ygartúa dejó ya estructurada? ¿Por qué lanza a la circulación pública Y.P.F. bonos por los primeros 500 millones de pesos? Es que no se ha visto el peligro de que ellos sean suscriptos en su mayor parte por el gerente de la Standard o de la Shell Mex, por ejemplo, o por cualquiera de sus empresas comanditarias, conexas o subsidiarias? Los bancos de su misma nacionalidad no tendrán ningún inconveniente en ofrecerle las sumas que necesite. No tienen más obligación que la de mantener el interés de sus préstamos dentro del

límite máximo que fijará el Banco Central. ¿Por qué se corre el riesgo de que los intereses extranjeros se infiltren en el cuerpo de Y.P.F.? Las cajas de Previsión Social disponen de fondos líquidos que exceden a los 10.000 millones de pesos anuales. La inversión que ofrece Y.P.F. es tan ventajosa para el inversionista que se parece a la usura. Un 9 por ciento mínimo creciente hasta un máximo de 20 por ciento con garantía de que la moneda que se invierte, además de estar libre del impuesto a los réditos, estará a salvo de la amenaza de la desvalorización. ¿Por qué se intercaló esa inusitada garantía, si no es para atraer a los extranjeros? ¿Y por qué los extranjeros habrían de importar capitales del exterior, si pueden usar libremente los que tienen en depósito? Los recelos se acrecientan cuando se sabe que los interventores de las Cajas de Previsión se manifestaron dispuestos a suscribir todas las sumas que Y.P.F. necesitase. No podían haber soñado con una inversión más segura y rendidora para los ingentes caudales que perciben anualmente. Pero fueron convocados por el ministro de Hacienda, que en una brevísima entrevista les prohibió suscribir bonos de Y.P.F. La entrevista fue sumaria y la orden terminante. Como de ella no quedó constancia escrita, espero el desmentido ministerial. Los interventores sabrán quién dice la verdad. ¿Se deducirá también de algún convenio la prohibición de inmovilizar los fondos de previsión en objetivos de utilidad nacional? No me sorprendería demasiado.

### *El instituto nacional de reaseguro*

Otra fuente de fondos líquidos que está a punto de cegarse es el Instituto Nacional de Reaseguro. La liquidación equivaldrá a la transferencia al Lloyd de Londres de la masa de reaseguros, que deja una ganancia anual superior a los 200 millones. La cobertura de las primas nos obligará a un drenaje de más de 30 millones de dólares por año. Las compañías pequeñas y las cooperativas cerrarán a corto plazo y

el seguro volverá a concentrarse en pocas y poderosas filiales de las compañías extranjeras, tal como ocurría antes. ¿Estará el cierre del INDER comprometido en alguno de los convenios?

Para poner un broche de oro a su obra, a este gobierno no le faltaría nada más que dictar un decreto semejante al que el 19 de abril de 1822, firmaron Martín Rodríguez y Bernardino Rivadavia, de acuerdo al cual eran considerados "vagos" todos los nativos de la tierra que no fueran empleados del gobierno o no estuvieran conchabados al servicio de la oligarquía o de los extranjeros que se habían posesionado de la tierra. "El jefe de policía y todos sus dependientes, tanto en la ciudad como en la campaña, quedan especialmente encargados de apoderarse de los vagos, cualquiera que sea la clase a que pertenezcan" (Art. 1º). "Todo individuo que espida certificados o deponga en favor de un aprehendido por vago, a fin de liberarle de esta nota y de las penas establecidas, justificada la falsedad de su información, si es empleado público será destituido y a más sufrirá, como todo particular, dos meses de prisión en la cárcel de deudores" (Art. 9º).

El porvenir no es muy risueño, por cierto, si calculamos que todo este desbarajuste es esencialmente obra de los británicos que deben operar sin capitales y sin más ayuda que su ingenio y su habilidad para encadenar voluntades. Si los norteamericanos se decidieran, la operación de desalojar a los argentinos de esta tierra podría efectuarse rápidamente. Calculemos. Son 25 millones de hectáreas de tierra de pan llevar. A dos mil pesos por hectárea —que es buen promedio— se compran con 50.000 millones de pesos, es decir con apenas unos 1.300 millones de dólares, justamente la cantidad que el doctor Prebisch decía en 1955 que el país necesitaba para progresar. ¿Sería para desalojarnos? ¡Qué duda horrible! En el Uruguay no cabíamos todos juntos. Purgáramos la culpa de no haber previsto a tiempo el peligro de dejar librada la tutela de todo lo que encierra la soberanía a hombres inexpertos, capaces de dejarse seducir por la dialéctica de Antonio Cutrin.

## *Un reconocimiento de deudas que más parece un regalo*

En el momento en que comienzo a escribir esta nota brilla un sol tutelar cuyo transparente optimismo aún no ha sido manchado por los errores de este gobierno. Este claro cielo apenas teñido de azul no es exportable y por eso podemos gozar de él gratuitamente, tal como los antiguos gauchos consumían la carne vacuna antes de que su exportación tentara a los negociantes ingleses. Bajo la tibia afabilidad de sus rayos es grato divagar en el vaivén de los recuerdos y de la imaginación en que el mundo hostil se torna plástico y dócil como una miga de pan entre los dedos. Perdonará el lector que me rinda a la seducción de barajar en el mismo mazo de la fantasía hechos que ya no se repetirán y sucesos que aún no han ocurrido.

En los comienzos de este siglo —allá por la época del primer centenario— yo era un adolescente y, a juzgar por algunas expresiones de mi padre, ofrecía entonces a mis progenitores la misma índole de problemas que mucho más tarde debía presentar a los explotadores extranjeros, problemas que caben cómodamente en una sola interrogación: "Y con éste, ¿qué hacemos?" Deduzco esta conclusión de una frase expresada por mi padre una tarde en que, haciéndose el distraído, me miraba jugar con unos barquitos de madera. Mi padre dijo: —Evidentemente, la vocación de este chico es la de ser marino. Cuando tenga la edad lo vamos a inscribir en la Escuela Naval.

El propósito de mi padre no se cumplió, pero quizás esas frases se insumieron en mi subconciencia y en el correr de los años fueron formando mi profunda simpatía por los hombres de mar y dando a mi espíritu algo de esa soledad inconmensurable e incommunicable característica de los hombres fuertes que son profesionalmente desafiantes de la corrosiva nostalgia de los días de calma y de la telúrica amenaza de los días de tormenta. Bajo la caricia suave de esta cola de pampero que ha limpiado el cielo, dejo que la imaginación resucite

los años ya disueltos en el tiempo y los baraje a su albedrío. Calculo que si se hubiese cumplido la decisión de mi padre, hoy, de acuerdo con los exclusivos méritos de mi mayor edad, sería el más alto jefe de la marina de guerra, si no me hubieran colgado por díscolo, de una verga del palo mesana. Otros llegaron; ¿por qué no pude haber llegado yo? No me tiente ni el mando ni el oropel de las jerarquías, pero me ahinco con placer a esa suposición, porque en uso legítimo de mi autoridad podría dar realidad a lo que buena parte del país responsable está deseando hacer. Sonríó al imaginarme a mí engalanado con los entorchados de vicealmirante, y el ceño se me ajusta al darme cuenta de la responsabilidad que estoy asumiendo, porque yo, irreductible, me supongo, en la misma posición que me ha colocado el destino, convocaría de inmediato a los jefes responsables de la cada vez más errónea ubicación en que se pretende situar a la marina de guerra, y les hablaría así:

—Señores, han excedido ustedes las atribuciones del mando y para eludir sus responsabilidades personales están desplazando a la marina de guerra de la estrategia moral de sus funciones. Por ese camino divorciarán a la institución del cariño y de la simpatía del pueblo argentino y nuestra institución debe estar por arriba de nuestras debilidades personales y mantenerse limpia de nuestros errores y flaquezas. Han abusado ustedes del empleo de palabras cuyo íntimo contenido profesionalmente ignoran, como las palabras libertad y democracia, que si bien son gratas para todo bien nacido corazón de argentino, suelen utilizarse arteramente para disimular los intereses extranjeros que bajo el atrayente encanto de su disfraz se infiltran en el cuerpo de la Nación para corromperlo, descomponerlo y utilizarlo. Rápidamente se avecinan horas difíciles en que quizás esté en juego la supervivencia de la Nación y aun de los individuos. Es urgente e indispensable planificar los peligros para planificar las defensas. La providencia nos ha dado una geografía de privilegio. No la comprometamos con pactos que será imposible dejar de cumplir. No demos al poderoso la mayor fuerza de un derecho adqui-

rido. Quizás constituyamos el último reducto para un tipo de civilización que amenaza extinguirse en el fuego de sus propios descubrimientos. Nuestra institución es un elemento clave en esa planificación de la paz que no será posible mantener sin lograr primero el punto de apoyo de la unificación nacional. Ustedes se dejaron envolver y confundir por sentimientos que son ajenos a nuestra institución. Aducirán que al principio obraron con el impulso generoso de poner coto a la prepotencia y al abuso del poder. Los apasionados políticos, aun los más nobles, provienen de un fraccionamiento de la voluntad nacional, de cuya integridad somos y debemos ser exclusivos servidores. Además, la inexperiencia en un campo tan extraño a nuestra profesión, como es la política, nos conduce a cometer errores tan grandes que nuestras acciones obtienen consecuencias contrarias a las que nos proponíamos conseguir. Lo ocurrido con el ex contralmirante Teissaire es dolorosa prueba de la inhabilidad política de los jefes que han asumido temporariamente la representación de la marina. Lo escarnecieron públicamente. Lo entregaron al odio y a la complacencia morbosa de los peores sentimientos políticos. No comprendieron que al infamar al ex contralmirante Teissaire no dañaban al partido político que presidía hasta poco antes, porque dentro de ese partido era un ser adventicio, un verdadero intruso. Enceguecidos por el apasionamiento político no percibieron que al proceder así estaban desprestigiando a la institución que lo había formado y donde el ex contralmirante había sido uno de sus jefes, distinguido por su carácter, su inteligencia y su vocación. Para el pueblo, el objeto de la befa era un marino, no un político. Quien sufría menoscabo con la exhibición era la marina de guerra, no el partido político. A tan crasos errores conduce la ceguera de la inhabilidad. Ahora corren rumores que aseguran que la marina de guerra proyecta replegarse sobre sí misma, en recelo inamistoso hacia las posibles decisiones del pueblo. ¿No temen volver a equivocarse? Sólo en momentos de extremo desvarío pueden las instituciones armadas pensar en subsistir divorciadas del destino del pueblo de que forman parte. Es como



si se pensara que un brazo puede seguir trabajando después de ser amputado o una rama dando frutos después de haber sido hachada. Salvo casos excepcionales, un hombre vale por otro hombre. Un jefe por otro jefe. Las promociones nuevas cubren de inmediato las bajas y las instituciones y la vida continúan.

Por eso, en mi fantasía de primavera, yo reunía a un pequeñísimo grupo de jefes que con su obstinadamente equivocada orientación están impidiendo la integración de las instituciones armadas al cuerpo nacional y con la voz tonante que supongo me habrá dado el hábito de mandar, ordenaba:

—Señores. Firmes. Media vuelta. De frente, march...

Y los dejaba avanzar. Y al avanzar se iban volviendo cada vez más pequeñitos, pequeñitos, pequeñitos... Y entonces mi fantasía tomaba otro rumbo. Fue también por aquellos años cercanos al centenario, cuando Victorino de la Plaza pronunció su resonante conferencia en el teatro Odeón.

El doctor Jorge H. Guerrico hace pocos días, ha corregido algunas afirmaciones que emitió el doctor Alfredo L. Palacios sobre el enriquecimiento del doctor de la Plaza. Yo profeso una antigua simpatía por Victorino de la Plaza. Fue un dilecto servidor de los intereses británicos, pero tuvo un generoso gesto de reprobación para los que se prestaron a sus dolosos manejos. Dijo el doctor de la Plaza, en el teatro Odeón: "Es un hecho sin ejemplo el haber distribuido cerca de sesenta millones de pesos oro en arreglos de garantías, suprimiendo la cláusula de reintegro de las sumas anticipadas establecidas en los contratos, sin que tan inusitada munificencia arrancase un grito de protesta". Los hechos que provocaron la indignación del doctor de la Plaza tuvieron el siguiente origen: en 1893 quedaban aún diez ferrocarriles cuyas ganancias mínimas estaban garantizadas por el gobierno argentino. En los contratos de concesión se habían calculado los gastos —y eran aproximadamente exactos— en el 50 por ciento de las entradas brutas de cada ferrocarril. El gobierno debía percibir el 50 por ciento considerado contractualmente como ganancia y agregar las sumas necesarias para cubrir el interés garantizado.

El gobierno pagó los intereses garantizados. Las empresas no entregaron jamás el 50 por ciento de sus entradas brutas. En 1893, durante la honorable y por eso mismo efímera presidencia del doctor Luis Sáenz Peña, bajo la dirección de José A. Terry y del ingeniero Miguel Tedín, ejemplo de probidad ambos, se efectuó un verdadero balance del país, que en octubre de 1893 se elevó al Congreso Nacional. En él se decía que "en el *debe* del gobierno figura como cantidad anual a pagar a los ferrocarriles garantizados la cantidad de \$ 3.752.530.— más \$ 7.604.143, por garantías atrasadas impagas. Pero en el *haber* debe figurar la cantidad de \$ 15.019.685.— por devoluciones... que las empresas no entregaron al gobierno en su oportunidad". En 1896, bajo la presidencia del general Roca, se omitió considerar estos antecedentes y para rescindir las garantías se repartió gratuitamente entre las varias empresas ferroviarias la cantidad de \$ oro 58.500.000 en títulos que se conocen en la historia financiera con el nombre de "Empréstito de Rescisión de Garantías" y que a pesar de su pomposa designación, fue un simple regalo —como casi todas las operaciones que en el transcurso del siglo pasado y comienzos del presente se denominaron "Empréstito"—. La censura del doctor Victorino de la Plaza estaba, pues, perfectamente justificada.

La pequeña discrepancia entre el doctor Guerrico y el doctor Palacios me ha sido útil para traer a colación el munífico procedimiento con que en tiempos del régimen se repartían los empréstitos y para fundamentar mi temor por el crédito que inesperadamente se le otorgó a Gran Bretaña en el acto de la firma de los once convenios bilaterales que, según se dice, encierran algunas prescripciones multilaterales. En efecto, aunque en este acto no se firmó acuerdo alguno con Gran Bretaña, los diarios dieron por sentado que en él se le había reconocido una deuda por más de 64 millones de dólares, 11.214.700 provenientes de deudas comerciales cuyo origen y calidad el país ignora por completo y 53.200.000 originada en actividades que se llaman oficiales. Mientras el gobierno no se digne informar a la opinión

pública, es imposible discurrir sobre las llamadas deudas comerciales. ¿De dónde provienen? ¿Quiénes las contrajeron? ¿Por qué el gobierno se hace cargo de ellas? ¿Tienen alguna contrapartida de reconocimiento privado? ¿En qué moneda? Todo es misterio. Y no se puede opinar sobre materia tan abstrusa sin una base documental indudable. Pero la deuda llamada oficial no puede haberse formado en forma ajena a las cifras que son públicas. Tratemos de aclarar el tema. La Memoria del Banco Central correspondiente al año 1955, publicada bajo este gobierno en julio de 1957, es el último documento librado al conocimiento público, porque la Memoria de 1956 no ha sido aún publicada y dejo sentada mi denuncia y mi protesta por esa morosidad indisculpable. En la Memoria de 1955 nos enteramos que el saldo a favor de la Argentina que teníamos en las relaciones con Gran Bretaña el 31 de diciembre de 1954 era de 41 millones de pesos moneda nacional, equivalente a 8 millones de dólares. Este saldo positivo, en un solo año, se transformó al final de 1955 en un saldo negativo de 203 millones de pesos (40 millones de dólares), que nosotros debíamos a Gran Bretaña. El Boletín de Estadística de enero-junio de 1957, nos informa que durante el año 1955 nosotros enviamos mercaderías a Gran Bretaña por valor de 201 millones de dólares e importamos de ese origen artículos por valor de 76 millones de dólares. Tuvimos, por lo tanto, un saldo favorable de 125 millones de dólares. Pero Gran Bretaña nos envía productos y mercaderías de muchas partes del globo, fundamentalmente combustibles, yute y arpillera de Venezuela, del Kuwait, de la India y del Pakistán. Supongamos generosamente que todos los saldos negativos que tuvimos con esas diversas zonas corresponden a intereses de Gran Bretaña y que deben ser contabilizados a su favor. Tendríamos este pequeño balance:

Saldo favorable a la Argentina en el comercio con Gran Bretaña, en 1955 ...	\$ u/s. ÷	124 millones	
Saldo en el comercio con Venezuela en 1955 .....	" "	- 53	"
Saldo en el comercio con el Asia, con exclusión de Japón y URSS, en 1955 ..	" "	- 84	"
Saldo a favor de Gran Bretaña, en 1955	" "	- 13	"

Entonces podríamos cerrar esta cuenta así:

Saldo favorable a la Argentina el 31-XII-1954 .....	\$ u/s. ÷	8 millones	
Saldo negativo del año 1955 .....	" "	- 13	"
Saldo hipotético que debía resultar el 31-XII-1955 .....	" "	- 5	"

Es evidente que hemos omitido tomar en consideración alguna cuenta. El Banco Central estima el saldo favorable a Gran Bretaña el 31-XII-1955 en 40 millones de dólares. Nosotros deducimos apenas uno de 5 millones. ¿De dónde provendrá la diferencia? En la página 59 de la citada Memoria se hace una imprecisa referencia a algunos restos del empréstito del 4½ por ciento de la Provincia de Buenos Aires, llamado del "Capital del Banco Provincia". Este empréstito fue emitido en 1910. Su fondo de amortización del 1 por ciento debía haberlo cancelado completamente en 1948. Los saldos no pueden ser de cuantía. La Memoria tiene, además, otra vagorosa referencia a "servicios financieros, jubilaciones y pensiones". ¿Provendrán los compromisos adquiridos de una capitalización de pensiones, jubilaciones y ganancias privadas bloqueadas? ¿Se habrá seguido la misma técnica para alcanzar en junio de 1956 la cantidad de 53.000.000 de dólares en que se establece la demanda de origen "oficial"? ¿No se está pareciendo esto a la "inusitada munificencia" de que hablaba el doctor Victorino de la Plaza? ¿Se habrá seguido en materia financiera el mismo tipo de política contraproducente con que se intentó humillar y desalentar al partido que presidía el ex contralmirante Teissaire y que en lugar de debilitarlo y achicarlo lo agrandó y fortificó a costa de la reputación de un alto jefe de la armada?

La realidad es dura y cruel. Por eso es tentador cerrar los ojos y entresonar. Mi fantasía vuelve a mostrarme el reducidísimo grupo de responsables que en cumplimiento de mi hipotética orden aún siguen marchando y se ven cada vez más pequeñitos, pequeñitos, pequeñitos... Desgraciadamente, el endeudamiento y la miseria que dejan a su paso es cada vez más grande, más grande, más grande... Ya casi no nos va quedando nada más que este sol tutelar, la ancha extensión de nuestro horizonte emocional, donde todo el mundo cabe, y esta convicción profunda que todos tenemos dentro del corazón y que cada día se vuelve más fuerte, más fuerte, más fuerte...

*Como un hombre devorado por la fiebre,  
también el país necesita extirpar sus bacilos  
y restablecer la armonía de los órganos*

Pido disculpas al lector por mi enfermedad. La enfermedad es una especie de inmoralidad, una pérdida del equilibrio orgánico, un desacuerdo entre las diversas funciones de los órganos. Yo le hablaba de estas cosas a mi médico y él sonreía tolerantemente. Estaba expresando convicciones profundas y él creía que mis palabras eran el producto de la fiebre. Cuando decía, en cambio, cosas comunes, él creía que mi temperatura había vuelto a su índice normal. Lo cual significa que mi médico aprecia mis cualidades intelectuales en menos de lo que las aprecio yo mismo. En realidad, yo no hacía sino aplicar a mi propio caso las doctrinas de Metchnikoff. Reconocía que mi organismo había sido invadido por seres extraños a su normalidad y que la fiebre no era nada más que la manifestación externa de la lucha que sobrellevaba mi organismo para librarse de los intrusos. Pero ¿cómo habían llegado a invadirme? He allí la cuestión. Aquí no se trataba de una traición de mi dentista que hubiera provisto de espoletas a los microbios. No. Los sucesos im-

portantes que habían permitido la invasión de mi organismo, no tuvieron un carácter cruento. Fue una cosa que comenzó de a poco. Fue un proceso dialéctico. Es relativamente fácil convencerlo a mi corazón de que es un órgano maltratado, que trabaja sin descanso bombeando sangre que en su inmensa mayoría aprovechan otros órganos, y de la que él mismo utiliza apenas la pequeña cantidad que fluye a través de las coronarias. Sí; es fácil convencerlo a mi corazón de que no goza de libertad ni de suficientes derechos democráticos, en relación con el trabajo que efectúa. ¿Y se requerirá, acaso, mucho esfuerzo demostrar a mis riñones que realizan una tarea excesiva al filtrar y depurar torrentes de sangre que otros órganos ensucian constante y desconsideradamente? ¿Es equitativa y justa esa labor tenaz? ¿Necesitará mucho ingenio persuadir al zongo del hígado del injusto recargo a que está sometido? Sí; es relativamente fácil hacer una revolución en mi organismo, una revolución democrática y libertadora contra la tiranía que sobre todos los órganos ejerce ese grandote indolente que se llama cerebro, que no elabora nada útil para los otros órganos, y que está muellemente instalado en el sitio más alto y preferente de mi cuerpo, resguardado de toda amenaza exterior por la solidez de la bóveda craneana. Mi médico me aseguraba que, de acuerdo con los análisis y la auscultación, ninguno de mis órganos estaba lesionado ni afectado por lesión anatómica ni perturbado en sus funciones fisiológicas. "Sí, ya sé —respondía yo—. Estoy enfermo de no tener nada, pero no soy *el enfermo imaginario* de Molière. Es mi intercorrelación orgánica la que ha sido alterada y subvertida. He perdido mi disciplina interna. Se ha desquiciado la jerarquía orgánica. Estoy enfermo de anarquía funcional. Es la obra de los agentes extranjeros que usted llama bacilos. Se ha quebrado mi armonía interna sin la cual no soy nada más que un poco de carbono, un silbido de hidrógeno y oxígeno y un puñadito de cenizas. La indisciplina orgánica me carcome. Mi estómago se niega a digerir los alimentos útiles a otros órganos y terminará dirigiéndose a sí mismo. Mis músculos se han

sublevado y no quieren servir para defenderme de los extraños. Enflaquecen a ojos vista. Parecería que los músculos quieren competir con el cerebro y dedicarse a pensar. ¡Qué absurdo! El industrioso hígado no elabora bilis. Los intestinos se paralizan por falta de materia prima. Doctor: estoy anarquizado por los bacilos extranjeros. Tengo la misma enfermedad que la República Argentina". "Lo que usted tiene es fiebre", me respondía el médico con su calma imperturbable, al tiempo que blandía su termómetro como si fuese la espada de la justicia, inapelable y ciega.

### *El país tiene fiebre*

"Es fácil afirmar que uno tiene fiebre en un sentido matemático, continuaba yo. La columnita de mercurio del termómetro lo denuncia en forma que en apariencia es irrefutable. Pero hay otros indicios de la fiebre y éstos son los que me preocupan. A medida que la fiebre aumenta, las relaciones del mundo cambian. Los que me rodean saben que yo tengo fiebre sin necesidad del termómetro, porque me escuchan decir cosas que para ellos son disparates. Pero si ellos también tuvieran fiebre, mis disparates ya no serían disparates para ellos y entonces yo no tendría fiebre, cualquiera fuese el número de grados que marcara su termómetro, doctor. Usted me dice a mí que yo tengo fiebre. Y yo le aseguro a usted que el que tiene fiebre es el país entero. ¿Se ha detenido alguna vez a pensar que el país es un conjunto vital cuyos diversos órganos y funciones deben correlacionarse y armonizar entre sí? No; mi idea no es un producto de la fiebre. Lo escribí hace muchos años, en 1931. Escuche: "Si por ingenuidad de fantasía le es enfadoso concebirlo, ayúdeme y suponga que el espíritu de la tierra argentina es un hombre gigantesco. Por su tamaño desmesurado es tan invisible para nosotros, como lo somos nosotros para los microbios. Es un arquetipo enorme que se nutrió y creció con el aporte inmigratorio, devorando y asimilando millones de españoles, de italianos, de

ingleses y de franceses, sin dejar de ser nunca idéntico a sí mismo, así como usted no cambia por mucho que ingiera trozos de cerdo, costillas de ternera o pechugas de pollo. Ese hombre gigante sabe adónde va y qué quiere. El destino se empequeñece ante su grandeza. Ninguno de nosotros lo sabemos, aunque formamos parte de él. Somos células infinitamente pequeñas de su cuerpo: del riñón, del estómago, del cerebro, todas indispensables. Solamente la muchedumbre innumera se le parece un poco. Cada vez más, cuanto más son. La conciencia de ese hombre gigantesco es inaccesible para nuestra inteligencia. No nos une a él más cuerda vital que el sentimiento. Cuando discrepemos con sus terminaciones, quizá en el corazón tengamos una avenencia." Yo le aseguro que ese hombre gigantesco tiene fiebre. Tiene la misma fiebre que tengo yo. Sus organismos han sido anarquizados e invadidos por los bacilos extranjeros, como dice usted que está el mío. Esos revulsivos que quiere hacerme ingerir, déselos al país y yo me voy a curar junto con todos."

### *La indisciplina de los órganos*

Mi médico meneaba la cabeza con tolerancia incrédula. Yo proseguía mi perorata. "Usted no me cree, doctor, porque practica una medicina positiva. Pero no puede tomarle la temperatura al país. Necesitaría un termómetro de más de cien kilómetros de largo. ¿Sería capaz de manejar un instrumento tan desmesurado? Evidentemente, no. Usted es un médico hecho a la medida de los hombres, no a la medida de las naciones. Los médicos de las naciones se llaman estadistas. Pero observe los síntomas y verá las anomalías en todos los órdenes, la correlación de los diversos órganos trastocada, los límites y disciplinas traspuestas y dislocadas. Vea este recorte. Es de *La Prensa* del 26 de octubre de 1957. Contiene el discurso pronunciado por el jefe del regimiento número 1 de marina para festejar el segundo aniversario de la creación de ese cuerpo. Dijo el jefe de ese

cuerpo que “el ideal democrático de ésta, mi fuerza, no aceptará jamás dictadores, provengan de donde sean, ya que tiene un norte que guía sus actos: la libertad”. Las ideas pueden merecer plena aprobación, pero la emisión de esos conceptos ajenos a la función específica del mando militar constituyen un acto de insubordinación. El jefe de un regimiento no está al servicio de ningún concepto abstracto ni de ningún ideal político; está para cumplir las órdenes de sus superiores, a las que debe obedecer sin titubear en virtud de los mismos principios por los cuales los subordinados le obedecen a él. Como ciudadano puede opinar lo que quiera. Pero como militar, no puede sino obedecer y mandar a la vez. Si cada jefe de regimiento diera en expresar sus ideas políticas particulares, muy pronto los treinta regimientos de la República estarían combatiendo entre ellos en el zafarrancho más espantoso que pueda imaginarse. Este caos mental ¿no es indicio de un estado anormal? Aunque pequeño, ¿no es un síntoma de la fiebre que está corroyendo las entrañas de la Nación? Si la indisciplina se difunde en los órganos que deben caracterizarse y se justifican por la disciplina estricta de sus jerarquías, calcule, doctor, a qué grado de anarquía habrán llegado los órganos que son constitucionalmente indisciplinados. Usted afirma, mi querido doctor, que yo deliro a ratos y mi delirio es una consecuencia de la fiebre. Y afirma eso porque yo establezco relaciones entre cosas en las cuales usted no había pensado antes y cree que me contradigo y que esa contradicción es efecto de la fiebre. ¿Pero no ocurre lo mismo con el país?

### *Dos hombres providenciales*

Esta revolución se hizo para librar al país de un hombre que se creía providencial. Eso fue lo que se afirmó y se afirma en todos los tonos. ¿Y cuál fue el resultado de la eliminación del hombre providencial? Que los hombres providenciales se multiplicaron. Los dos hombres providencia-

les más notorios son el doctor Raúl Prebisch y el contraalmirante Rojas. El doctor Prebisch remodeló la economía del país a su antojo; un antojo que desgraciadamente es idéntico a los viejos antojos ingleses. El contraalmirante Rojas se reserva para el final. El dará el *exequatur* político definitivo. Dirá si la elección del pueblo —del pueblo soberano al que militarmente debe obediencia incondicional— es acertada y aceptable o no. “En nombre de la democracia no se puede permitir su suicidio o la imposibilidad de llegar a ella”, ha declarado el contraalmirante Rojas (*La Razón*, 19 de enero de 1958). La democracia tiene tantas formas como el agua, que sólo tiene la forma del recipiente que la contiene, porque la democracia no significa nada más que el reconocimiento de que la soberanía reside en el pueblo, fuente de toda autoridad legítima. Las formas son casi infinitas. Para evitar las dictaduras, los atenienses llegaron a elegir un mandatario nuevo cada ocho días, con lo cual crearon las condiciones necesarias y suficientes para que se engendrara el dictador. ¿Y si el pueblo adopta una decisión que el contraalmirante Rojas no estima democrática? ¿Qué hará este nuevo hombre providencial? ¿La desconocerá? ¿Se sublevará por duplicado? Juan Domingo nunca se atrevió a tanto. Era menos providencial. ¿No son, éstos, síntomas alarmantes de anormalidad? ¿No le prueban, doctor, que el país está con fiebre? Ya es fastidioso soportar un hombre providencial, pero dos resultan insoportables. El contraalmirante Rojas expresó su esperanza de que el país no permitirá “que se vuelva a antes del 16 de setiembre de 1955, aunque sea en la más mínima expresión política de aquella fecha”. Y si el país decide volver, ¿qué hará el contraalmirante Rojas? El país tiene que reconstruir todo lo que se destruyó a partir del 16 de setiembre de 1955, en cumplimiento del Plan Prebisch. No interesan los hombres ni los nombres, pero sí las estructuras y los conceptos que atañen a la existencia de una nación independiente. La palabra libertad ha sido más manoseada que pañuelo de hombre resfriado, pero lo que se ha hecho en estos dos años es

establecer las antiguas tiranías que sojuzgaban a los ciudadanos: la tiranía, de Bunge y Born sobre los agricultores. La tiranía de los frigoríficos sobre los ganaderos. La tiranía de los Bancos sobre el comercio. A la industria se le cortaron las vías por donde respiraba y se le dio, en el Banco de la Nación, una cuerda para que se ahorcara. Este trastrueque de palabras que se emplean para designar lo contrario de lo que académicamente significan, ¿no denota claramente que el país está con fiebre, que tiene sus órganos anarquizados y que está en peligro de desfallecer?”

### *La lógica del termómetro*

Mi médico me escuchaba con esa obsequiosa aquiescencia característica de un profesional que observa a su paciente. Estaba un poco dolido por mis palabras. Fue un activo revolucionario en 1955. Pertenece a esa clase media ilustrada que fue tan inútil como desconsideradamente herida en los últimos años del gobierno de Juan Domingo. Es un hombre bueno y sencillo que no se percata de lo que ocurre fuera de su ámbito profesional. En ese orden lo han respetado y él respeta a su vez. Yo aprovechaba mi impunidad de enfermo para hablar de temas de los cuales nunca le había hablado. “Vea, doctor, continuaba yo, el termómetro no es un instrumento infalible sino en el estricto límite de los números. Cuando usted no está, yo uso este pequeño termómetro personal. Varias veces lo he colocado en la axila. Creía comprobar que tenía fiebre. Para descansar, cerraba los ojos y me abandonaba al entresueño febril. Y veía extenderse ante mí un país grande, fuerte, próspero, donde todo el mundo tiene trabajo bien remunerado, porque todo está por hacerse y sobran los bienes para premiar el trabajo. Caminos, ferrocarriles, usinas de luz, diques, altos hornos, usinas siderúrgicas, máquinas, explotaciones de petróleo. Somos uno de los pocos países que pueden ser capitalistas; es decir, que tiene excedentes que pueden ser prestados a

otros. Nosotros no necesitamos de otros nada esencial, nada que no podamos adquirir de inmediato con los alimentos que nos sobran. Si usted puede alimentar a diez albañiles durante diez meses, ellos le construirán una casa o el edificio de una fábrica. Ese es capital inmovilizado. Si usted quiere movilizarlo, la vende y tiene capital líquido en pesos o en dólares. Y nosotros tenemos carne —que es más valiosa que el oro— y tenemos trigo y maíz y cebada y lana y algodón excedentes. Y ése es capital. Y en esta república normal, el ejército y la marina y la aviación estaban dedicados a cuidarnos de la codicia extranjera. Ellos oteaban los peligros y amparaban la paz de nuestro trabajo y la alegría que brotaba de nuestros corazones. Y yo me decía a mí mismo: Esto que pienso es lo normal, por lo tanto mi temperatura debe haberse normalizado. Y me ponía el termómetro y comprobaba, asombrado, que tenía fiebre. Lo normal era la anormalidad. La falta de unidad lógica me desesperaba. Quería huir de mí mismo, de mis propios pensamientos. Me sentaba en la cama y abría el diario. Leí un gran aviso de los productores agropecuarios. Leía y no daba crédito a mis ojos. Era tan absurdo lo que leía que yo me convencía a mí mismo de que lo que leía no era lo que estaba impreso en el diario, sino un engendro imaginario de mi fiebre. Y de nuevo recurría al termómetro y comprobaba, azorado, que la fiebre había desaparecido. No era yo el que tenía fiebre en ese momento, eran los productores agropecuarios, era el país entero, por lo visto. Dicen que la desvalorización de la moneda los ha perjudicado, y eso es evidente. Por cada dólar que el extranjero pagaba por los productos argentinos, el IAPI les entregaba cinco pesos moneda nacional. Cuando el peso se desvalorizó, por cada dólar que el extranjero pagaba, debió haberse entregado a los productores dieciocho pesos argentinos, es decir, 3, 6 veces más. El kilo vivo de novillo en estancia se pagaba, por ejemplo, a un promedio de \$ 2,27. Como los precios exteriores no tenían por qué variar, al desvalorizarse la moneda, por ese mismo kilo vivo debió pagárseles \$ 8,17.

No se les pagó. Se beneficiaron con una mejoría de apenas un 10 por ciento que ascendió otro 10 por ciento poco después. La diferencia sirvió para bajar el precio de la carne en Londres. Como la importación sí se encareció, en la medida en que se había desvalorizado la moneda, es lógico que los productores agropecuarios se quejen. Lo curioso es que no se quejan de eso. Ni siquiera lo mentan. Se quejan de la carestía de los implementos agrarios y piden que se libere la importación, es decir, piden que se destruya la industria nacional. Es un manifiesto que hubiera sido lógico que suscribieran los frigoríficos, Bunge y Born y los importadores. Pero no eran Bunge y Born ni los frigoríficos ni los importadores desplazados los que firmaban. Eran los criadores de cerdos, de Hereford y de Shorthorn. Esto no puede ser cierto, no, me decía. Han equivocado el texto o yo estoy con fiebre. Pero no tenía fiebre en ese momento. Los que tenían fiebre y veían las cosas al revés eran los productores agropecuarios. Veían las cosas del país como si hubieran sido británicos. Y eran argentinos, por lo menos nominalmente. ¿Habrán sido copadas todas esas asociaciones por individuos encadenados a la voluntad británica? Es la única explicación lógica. Pero, ¿acaso hay una lógica en todo lo que está ocurriendo en el país? Cuando tengo fiebre, me parece que es lógico; es la lógica de la fiebre. Cuando no tengo fiebre, me parece absurdo. ¿No es una prueba de que el país es el que tiene fiebre? Cueto Rúa exportó azúcar, aunque escaseaba. Los estibadores de Rosario se negaron a cargarla, porque, según dijeron, sabían que el azúcar iba a faltar. Demostraron que eran mejores estadistas que el ministro. Pero el doctor Cueto Rúa hizo exportar el azúcar por el puerto de Buenos Aires, porque dijo que era indispensable ganar divisas. Ahora ha dado permisos para importar 50.000 toneladas de azúcar que pagamos con divisas a mayor precio porque tenemos que cargar con el flete. ¡Lo que se llama un pésimo negocio para el país! Pero donde uno pierde otro gana. Esa es la balanza del comercio. ¿Quién habrá ganado? Si esto no es delirio, ¿qué es?"

### Nadie protestó

Mi médico se levantaba dispuesto a retirarse. Lo detuve. Necesitaba desahogarme y le dije: "No se vaya aún. Lea este telegrama, publicado en *La Prensa* del 8 de diciembre de 1957. Son las declaraciones del viceministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña. El conde de Gosford dijo: *Los latinoamericanos no han olvidado que nosotros los británicos los liberamos de la dominación española. Eso será una gran ayuda para nosotros, no sólo internacionalmente, sino también industrialmente.* ¿Se da cuenta del tremendo alcance y significado de esa declaración? Pasemos por alto su falsedad esencial en cuanto a los países del Plata se refiere. Las armas y los poquísimos mercenarios que nos prestaron, los pagamos con oro contante y sonante. Los británicos no hicieron nada más que impedir que los franceses y los norteamericanos nos ayudaran. Hagamos caso omiso de esa falsedad. Lo fundamental es que esa declaración equivale a calificar de títeres a todos nuestros próceres. Equivale a declarar que toda nuestra historia patria es una farsa. Lo desconcertante y sorprendente es que nadie protestó ni opuso un reparo ni hizo una objeción. Nada, absolutamente nada. Ni *La Nación* ni *La Prensa* ni el Instituto Sanmartiniano ni la Academia de Historia. Nadie alteró el respetuoso, el obsequioso silencio. ¿Qué dice, doctor? ¿No es éste un signo de que el país está enfermo? ¿Es posible que ninguno de los declamadores profesionalmente patriotereros haya pronunciado una sola palabra de protesta? ¿Nadie? ¿En todo el país? Eso yo no lo aguanto en frío, doctor. Quiero estar en consonancia con mi país. Quiero tener fiebre. Ahora tengo fiebre y sueño. En mi sueño siento el zumbido de las dinamos, el pregonar de los mercaderes, el estrépito del martillo que moldea el hierro... El revulsivo que me iba a dar, doctor, déselo al país. A mí déjeme con mi sueño. El país trabaja feliz y confiado. Los generales estudian y trazan planes para defendernos en todas las emergencias. La flota navega por nuestro mar continental, avizorando los peligros



que nos acechan desde el extranjero. En el puente de mando va el contraalmirante Rojas. Es un buen marino bien plan-tado. Alto. buen mozo... ¡Qué lindo es tener fiebre!

### *Todavía quedan seis peligrosas semanas*

Faltan seis semanas para que se vayan y los hombres de este gobierno prosiguen actuando en contra de los intereses de la Nación Argentina, con una velocidad que aumenta a medida que el plazo se achica. Bajo la dirección de un médico espe-cialista en la extirpación de apéndices purulentos, cuya única actividad extraprofesional ha sido la de pedir la intervención argentina en las guerras extranjeras y la intervención extran-jera en los asuntos argentinos, se amputa la libertad futura de convenir acuerdos con las naciones extranjeras. Los proyectos de obras grandiosas se multiplican. Las licitaciones se abren con plazos angustiosos. Los contratos se firman comprometi-do las finanzas del país por sumas fabulosas. Muchas de las obras son quiméricas o absurdas, como el canal lateral del río Bermejo, en contra del cual han opinado funcionarios res-ponsables. Los bienes del gobierno se liquidan a *la marchanta*, sin tener en cuenta la responsabilidad financiera ni moral de los adquirentes. El diario *Crítica* fue vendido a una coo-perativa. Un decreto posterior admitió que esa cooperativa se transformara en sociedad anónima, a la cual se le dio 15 años de plazo para abonar el precio acordado. En los corrillos pro-fesionales se murmura que el verdadero adquirente de *Crí-tica* es el periodista brasileño Assis de Chateaubriand, caba-llero impetuoso que en su calidad de senador confesó ser imperialista y partidario de que el Brasil anexara a la Repú-blica Oriental del Uruguay, con lo cual demostró ser buen amigo de la Argentina, porque nada nos atraería más la díscola amistad de los uruguayos que la obligación en que estarían de aprender a hablar en portugués.

A primera vista, este abigarrado conjunto de operaciones tiene como objetivo inmediato el crear dificultades casi in-

salvables a los nuevos gobernantes, y así se justifican ante el juicio de los que si bien son obcecados *gorilas*, no lo son hasta el punto de sacrificar a sus ideas y sentimientos los perma-nentes intereses de la patria. Pero ése no es nada más que un pretexto ocasional. El objetivo verdadero es el de crear circunstancias tales que no haya voluntad ni inteligencia capaz de impedir que la República Argentina vuelva a caer en la humillante condición de factoría. Esos hechos aislados y aparentemente sin conexión entre sí, se eslabonan en un plan siniestro cuyo ritmo ejecutivo ha sido acelerado por la sorpresa electoral. A los miembros de la misión Ondarts se les concedió el angustioso plazo de tres horas para decidirse y aprontarse, de lo cual es presumible y justificable deducir que el pro-pósito verdadero era el de cerrar, no el de abrir, cauces co-merciales. Era una misión tapón. El acuerdo firmado con España es otro buen ejemplo de este mal ejemplo. España nos pagará la cuarta parte de lo que nos debía y esa cuarta parte la pagará con nuestro propio dinero, es decir, con los ahorros que los españoles residentes aquí quieran remitir a su tierra natal. Con esta técnica se limita a un mínimo casi inapreciable la posibilidad de abrir nuevas rutas de comercio internacional. Bloqueada por los convenios preexistentes, la Argentina deberá concretarse a la conservación a toda costa de sus clientes tradicionales. Si Gran Bretaña se dispone a ajustarse el cinturón por dos o tres meses, nada más, las enti-dades representativas de los intereses ganaderos, como en 1932, tendrán un buen argumento para vociferar sobre la ne-cesidad de llegar a un nuevo acuerdo Roca-Runciman, en que los británicos para suspender su ayuno exigirán que les entre-guemos las llaves de la economía del país.

### *El objetivo es empobrecer*

El empobrecimiento privado del país es pavoroso. El go-bierno se ha declarado antiintervencionista. Es partidario de la libre iniciativa y de la libre empresa y no interviene en el



juego de los factores económicos. Pero ésa es una simple farsa verbal. El gobierno no interviene en la fijación de precios. Pero interviene decididamente en la fijación de salarios para congelarlos y en las organizaciones gremiales para amordazarlas y maniatarlas.

El gobierno, merced a la capacidad técnica de los sucesivos ministros de Hacienda, no atraviesa por una situación mejor. Cumple sus compromisos a duras penas, imprimiendo billetes de banco por valor de ocho mil millones anuales y apropiándose de las reservas del Instituto de Previsión Social a razón de casi nueve mil millones por año. Los déficits de las reparaciones autárquicas aumentan a tambor batiente, que es más que corresponde a un gobierno militar. (El déficit de los ferrocarriles llegará a 5.000 millones en el curso de este año.) El ingeniero Dante Ardigó ha quintuplicado el déficit sin mejorar los servicios. El ingeniero Ardigó ha demostrado ser digno de la confianza de quienes lo designaron para el cargo junto al doctor Manuel F. Castello, con quien durante largos años compartió la responsabilidad de defender los intereses del Ferrocarril Sur, opuestos a los intereses generales de la Nación y los particulares de los usuarios. ¿No nos estamos acercando al momento crítico en que debemos comenzar a pensar seriamente en la proposición que hizo el profesor de la Facultad de Ciencias Económicas, doctor Guillermo Klein, de pagar a una empresa privada para que los administre? (El doctor Klein calculaba que la empresa privada podría, quizás, resignarse a no recibir más premio anual que el valor de los déficits.) ¿No es un precio bastante módico éste de 5.000 millones anuales para el alto honor que significaría tener nuestros ferrocarriles de nuevo administrados por esos británicos que tanto añoran *La Nación* y *La Prensa*?

### *El endeudamiento latinoamericano*

Los contratos de obras firmados por montos que exceden la normal capacidad de pago del gobierno tendrán consecuen-

cias no menos graves. Aparentemente, es fácil dejar sin efecto esos contratos. Bastará para ello que el poder legislativo no les preste el acuerdo imprescindible. Pero la falta de acuerdo no anula las consecuencias jurídicas y económicas de los contratos. El gobierno podrá anular los contratos, pero no podrá impedir que los perjudicados demanden indemnizaciones. La mayor parte de las naciones latinoamericanas se endeudaron desde su origen por causas muy semejantes a las que se deducirán de las anulaciones de los contratos firmados por este inverosímil gobierno que sufrimos. Los "perjuicios a los extranjeros" fueron reparados con numerosos empréstitos. El porvenir a este respecto no es nada halagüeño. Los contratos de obras ya firmados y a firmarse antes del 1º de mayo son, pues, deudas potenciales que deberán agregarse a la deuda, consolidada y flotante, que este gobierno dejará al país como abrumadora herencia. Como eficacia negativa, su desempeño habrá sido de lo más eficaz.

Las emisoras radiofónicas que pertenecían al gobierno, serán repartidas al voleo. Suponemos con justa razón que muchas de ellas irán a caer a manos de consorcios extranjeros. Pero ese destino no desvela al ministro de Comunicaciones. A él no le interesa nada más que destruir "un concepto retrógrado y totalitario". El concepto retrógrado y totalitario, según el ministro, es el monopolio o aun el predominio del gobierno en el campo de la radiofonía. ¿El ministro ignora que en Gran Bretaña la radiofonía es un monopolio de Estado? ¿Ha querido insinuar con esa definición que el de Gran Bretaña es gobierno totalitario? ¿No teme que aunque sea para disimular formule su protesta sir John Ward, que está tan calladito?

Afirma Herodoto que los antiguos gobernantes persas resolvían los asuntos públicos en dos períodos sucesivos. Los abordaban primero mientras bebían, por lo general de noche. Con la euforia del alcohol los detalles se esfuman, las dificultades se salvan. Al día siguiente volvían a reconsiderar los mismos asuntos para moderar, corregir, atenuar o anular las decisiones adoptadas bajo la influencia del vino. Estos funcionarios que nos ha impuesto la revolución liberticida parecen

estar en la primera etapa de los persas. Sólo así se explica que el ministro de Comunicaciones suponga que ha "resuelto el espinoso problema que ha causado tantos desvelos" y afirme muy orondamente que "el haber solucionado algunos de estos problemas nada sencillos, es para nosotros una satisfacción inmensa y justifica la certeza con que miramos al mañana". ¿Será un humorista el doctor Cabral? Los inocentes chicos de Bunge y Born estaban muy interesados en adquirir una cadena de radiofonía. En esta ocasión podrán satisfacer sus deseos. Ellos no le temen a las espinas del problema. También anda entrometido en estos asuntos de publicaciones y radiodifusión el doctor Diógenes Taboada. Es un antiguo conocido. Me hizo poner preso allá por 1940 junto con todos los concurrentes a un acto organizado por la Comisión Pro Recuperación de las Malvinas. El doctor Diógenes Taboada ejercía entonces el Ministerio del Interior sin dejar de ser miembro del directorio del Ferrocarril Pacífico. Cuando renunció al ministerio lo ascendieron a presidente del mismo ferrocarril.

### *Desprestigio del Estado*

Mientras estos hechos concretos se producen, el periodismo arreceja en su campaña desprestigiadora del Estado como administrador. No se desperdicia ninguna ocasión para descargar una andanada de denuestos. A veces el pretexto es un chico que se cae de un tren en marcha, episodio intrascendente que *La Prensa* destaca como muestra de la inoperancia y peligros de la administración estadual en un suelto que termina con ironía de hipopótamo: "¡Y ahora son nuestros!..." A veces el disparo se realiza por elevación, aprovechando experiencias ajenas, como hace *La Nación* en su editorial del 11 de marzo en que achaca toda la responsabilidad de la crisis que atraviesa Bolivia, no a la baja de la cotización del estaño ni al bloqueo económico a que está sometida la república hermana, sino a la intervención estadual en el laboreo minero. Es un

editorial tan tendencioso que llega a afirmar que en la Argentina "nos hemos librado de las emisiones monetarias sin respaldo". ¿A qué llamará *La Nación* emisiones con respaldo? ¿Serán las que aprueba o respalda Gran Bretaña? Habría que preguntárselo al doctor Bartolomé Mitre o al redactor financiero, doctor Mauricio Greffier, una autoridad en la materia, como lo reconocieron la C.A.D.E. y otros no menos poderosos consorcios, de los que era asesor autorizado. El doctor Greffier no puede ignorar, ni *La Nación* tampoco, que la República Argentina, contrariando sus conveniencias, contribuye al bloqueo de Bolivia. Nosotros necesitamos comprar petróleo y vender productos alimenticios. Bolivia necesita comprar productos alimenticios y vender petróleo. Pero el oleoducto de Bolivia está allí inconcluso y taponado a sólo kilómetro y medio de los medios de recepción argentinos. Si esos fenómenos no ocurrieran, *La Nación* no podría afirmar que "la nacionalización de las minas de estaño, *leit-motiv* de las campañas electorales, en lugar de enriquecer al fisco, lo empobrecían aún más con crecidos déficits". De lo cual el lector argentino deduce —como se quería que dedujera— que las nacionalizaciones son operaciones de simple propaganda electoral, perjudiciales para los países que las emprenden. ¿Será por un afán suicida que Gran Bretaña, Francia, Italia, España, México, Alemania, Japón y toda nación civilizada en general, con excepción de Estados Unidos, han nacionalizado sus servicios públicos y algunas de ellas hasta sus industrias fundamentales? Es comprensible que los doctores Cueto Rúa y Cabral digan las cosas que dicen, porque al fin ellos son aves de paso. Dentro de poco dejarán de ser funcionarios y los asuntos públicos quedarán relegados en el orden de sus preocupaciones. El doctor Cueto Rúa posiblemente se irá a Estados Unidos, donde ha sido siempre muy apreciado. El doctor Cabral volverá a Córdoba a "ejercer el derecho, la enseñanza y el culto del espíritu", nobles actividades que no debió abandonar nunca, para bien suyo y nuestro. Pero *La Nación* y *La Prensa* quedarán entre nosotros. ¿Por qué, pues, insisten en esos despropósitos insostenibles que ahondan

su desprestigio y socavan su menguada autoridad? La presión que los impele debe ser muy poderosa. Y de eso no cabe la menor duda, porque al impulso de esa presión hasta los muertos hablan. (El doctor Federico Pinedo ha levantado la losa sepulcral para recomendar al presidente electo "que limite las facultades de los poderes públicos", que es una forma novedosa de alegar a favor de lo que se ha dado en llamar prescindencia del Estado. Jamás en este país el Estado ha sido prescindente. Fue siempre decididamente intervencionista. Pero fue intervencionista a favor de los extranjeros y sus allegados, contra los derechos naturales y legítimos del pueblo argentino. El Estado impuso el papel moneda. El Estado impuso su criterio en la redistribución de la tierra. El Estado impuso al país el tipo de economía que a los extranjeros convenía. Se habla contra el intervencionismo del Estado cuando el Estado interviene en favor del pueblo argentino. La vida económica argentina se desarrolló en el ahogo de monopolios concedidos y sostenidos por el Estado. Monopolios fueron los transportes ferroviarios. Cuando el transporte automotor amenazó ese monopolio, el Estado lo liquidó con las leyes de coordinación. La vida argentina llegó a estar—inclusive en sus manifestaciones intelectuales y espirituales— bajo el dominio absoluto de seis o siete monopolios engendrados y apuntalados por la fuerza del Estado. Eran los tiempos de oro de los abogados de las empresas extranjeras en que con la simple redacción de un proyectito ferroviario podían ganarse 10.000 libras esterlinas. ¡Qué lejos está eso todavía! Ellos desearían aprovechar a fondo estas últimas seis semanas de Aramburu y Rojas.

*Esta vez la violencia británica tuvo la virtud de unir al pueblo contra ella*

Hace unos días, revisando papeles viejos, encontré unos apuntes que decían: "...disolvió los cuerpos legislativos porque sabía que se opondrían con varonil firmeza a la derogación de

los derechos del pueblo... El Estado quedó expuesto a los peligros de una invasión exterior y a las convulsiones internas... Entorpeció la administración de justicia... Hizo que los jueces dependieran de su exclusivo albedrío... Creó multitud de oficinas nuevas y envió enjambres de empleados para hostigar al pueblo y arrancarle el fruto de su trabajo... Hizo al poder militar independiente y aun superior al civil... Nos sujetó a una legislación extraña a nuestra Constitución... Sacó de sus objetivos a grandes cuerpos de tropas armadas... Eximió del castigo que merecían algunos asesinatos contra los habitantes... Impidió que comerciáramos con todo el mundo... Impuso contribuciones sin consentimiento del pueblo... Abolió las leyes más importantes y alteró el equilibrio del gobierno... Se declaró investido de poder para dictar las leyes en todos los casos, cualesquiera ellos fuesen... Obligó a los ciudadanos a hacer armas contra el pueblo, poniéndolos en la dura alternativa de ser los verdugos o las víctimas de sus hermanos y amigos..."

Me dispuse a tirar el apunte al canasto de papeles. —No vale la pena, me dije, insistir con generalidades en la crítica de temas que tan abundantemente he desarrollado con aportes de cifras y de datos concretos.

Pero el apunte no se refería a la revolución que sufre el pueblo argentino desde setiembre de 1955. Había sido copiado de un libro publicado exactamente 80 años antes. Pertenecía a un tratado de *Derecho público*, escrito por Pedro Scalabrini, e impreso en Paraná en 1875. Las cláusulas transcritas no se refieren a Aramburu ni a Rojas ni a Cuarenta. Son los cargos y agravios de que se acusa al rey de Inglaterra y están incluidos en el preámbulo de la Declaración de la Independencia de Estados Unidos, extendida el 4 de julio de 1776. La coincidencia me pareció sabrosa. —¡Caramba! —exclamé—. Los ingleses no cambian sus métodos, por lo visto. Han repetido en la Argentina los mismos procedimientos que emplearon hace dos siglos en las trece colonias norteamericanas. No falta nada más que la incitación al saqueo a los "cruces indios salvajes" que les imputa el mismo preám-

bulo. Quizás fue la falta de indios salvajes disponibles el motivo que los indujo a crear los *comandos revolucionarios*, que en lugar de chozas de pioneros se dedicaron al pillaje en los hogares de los adversarios políticos. Fueron un sustituto bastante aceptable.

### *El dominio imperceptible*

Aquellos abusos que hace dos siglos cometieron los británicos en tierra americana fueron la causa promotora de la rebelión colonial y la piedra básica de una gran nación. ¿Por qué no han de ser los excesos de estos dos años el punto de partida de la consolidación de una verdadera independencia? Desde un punto de vista no romántico, los americanos actuales debieran estar agradecidos a los británicos que cometieron las extralimitaciones, porque ellos fueron los verdaderos promotores de su independencia. Los próceres que la realizaron fueron la consecuencia, no la causa de la sublevación. Este es un modo realístico de enfocar los acontecimientos que Hegel aplaudiría, porque se aplica su principio de las contradicciones y la identidad de los opuestos. También podrían aprobarlo los ignorantes, porque es una aplicación del refrán que dice: "No hay bien que por mal no venga". Pero es casi indudable que las trece colonias norteamericanas hubieran continuado sometidas a un primitivismo agropecuario idéntico al que nos agobió a nosotros durante casi un siglo y medio, si el dominio que sobre ellas ejercía Gran Bretaña se hubiera asemejado al invisible dominio económico-financiero que tan maravilloso resultado les dio a los británicos en las márgenes del Río de la Plata. El dominio que ejercían aquí los británicos era tan extenuador como imperceptible. Nada había en nuestro ambiente que pudiese provocar una reacción. Teníamos toda la apariencia de una nación íntegramente independiente. Pero solamente la apariencia. La expoliación se consumaba a través de personeros nacidos aquí, merced a la actividad de empresas muy argentinas en su denominación. Pero la expoliación

de los frutos del trabajo no era la consecuencia más perniciosa del estado colonial. La política estaba encadenada a las direcciones financieras, de las cuales dependía. El economista francés André Siegfried describe esta situación en párrafos muy acertados de su *Amérique Latine*. Dice: "En el terreno de la alta finanza, salvo excepciones, los naturales del país estaban excluidos. Son admitidos en algunos directorios y proporcionan la masa mayor del personal subalterno, pero la dirección efectiva está fuera de sus alcances, porque no son ellos los que aportaron el capital. Subrayemos que los hombres distinguidos —o más precisamente los hombres influyentes— son admitidos como consejeros políticos o jurídicos en las grandes empresas, actividad que les acuerda una posición estratégica de intermediarios indispensables entre el capital extranjero y las autoridades políticas nacionales. Tales consejeros jurídicos darán posiblemente pocos consejos verdaderamente jurídicos, pero actuarán decisivamente cuando se trate de defender el negocio que representan contra alguna medida fiscal que pueda perjudicarlo. A medida que las viejas fortunas tradicionales se desvanecen, es cada vez más indispensable para los miembros de la antigua aristocracia encontrar empleos semejantes en las grandes empresas extranjeras... El país no ha perdido, ciertamente, su riqueza. Sus "posibilidades", según la fórmula, continúan siendo "infinitas". Pero esta riqueza es, o bien virtual, o está inmovilizada y la mano del hombre no puede alcanzarla, porque la circulación de todo el sistema está bloqueada. Esta embolia, que quizás fuese mortal en un organismo complejo, no parece serlo en estas sociedades elementales, cuyo edificio económico se eleva apenas sobre el ras del suelo". Siegfried escribía estas justas observaciones en 1933. Es que en realidad, constituíamos un simulacro de nación, un ente jurídico que tenía las características externas de una nación pero que carecía de la unidad orgánica y del impulso autónomo que distingue al ser vivo. Nada de lo que aquí triunfaba o se imponía había nacido de una necesidad nacional: provenía del apoyo directo o indirecto prestado por el dominador a través de los conductos

subterráneos de la influencia económica. Eramos una carta de baraja en el mazo de la diplomacia británica, un apéndice complementario de su economía. Todos los ambiciosos lugareños sabían a pie juntillas que para hacer carrera, para progresar más allá de cierta y muy limitada jerarquía, era condición indispensable adscribirse a la masonería, es decir, prestar juramento de acatamiento incondicional a las directivas de John Bull, a quien verdaderamente pertenece el ojo inscrito en el triángulo que los masones veneran. El otro ojo está ocupado en contar las monedas que recauda con ese invento maravilloso.

### Un país irreal

Todo lo que nos rodeaba por aquellos años era falso o irreal o remedo de actividades que en otros ambientes reflejan o interpretan verdaderas necesidades sociales. Jugábamos a los soldados. Jugábamos a la historia. Jugábamos a la literatura. Jugábamos a la ciencia. Pero los soldados no sabían qué tenían que defender y permitían que se les utilizara como una policía de reserva destinada a precaver y sofocar las más justas demandas de los trabajadores argentinos. Los historiadores no eran historiadores, eran novelistas. Habían urdido una tramoya que llamaban historia nacional en que los próceres eran todos los que sirvieron incondicionalmente a los intereses británicos y los truhanes los que de alguna manera se opusieron a sus maniobras. La vida intelectual se había resumido a las columnas de *La Nación* y *La Prensa*. Figurar en ellas equivalía a triunfar en la universidad y en el prestigio público, por eso se adulaba a sus propietarios, que distribuían el prestigio con el desprendimiento con que el payaso distribuye caramelos en el entreacto de la función de circo. De esa época sin altivez proviene la adúlona costumbre de saludar anualmente en sus cumpleaños a la sociedad anónima que edita *La Nación* y a la sociedad de familia que

edita *La Prensa*. Concurren todos los viejecitos de la generación pasada a trabajarse sus necrologías.

La irrealidad que había alcanzado el país parece fábula. Voy a dar un ejemplo de una materia que por su índole concreta debía estar más a salvo de ese absurdo: la estadística. Los precios medios anuales que con anterioridad a 1928 las estadísticas oficiales consignan como obtenidos por el país por la venta de sus productos son totalmente falsos, porque son promedios aritméticos de los precios máximos y mínimos, no promedios reales. Se vendieron, por ejemplo, 10 millones de toneladas a 10 pesos el quintal y se vendió un solo quintal a 40 pesos. El precio medio anual que figura en las estadísticas argentinas es el de 25 pesos. Si en base a esos datos oficiales un exegeta de la economía calcula que ese año ingresó al país en pago de esos productos la suma de 2.500 millones, se equivoca. En realidad, sólo ingresaron 1.000 millones con cuarenta pesos.

El ámbito de irrealidad llegó a confundir hasta a un agudo observador como Siegfried. El estimó como sentimiento colectivo lo que apenas era un sentimiento de los personajes que usufructuaban posiciones sociales o políticas. Por eso creyó que la sumisión al capital extranjero no preocupaba al país. Escribe Siegfried: "Junto con los capitales, llegan del extranjero los cuadros directivos de las empresas, los animadores financieros, el personal técnico. Es así que en su conjunto, los ferrocarriles son ingleses, las minas inglesas o americanas, los servicios públicos —aguas, gas, electricidad, tranvías— ingleses y de más en más, americanos. De aquí se deduce —y su repercusión sobrepasa en mucho el dominio de las finanzas— que toda una parte fundamental de la actividad económica es extranjera, por sus capitales, su personal, su espíritu y sus intereses. La mayor parte de los extranjeros que dirigen las empresas no se naturalizan, sobre todo si son ingleses o americanos: permanecen en el país como una clase superior de colonizadores en una factoría. Por otra parte, no se percibe que los nacionales hagan ningún esfuerzo para absorber el capital extranjero. La deuda del Estado es una deuda exterior,

y extranjera la mayor parte de la deuda contraída por las minas, los ferrocarriles o la escasa industria. Los accionistas y debenturistas que embolsan las ganancias están a diez mil millas de allí. No parece que existiera el deseo de liberarse de esta hipoteca extranjera. La Argentina contempla sin duda con impaciencia tal o cual deuda a corto plazo contraída en Estados Unidos. Pero en su conjunto, la opinión local acepta el endeudamiento hacia el extranjero como un fenómeno normal destinado a continuar permanentemente". Siegfried se equivocó, porque la verdadera opinión del país estaba amorozada. Lo que aquí se consideró siempre como expresión de la opinión pública, no fue en realidad más que la opinión de los capitalistas extranjeros. El verdadero país no tenía órganos de opinión.

#### *Otra vez al comienzo*

Al desencadenarse la segunda guerra europea en 1939, el país quedó librado a sus propios recursos. Teníamos en ese momento menos capacidad manufacturera que el más atrasado de los salvajes. La industria creada durante el aislamiento de la primera guerra ya había sido desmantelada. Volvimos a empezar de nuevo. Se improvisó una industria de emergencia. Se aprendió a mantener en buen uso los automotores ya caducos. Se racionó la nafta. Se instalaron hilanderías y tejedurías. El presidente Castillo contemplaba esas actividades con simpatía, pero carecía de base política y no podía resistir la presión que se ejercía desde el exterior. El historiador norteamericano, profesor de la Universidad de Harvard, Clarence H. Haring, describe esos momentos con las siguientes palabras: "El gobierno de la Argentina ajustó lentamente su política económica de conformidad con los intereses de las potencias democráticas. El 26 de agosto de 1941 cerró trato para la compra de 16 buques italianos fondeados en puertos argentinos, operación que puede liberar tonelaje norteamericano ocupado en el comercio argentino y hacerlo utilizable para acarrear

suministros a Gran Bretaña. A principios de setiembre, aceptó además la Argentina un convenio comercial angloamericano que estipula el traspaso de los excedentes agrícolas a Gran Bretaña y Estados Unidos y de tal manera impide las ventas para lo porvenir a las potencias del eje". La leve esperanza de manumisión argentina quedaba clausurada de esa manera.

#### *Espera de un jefe*

Pero fuerzas nuevas comenzaban a brotar en la tierra argentina. Es el mismo Clarence H. Haring quien las observa y testimonia. En su libro *La Argentina y los Estados Unidos* escribe: "La generación moza de la Argentina —la juventud universitaria de Buenos Aires y de las provincias que formará mañana la clase gobernante— está imbuida de un potentísimo sentimiento nacionalista, nacido en parte de la desilusión causada por los defectos del gobierno republicano, tal cual pueden apreciarlo en la Argentina, y en parte como protesta contra la dominación del país por el capitalismo extranjero. Y dado que por un siglo o más los inversionistas ingleses desempeñaron el mayor papel en el desarrollo económico de la nación, los jóvenes argentinos tienden a ser antibritánicos y, a menudo, hostiles a Norteamérica... La desilusión causada a muchos argentinos cultos por el sistema político de la nación, es hecho curioso y significativo. El ejecutivo es débil. El parlamento, estéril. Las provincias, depauperadas, son venturoso coto de caza de políticos irresponsables. Las municipalidades resultan sede del agiotaje y la corrupción. Estas son las acusaciones de que se hace objeto al actual Estado democrático. Además, ciertos básicos problemas sociales— falta de población, divorcio entre la ciudad y el campo, analfabetismo, hambre y promiscuidad de grandes números de las clases menesterosas— reclaman a voz en cuello su consideración, pero los viejos partidos políticos no han sabido o no han querido empeñarse apreciablemente en resolverlos. Los ciudadanos más hondamente descontentos o los más impacientes,

creen que lo que conviene a su país es un cambio. Si la variedad de grupos insatisfechos acierta a ser conjugada por un jefe magnético, no será inconcebible que se produzca algún día un esfuerzo revolucionario". Haring escribió esas proféticas palabras en 1942. Un año después estalló la revolución vaticinada por él. El 17 de octubre de 1945 la incontrarrestable presencia del pueblo demostró que el jefe magnético había sido encontrado. Bajo su dirección el país trabajó durante diez años. Transformó su organización financiera, repatriando la deuda externa y permitiendo la formación de capitales nacionales. Transformó su economía, diversificando los cultivos, estimulando la minería, apoyando decididamente la industria. Transformó su política interna, dando acceso a los trabajadores agremiados y procurando que reflejara en sus planificaciones las necesidades del país. Transformó su estructura social con la formación de nuevas clases pudientes que no extraían sus provechos del campo. Transformó su jerarquía económica al descalificar al especulador y enaltecer a los creadores. Transformó la enseñanza superior con el alejamiento de servidores del capital extranjero y la desautorización de sus espurias doctrinas. Transformó al ejército, y al darle un sentido de realidad y de responsabilidad verdaderamente nacional, unió su destino al destino de la Nación, de cuyo poderío industrial, financiero y económico es un reflejo. Transformó las costumbres al extender a las clases trabajadoras hábitos y recreos que habían estado reservados para los pudientes. Había un pequeño horizonte para cada esperanza. La crisálida había comenzado a romper su capullo y desplegaba sus alas. Quizás hay más diferencia entre la Argentina anterior y posterior a Perón, que entre la Francia anterior y posterior a la Revolución Francesa. Y aquí no se guillotiné a nadie, aunque muchos opositores —de zafaduría calculada para provocar medidas que pudieran luego ser calificadas de dictatoriales— por incompresivos merecieron haber sido convertidos en salchichas o en dogsfoot.

### La opresión violenta

Pero Gran Bretaña no estaba distraída ni derrotada. Estaba agazapada, capitalizando errores, capitalizando disconformidades, capitalizando envidias y despechos y ambiciones. Y así ocurrió y tuvo éxito la misma maniobra que en 1938 se ensayó realizar en México contra el general Lázaro Cárdenas, en un intento desesperado para impedir la nacionalización de los servicios públicos y del petróleo mexicano, que dio término a sus inacabables revoluciones. Los viejos sirvientes de Gran Bretaña volvieron a ocupar todos los cargos uno a uno, sin olvidar ninguno. La revolución no había sido contra el general Perón, había sido contra el pueblo argentino. Todo lo que contribuía a capitalizar y a consolidar la independencia de la Nación fue destruido, desmantelado, dispersado, neutralizado. Se ha intentado no dejar piedra sobre piedra para reconstruir sobre la desolación y la miseria la antigua e incontrastable hegemonía británica. Pero ahora ya no es una dominación invisible. Ahora es una maniobra impúdica, realizada a la vista, al amparo de las ametralladoras que se movieron engañadas e inspiradas en el deseo de hacer aún más amplia la grandeza de la patria, y cayeron en la celada de esta aviesa emboscada. No es posible enumerar los hechos contrarios a la salud nacional que se han sucedido en un vértigo de pesadilla. Pero el pueblo argentino sabe ahora cuál es la causa de sus desventuras, y tiene la convicción de que sólo podrá triunfar si se mantiene unido y alerta.

“El extranjero no viene a nuestro país a trabajar en nuestro bien, sino a sacar cuantas ventajas pueda proporcionarse”. Esa enorme fuerza que constituye el pueblo unido y disciplinado en un mismo afán de grandeza es el apoyo que el peronismo ha dado al doctor Frondizi para alcanzar el poder. Y lo dio sin pedir nada en cambio, con un desprendimiento y una magnanimidad que el futuro Plutarco describirá con asombro. El peronismo sólo quiere que el doctor Frondizi realice en el poder lo que desde su banca de opositor dijo que el peronismo debía hacer. “De la victoria del 23 de febrero

—ha escrito Juan Perón— no tenemos ningún botín que reclamar. Nuestra actitud se inspiró en motivaciones éticas que tenían en vista el interés nacional y no el propósito de conquistar ninguna porción del poder público. No ha de ser ése el último sacrificio que hagamos en bien de la República. Ahora hay que emprender la ardua tarea de la reconstrucción, que demandará toda la lucidez y toda la vocación patriótica de nuestra masa. Bajo el disfraz de la acción antiperonista se han destruido los mecanismos de la defensa de la soberanía, se ha paralizado el ritmo de crecimiento de las fuerzas económicas, se ha desmantelado el utilaje productor y se han anarquizado las relaciones sociales. Están exhaustas las reservas de oro y divisas y comprometido gravemente el crédito en el exterior. La oligarquía —que planificó el desastre y la indefensión frente al extranjero— sigue en acecho, esperando que los dramáticos problemas por ella creados no se resuelvan, para imponer luego a los trabajadores las más duras condiciones políticas y sociales y asegurar el sometimiento permanente al imperialismo”. Esta expresión de agravios que se expone en el *Mensaje a todos los peronistas* equivale a los que incluyeron en su histórica acta los congresales norteamericanos, reunidos el 4 de julio de 1776. Ellos sirvieron para asentar la piedra inaugural de la independencia americana. ¿Servirán éstos para consolidar la soberanía política, recuperar la integridad de la independencia económica y reestabilizar la justicia social?

Doctor Frondizi: el peronismo se ha hecho a un lado para que usted tenga un lugarcito en la historia. Siéntese con cuidado porque el asiento es incómodo e inseguro. Si lo aprietan, solicite ayuda. El pueblo no se la va a negar mientras mire hacia adelante. “Señalo la gravedad del momento y la necesidad de que coincidan con suprema grandeza los esfuerzos de todos los argentinos para reparar los daños tremendos causados por la dictadura”. Así reza la orden de Perón, impartida el 10 de marzo. Por ese camino vamos a ir lejos. No se aparte de él, doctor Frondizi, “aunque vengan degollando”.

### *Neutral ante el mundo, la muchedumbre argentina madura el espíritu nacional*

Acabo de releer una conferencia que pronuncié en el Ateneo de Estudios Sociales en setiembre de 1950, cuando parecía que la presión norteamericana nos iba a arrastrar a la intervención de la guerra de Corea. Hablé a favor de la neutralidad argentina. Fue la última vez que pude utilizar esa tribuna. El ministro Borlenghi la clausuró. Me parece útil aprovechar estos momentos de expectativa para situarme en los problemas nacionales con un punto de vista para que esté libre de ataderos a la política circunstancial. La situación internacional no ha variado profundamente desde esos años. Manejaba estos conceptos:

La lucha de Estados Unidos y de Rusia no es más que la crisis del materialismo racionalista, que ha llegado allí a la cúspide de sus probabilidades de creación.

Norteamérica y Rusia blanden como banderas justificadoras de sus acciones, la magnitud sobrehumana de sus respectivas creaciones materiales. El supercapitalismo norteamericano hizo la primera organización fabril del mundo. En cuarenta años, el comunismo ruso levantó a su pueblo desde el rudimentario primitivismo agropecuario hasta el límite del tecnicismo atómico, dotándolo de una increíble capacidad industrial.

Norteamérica pretendió infundirnos la creencia de que la lucha que se avecinaba era la contienda de Occidente contra Oriente, olvidando que el núcleo central de la organización rusa descende de la mejor raigambre de la raza blanca; y olvidándose también, que al presentar su propia lucha como la lucha de Oriente y Occidente, se le está ofertando a Rusia la conducción de las inmensas reservas humanas del Asia, lo cual constituye una enorme torpeza estratégica y diplomática.

Nosotros, argentinos, estamos en el radio de acción de Norteamérica, dentro de lo que ellos consideran su *hinterland* vital. Vemos con ojos norteamericanos, oímos con oídos norteamericanos. Pero el pueblo argentino sabe defenderse de sus



sentidos sociales. Tres siglos de dominación española y siglo y medio de dominación británica, le enseñaron a desconfiar de las verdades que los dominadores proclaman como incontrovertibles.

Los anglosajones afrontan la lucha con una extraordinaria y casi abrumadora capacidad industrial, pero cometen, en cambio, el gravísimo error de presentarse a sí mismos como campeones de un sistema económico y social que no podrá sobrevivir, porque han cambiado las condiciones del mundo que lo engendraron y lo sostuvieron.

El capitalismo ortodoxo se basa en un absurdo conceptual: la existencia de una entelequia eterna que se llama capital. El capital es un ente que en la técnica de su propia devoción, en la estricta técnica de su finanza, que es como su liturgia, no muere jamás una vez constituido en capital. El capital revive y se renueva constantemente por el aporte de dos arterias técnica y legalmente aceptadas: una es el fondo de amortización, aporte con el cual se libera a sí mismo de la cosa a que se aplicó, continuando en poder de la cosa y de los réditos que ella produce en el juego de las utilidades. La otra arteria vivificadora es el fondo de renovación que conserva en plena lozanía la cosa a que está aplicado el capital, es decir, mantiene el límite de obsolescencia del instrumento creador de réditos, que el capital creó o del cual se apropió.

Sobre este absurdo se constituyó un maravilloso instrumento de dominación subrepticia, que encadenaba a los pueblos con sus propios esfuerzos y los explotaba en beneficio de sus instauradores.

Pero el capitalismo, para poder sobrevivir, requiere una condición prima e ineludible: que la matriz capitalista sea consumidora de los réditos que obtiene de sus inversiones de capital, reales o supuestos, como era Gran Bretaña. El juego de vaivén del capitalismo permitió que la población de Gran Bretaña creciera de diez millones, a principios del siglo XIX, a 45 millones y durante siglo y medio, se mantuvo un equilibrio de inversiones y de réditos que constituyeron la grandeza de Gran Bretaña.

Hoy Gran Bretaña ya no es un centro del capitalismo. La matriz del capitalismo es Norteamérica, pero Norteamérica no es consumidora y el sistema ha dejado de funcionar.

Estados Unidos asumió y continuó la técnica europea, sin analizarla y reacondicionarla a sus características, e inició un imperialismo económico cuyo objeto y fines es imposible desentrañar.

Cuando Gran Bretaña invertía capitales reales o supuestos, sabía con perfecta claridad en qué forma le serían retribuidos los réditos. O, dicho en otras palabras, las inversiones de capital no fueron más que un sistema para apropiarse de las riquezas del mundo, que Gran Bretaña necesitaba. Había, pues, una lógica clara, y un fin preciso y predeterminado. El exceso de la capacidad industrial británica se erigía en capital permanente y los réditos eran alimentos y materia prima.

¿Pero qué pueden reeditar a Norteamérica los excedentes de su capacidad industrial capitalizados en el exterior, si ella prácticamente lo tiene todo con el trueque de sus excedentes?

Los excedentes del trabajo nacional pesan sobre la preocupación de los dirigentes norteamericanos, porque si la liberación anual de los excedentes se obstaculiza, el sistema entra en crisis con su retahíla de desocupación y malestar social. Los dirigentes norteamericanos no han encontrado más paliativo para despojarse del excedente nacional, que regalarlo al exterior, sea como contribución de guerra, sea como anticipo de una deuda no cobrable, sea como garantía de una seguridad política o militar. De todas maneras, lo que el mundo recibe de Norteamérica no puede retribuirlo. A los dirigentes norteamericanos les ha faltado amplitud de miras e ímpetu revolucionario para enfrentar y resolver sus contradicciones y crear un sistema que alentara el trabajo de los otros y con él consolidar la seguridad y la paz.

Frente a este sistema en crisis, Rusia enarbola una fantasía que enardece la imaginación de los pobres, de los desheredados, de los resentidos, de los ambiciosos, de los postergados; es decir: de la inmensa mayoría de los pueblos. Y así, aquel mundo asentado en un impulso de excesiva concepción

materialista, promueve a su favor un fuerte estremecimiento espiritual, que es incapaz de contrarrestar la frenética propaganda de preguerra.

¿Cuál es nuestra posición en este entredicho?

La República Argentina, junto con la parte de América situada al sur del Ecuador, junto con Australia que está en nuestras antípodas y tiene otros problemas, es la primera experiencia de reproducción acometida por la raza blanca en el hemisferio austral. Estamos tan lejos de nuestros progenitores como si hubiésemos sido depositados en otro planeta. La inmensa distancia que nos separa de nuestros orígenes, nos acerca en espíritu a las civilizaciones autóctonas que existieron aquí y que fueron aniquiladas por el hombre blanco, porque el tiempo es equivalente a la distancia en acción y la distancia no es nada más que el tiempo que está acostado. Así lo que existió en esta parte del planeta y lo que fuimos en nuestros ascendientes, confraternizan en nosotros en una alianza de extrañas perspectivas. Algo de nuestra naturaleza nos inclina a ser espectadores, no actores, del inmenso drama que se prepara en aquellas lejanas zonas del planeta que se extienden al norte de la línea ecuatorial. Podemos juzgar y aconsejar, porque las pasiones emergentes resbalan sobre la epidermis de nuestro criterio. De aquí deberá salir alguna vez la verdadera palabra de paz, de mutua ponderación, de tranquilo aquilatamiento de los problemas y de justas conclusiones.

Basta observar un mapamundi para verificar que en nuestra latitud, el planeta es casi enteramente de agua y de cielo, mientras selvas casi impenetrables nos vedan el paso hacia el norte. Estamos en esta tierra como si estuviéramos en una isla. Esta insularidad, como la distancia que nos separa del hemisferio boreal, sin que nosotros lo sepamos, influye en la definición de nuestro temperamento con un ahinco tenaz y nos concede una homogeneidad difícil de alcanzar en los pueblos continentales y una solidaridad que se ajusta en la necesidad de resolver sin ayudas ajenas la eventualidad de los acontecimientos.

La inmensa mayoría de las naciones están delimitadas por

un perímetro que puede alterarse sin inconvenientes, porque es el resultado de una arbitrariedad política, de una imposición de la fuerza o es el residuo de una historia ya fenecida. Nuestro territorio nacional es, en cambio, una unidad inextensible e incompresible. Es una unidad geográfica, hidrográfica, geológica y hasta paleontológica. Los mismos estratos se extienden bajo el suelo de un extremo a otro. El mismo sacudimiento erigió los Andes y el mismo excepcional origen eólico tienen nuestras llanuras que ascendieron desde el fondo de los pantanos con los sedimentos que la atmósfera deposita en los días de calma.

La amalgama de los aportes inmigratorios y de los elementos primigenios de la tierra, se acelera en esa inusitada unidad en que se funden sin esfuerzo, el residente de larga fecha y el recién venido que asiste con azoro a la transmutación de sus sentimientos más íntimos.

Si el idioma del arquetipo argentino contemporáneo expresara en palabras el tumulto de remotas influencias e interferencias recientes que circulan por su sangre, su lenguaje sería muy semejante al que produjo la confusión de Babel. En esa pluralidad de origen reside justamente una de las más firmes esperanzas de la grandeza argentina y es una de las bases más sólidas de nuestra invariable neutralidad. El producto de procreaciones sucesivas de seres idénticos, tiende a conformar individuos especializados, en que las cualidades no fundamentales se relajan hasta desaparecer. El monógeno es por excelencia incomprensivo, intolerante y, por lo tanto, específicamente negado a la política y al ingenio que su realización requiere. El multígeno, el ser de orígenes plurales, tiene brechas abiertas hacia todos los horizontes de la comprensión tolerante. En cada dirección de la vida hay un antecedente que le instruye en una benigna coparticipación de sentimientos. Nada humano le es ajeno. Nada humano le sorprende y asiste al espectáculo de la vida como si todo hubiera sido suyo. Tiene una estirpe por venir y una parentela que potencialmente reside sobre toda la extensión de la tierra.

(Los pueblos que se caracterizaron por su ingenio político fueron multígenos.) Los monógenos son técnicos y los técnicos estuvieron y deben estar en subordinación de los políticos, porque la grandeza del hombre no se mide por su capacidad técnica; se mide por su aptitud para sentir e interpretar la mayor suma de almas, base de toda acción política.

Sobre estos cuatro pilares: el alejamiento, la insularidad, la unidad territorial y la pluralidad de origen, se asienta la grandeza auténtica de la muchedumbre que ha sido, es y quiere seguir siendo espectadora de los conflictos ajenos, hasta alcanzar el imprescindible grado mínimo de madurez, de consolidación y de seguridad que disipe todo riesgo o apariencia de disgregación o disolución del espíritu nacional.

Hablo de la muchedumbre argentina, es decir, de la aspiración genérica de las grandes masas nacionales, porque son las que actualmente dan su pulso a la historia, aunque es preciso reconocer que estos grandes movimientos de multitudes que se sacuden en las pasiones unánimes en que está en juego su propia existencia, no es fenómeno típicamente argentino, sino en la particular manera en que se engendran sin dolor, en su modo expresivo absolutamente exento de odios y rencores y en la vocación de altruismo amplio y magnánimo que las impregna.

Hasta el final del medioevo son los señores los que luchan y son, pues, los señores los que tienen voz, voto, derechos de simple presencia. Con la Revolución Francesa y sus levadas en gran escala, comienza a cambiar el protagonista de la historia. Son turbas descamisadas, aquellos soldados de la revolución que en 1792 arrollan en Valmy a las cohortes engoladas e incomprensivas que se alineaban detrás del duque de Brunswick y que, seguramente, como nuestros terratenientes y nuestros financistas, perjuraban que el mundo estaba perdido. (La intervención en la lucha dio al sector masculino y combatiente una participación, más ilusoria que efectiva, en la conducción política de sus respectivas naciones.)

La conflagración de 1914, en que se aplican por primera vez las doctrinas germánicas de la nación en armas, extiende

las consecuencias de la guerra, por lo menos económica y vitalmente, hasta los últimos reductos de la vida nacional. En consecuencia, las multitudes exigen una intervención cada vez más enérgica en la dirección de sus propias vidas.)

En la última guerra, de cuya impresión de horror no nos hemos librado todavía y cuya rememoración nos acongoja, todos combatieron: los niños, las mujeres, los jóvenes, los maduros, los ancianos. Ninguna nación, ninguna ciudad, ninguna persona permaneció al margen del cataclismo. De una manera o de otra todos estuvieron envueltos en el torbellino y la desolación. (Los pueblos exigirán cada vez con mayor imperio una participación legítima en su propio destino. Tarde o temprano, la democracia exclusivamente política será sustituida por una democracia económica, en que el hombre promedio de las multitudes será la vara de medir de la prosperidad y el juez último que sentenciará sobre la justicia y oportunidad de las causas.)

### *La oligarquía porteña contra la nación y el pueblo*

En *La Razón* del sábado 5 de julio, tras ahogar su sed de aventuras en el relato de las que le ocurren a Lindor Covas, el país de los argentinos se enteró, azorado, de que el director del Liceo Naval Militar, capitán de navío don Francisco Manrique, había dispuesto implantar e inaugurar un curso extralectivo, titulado "La República y sus instituciones". Fue impulsado, según lo manifestó en su discurso inaugural, por el conocimiento de que los imberbes discípulos del Liceo "como todos los jóvenes de su edad, en este país, desconocen prácticamente a la democracia", ignorancia que parece razonable si se recuerda que los alumnos del Liceo no son ciudadanos todavía, condición que sólo alcanzarán al cumplir los dieciocho años de edad, es decir, cuando ya no sean alumnos del Liceo.

Por su falta de referencia a la aprobación o anuencia de la superioridad, muchos lectores fueron inducidos a creer que el capitán Manrique actuó por decisión propia en la imposición

de la novedad, lo cual es casi inconcebible. Suponer que el director de un instituto intercalado en la disciplina militar pueda alterar, modificar o ampliar los planes de enseñanza por su exclusiva determinación, es absurdo; equivalente a suponer que el comandante de un crucero puede declarar una guerra por su cuenta, al quedar librado a su arbitrio el ataque a un puerto extranjero. La paz externa e interna de la República no puede quedar librada al malhumor, al despecho o a la ambición de ninguno de los jefes de las instituciones a quienes ha confiado la tenencia y el uso de las armas nacionales.

Según el diario *Clarín* del 9 de julio, el capitán Manrique, en el transcurso de una visita al museo de la Casa de Gobierno, declaró que su discurso "había sido mal interpretado, pero cree que todo ciudadano debe decir lo que piensa, para bien del propio gobierno". Pero el capitán Manrique no habló como un ciudadano cualquiera, sino como jefe naval a cargo de un instituto incorporado a la disciplina militar. Sus opiniones tienen trascendencia en cuanto pueden comprometer al cuerpo combatiente de que forma parte. El discurso en sí mismo puede estar bien o mal. Cualquier tema puede servir de pretexto para hilvanar frases más o menos sonoras. Hay por lo menos un millar de periodistas que podrían redactar elogios a la democracia más convincentes y persuasivos y los alumnos pueden instruirse con holgura en los textos obligatorios de la "Educación democrática". Las muy veladas insinuaciones que el discurso contiene no son capaces de incidir en la formación mental de los niños. Para ellos una guerra civil es casi una diversión: un motivo para no ir al colegio. Los mal pensados pueden estimar que el capitán Manrique no se dirigía, precisamente, a los niños. Tiraba por elevación, como hacen los artilleros. Sería una táctica verbal reprochable, porque sería utilizar a los niños como instrumentos de algo que no les concierne y demostraría, ante todo, que el capitán de navío don Francisco Manrique no es un director educacional merecedor de encomio.

(La enseñanza que se imparte en el Liceo Naval —como en el Liceo Militar— es idéntica a la de cualquier colegio nacional.)

Es un instituto de enseñanza secundaria cuyos bachilleres ingresan a las diversas facultades y sólo en parte se inscriben en la Escuela Naval o en el Colegio Militar para seguir la carrera de las armas. Los rudimentos de técnica naval y militar y la disciplina, no mucho más rígida que la de cualquier internado bien organizado, justificaron, en su momento, estas creaciones, con el argumento de que la educación *paramilitar* proveía un elenco posible de oficiales de reserva con cierta instrucción para el mando. Los educandos son niños, apenas iniciados en la pubertad, de doce a diecisiete años, cuya formación mental y sentimental debería estar a cargo de pedagogos profesionales, no de jefes de las fuerzas combatientes. Ningún pedagogo profesional hubiera cometido el gravísimo error en que incurrió el capitán Manrique y que podría tener como consecuencia perniciosa que los jóvenes alumnos renegaran de la democracia que él ensalzó con palabras que los niños no comprendían.

El error consistió en exhibir como implícitos arquetipos de la democracia a ese quinteto de políticos, repudiados electoralmente por el pueblo argentino. Ninguno de los cinco representa políticamente algo. Ni una idea, ni una doctrina, ni una teoría. Son políticos de comité que ingresaron a la condición de candidatos por la puerta de atrás de las connivencias parroquiales y del teje maneje de intereses personales menguados. Los votos capaces de obtener tres de ellos, aunque fueran del tamaño de un limón, cabrían cómodamente en una canasta de verdulero. Los limones tendrían más jugo que el que puede extraerse de todas sus lucubraciones electorales. El doctor González Bergez iba en representación de un partido, el Demócrata Nacional, que murió de consunción electoral en justo castigo del ultraje a que sometió a la opinión pública con los fraudes más afrentosos que recuerda este siglo. El poder que usurpó con el fraude el partido Demócrata Nacional lo utilizó para entregar al extranjero los comandos de la economía nacional, mediante las leyes del Banco Central, Coordinación de Transporte y demás similares. Para acallar la preclara voz de Lisandro de la Torre, que estaba

denunciando los negociados de los frigoríficos que aún sufrimos, los correligionarios del doctor González Bergez hicieron asesinar en pleno recinto a un senador de la Nación, el doctor Bordabehere. Los doctores Ordóñez y Thedy son distinguidos abogados de grandes empresas. El señor Crisólogo Larralde es dueño y director de una gran empresa de publicidad que sirve a grandes compañías extranjeras. Esa es su profesión. La política es su entretenimiento, su berretín como dicen los muchachos, su *hobby*, como dicen los americanos, su *beguin*, como dicen los franceses. Su capital político, que va gastando poco a poco, es parte de la herencia de emoción popular que dejó ese gran conductor que se llamó Hipólito Yrigoyen. El doctor Boffi es médico y hombre ducho en las artimañas de comité. Como Larralde, dispone de un capital político que no es fruto directo de su personalidad ni de sus ideas. Si quedaran librados a su propio prestigio personal, los señores Larralde y Boffi no le ganarían por mucho a la trilogía formada por González Bergez, Thedy y Ordóñez. ¿Sinceramente creará el capitán Manrique que ese quinteto puede simbolizar a la democracia argentina? ¿No será que el capitán Manrique, con una ironía que los niños no pueden paladear, quiere que los niños aprendan primero qué es lo que no debe ser la democracia? ¿O no será un sutil antidemócrata que quiere desalentar con el ejemplo lo que elogia teóricamente con las palabras del discurso? ¿Qué diríamos, por ejemplo, de un profesor de puericultura que como modelo de su sistema nos exhibiera un lactante enclenque y esmirriado o de la técnica de un profesor de balística que al aplicar sus métodos de cálculo en lugar de acertar en el blanco mata al apuntador?

Estos cinco "eminentes hombres públicos", según la definición del capitán Manrique, que pertenecen a los más diversos estratos sociales y a las más diversas afinidades personales y partidarias, tienen una sola actividad común: fueron enemigos enconados del gobierno del general Perón. Los enemigos del gobierno del general Perón son de dos clases. Unos lo fueron por sus errores. Otros, por sus aciertos. Los primeros merecen respeto. Los segundos, desprecio. Los primeros fueron ene-

migos por la forma personal con que ejerció el poder, por su origen militar, por su propaganda excesiva que recordaba demasiado la de los dictadores europeos, por su limitación de la libertad individual, por la coacción ejercida sobre los partidos opositores o porque con esa oposición defendían sus intereses personales que deben ser siempre sagrados mientras no se opongan a un más alto interés nacional o social. A último momento se agregaron los heridos en sus sentimientos religiosos. La rebelión potencial de todos esos ciudadanos merece respeto. Pero hubo otro tipo de opositor. Fue el opositor a los aciertos del gobierno del general Perón. El enemigo de la industrialización, el enemigo de la asunción del manejo del crédito y su utilización posterior en beneficio de la diversificación de cultivos como el arroz, el té, el tung, el olivo y la pequeña ganadería de chacra. Son los enemigos de la apropiación del comando del comercio exterior que estaba, y ha vuelto a estar, monopolizado por los frigoríficos y Bunge y Born y sus acólitos. Son los enemigos de la nacionalización de los ferrocarriles y de los teléfonos, que ahora están tratando de volver a entregar al extranjero. Son los enemigos de que la Argentina tenga una política internacional propia. Los enemigos de los tratados comerciales que abrían amplias perspectivas al comercio exterior argentino. Los enemigos, en una palabra, de todo cuanto esfuerzo tendiera a sacar a la Argentina de la innoble posición de factoría inglesa, en que indebidamente yacía. Dicen que todas esas instituciones y esos actos eran de índole totalitaria, con cuya calificación sólo muestran su ignorancia o su mala fe, porque análogas organizaciones existen en todos los países civilizados: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania o Italia.

Todo lo que el país emprendió, intentó o consiguió es descalificado en este tipo de dialéctica con el mote de "peronista". Por la forma en que han seguido utilizando el calificativo, hay graves indicios de que la mayor parte de estos cinco "eminentes hombres públicos" fueron y son enemigos del gobierno del general Perón por sus aciertos, no por sus errores, por los medios e instituciones con que trató de ampliar el

ámbito de la libertad económica, no por las restricciones a las libertades cívicas; por la independencia efectiva que iba conquistando, no por las restricciones políticas que en último caso muy poco molestaban a políticos que más ganan callando que hablando.

Ahora bien, si excluimos de nuestra consideración a los adversarios de buena fe, a los que censuraban —no importa cuán duramente lo hicieran— los errores, si escarbamos con atención, apartando a los sugestionados, a los permanentes disconformes, a los francamente disgustados por los excesos de poder y a los muy respetables defensores de sus intereses personales —cualesquiera ellos fuesen— vamos a descubrir que el núcleo de la resistencia, el bastión de la oposición lo constituyó la oligarquía. Y esta palabra merece ser definida con la mayor exactitud posible, para evitar malentendidos.

El diario *La Nación* del 9 de julio, en su segundo editorial afirma que la referencia a la oligarquía es un *slogan* que explotó el peronismo “con menguados propósitos”. Es lógico que *La Nación* niegue tácitamente la existencia de la oligarquía puesto que forma parte integrante de ella, y una de las características más sostenidas de la oligarquía es su habilidad para tratar de pasar inadvertida. Despojamos, ante todo, a la palabra oligarquía de su acepción vulgar en que se confunde con la riqueza o con cierto grado de categoría destacada en la escala de valores sociales. Un rico es un rico, simplemente. Puede ser oligarca o no. Depende de la dirección de sus intereses y de su voluntad. Preceptualmente, según el *Diccionario de la Real Academia*, oligarquía significa: “Gobierno de pocos y es cuando algunos poderosos se aúnan para que todos los negocios dependan de su arbitrio”. El doctor Arturo Orgaz, en su *Diccionario de derecho y ciencias sociales*, de una definición más ajustada. Según él es oligarquía “el gobierno constituido en un grupo rapaz y arbitrario que sustituye el interés general por el interés de los que detentan el poder”. Estas dos definiciones pecan de imprecisión, por ser demasiado genéricas. Si apli-

camos el concepto a la sustancia viva de la realidad argentina, podríamos afirmar que debe entenderse por oligarquía al “grupo rapaz y arbitrario que sustituye el interés general por el interés de los extranjeros, predominantemente británico, que ejerce subrepticamente el poder efectivo, a través de sus organizaciones financieras, económicas y masónicas”.

La oligarquía, tal cual se deduce de la definición anterior, nace antes que la nación. En la época colonial estaba constituida por los negociantes que medraban con el contrabando que los ingleses practicaban, no por los comerciantes que negociaban lícitamente con España. Son los oligarcas los que reciben con aplauso a los invasores en 1806, a cuyas órdenes se ponen de inmediato. En sus *Memorias*, publicadas en Londres en 1818, Alexander Gillespie narra la extraordinaria conducta de esos oligarcas primigenios. Atilio García Mellid las ha transcrito recientemente en su libro *Proceso al liberalismo argentino*. Dice Gillespie: “Durante la secuela de estos acontecimientos —la invasión de 1806— parecía que teníamos en la ciudad algunos amigos ocultos, pues casi todas las tardes, después de oscurecer, uno o más ciudadanos criollos acudían a mi casa para hacer el ofrecimiento voluntario de su obediencia al gobierno británico y agregar su nombre a un libro en que se había redactado una obligación”. ¿De qué naturaleza era la obligación contraída por los pichones de oligarcas? Gillespie no la transcribe, pero su extrema gravedad puede deducirse de otros párrafos. Cuando una comisión militar, en Calamuchita, donde estaban desterrados después de su derrota, revisó el equipaje de los prisioneros, el capitán Gillespie evitó mañosamente el secuestro del libro que contenía las obligaciones. Y el mismo Gillespie comenta que el descubrimiento “pudo haber envuelto a muchas personas respetables de Buenos Aires y arrastrado al destierro, calamidad y ruina. Ya he narrado que una promesa parcial y secreta de lealtad a nuestro gobierno se había puesto por escrito y firmado por algunos dirigentes de la ciudad, durante la época que la poseíamos. Estos testimonios estaban registrados oficialmente, de modo que si hubieran caído en manos públicas, aquellos hombres hubieran

merecido, cuando menos, confiscación de bienes, destierro de su país y, lo más probablemente, cuando se considera el fermento de aquellos tiempos, la masacre de sus hijos por la plebe desenfrenada". Plebe desenfrenada llama Gillespie a los defensores de la libertad de Buenos Aires. Hoy los calificaría de descamisados peronistas. A los buenos ingleses nunca les faltan adjetivos, ni argumentos. A *La Nación* tampoco. Esos cincuenta y dos vecinos firmantes de la ignominia fueron con seguridad a enriquecer las huestes secretas de la masonería, que absorbe a todos los que han cometido una falta para redimirlos en el servicio incondicional de Gran Bretaña. Uno de ellos, el joven Rodríguez Peña, fue el que facilitó la fuga del general Carl Beresford, desleal a su palabra de honor.

Desde entonces la oligarquía, es decir, los servidores secretos de Inglaterra, prosiguen actuando tan eficiente como secretamente. Todo lo que ha ocurrido en contra del país ha ocurrido por su mediación. El Banco Nacional es el que, en 1828, permite doblegar la resistencia de Dorrego y acordar la segregación de la Banda Oriental. "Nuestro ejército es el Banco Nacional", dice acertadamente Ponsomby, agente británico encargado de esa operación. El directorio del Banco Nacional está integrado por hombres nacidos aquí. Pero el directorio no es más que una pantalla a través de la cual opera la voluntad de la mayoría de los accionistas. Y la mayoría —558 votos sobre 838— la tienen los ingleses Armstrong, Robertson, Britain, Robinson y Fair. En el breve plazo de dieciocho años —de 1810 a 1828— la oligarquía nos costó la pérdida de todo el oro, cuya exportación Mariano Moreno quiso evitar; la destrucción de las industrias del interior; la segregación de la Banda Oriental del Uruguay y el comienzo de la resistencia de las provincias a la política monopolísticamente suicida que se imponía desde Buenos Aires, no a favor de Buenos Aires, sino a favor del extranjero de ultramar. "Todo lo que el gaucho usa es de origen inglés: los estribos, su chiripá y el poncho, e inglés es igualmente su cuchillo y los utensilios que utiliza", afirmará Woodbine Parish complacido, al recorrer "los estados del Río de la Plata".

Con el andar del tiempo, los cincuenta y dos firmantes primitivos se fueron multiplicando como larvas, en la sombra de las logias, en la penumbra de las antesalas gubernamentales y en vericuetos de los más diversos negocios que emprendían los ingleses. Después de Caseros reverdecieron en todo su esplendor y se enriquecieron con el aporte de los hombres inteligentes que llegaban del interior dispuestos a triunfar por cualquier medio. En el examen que Mulhall hace en su "Handbook" de los posibles sucesores del presidente Sarmiento, se elogia al doctor Nicolás Avellaneda como hombre de rápida comprensión. "No sabe inglés —dice el Handbook— pero lo está aprendiendo". Las concesiones que Avellaneda otorga y su famosa decisión financiera de pagar con el "hambre y la sed de los argentinos" demuestran que adquirió una pronunciación aceptable como para figurar entre los sucesores de los primeros cincuenta y dos fundadores de 1806.

Escapa de los márgenes posibles de una crónica por muy sintética que sea, la historia del monstruoso connubio de la oligarquía porteña y de los intereses británicos y por eso la interrumpiremos preguntándonos: ¿Quiénes constituyen hoy la oligarquía porteña? ¿Continúan los británicos dominándola? ¿Cómo se identifica a sus integrantes? ¿Cuáles son sus ideas y sentimientos matrices? La oligarquía porteña es el más estrafalario y abigarrado conjunto de actividades que pueda imaginarse. En ella figuran los directores, asesores y abogados de las grandes empresas que son directamente británicas o que están enmascaradas en una sede formal con residencia en Bélgica o en Holanda o en Suiza. Están los allegados a los grandes exportadores, a los frigoríficos y a los importadores extranjeros. Conviven asociados los latifundistas, que gozan de precios privilegiados para sus novillos, y los propietarios y directores de los rotativos más influyentes. Durante el trascurso de la tiranía aramburrojista, la oligarquía recuperó los puestos de los que había sido desplazada. Ha vuelto a dominar todo lo que la Argentina tiene de representativo y de apariencia colegiada. La Sociedad Rural, la Unión Industrial, la Bolsa de Comercio, la Federación de Abogados, el Centro Ar-



gentino de Ingenieros... Los descendientes de los primeros cincuenta y dos oligarcas que engendraron los ingleses en 1806 se han multiplicado tan notablemente como las vacas y los caballos que trajeron los españoles. Los verdaderos oligarcas y sus familias quizá no superen las cien mil cabezas, en total. Ellos constituyen el único núcleo con apariencias de aristocracia y el radio de su influencia se extiende a extensas zonas de personas que son simplemente ricos, ganaderos y propietarios, que en realidad tienen intereses contrapuestos a los de un verdadero oligarca. Esa influencia desborda sobre amplias extensiones de la clase media, que fluctúa entre sus sentimientos primordiales de adhesión a la tierra y la influencia extranjerizante de la genuina oligarquía. Un estudio preciso de la oligarquía contribuiría extraordinariamente a clarificar el panorama político de la Argentina, porque ayudaría a reducir la oligarquía a su ínfima proporción y a evidenciar los impulsos contrarios a las conveniencias argentinas que imperan sobre la mayoría de sus determinaciones. Ese estudio permitiría, asimismo, ubicar en forma indubitable por los menos a cuatro de las cinco eminencias descubiertas por el capitán Manrique y terminaría de verificar que de las "Instituciones de la República" que tanto le interesan, la más perdurable es la oligarquía engendrada, alimentada y sostenida por la diplomacia y los intereses británicos y que la disyuntiva —despojada del ropaje ocasional de los partidos— fluctúa hoy, como en 1806, y como en todas las etapas decisivas de la vida argentina, entre los cincuenta y dos firmantes de su indignidad y la plebe que defendía el suelo de la patria. ¿Esta cruda realidad heriría los oídos de los tiernos infantes que se educan en el Liceo Naval? Es posible. Pero contribuiría eficazmente a enseñarles a desconfiar de las sombras que de lejos se perciben en el mar. No todas son de barcos amigos. Cinco políticos juntos de raigambre y filiación oligárquica es dosis demasiado grande para niños tan pequeños.

## ÍNDICE

PRÓLOGO .....	7
Aquí se aprende a defender a la patria .....	25
<b>BANCO CENTRAL</b>	
El artículo 40 es bastión de la República .....	29
Carta abierta al Embajador británico .....	33
La fuerza debe estar al servicio de una finalidad nacional .....	37
La batalla de la soberanía .....	42
Hacia la reconstrucción de la antigua estructura colonial .....	44
Siempre entrampados .....	47
Capitalizando el país .....	48
Debilitamiento del poder político .....	49
Cómo se maneja la economía argentina por control remoto .....	50
Bajar el nivel de vida para forzar la exportación .....	55
Comisión a los administradores .....	56
Un solo medio de exportar más: comer menos .....	57
Al margen de la soberanía .....	58
La burocracia ejecutiva .....	59
Ejecutoria del nuevo presidente .....	60
La Iglesia no condena el patriotismo .....	60
Nacionalismo defensivo .....	61
Parentescos internacionales .....	62
Expoliación de un país por otro .....	62
No reza con los de aquí .....	63
El enemigo nos aconseja dismantelar nuestra defensa .....	65
No sólo el combate .....	66
Invitación al suicidio .....	67



Cómo se transforma una nación en colonia .....	67
Una emboscada en una faz .....	68
Autarquía sin recaudos .....	69
Peor que una derrota .....	69
Terminar con las querellas .....	70
La trama del encadenamiento .....	71
Una gangrena en el cuerpo americano .....	73
Unir sobre lo fundamental .....	73
Esperanza para el futuro .....	74
Importaciones de enero a agosto de 1956 .....	81
Frente a pugnas ajenas, afirmar el ser nacional .....	86
Lo que debe preocuparnos .....	87
Palabras que mantienen vigencia .....	89
La política tradicional argentina .....	90
El Banco Central es el rey del país .....	91
Sueñan con liberar la economía argentina de la intromisión de los argentinos .....	99
¿Qué entienden por liberación? .....	100
Hace 20 años un lúcido marino dio un alerta .....	108
La complicidad del silencio, arma de dominación británica .....	116
Nuestro trabajo enriqueció a otros .....	121
La lucha por el petróleo .....	125
El paralelo 42, una frontera antiargentina .....	126
Contra la integridad nacional .....	127
Aduanas interiores .....	128
Violación de la Constitución .....	129
El interés es de Gran Bretaña .....	130
Millones de hectáreas de propiedad extranjera .....	131
Una lista inconfundible .....	133
Así no darán la tierra al que trabaja .....	134
Primero, economías distintas; más tarde, segregación .....	137
Federalismo con distinta tijera .....	138
Una frontera internacional .....	139
El primer paso está dado .....	140
¿Hacia la eliminación de impuestos? .....	143
En lugar de Buenos Aires, Londres .....	144
Segregaciones que achicaron a la patria .....	145
Campo franco a las maniobras divisionistas .....	147
La segregación del Uruguay .....	149
Maniobras del Lord Ponsomby .....	150
Entretelones de la guerra con el Brasil .....	153
El daño que hacen sobrevive a los ministros .....	154
Destrucción del crédito bancario .....	155
Extranjerización del Banco Central .....	156

La estratagema multilateral .....	159
El déficit de 200 millones de dólares .....	161
El pueblo declarará nulo todo lo que se resuelva a sus espaldas ..	162
El amor al país .....	162
Lo que no perdonamos .....	165
Recelo que crece con la experiencia .....	166
Desapego y afincamiento .....	167
Ese sentimiento ha desaparecido .....	170
Si la libertad económica no alcanza para todos, la queremos para nosotros .....	170
La libertad disponible .....	171
Nada puede el esfuerzo aislado .....	175
La evolución del hombre reconoce un pasado <i>gorila</i> y un futuro industrial .....	178
Una ley inexorable .....	180
El vientre fecundo de la industria .....	184
Frente al poder económico extranjero conservemos nuestra fuerza política .....	186
Inversiones ficticias .....	189
Sólo capitales extranjeros .....	190
El despojo de la tierra .....	191
El capital extranjero fraterniza con la oligarquía .....	192
Un poco de luz sobre las espoletas y el petróleo de la revolución ..	193
Una grave denuncia .....	194
Patrón Laplacette bajo el fuego yanqui .....	196
El chantaje, un arma diplomática .....	198
Bunge y Born tiene su propia manera de entender la libertad ....	201
Liquidación de apuro .....	202
Democracia y totalitarismo .....	203
La panacea universal .....	204
Cómo se capitaliza un pueblo .....	206
La historia del rey bisojo .....	208
Movámonos entre las grandes potencias, sin ceder un paso en nuestras reivindicaciones .....	209
Gran Bretaña .....	210
Estados Unidos .....	213
Otra vez el capital extranjero presentado como mágico cúralotodo ..	215
Los convenios bilaterales .....	216
Los saldos negativos .....	217
Compras en el área del dólar .....	222
Para dominar un país ya no hace falta someterlo militarmente, bastan oportunos empréstitos y concesiones .....	225
La defensa de la libertad .....	226

La dominación económica .....	229
El crimen del nacionalismo .....	236
Espejismo y perdición .....	239
¿Hacia otra brutal desvalorización del peso? .....	240
El nivel de vida inglés .....	243
El "corrimiento de los cambios" .....	245
Comentarios y rumores .....	246
En un país empobrecido, los grandes diarios son órganos de dominio colonialista .....	248
El arma más temible .....	250
Una lección de la historia .....	251
La misma lucha aquí .....	252
Gigantes con pies de barro .....	253
Mientras los rusos construyen un gran país, nosotros seguimos atrapados en las mallas del colonialismo .....	256
Una vía muerta .....	259
El triunfo de la revolución .....	261
Han transcurrido cuarenta años .....	262
No es culpa nuestra si las primeras invasiones inglesas tuvieron más color que estas de ahora .....	264
La resistencia de las clases populares .....	267
Detrás de los números está el hombre .....	268
Otros temas postergados .....	270
Los signos son los mismos: como en 1938, la patria renuncia a que sus hijos la defiendan .....	271
Diez generaciones en una .....	272
Base esencial de la nacionalidad .....	274
Esos aviones yanquis no vinieron a divertirnos .....	279
Un general supersónico .....	282
Los soldados de la libertad .....	282
Táctica de penetración: dar participación a los rivales para asegurar sus propios objetivos .....	286
Participación a los rivales .....	288
La desintegración de 30 fábricas .....	289
El escándalo suizo .....	290
La ubicuidad de la CADE .....	292
El error de los ingleses .....	293
Si seguimos así, los hombres de armas cuidarán una soberanía inexistente .....	294
El ocultamiento de los convenios .....	298
Un discurso silencioso .....	300
El instituto nacional de reaseguro .....	301
Un reconocimiento de deudas que más parece un regalo .....	303

Como un hombre devorado por la fiebre, también el país necesita extirpar sus bacilos y restablecer la armonía de los órganos .....	310
El país tiene fiebre .....	312
La indisciplina de los órganos .....	313
Dos hombres providenciales .....	314
La lógica del termómetro .....	316
Nadie protestó .....	319
Todavía quedan seis peligrosas semanas .....	320
El objetivo es empobrecer .....	321
El endeudamiento latinoamericano .....	322
Desprestigio del Estado .....	324
Esta vez la violencia británica tuvo la virtud de unir al pueblo contra ella .....	326
El dominio imperceptible .....	328
Un país irreal .....	330
Otra vez al comienzo .....	332
Espera de un jefe .....	333
La opresión violenta .....	335
Neutral ante el mundo, la muchedumbre argentina madura el espíritu nacional .....	337
La oligarquía porteña contra la nación y el pueblo .....	343

La presente edición  
se terminó de imprimir  
en Mayo de 1985 en los Talleres de  
**RIPARI S.A.**  
J. G. Lemos 246/48 - Tel.: 552-3900  
Buenos Aires - Argentina



EDITORIAL  
PLUS  
ULTRA